

400840
MADE IN SPAIN



W A V E R L E Y

O H A C E S E S E N T A A Ñ O S



e16761716

WAVERLEY

O HACE SESENTA AÑOS



216761716

15.189

R. 23823

WALTER SCOTT

Waverley

ó

HACE SESENTA AÑOS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL INGLÉS

POR

FRANCISCO GUTIÉRREZ-BRITO

É

ISIDORO LÓPEZ LAPUYA

¿ A qué rey sirves, Beronian?
¡ Dilo ó muere!
SHAKESPEARE, *Enrique IV*,
parte II.

TOMO PRIMERO

C 27

9-14-11-931



GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

INTRODUCCIÓN

El plan de esta edición me conduce á insertar en este lugar una relación de los incidentes en que se basa la novela de WAVERLEY. Ya los dió al público mi difunto y malogrado amigo, Guillermo Erskine (posteriormente lord Kindener), cuando estudió los cuentos de *Mi propietario* en un número de la *Quarterly Review* de 1817. Los detalles los obtuvo el crítico por comunicación del autor. Después fueron publicados en el prefacio de las *Crónicas del Canoncato*. Ahora se les inserta en el sitio donde deben estar.

La mutua protección que Waverley y Talbok se dispensaron, y en la cual se funda toda la trama, recuerda una de esas anécdotas que suavizan aun los incidentes de la guerra civil; y como es igualmente honrosa para ambas partes, no vacilamos en citar sus nombres. Cuando los escoceses de las tierras altas (*highlanders*) en la mañana de la batalla de Preston, el año 1745, dieron su memorable carga contra el ejército de sir John Cope, una batería de cuatro piezas de campaña fué tomada por los Camerons y los

Stewarts de Appine. El difunto Alejandro Stewart de Invernahyle fué uno de los primeros en el ataque; viendo que un oficial de las tropas reales, en vez de unirse á todos los que huían en torno suyo, permanecía espada en mano, como resuelto á defender hasta el fin el puesto que le habían señalado, el jefe escocés le mandó que se rindiera, recibiendo por toda contestación una estocada, que paró con su escudo. El oficial quedó indefenso y la maza de un gigantesco *highlanher* (el molinero del molino de Invernahyle) iba á hacerle saltar los sesos, cuando Stewart obtuvo con dificultad que se rindiera. Encargóse de los objetos pertenecientes á su enemigo, protegió su persona, y, finalmente, consiguió que le pusieran en libertad bajo palabra. El oficial era el coronel Whitefoord, gentilhombre del condado de Ayr, muy considerado é influyente, gran partidario de la casa de Hannover.

Fué tanta la amistad que entre estos dos hombres se estableció que, á pesar de sus diferentes principios políticos, y mientras rugía con furia la guerra civil, y eran ejecutados sumariamente los oficiales del ejército insurrecto de las altas tierras de Escocia, Invernahyle no vaciló en ir á hacer una visita á su antiguo prisionero, cuando volvía á su país á levantar nuevas tropas, y pasó dos días en medio de los amigos liberales del coronel Whitefoord, en el condado de Ayr, tan alegremente y con tanta confianza como si en torno de ellos hubiese reinado profunda paz.

Después que la batalla de Culloden puso fin á las esperanzas de Carlos Eduardo, y dispersó á sus partidarios, le tocó al coronel Whitefoord hacer lo imposible para conseguir el perdón é indulto de Stewart. Presentóse al Lord jefe de la justicia, al Fiscal general,

y á otros personajes; pero á cada petición suya se contestó enseñándole una lista en que Invernahyle aparecía marcado con la señal de los mejores, como incapaz de gracia ó de perdón.

Al fin, el coronel Whitefoord se dirigió al Duque de Cumberland, en persona, recibiendo de él también una negativa terminante. Se limitó, al ver esto, á pedir por el momento protección para la casa de Stewart, su esposa, hijos y bienes. También esto lo negó Cumberland y entonces el oficial, sacando de su cartera su nombramiento, lo puso sobre el despacho del príncipe con gran emoción, pidiendo permiso para retirarse del servicio de un rey que no sabía ser generoso con el vencido. Esto impresionó al Duque, quien devolvió su nombramiento al coronel y le concedió la protección solicitada, á tiempo, por cierto, de salvar el domicilio, las cosechas y el ganado de Invernahyle de las tropas que tenían misión de devastar lo que era moda llamar « país enemigo ».

Para que esa protección fuera efectiva se puso en la propiedad de Stewart una guardia de soldados ingleses, y así fué preservada, mientras desolaban todas las haciendas vecinas, buscando á los jefes de la insurrección y, sobre todo, á Stewart. Este se encontraba mucho más cerca de lo que creían; pues, oculto en un sótano (como el barón de Bradwardine), permaneció tantos días cerca de los centinelas que podía oír pasar lista cada día. Le llevaba el alimento una de sus hijas, niña de ocho años, que su madre tuvo necesidad de encargarse de esta misión; pues á ella y á las personas mayores de la casa los vigilaban estrechamente. Con habilidad superior á sus años, la niña bajaba á jugar en medio de los soldados, que la trataban con cariño, y así que no la observaban iba á

poner un paquetito con provisiones en un sitio donde su padre iba á recogerlo. Invernahyles vivió algunas semanas, gracias á este auxilio tan precario; y como había quedado herido en la batalla de Culloden, las amarguras que sufría se agravaban por los padecimientos físicos. Cuando se marcharon los soldados, salió de ese escondite; pero se salvó de nuevo por milagro.

Como ahora pasaba la noche en su casa, volviendo al sótano por la mañana, ocurrió que una vez al salir de aquélla en el momento del crepúsculo, le vió una patrulla enemiga, haciendo fuego sobre él y persiguiéndole. Tuvo la suerte de escapar; pero entonces la patrulla volvió á la casa y acusó á la familia de Stewart de dar asilo á uno de los traidores proscritos. Una criada anciana tuvo la presencia de ánimo necesaria para sostener que la persona que habían visto era el pastor. — « ¿Por qué no se detuvo cuando se le dió la voz de alto? » preguntó un soldado. — « Porque es más sordo que un tambor », contestó la despierta sirvienta. — « Mande Vd. á buscarle en el acto ». El verdadero pastor vino, en efecto, del monte; pero como en el camino le enteraron de lo ocurrido, el hombre hizo el papel de sordo á maravilla. La ley de amnistía perdonó algún tiempo después á Invernahyle.

El autor le conoció bien y le oyó referir estos episodios en más de una ocasión. Era un magnífico tipo de los antiguos escoceses de las tierras altas, amable, generoso, cortés y valiente hasta el heroísmo. Creo que se alzó en 1715 y en 1745, siendo agente activo en todos los sucesos que ocurrieron en la alta Escocia durante esa era memorable. He oído referir, como una de sus hazañas, el duelo que sostuvo á mandoble con

el célebre Rob Roy Mac Gregor, en Balquidder.

Invernahyle se encontraba en Edimburgo cuando Paúl Jones, el corsario americano, se presentó en el Forth, y, aunque era ya viejo, le vi en armas y exultando (para usar sus mismas palabras) ante la idea de sacar su *claymore* (espada escocesa) una vez más antes de morir. Realmente, en aquella memorable ocasión, cuando la capital de Escocia se vió amenazada por tres barquichuelos, apenas suficientes para haber bombardeado una aldea de pescadores, Invernahyle fué el único hombre que pareció proponer un plan de resistencia. Ofreció, en efecto, á las autoridades, si se podían obtener armas, reunir los highlanders necesarios, en las clases bajas, para acabar con todas las tripulaciones que desembarcaran en la ciudad, llena entonces de calles estrechas y de pasadizos, por donde éstas se dispersarían en busca de botín.

Ignoro si era acertado este plan, aunque lo creo más bien aventurado para las autoridades constituidas, que no podían desear, ni aun entonces, ver armas en manos de los highlanders. Un viento violento del oeste arregló las cosas, barriendo á Paúl Jones y á sus barcos de la ría del Forth.

Si hay algo que rebaje en este recuerdo, no es desagradable compararlo con el de la guerra última, cuando Edimburgo, á más de las fuerzas regulares y de la milicia, suministró una brigada voluntaria de caballería, infantería y artillería, con un efectivo de más de seis mil hombres, dispuesta á repeler una fuerza formidablemente mayor, que la mandada por el aventurero americano. El tiempo y las circunstancias modifican el carácter de las naciones y la suerte de las ciudades; y para un

escocés hay cierto orgullo en pensar que el independiente y viril carácter de un país, dispuesto á confiar su protección á los brazos de sus hijos, si bien se había adormecido por espacio de medio siglo, ha despertado con brillantez durante el curso de su vida.

Otras aclaraciones relativas á *Waverley* se han incorporado al texto, ó figurarán en las notas que van al pie de las páginas correspondientes. Las que sean demasiado largas para ocupar ese lugar, irán como apéndices.

WAVERLEY

O HACE SESENTA AÑOS

CAPÍTULO I

PARA ENTRAR EN MATERIA

El título de esta obra ha sido elegido sin la grave y sólida deliberación que las materias importantes exigen del hombre prudente. Aun su primitiva ó general denominación fué resultado de improbo trabajo, aunque, con arreglo al ejemplo de mis predecesores, no tenía más que echar mano del más sonoro y eufónico sobrenombre que suministre la historia y la topografía inglesa, y elegirlo en seguida como título de mi obra ó nombre de mi héroe. Pero, ¡ay! ¿qué podría sacar el lector de los caballerescos epítetos de Howard, Mordaunt, Mortimer ó Stanley, ó de los más suaves y sentimentales sonidos de Belmont, Belville, Belfield y Belgrave, sino páginas insignificantes y huera, como las que han recibido esos nombres durante la mitad del último siglo? Debo reconocer modestamente que desconfío demasiado de mi propio mérito para ponerme en abierta oposición con mis antecesores. Sin embargo, á la manera del caballero novel, con su aún limpia espada, he dado á mi héroe Waverley un nombre sin manchilla, que no lleva en-

vuelto en su nombre ni poco ni mucho bien ó mal, excepto aquel que el lector quiera atribuirle después de leer estas páginas. Mi segundo título, el suplementario, fué mucho más difícil de elegir, puesto que, siendo corto, debe proporcionar, sin embargo, al autor, algún modo de combinar sus escenas, pintar sus caracteres y disponer sus aventuras. Si yo hubiera escrito en la portada, pongamos por ejemplo: « Waverley, historia de otra época, » habriase cada lector imaginado un castillo apenas inferior al de Udolfo, cuya ala izquierda había permanecido inhabitada mucho tiempo, habiéndose hasta perdido las llaves, ó hallándose en poder de algún posadero viejo, cuyas temblorosas piernas conducen al héroe ó la heroína al derruido recinto, en la mitad del segundo volumen? ¿La lechuza habría lanzado sus melancólicos gritos en semejante título, y hubiera sido posible para mí introducir, faltando á lo que me impone la reserva, una escena que pudiera ser producida por la desvergüenza de un alegre, pero fiel criado, ó la gárrula narración de la doncella de una heroína, cuando está repitiendo las historias de sangre y de horror que ha oído á la servidumbre?

Por otra parte, si mi título hubiera contenido estas palabras « Waverley, novela del tiempo de los Germanos », ¿qué cabeza habría sido bastante obtusa para no imaginarse un abad guerrero, un duque opresor, y alguna secreta y misteriosa asociación de la Rosa Cruz ó de iluminados, con todos los aditamentos de cuernos negros, de cavernas, dagas, trampas que se abren bajo los pies y linternas sordas? O si hubiese preferido llamar á esto « Historia sentimental », ¿no habría sido esto indicación bastante de que se trataba de una heroína de negra cabellera, con un

arpa que distraía sus solitarias horas, que afortunadamente encuentra siempre medio de transportar del castillo á la aldea, aunque ella se ve con frecuencia obligada á saltar de una ventana, y anda por los caminos durante el día, sola y á pie, sin más guía que una rústica campesina, cuya jerigonza puede aquella comprender apenas? O bien, si mi Waverley se hubiera titulado « Historia de la época, » ¿no habrías tú, gentil lector, pedido algún bosquejo de la sociedad elegante, algunas anécdotas de escándalos semi-velados, y tanto mejor si se les refiere crudamente?, ¿una heroína de Grosvenor Square, y un héroe del Barouche-Club ó del Four-in-Hand, con un séquito secundario de elegantes de Queen-Anne Street-East, ó de atrevidos héroes del ministerio de Bow-Street? Podría marchar probando la importancia de un título, y exponiendo al mismo tiempo mi conocimiento íntimo de los ingredientes necesarios para la composición de cuentos y novelas de diversas clases; pero basta ya, pues no quiero seguir excitando la impaciencia de mi lector, quien sin duda está ya ansioso de saber la elección hecha por un autor tan profundamente versado en todas las ramas de su arte.

Así pues, fijando la fecha de mi novela *Sesenta años atrás*, hoy 1.º de Noviembre de 1805, daré á entender á mis lectores que no encontrarán en las páginas siguientes ni una novela de caballería ni un cuento de costumbres modernas, que mi héroe ni llevará hierro en sus hombros ni en los tacones de sus botas, según es actualmente moda en Bond-Street; y que mis señoritos, ni se vestirán de púrpura y con manto, á la manera de la lady Alicia de una antigua balada, ni se reducirán á la primitiva desnudez de un elegante moderno. De esta elección

que hago yo de una era, el crítico entendido deducirá que el objeto de mi narración es más bien describir los hombres que las costumbres. Una historia que de estas trate, debe, para ser interesante, ó referirse á una antigüedad tan remota que la haga venerable, ó debe ser vívido reflejo de aquellas escenas que diariamente pasan ante nuestra vista, y que interesan por su novedad.

Considero, en consecuencia, que la cota de malla de nuestros antepasados y el gabán de pieles de los modernos adinerados, pueden ser igualmente á propósito para el arreglo de una novela; pero, ¿quién, al tratar de hacer impresionante el traje de su héroe, le impondría la corta vestidura del reinado de Jorge IV, sin cuello, con anchas mangas y los bajos agujeros que le servían de bolsillos? Lo mismo puede decirse, con igual verdad, del salón gótico, que con sus ventanas oscuras ó de colores, su elevada y sombría bóveda, y su pesada mesa de roble provista de romero, faisanes y pavos reales, grullas y cisnes, produce excelente efecto en las obras de imaginación. Mucho puede también ganarse por una animada descripción de una fiesta moderna, tal como puede vérselas diariamente en la parte de los diarios que se titula *Espejo de la Moda*, si las comparamos con los esplendores de una representación de hace sesenta años; y así se verá cuántas mayores facilidades tiene el pintor de maneras antiguas ó elegantes que el que dibujó sólo las de la última generación.

Considerando las ventajas inseparables de esta parte de mi asunto, debe entenderse que he tratado de evitarlas en cuanto es posible, aplicándome más bien á pintar el carácter y las pasiones de los actores; — esas pasiones comunes á los hombres en todas las

clases de la sociedad, y que agitaron siempre el corazón humano, ya le cubriera el corselete de hierro del siglo xv, ya la chupa de brocado del siglo xviii, ó la levita azul y el chaleco blanco del año actual de 1805. Es indudable que sobre esas pasiones arrojan luz particular las maneras y las costumbres; pero los rasgos característicos no varían, aunque los tonos sean varios y aun opuestos. El furor de nuestros mayores tenía color de *gules*, y estallaba en actos de abierta y sanguinaria violencia contra los objetos de su ira. Nuestros instintos astutos, que deben buscar satisfacción por mil indirectos caminos, y minar los obstáculos que no pueden ser removidos, parecen más bien teñidos de *sable* (1). Pero el impulso profundo es análogo en ambos casos; y el orgulloso par que hoy sólo puede arruinar á su vecino siguiendo las vías legales, es el genuino descendiente del barón que pegaba fuego al castillo de su enemigo y le tiraba á la cabeza si trataba de escapar á la conflagración. He tratado de que el lector tenga ante la vista un capítulo del libro de la Naturaleza, siempre el mismo, no obstante sus múltiples ediciones.

He tenido algunas ocasiones de comprobación en el estado de la sociedad en la parte norte de Escocia en el período de mi narración, estado que puede servir para variar ó ilustrar las lecciones morales, consideradas por mí como la parte más importante de mi trabajo, aunque comprendo cuán poco alcance tendrán, si no logro hacerlas al mismo tiempo divertidas y entretenidas, tarea más difícil en nuestra generación, dotada de tanto espíritu crítico, que no « *Hace sesenta años* ».

(1) Color negro en heráldica.

CAPÍTULO II

Hace, pues, sesenta años que Eduardo Waverley, el protagonista de las páginas siguientes, se despidió de su familia para ir á reunirse con el regimiento de dragones para el cual acababa de obtener un nombramiento. Fué un día triste en Waverley-Honour aquel en que el joven oficial se marchó en compañía de sir Everardo, el amante tío de cuyo título y propiedades era el joven oficial presunto heredero.

Sus diferentes opiniones políticas habian separado desde muy temprano en la vida al barón Everardo de su hermano segundo, Ricardo Waverley, padre de nuestro héroe. Sir Everardo habia heredado de sus mayores las ideas y prejuicios del partido tory y de la iglesia oficial, que distinguieron siempre á la casa de Waverley desde la gran guerra civil. Por el contrario, Ricardo, diez años más joven, que sabia no tener más fortuna que la del segundón, comprendió que ninguna utilidad podían reportarle aquellas tendencias arcaicas. Desde luego comprendió que para ganar la carrera de la vida era necesario llevar encima el menor peso posible. Los pintores hablan de la dificultad de expresar la existencia de pasiones complejas en las mismas facciones y en el mismo instante : no menos difícil sería para el moralista

analizar los múltiples motivos que se unen para constituir el impulso de nuestras acciones. Ricardo Waverley se penetró de que, conforme dice una antigua balada, « La obediencia pasiva es un lustre ; pero no ofrece resistencia ».

Con todo, es probable que las ideas heredadas habrían dominado en su espíritu, de adivinar que su hermano primogénito, sir Everardo, por causa de un temprano desengaño, estaria aún soltero á la edad de setenta y dos años. La posibilidad de heredarle, por remota que fuera, le habia hecho resignarse á que le llamaran durante la mayor parte de su vida, « Señor Ricardo, el hermano del barón, en la esperanza de ser al fin, sir Ricardo Waverley, de Waverley-Honour, heredero de unos estados de príncipe, y de gran influencia política, como representante de los intereses del condado en el departamento á que aquel pertenecía.

Pero esto no podia adivinarse en los primeros años de Ricardo, cuando sir Everardo estaba en la primavera de la vida, siendo partido muy aceptable para casi toda familia, ya buscara la belleza ó la fortuna, y cuando en el país se hablaba de su inmediato matrimonio, por los menos, una vez al año. El hermano menor no vió, pues, camino de independencia más que en su propio esfuerzo y en la adopción de un credo político más conforme á la razón y á sus intereses que la fe hereditaria de sir Everardo en la Alta Iglesia y en la casa de Estuardo. Por esto empezó su carrera como francamente liberal ó whig y partidario de la casa de Hannover.

Los ministerios de la época de Jorge I hacían entonces toda clase de esfuerzos para disminuir la oposición. La nobleza tory, que dependía para su

reflejado brillo del sol de la corte, se había ido reconciliando poco á poco con la nueva dinastía. Pero la rica burguesía rural de Inglaterra, clase en que residen, con gran parte de las antiguas costumbres y primitiva integridad, gran parte de obstinadas é invencibles preocupaciones, se mantenía en altanera é intratable oposición, dirigiendo miradas de pesar y de esperanza á Bois-le-Duc, Aviñón é Italia, donde residía el Caballero San Jorge, obligado constantemente á cambiar la residencia de su corte ambulante. La adhesión del hermano de uno de aquellos tenaces é inflexibles adversarios fué considerada como un medio de atraer á otros, y por esto Ricardo Waverley encontró inmediatamente favor en el gobierno, más del que merecían sus méritos personales y su importancia política. En tan favorables disposiciones, descubrieron que tenía capacidad para los asuntos públicos, y una vez admitido por el gobierno, su carrera fué rápida. Sir Everardo supo por el *New-Letters*, primero, que Ricardo Waverley había sido elegido miembro del Parlamento por el distrito ministerial de Baterfaith; después, que Ricardo Waverley había tomado parte con distinción en los debates sobre el presupuesto, sosteniendo al gabinete; y, por fin, que Ricardo Waverley había sido honrado con un puesto en uno de esos ministerios, donde el gusto de servir al país se combina con otros importantes beneficios, los cuales son tanto más aceptables cuanto que se les recibe una vez cada trimestre.

Aunque estos sucesos ocurrieron tan rápidamente uno después de otro que la sagacidad del director de un periódico actual habría adivinado los dos segundos mientras anunciaba el primero, á sir Everardo no llegaron sino gradualmente, gota á gota, destiladas

por la fría y lenta *Weekly Letter* de Dyer, oráculo entonces de la nobleza rural del partido tory. Pues debe ser dicho de paso, que en vez de aquellos coches-correos, gracias á los cuales puede cada cual leer por la noche las noticias de la víspera de la capital, que le llegan por veinte conductos contradictorios, en aquella época no llegaba á Waverley-Honour más que la mencionada publicación hebdomadaria, la cual, después de satisfacer la curiosidad de sir Everardo, la de su hermana, y de su anciano mayordomo, pasaba á la Rectoría, de ésta á el alcalde, y del alcalde á los vecinos más distinguidos, y por fin, á los otros, de cuyas manos acababa por salir hecha pedazos al cabo de un mes de su llegada.

Esta lenta sucesión de noticias fué favorable á Ricardo Waverley en el caso presente; pues si la totalidad de cosas tan enormes hubiera llegado de golpe á oídos de sir Everardo, es indudable que el nuevo funcionario habría tenido escasos motivos para jactarse del éxito de su política. Aunque el barón era el mejor de los seres humanos, no dejaba de tener carácter. La conducta de su hermano le había afectado profundamente; la herencia de Waverley no estaba sujeta á ninguna substitución (pues en cabeza alguna cabía que el segundón de la familia pudiera cometer las atrocidades de que le acusaba la *Weekly Letter*); pero el casamiento del propietario podía haber sido funesto para el heredero colateral. Estas diversas ideas cruzaron por el cerebro de sir Everardo, sin llegar, no obstante, á fijarse y transformarse en resoluciones.

Examinó su árbol genealógico, que, lleno de multitud de emblemas de honor y actos heroicos, colgaba de los bien provistos maderajes de su salón. La



descendencia más próxima de sir Hildebrando Waverley, á falta de su hijo mayor Wilfrido, cuyos únicos representantes eran sir Everardo, y su hermano, caía, según dicho árbol y según él sabía muy bien, en los Waverley de Highley Park, con los cuales la rama principal había roto toda clase de relaciones desde el gran proceso de 1670.

Esta rama degenerada había cometido una mayor ofensa contra la fuente y origen de su nobleza por el matrimonio de su representante con Judit, heredera de Oliverio Bradshawe, de Highley Park, cuyas armas, las mismas de Bradshawe el regicida, habían cruzado con las antiguas de los Waverley.

Sin embargo, el recuerdo de este agravio se había borrado de la memoria de sir Everardo en el calor de su resentimiento contra su hermano, y si el notario Clippurse, llamado con urgencia, hubiese llegado una hora antes, había obtenido el beneficio de designar un nuevo heredero del señorío y castillo de Waverley-Honour con todas sus dependencias. Pero una hora de fría reflexión es mucho cuando se emplea en comparar el daño que pueden causar dos medidas opuestas, por ninguna de las cuales se está enteramente decidido. El notario encontró á su cliente sumido en profunda meditación, que él era demasiado respetuoso para turbar, de otro modo que enseñando su papel y su estuche de cuero, preparándose á ejecutar las órdenes de su señoría. Aun este pequeño manejo fué embarazoso para sir Everardo, que lo consideró como un mudo reproche de irresolución. Mirando estaba al escribano casi con deseo de dar su consentimiento, cuando el sol, surgiendo de detrás de una nube, lanzó de golpe su alegre luz á través de las ventanas del oscuro despacho donde estaban. La

vista del barón, al alzarse hacia los resplandecientes rayos, cayó sobre un escudón central donde estaba grabada la misma divisa que sus antepasados llevaron en la batalla de Hastings; tres armiños de plata en campo azur con esta expresión: *Sin mancha*. « Perezca más bien nuestro nombre, exclamó sir Everardo, antes que ver ese antiguo y leal símbolo manchado por la deshonorada estirpe de un traidor cabeza redonda (1) ».

Todo esto fué efecto de un rayo de sol, lo bastante para que el notario Clippurse preparara su pluma. Mas, lo hizo en vano. Sir Everardo lo despidió, encargándole que estuviera dispuesto á presentarse en seguida si se le llamaba.

La aparición del escribano en la residencia fué objeto de largas conversaciones en el mundo de que era centro Waverley-Honour. Pero los políticos más juiciosos de este microcosmos auguraron aún peores consecuencias para Ricardo Waverley de un acto que siguió de cerca á su apostasía. Fué nada menos que una excursión del barón en su carroza de gala, con cuatro lacayos de gran librea, para hacer una visita de cierta duración á un noble par de las cercanías del condado, de irreprochable descendencia y principios tory, feliz padre de seis hijas solteras y llenas de perfecciones.

Esta familia recibió á sir Everardo, según fácilmente se comprende, con mucha amabilidad; pero las preferencias de nuestro buen amigo se fijaron, por desdicha suya, en lady Emilia, la más joven de todas y la cual se apercibió de ello indicando al mismo

(1) Nombre que se dió al partido popular en las guerras civiles inglesas, porque sus hombres llevaban el pelo cortado mientras que los caballeros lo usaban largo.

tiempo que no se atrevía á rechazarlas, pero que nada le agradaban.

Sir Everardo no pudo menos de notar algo singular en la reserva que la joven mostraba ante la corte que él le hacía; pero la prudente condesa le aseguró que aquellos eran los efectos de una educación retirada. El sacrificio habría sido completo, como ha ocurrido en muchos casos análogos, sin el valor de la hija mayor, quien reveló al rico pretendiente que el amor de lady Emilia había escogido ya, en la persona de un joven soldado, próximo pariente. Sir Everardo manifestó gran emoción al recibir esta noticia, que le fué confirmada en una conversación particular por la misma señorita, aunque ésta temía las más terribles manifestaciones de la ira paternal.

En la casa de Warveley el honor y la generosidad eran tradicionales. Así fué que sir Everardo retiró con gracia y delicadeza, dignas de un héroe de novela, su petición á la mano de lady Emilia. Y hasta obtuvo del padre, antes de salir de Blandeville-Castle, el consentimiento á la unión de la muchacha con el hombre que prefería. No se sabe qué argumentos usó para alcanzar este permiso, pues nunca brilló sir Everardo por sus talentos de persuasión; pero inmediatamente después de lo que referimos, el joven oficial ascendió en el ejército con rapidez muy superior á la acostumbrada, cuando el mérito no tiene protector.

El golpe recibido por sir Everardo en esta ocasión, aunque disminuido por la conciencia de haber obrado con generosidad y honradez, produjo efectos en lo restante de su existencia. La resolución de casarse había sido adoptada en un momento de indignación; el trabajo de hacer la corte no concordaba con la

acostumbrada indolencia de sus costumbres; y justamente acababa de escapar al riesgo de unirse con una persona que no podía quererle, sufriendo en su orgullo, si es que no sufría también en su corazón. El resultado de todo esto fué su regreso á Waverley-Honour, sin haber transferido su afecto, no obstante las miradas y suspiros de la linda narradora, que reveló, únicamente por afecto fraternal, el secreto de las relaciones de lady Emilia; y á pesar de las amabilidades, insinuaciones y demás maniobras de la mamá, y de los grandes elogios que el grave lord pronunció sucesivamente de la prudencia, buen sentido, y admirables dotes de sus primera, segunda, tercera, cuarta y quinta hija. El recuerdo de esta infructuosa aventura fué para sir Everardo, como para muchas personas de su carácter, al mismo tiempo tímido, orgulloso, susceptible é indolente, un obstáculo á volver á imponerse análogas mortificaciones y sufrimientos en lo futuro. Siguió, pues, viviendo en Waverley-Honour como un antiguo caballero inglés, de ilustre prosapia y opulenta fortuna. Su hermana, miss Raquel Waverley, presidía su mesa; y ambos fueron convirtiéndose por grados en un solterón y una solterona, los mejores entre los voluntarios del celibato.

La vehemencia del resentimiento de sir Everardo contra su hermano, duró poco; sin embargo, su hostilidad al wigh y al empleado, aunque insuficiente á hacerle tomar medidas contra los intereses de Ricardo, en lo relativo á su derecho de heredar los bienes de familia, continuó á mantener muy frías sus relaciones. Ricardo conocía el mundo y á su hermano bastante bien para saber que, si se andaba con precipitadas satisfacciones, se exponía á convertir el pasivo disgusto en algún principio más activo. La ca-

sualidad restableció á la larga las relaciones entre ambos hermanos. Ricardo se casó, en efecto, con una señorita de elevada cuna, gracias á cuya familia y fortuna esperaba adelantar en su carrera. Y en nombre de su mujer heredó una residencia de cierto valor, á pocas millas de Waverley-Honour.

El pequeño Eduardo, héroe de nuestra historia, que tenía entonces cinco años, era su único hijo. Sucedió que el niño y su aya se paseaban una mañana á una milla de distancia de Brere-wood Lodge, residencia de los padres. Llamóles la atención un magnífico coche tirado por seis vigorosos caballos negros de larga cola, y con tales arreos y adornos que habrían eclipsado á los del alcalde mayor. Estaba esperando á su propietario, que á escasa distancia examinaba las obras de una granja á medio construir. No sé cómo el pequeño Eduardo asoció la idea de los armiños que vió en el escudo de armas con la de su propiedad personal; pero lo cierto es que apenas divisó aquellos emblemas de familia, reclamó el derecho á subir en el espléndido carruaje. El barón llegó en el momento que el aya hacía toda clase de esfuerzos para impedirle que se subiera al coche.

Ocurrió este encuentro en momento muy feliz para Eduardo, pues su tío había estado mirando momentos antes con envidia los tres chicos de los robustos labradores, arrendatarios suyos, que habitaban en la granja reedificada; y ahora en la redonda y sonrosada faz del querubín que tenía delante, muy parecido á él, que llevaba su nombre, y que con tanta energía reclamaba el derecho á ser de su familia, y á obtener su afecto y patrocínios, la Providencia parecía enviarle el objeto más á propósito para llenar sus esperanzas y sus afectos. Así fué que sir Everardo volvió á Wa-

verley-Honour á caballo, mientras el niño y el aya regresaron en el carruaje á Brere-wood-Lodge, con un recado que abría á Ricardo una puerta para reconciliarse con su hermano mayor.

Las relaciones renovadas, de esta manera, continuaron siendo, no obstante, más bien de forma y corteses, que cordialmente fraternales; pero esto bastaba para el deseo de ambas partes. Sir Everardo obtenía en la sociedad de su sobrinito algo en que su orgullo hereditario encontraba el anticipado placer de la continuación de su linaje, y en que al mismo tiempo podían tener satisfacción su deseo de afecto y de amistad; Ricardo veía, en la creciente simpatía del tío y del sobrino, la seguridad de que, si no él, su hijo sería el heredero de los bienes de la familia. Con esto se contentó, pues comprendía que toda tentativa para más cordial reconciliación pondría todo en peligro, dadas las costumbres y las ideas de su hermano.

Así pues, por una especie de convenio tácito, el pequeño Eduardo pasaba la mayor parte del año en casa de su tío, pareciendo como el lazo de la íntima relación entre las dos familias, aunque esta era en realidad, fuera del punto que al niño se refería, puramente ceremoniosa, y se limitaba á recados de pura forma, y á visitas de más pura forma todavía. La educación del chico seguía ya las inspiraciones de su padre, ya las de su tío. Pero de esto se hablará con más detalle en el capítulo siguiente.

CAPITULO III

EDUCACIÓN

La educación de nuestro héroe, Eduardo Waverley, fué más bien irregular. En la infancia su salud, ó al menos así se suponía, que para el caso es lo mismo, se alteraba cada vez que iba á Londres. Por lo cual, tan pronto como sus deberes oficiales, la reunión del Parlamento ó la realización de alguno de sus planes de interés ó de ambición, llamaban á su padre á la capital, su residencia habitual durante ocho meses del año, Eduardo iba á casa de su tío, sufriendo un cambio total de maestros y lecciones, tanto como de residencia. Esto hubiera podido evitarse, si su padre le hubiese confiado á un maestro permanente; pero consideraba que uno, elegido por él, no sería aceptado en Waverley-Honour, y que en caso de designarlo su hermano, el profesor sería para él huésped desagradable, ya que no un espía político. Así es que mientras Eduardo estaba en su casa, se limitaba á confiarlo á su secretario particular, joven instruido é inteligente, para que le diese un par de horas de lección, y dejaba á sir Everardo la responsabilidad de la educación mientras el niño vivía en Waverley.

En este último punto, nada habría que desear, pues sir Everardo encargó de la educación de Eduardo á su capellán, antiguo discípulo de la universidad de Oxford, que había perdido su beneficio por negarse á prestar juramento á Jorge I, y que no sólo poseía las letras, sino que tenía vastos conocimientos en las ciencias y en varias lenguas modernas. Era, sin embargo, viejo y demasiado indulgente, con lo cual y el período que el niño pasaba fuera de su disciplina, se producía tal disminución de su autoridad, que el chico hacía lo que le daba la gana, aprendiendo lo que quería, cuándo y cómo quería.

Tal desorden habría sido fatal para un joven de escaso entendimiento, que, temiendo el trabajo impuesto por la adquisición de los conocimientos, lo hubiera abandonado, excepto en lo que era obligatorio; é igualmente peligroso para un muchacho de más vigor físico que intelectual ó moral, inclinado á pasarse el día entero consagrado al *sport*, á los ejercicios del cuerpo.

Pero el carácter de Eduardo no se parecía ni remotamente á ninguno de los descritos. Su facilidad para aprender era tan grande, que casi parecía intuición, y el principal cuidado de su profesor tenía que ser, impedirle que saliera de los debidos límites ó, en otros términos, que adquiriese los conocimientos de modo ligero y poco apropiado. Además, precisaba dominar otra inclinación perjudicial, frecuente en los jóvenes de fantasía brillante y de vivo talento, esto es, cierta indolencia sólo vencida por determinados motivos de satisfacción, y que renuncia al estudio tan pronto como quedan satisfechos la curiosidad, el placer de triunfar de las primeras dificultades y la novedad del fin perseguido. Eduardo se habría lanzado resuelta-

mente sobre todo autor clásico que su preceptor le indicara, dominando el estilo bastante para comprender el relato, y hubiera terminado el volumen, de agradarle ó interesarle. Pero en vano se pretendía fijar su atención en las distinciones críticas de la filología, las diferencias de lenguaje, la belleza de las expresiones felices, ó las combinaciones de la sintaxis. « Puedo leer y entender un autor latino, decía el joven Eduardo, con la petulancia de los quince años, y no era mucho más lo que podían hacer Bentley y Escalígero. » Ay, mientras le consentían que leyera sólo por distracción y entretenimiento, no se daba cuenta de que perdía para siempre la oportunidad de adquirir hábitos de aplicación sostenida y firme y de apropiarse el arte de dirigir y concentrar las facultades de la mente para más profunda investigación, arte mucho más esencial, que aun la íntima relación con la instrucción clásica, que es el objeto primario del estudio.

Sé que se me puede objetar la necesidad de hacer la instrucción agradable al niño, y de la infusión de miel del Tasso en la medicina preparada para esa edad; pero una época en que se enseña á los jóvenes, las materias más áridas, por medio de métodos suaves fundados en instructivos juegos, poco tiene que temer las consecuencias de que el estudio sea demasiado árido ó severo. La historia de Inglaterra se reduce actualmente á un juego de naipes — los problemas de matemáticas á juegos de paciencia y enigmas, — y las doctrinas de la aritmética pueden aprenderse en grado suficiente, invirtiendo unas cuantas horas por semana en leer una nueva y complicada edición del real juego del Pato. Con un paso más que se dé, y los diez mandamientos pueden enseñarse

del mismo modo, sin necesidad de la cara grave, el tono de recitación y la devota atención exigida hasta ahora á los chicos. Entretanto puede ser objeto de serio examen, si aquellos que están acostumbrados solamente á adquirir la instrucción por medios tan recreativos, pueden no ser inducidos á rechazar lo que se presenta bajo aspecto de estudio serio; si los que aprenden la historia, valiéndose de figuras, pueden dejar de preferir los medios al fin; y si aquellos á quienes se enseña la religión como un entretenimiento, no acabaran por convertir las creencias en una diversión. La indulgencia de sus maestros, consintiendo á nuestro protagonista instruirse únicamente según su fantasía, por lo cual sólo lo hacía en cuanto le tenía de entretenimiento, le fué funesta y ejerció por mucho tiempo acción sobre su carácter, destino y bienestar.

La viveza de imaginación de Eduardo y su ardiente afición á la literatura, no sólo no sirvieron de correctivo á ese mal, sino que más bien aumentaron su violencia. La biblioteca de Waverley-Honour, un gran salón gótico, con doble arcada y una galería, contenía tan variada y extensa colección de volúmenes, como puede suponerse que la reuniría en doscientos años una familia siempre rica y además inclinada, en prueba de esplendor, á llenar sus estantes con las producciones literarias, aunque acumuladas sin gran discernimiento. Eduardo tenía permiso de espigar este campo á voluntad. Su profesor tenía sus propios estudios; las controversias acerca de la política eclesiástica y de la teología, así como cierta afición á la tranquilidad intelectual, si bien no apartaban enteramente su atención de los estudios del joven, le hacían, sin embargo, ser demasiado condes-

endiente, no obligándolo á llevar con orden y método sus estudios.

En cuanto á sir Everardo, nunca había tenido afición á los libros y, lo mismo que su hermana, miss Raquel-Waverley, profesaba la doctrina de que la ociosidad es incompatible con todo género de lecturas y que el seguir con la vista las letras impresas es en sí una tarea útil y meritoria, sin preocuparse de las doctrinas que bajo dichas letras se ocultan. Así pues, por el deseo de entretenerse, deseo que una disciplina mejor habría convertido en verdadera sed de estudio, el joven Waverley se lanzó por el mar de los libros, á manera de bajel sin piloto. Nada hay, tal vez, que crezca tanto por efecto de la indulgencia, como la desordenada costumbre de leer, sobre todo, cuando tantas facilidades para ello se poseen. Creo que una de las numerosas razones por las cuales los jóvenes pobres llegan á adquirir conocimientos más sólidos que los ricos es que, dada igualdad de inteligencia, el estudiante pobre tiene que limitarse á un estrecho círculo en su pasión por los libros, y debe necesariamente llegar á poseer á fondo los que tiene, mientras puede adquirir más. Por el contrario, Eduardo, á la manera del epicúreo que sólo tomaba un pedazo de la parte del melocotón dorada por el sol, no leía volumen que un instante después no dejara de excitar su curiosidad ó su interés; y así ocurrió por fuerza que la costumbre de no buscar en la lectura sino un pasatiempo, hacía cada vez más difícil conseguirlo, hasta que su pasión de leer, como otros apetitos robustos, acabó por producir una especie de saciedad.

Sin embargo, antes de llegar á este grado de indiferencia, había leído, y acumulado en su feliz memo-

ria, muchos libros notables, aunque lo hizo sin discernimiento. En la literatura inglesa, conocía á Milton y Shakespeare; muchos pasajes pintorescos é interesantes de las antiguas crónicas históricas, teniendo especial conocimiento de Spéncer, Drayton y otros poetas, también novelistas, y ya se sabe que nada fascina tanto una imaginación joven como este género, hasta que las pasiones crecen y exigen una poesía de carácter más sentimental. En este punto, su conocimiento del italiano le abrió vasto campo. Había leído atentamente los numerosos poemas románticos que desde los días de Pulci, produjeran con frecuencia los autores de Italia, y buscado distracción en las numerosas colecciones de *novelas*, que el genio elegante aunque sensual de aquel pueblo hizo surgir, siguiendo las huellas del Decameron.

En la literatura clásica había hecho Waverley los acostumbrados progresos, leyendo los autores más renombrados. Los franceses le habían suministrado una casi inagotable colección de memorias, apenas más dignas de confianza que las novelas, y novelas tan bien escritas que casi parecen memorias. Las espléndidas páginas de Froissard, con sus dramáticas y sus deslumbradoras descripciones de guerra y de torneos, figuraban entre sus lecturas favoritas; en los de Brantome y De la Noue aprendió á comparar el áspero y libre carácter de los nobles de la Liga, con el severo, rígido y á veces turbulento del partido hugonote. La española le proporcionó acopio de libros de caballería. Y la primitiva de las naciones septentrionales no escapó á la curiosidad de quien leía más bien para distraer su imaginación que para instruir su inteligencia. Y aun así, sabiendo mucho de lo que la gran mayoría desconoce, Eduardo Waver-

ley podía ser considerado como ignorante, toda vez que no poseía aquellos conocimientos que agregan dignidad al hombre, y le preparan y ornan para ocupar elevada posición en la sociedad.

La vigilancia de sus padres hubiera probablemente evitado esa dilapidación intelectual, producida por tal desorden en las lecturas; pero su madre murió el séptimo año después de la reconciliación entre los hermanos, y Ricardo Waverley, quien después de ese acontecimiento residía casi siempre en Londres, tenía demasiada ocupación con sus proyectos de enriquecimiento y de ambición para ocuparse de su hijo. Creía á éste muy estudioso y probablemente destinado á ser obispo. Si hubiera descubierto y analizado lo que soñaba su hijo, habría sacado conclusiones enteramente distintas.

CAPITULO IV

CASTILLOS EN EL AIRE

Ya he indicado que el gusto delicado, meticoloso y minucioso adquirido por un exceso de lectura inútil, no sólo había incapacitado á nuestro héroe para el estudio serio y eficaz, sino que además le había inspirado repugnancia hacia lo mismo que antes le agradaba.

Estaba en los diez y seis años cuando su continua distracción y su amor de la soledad se hicieron tan visibles, que el afecto de sir Everardo se alarmó. Trató, pues, de combatir esas tendencias deprimentes, tratando de atraer á su sobrino hacia los ejercicios del cuerpo, que fueron el placer de su propia juventud. Pero aunque Eduardo tomó con gusto el fusil por una temporada, apenas la práctica le dió alguna destreza, ya le cansó este pasatiempo.

En la primavera siguiente, la lectura del fascinador volumen del viejo Isaac Walton determinó á Eduardo á hacerse « *hermano de la caña* ». Pero, entre todas las distracciones que inventó la ingenuidad para alivio de la pereza, ninguna peor que la pesca para distraer á un hombre impaciente é indo-

lente á la vez; los anzuelos de nuestro héroe fueron echados pronto á un lado. La sociedad y el ejemplo que, más que cualesquiera otros motivos, dominan y dirigen la natural corriente de nuestras pasiones, hubieran podido ejercer su acostumbrado efecto en nuestro joven visionario. Pero había pocas personas en la vecindad, y los jóvenes de familias distinguidas que conocía no eran á propósito para compañeros suyos, ni para despertar su emulación en las serias ocupaciones que formaban el pasatiempo de la vida.

Había otros jóvenes de mejor educación y de carácter más liberal; pero de cuya sociedad estaba excluido en cierto grado nuestro héroe. Desde la muerte de la reina Ana, sir Everardo había dimitido su puesto en el Parlamento, y como su edad aumentaba, disminuyendo el número de sus contemporáneos, aquel se fué retirando poco á poco de la sociedad; de tal modo que cuando Eduardo se mezclaba con jóvenes bien educados de su categoría y esperanzas, sentíase inferior entre ellos, no tanto por falta de conocimientos como por la de habilidad para sacar partido de los que poseía. La idea de cometer una falta, la más ligera, en materia de cortesía, ya fuese real ó imaginaria, constituía para él verdadera agonía; pues tal vez ni la misma culpa impone á ciertas imaginaciones tanta vergüenza y remordimiento como los que siente un modesto é inexperimentado joven cuando falta á alguna regla social ó provoca el ridículo. Donde no estamos á nuestras anchas no podemos ser felices; y por esto no es de sorprender que Eduardo Waverley gustara poco de la sociedad, creyéndose poco á propósito para ella, simplemente porque todavía no había adquirido la costumbre de vivir en su seno con

llaneza y libertad, proporcionando placer á los demás y recibéndolo de ellos.

Las horas que pasaba con su tío y tía transcurrían oyendo repetir las mismas narraciones del tiempo pasado. Y aun con esto se excitaba frecuentemente su facultad predominante, la imaginación. Las tradiciones de familia y la historia genealógica, temas acostumbrados de los discursos de sir Everardo, son lo contrario del ámbar, que aun siendo una sustancia de valor, contiene á veces moscas, pajas y otras pequeñeces; mientras que aquellos estudios, aunque insignificantes por sí mismos, sirven para perpetuar mucho de lo que es raro y de valor en las antiguas costumbres, y para recordar multitud de curiosos y menudos hechos cuyo recuerdo no había podido conservarse por otro medio. Así es que, si bien Eduardo Waverley bostezaba á veces oyendo repetir la línea de sus antepasados, con sus matrimonios y sus cruzamientos; si bien protestaba interiormente contra la irreprochable exactitud con que el digno sir Everardo recitaba los diversos grados de parentesco entre la casa de Waverley-Honour y los valerosos señores, barones y caballeros con quienes tenía parentesco; si bien (á pesar de sus obligaciones para con los tres armiños emblemáticos) maldecía con frecuencia en el fondo de su corazón los términos de la heráldica, había, sin embargo, momentos en que estas cosas despertaban el interés de su fantasía y retenían su atención.

Los hechos de Wiliberto de Waverley en la Tierra Santa, su larga ausencia y peligrosas aventuras, su supuesta muerte y su regreso la noche en que la prometida de su corazón se había unido con el héroe que la protegiera contra el insulto y la opresión durante

su ausencia; la generosidad con que el cruzado renunció á sus pretensiones y buscó en un claustro vecino la paz que no se pierde, estas y otras historias parecidas las oía hasta que se inflamaba su corazón y se le llenaban de lágrimas los ojos.

No menos se conmovió cuando su tía, miss Raquel, narró los sufrimientos y la fortaleza de lady Alicia Waverley durante la guerra civil de las Dos Rosas. Las benévolas facciones de la venerable tía tomaban majestuosa expresión, al referir, cómo Carlos, después de la batalla de Wórcester, buscó asilo por un día en Waverley-Honour, y cómo al acercarse una tropa de caballería á cercar la casa, envió á su hijo más joven al frente de un grupo de criados á efectuar, á costa de su vida, una diversión, á fin de que el rey tuviera tiempo de huir. « Dios le ayudó, continuaba miss Raquel, fijando la vista en el retrato de la heroína á la vez que hablaba, si bien pagó muy cara la seguridad de su príncipe con la vida de su adorado hijo. Trajéronlo aquí prisionero, herido mortalmente, y es posible ver aún el rastro de las gotas de su sangre desde la puerta de la sala grande, á la largo de la galería pequeña, y desde allí al salón, donde lo depositaron para morir á los pies de su madre. Pero ambos estaban satisfechos, pues el herido comprendió por el brillo de los ojos de su madre, que se había alcanzado el objeto de su sacrificio.

« Recuerdo, seguía diciendo, haber conocido á una persona que le trató y le amó. Miss Lucía St.-Aubin vivió y murió soltera en su recuerdo, aunque era una de las más hermosas y ricas herederas del país. Todos la querían; pero ella vistió los velos de viuda toda su vida por el pobre Guillermo, pues ya estaban prometidos, aunque no casados, y murió...

no recuerdo la fecha... pero fué en el mes de Noviembre de aquel año en que, sintiéndose acabar, deseó ser transportada á Waverley-Honour una vez más, y visitó todos los sitios donde había estado con mi tío, haciendo levantar las alfombras para ver los rastros de la sangre; y si las lágrimas hubieran podido borrarlos, no estarían ahora allí, pues no quedó un ojo seco dentro de la casa. Puedes creer, Eduardo, que hasta los árboles vistieron luto por ella; cayéronse las hojas sin que hubiera pizca de viento, y en tal estado quedaron, que parecía imposible verlos verdes otra vez. »

Nuestro protagonista buscaba los puntos solitarios para engolfarse en esas fantasías. Sentábase en un rincón de la ancha y sombría biblioteca, sin más luz que la que difundían las moribundas antorchas sobre su extenso atrio, y allí se entregaba á la divagación que los sucesos pasados ó imaginarios producen en la mente, cuando se les imagina en acción. Entonces surgía ante su mente el esplendor de una fiesta de boda en el castillo de Waverley, la elevada y enflaquecida figura de su verdadero dueño, al volver de su peregrinación, para ser espectador inesperado del casamiento de su supuesto heredero con su prometida; la descarga eléctrica producida en su pecho por este descubrimiento; el llamamiento de los vasallos á las armas; el asombro del novio; el terror y confusión de la desposada; la agonía con que Wiliberto que en aquellas nupcias entraba tanto el corazón como el consentimiento; el aspecto de dignidad y profundo sentimiento con que vuelve á la vaina la ya medio desnuda espada, saliendo para siempre de la casa de su mayores.

Luego cambiaba la escena, y se imaginaba repre-

sentar la tragedia de su tía Raquel, la cual veía á lady Waverley tendiendo el oído á todos los rumores, compartido su corazón entre doble agonía, percibiendo cada vez menos las pisadas del caballo del príncipe, que se aleja; y, cuando aquellas se extinguen, creyendo distinguir en cada soplo de la brisa, en cada rumor de los árboles del parque, el ruido de un combate remoto. Distínguese al fin un sonido semejante al del torrente que avanza; acércase, y Eduardo percibe el galope de los caballos, los gritos y temor de los hombres, en medio de pistoletazos, y todo se acerca al castillo. La señora permanece en pie, llena de terror... pero ¿á qué continuar esta descripción?

Como nuestro héroe encontraba cada día nuevo encanto en ese mundo ideal, toda interrupción le resultaba desagradable. En general se daba el nombre de Waverley Chase á la espaciosa propiedad que rodeaba el castillo y que excedía con mucho las dimensiones de un parque. Al principio no era sino un bosque, el cual, si bien cortado por vastas calvas, donde iban á corretear los corzos nuevos, seguía conservando su antiguo carácter agreste. Cruzábanlo anchas alamedas medio llenas de malezas en muchos puntos; pero donde las bellezas de antaño solían colocarse para ver á los lebreles corriendo el ciervo, ó para tratar ellas mismas de herirlo con sus flechas. Referíase que desde un sitio notable por un monumento gótico, cubierto de musgo, que allí había, y que conservaba el nombre de *Parada de la reina*, Isabel de Inglaterra en persona atravesó siete corzos con sus propias flechas. Ese era el lugar adonde Eduardo Waverley se dirigía de preferencia. Algunas veces se ausentaba con su fusil y su perro, lo cual le servía de pretexto para con los demás, y con un libro en el bolsillo, lo

que era un pretexto para sí mismo. Tomaba por una de esas largas avenidas de Waverley-Chase que, después de subir unas cuatro millas, se estrechaba paulatinamente, no formando al cabo de poco sino un desigual y estrecho sendero, á través del desfiladero pedregoso y montés llamado *Mirkwoo-Dingle*, para terminar de pronto en un pequeño lago, sombrío y profundo, que por esto llamaban *Mirkwoo-Mere*. En otros tiempos se había alzado allí, en una peña casi enteramente rodeada de agua, una torre solitaria, que se denominó la *Fortaleza de Waverley*, porque en tiempos de peligro sirvió con frecuencia de asilo á esta familia.

Allí fué donde, al fin de las guerras de York y de Láncaster, los últimos partidarios de la Rosa Encarnada continuaron una lucha de partidas y de saqueo, hasta que tomó ese castillo el famoso Ricardo de Glócester. Allí se mantuvo también largo tiempo una tropa de Caballeros, al mando de Niger Waverley, hermano primogénito de aquel Guillermo cuyo destino narró miss Raquel. En esos lugares gustaba Eduardo de entregarse á reflexiones ya suaves, ya amargas. Como un niño en medio de sus juguetes, entreteníase allí en escoger las figuras y los brillantes, pero vanos emblemas, de que estaba poblada su imaginación, para componer visiones, tan brillantes y fugitivas, como las de una tarde de estío. En el capítulo siguiente veremos el efecto que esta costumbre tuvo en su humor y en su carácter.

CAPITULO V

ELECCIÓN DE UNA CARRERA

Después de los minuciosos detalles que he dado acerca de las ocupaciones de Waverley, y la dirección inevitable que tenían que imprimir á su mente, el lector cree tal vez que en mi historia voy á presentarle una imitación de la novela de Cervantes; pero juzgaría mal de mi prudencia si tal pensara. Mi propósito no es seguir las huellas de este inimitable autor, ni pintar como él la perversión total de la inteligencia que desnaturaliza los objetos en el mismo instante en que hieren nuestros sentidos. Lo que trato de describir es ese otro desorden del espíritu, mucho más frecuente, que permite ver las cosas en su realidad; pero comunicándole los tonos de su propio colorido romántico.

Eduardo Waverley estaba lejos de creer que hallaría en los demás su manera de ver y de sentir, ó de que el estado de las cosas en su tiempo permitiría realizar las visiones á que le gustaba entregarse. Por el contrario, nada temía tanto como dejar traslucir los sentimientos que eran fruto de sus ensueños. No tenía confidente alguno á quien comunicar sus reflexiones

y no deseaba tenerlo; comprendía tan bien lo ridículo de aquéllas, que si hubiese tenido que elegir entre un castigo que no tuviera nada de ignominioso y la necesidad de darse por sí mismo cuenta fría y exacta del mundo ideal en que pasaba la mayor parte de su tiempo, creo que no habría vacilado en aceptar de preferencia el castigo. Esta vida concentrada se le hizo más preciosa cuando con los años sintió el influjo de las pasiones nacientes. Entonces empezaron á desempeñar un papel en sus aventuras ideales creaciones de gracia y belleza perfectas, y no tardó en mirar en torno suyo para comparar las mujeres del mundo real con las de su imaginación.

La lista de las beldades que cada domingo desplegaban sus galas semanales en la iglesia parroquial de Waverley, no era escogida ni numerosa. La más aceptable era sin discusión miss Sissly, ó según ella prefería que la llamaran, miss Cecilia Stubbs, hija del escudero Stubbs de la Grange. No sé si era por la mayor casualidad del mundo — frase que, al ser pronunciada por una mujer no excluye la premeditación, — ó por tener aficiones parecidas; pero lo cierto es que miss Cecilia y Eduardo se encontraron con frecuencia en los paseos por Waverley-Chase. El joven no había tenido aún valor para hablarle, mas esos encuentros habían producido su efecto. Un amante romanesco es un idólatra extraño que con frecuencia no se preocupa de la madera con que fabrica el objeto de su adoración; bástale con que la naturaleza haya dado á este objeto una porción pasadera de encantos personales, para que desempeñe fácilmente el papel del joyero y del derviche del cuento oriental, encontrando en los tesoros de su imaginación con que dotarla espléndidamente de belleza sobrenatural y de las inestima-

bles cualidades del ánimo. Pero antes de que los encantos de miss Cecilia Stubbs la hubieran elevado á la categoría de diosa ó colocádola por lo menos á igual altura que la santa de su nombre, tuvo miss Raquel Waverley algunas sospechas, que la determinaron á evitar la apoteosis que se preparaba. En estos asuntos, las mujeres más sencillas é ingenuas tienen siempre (¡ que Dios las bendiga!) una penetración de instinto que llega algunas veces á hacerles descubrir inclinaciones que jamás han existido, pero que pocas veces deja de observar cuanto pasa ante su vista. Miss Raquel procuró con gran prudencia eludir el peligro más bien que combatirlo; é hizo comprender á su hermano lo indispensable que era que el heredero de la casa viese algo más mundo que el que le era posible contemplar no moviéndose de Waverley-Honour.

Sir Everardo rechazó al principio una idea que tendía á separarle de su sobrino. Convino en que Eduardo tenía demasiada afición á los libros; pero siempre había oído decir que la juventud era la edad de aprender. Probablemente, una vez que el joven calmara su deseo de saber, llenando de conocimientos su cerebro, se entregaría á las diversiones de la caza y á las ocupaciones campestres. Demasiado sentía él no haber consagrado en su adolescencia algunas horas á aprender; no por ello habría sido cazador menos diestro y en cambio habría podido hacer resonar las bóvedas de San Esteban (1) con discursos algo más extensos que esos *No* llenos de ardor con que se oponía á todas las medidas del gobierno,

(1) Ahí se celebran las sesiones de la Cámara de los Comunes. Los *No*, los *Si*, los *hear, hear* (oíd, oíd, bien, bien) son los monosílabos de los miembros á quienes el cielo negó el don de la palabra.

cuando fué miembro de la Cámara de los Comunes, en tiempos del ministerio Godolphin (1).

Sin embargo, las inquietudes de la tía Raquel le proporcionaron bastante habilidad para conseguir su objetivo. Á este efecto, recordó que todos los representantes de la familia, antes de establecerse en la residencia de Waverley por el resto de sus días, habían viajado por el extranjero ó servido á su país en el ejército; y para probar la verdad de su aserto, invocó el árbol genealógico, autoridad que sir Everardo no había rechazado nunca. En resumen, propúsose á mister Ricardo Waverley que dejara viajar á su hijo en compañía del preceptor mister Pembroke. Como la liberalidad del barón debía hacer todos los gastos, el padre no puso obstáculo alguno; pero como hablara del asunto incidentalmente en una comida del ministro, este grande hombre pareció preocupado y expuso reservadamente sus razones. Dijo en efecto á mister Ricardo que consideraba imprudente que un joven de tanto porvenir viajara bajo la dirección de un preceptor elegido por su tío, cuyas ideas eran conocidas. ¿Qué personas vería en París el caballero Eduardo Waverley? ¿Cuál sería su sociedad en Roma, donde el pretendiente y sus hijos le tenderían toda clase de lazos? — Mister Waverley debía tener en cuenta todo esto. El ministro añadió que su Majestad apreciaba demasiado los servicios de mister Ricardo Waverley para que negara á su hijo, si éste quería entrar en el ejército por algunos años, el mando de una compañía en alguno de los regimientos de dragones que acababan de volver de Flandes.

(1) Godolphin (Sydney, conde de), lord tesorero de Inglaterra, fué ministro con los Estuardos, de los cuales se separó después por seguir al príncipe de Orange.

No era posible desdeñar impunemente esa proposición, en que el ministro insistió; y á pesar de su temor á herir las preocupaciones de su hermano, Ricardo Waverley creyó no poder rechazar el nombramiento que le ofrecían para su hijo. Es cierto que contaba mucho, y no se equivocaba, con el cariño de sir Everardo á su sobrino, y no era probable que guardase rencor á éste por someterse á la autoridad paterna. En seguida escribió al barón y á Eduardo para enterarles de lo ocurrido. En la carta á su hijo, se limitaba á darle la noticia, explicándole los preparativos que tenía que hacer para unirse á su regimiento; pero en la carta dirigida á su hermano era más difuso y empleaba más circunlocuciones, conviniendo con él, en los términos más lisonjeros, en la necesidad de que su hijo viera el mundo, y expresándole, casi con humildad sus sentimientos de gratitud por su generosa conducta; pero lamentaba que Eduardo no pudiera seguir en aquel momento el plan trazado por su mejor amigo y bienhechor. Él había pensado con disgusto en la inacción de aquel joven, á una edad en que todos sus antepasados habían llevado las armas.

Su Majestad había tenido la bondad de enterarse de si el joven Waverley no estaba en Flandes, á una edad en que su abuelo había vertido ya la sangre por el rey en la gran guerra civil: y esta pregunta vino seguida del ofrecimiento de una compañía de dragones. ¿Qué podía hacer él? Le había faltado tiempo para consultar á su hermano, aun en el caso de poder pensar que no le agradara ver á su sobrino siguiendo la gloriosa carrera de su mayores. En fin, para terminar, añadía que Eduardo, después de haber saltado, con extraordinaria rapidez, por los

grados de corneta y teniente, era entonces el capitán Waverley, en el regimiento de dragones de Gardiner, al cual debía unirse en sus cuarteles de Dundee, Escocia, en el plazo de un mes.

Sir Everard Waverley recibió esta noticia con mezcla de emociones diversas. En la época en que la casa de Hannover subió al trono, se retiró del Parlamento, y su conducta, en el año memorable de 1715, no había estado á cubierto de la sospecha: entonces se habló de revistas secretas de arrendatarios á caballo, efectuadas á la luz de la luna en Waverley-Chase, de cajas llenas de fusiles y pistolas, compradas en Holanda y enviadas al barón; pero que fueron interceptadas por un oficial montado de la aduana, al cual, en recompensa de su celo mantearon, una tenebrosa noche, varios robustos campesinos. Hubo más: dijose que al ser detenido sir Guillermo Wyndham, jefe del partido tory, se le encontró encima una carta de sir Eduardo; pero en esto no había un acto positivo de rebelión que pudiera ser base de acusación contra él, y el gobierno, contento de sofocar la insurrección de 1715, creyó que no era prudente ni seguro extender su venganza más allá de los infelices que habían tomado abiertamente las armas.

Sir Eduardo no manifestó temor personal alguno que pareciese justificar los rumores que circulaban entre los whigs de la vecindad. Era público que había ayudado con su bolsillo á los infelices habitantes de Northumberland y de Escocia que, hechos prisioneros en Preston, fueron encerrados en las cárceles de Newgate y de Marshalsea; y de la defensa de algunos de esos infortunados se encargaron su propio abogado y procurador. Sin embargo, suponíase

generalmente, que si los ministros hubiesen tenido verdaderas pruebas de su participación en el levantamiento, él no se habría atrevido á desafiar de este modo al régimen existente, ó, por lo menos, no lo habría hecho con impunidad. Los sentimientos que, en aquel tiempo de turbulencias, habían dirigido su conducta, eran los de un joven; á partir de entonces el *jacobitismo* de sir Everard había ido disminuyendo, como fuego que se apaga por falta de leña. De tiempo en tiempo, al llegar las elecciones y en las legislaturas trimestrales, hallaba materia para conservar y manifestar sus principios como tory y partidario de la Iglesia oficial; pero sus opiniones acerca del derecho hereditario habían caído en una especie de desuso. Érale duro, sin embargo, ver á su sobrino sirviendo á la dinastía de Brunswick, tanto más cuanto que, independientemente de la importancia que su conciencia atribuía á la autoridad paterna, hubiérale sido imposible, ó por lo menos habría sido imprudente, interponer la suya para impedirlo. Esta contrariedad, que no podía dejar traslucir, le hizo lanzar diversas expresiones de malhumor, que se atribuyeron á un incipiente ataque de gota; hasta que, habiéndose hecho traer el escalafón del ejército, el digno barón se consoló encontrando en él los nombres de los Mordanut, Granville y Stanley, casas todas de probada lealtad política; y haciendo un llamamiento á sus sentimientos de grandeza de familia y de gloria militar, desdijo con lógica análoga á la de Falstaff, que cuando estaba á punto de sobrevenir la guerra, había más afrenta en permanecer inactivo que en combatir por un partido, aunque fuera el que llevaba encima el estigma de la usurpación.

En cuanto á miss Raquel, aunque las cosas no habían salido según su deseo, tuvo que someterse á las circunstancias, y distrajo su pesar ocupándose del equipaje militar de su sobrino, y se consoló con la esperanza de verle lucir su uniforme.

Por su parte, Eduardo experimentó la más viva emoción y la mayor sorpresa al leer la carta de su padre. Sirviéndome de las expresiones que emplea uno de nuestros hermosos poemas antiguos, como el fuego que se pega á un campo de brezos que cubre de humo una colina solitaria, iluminándola al mismo tiempo con oscura llama. Su preceptor ó, mejor dicho, mister Pembroke, pues éste tomaba rara vez aquel título, recogió en el cuarto del joven algunos fragmentos de versos que parecían compuestos en el primer instante de agitación causada por la página que iba de pronto á volverse en el libro de su vida. El doctor, que creía en la excelencia de todas las composiciones poéticas de sus amigos, con tal que estuvieran copiadas en líneas que empezasen por una letra mayúscula, comunicó este precioso tesoro á la tía Raquel, la cual lo leyó con sus anteojos húmedos de lágrimas, la puso en su libro de notas, entre recetas de guisos y de medicina, textos de la Santa Escritura, fragmentos de sermones de la iglesia episcopal anglicana, y algunos cantares de amor ó jacobitas que había aprendido en su juventud. Este ensayo poético de su sobrino fué sacado de esa colección, cuando la pusieron en manos del editor de esta memorable historia, con otros títulos auténticos de la familia Waverley. Aunque no interesen gran cosa al lector, servirán, por lo menos, con preferencia á cualquier otro relato, para que se dé cuenta de lo que faltaba á nuestro héroe para ser un buen poeta :

« El astro del día iluminaba con sus últimos rayos las cañadas de Merkwood-Mere; y en el agua del lago se pintaban alternativamente el oro del sol, la púrpura de la nube, reflejándose en su cristal la imagen del promontorio y de la ribera risueña, la de la alta roca y de la antigua torre, cuyas ruinas llevaban el sello del pasado. En ese fiel y límpido espejo dibujaba su silueta la flor de los campos, y el árbol cercano hacía ver también sus poblados brazos encorvados con gracia. Las aguas parecían ocultar bajo su superficie otro mundo, en que la inquietud cruel, el roedor aburrimento, no podían encontrar sitio, mientras es imposible arrojarlos del nuestro.

« Pero pronto el lejano soplo de los vientos de otoño despertó al genio del todavía tranquilo lago; éste oyó el sordo gemido del roble, y á la manera que un arrogante guerrero toma su panoplia cuando el ruido de los combates le llama á cumplir su deber, lavántase al instante, cúbrese con su negro manto; su frente, cubierta de espuma, se arruga con negros surcos desde que ve al huracán apretarle de cerca; palidece de furor; y su orgullosa cabeza, sacudiendo con sus erizadas crines los bosques, manda á sus olas que hablen como un trueno. La orden se cumple. La onda se hincha, muge, la ola sigue á la ola y va á chocar con la tierra, y, ese mundo ideal, ese mundo feliz, perece. Y, sin embargo, ese súbito cambio fué para mí manantial fecundo de extraño placer. Mientras el huracán luchaba con la onda, de pie sobre la torre, sentía yo en mi seno un movimiento secreto, una voz que sin dificultad se alzaba para contestar á aquellos mugidos; pero lamentaba, sin embargo, el término de aquella amable escena, aunque gozaba con el choque de los elementos.

« Así disipa la verdad los ensueños de la juventud; así destruye la suave visión en que se mecía la poco avisada adolescencia, á la manera que se desvanece el brillante paisaje que adornaba antes las aguas del lago. Si sus atractivos son un momento iguales, también dura lo mismo su posesión. Así ve también la imaginación desvanecerse la seductora imagen que cautivaba su entusiasmo: sueños de amor, suave poder de los encantos vienen á ser reemplazados por el honor y por las armas. »

Hablando en plata, esa composición poética significaba que la pasajera imagen de miss Cecilia Stubbs se borró del corazón del capitán Waverley en medio de la turbación que en él excitaron sus nuevos destinos. El domingo en que Eduardo asistió por última vez al servicio divino, en la antigua iglesia de su parroquia, miss Cecilia se presentó con todo su esplendor en el banco de su padre; en cuanto á Eduardo, invitado á ello por sus tíos, y sin hacerse rogar, se determinó á presentarse de gran uniforme.

No hay medio más seguro de no tener demasiado buena opinión de los demás que haberse formado una excelente de sí mismo. Miss Cecilia había empleado todos los recursos que el arte puede ofrecer á la belleza; pero ¡ay! los cestitos, los lunares, el pelo rizado, y un traje nuevo de verdadera seda francesa, fueron cosa de poca monta para un joven oficial de dragones que se ponía por primera vez su sombrero con galones, sus botas y su sable. Ignoro si, pareciéndose al campeón de una antigua balada,

Sólo le atraía el honor...

Y en vano los ojos de una hermosa,
Habrian querido tocar su corazón;
Para ella era de hielo;

ó si los alamares brillantes y bordados de oro que cubrían su pecho desafiaban la artillería de los ojos de miss Cecilia ; pero ninguno de los dardos que le fueron lanzados le alcanzó.

Pero vi donde cayó la flecha de Cupido ;
Seguramente no fué sobre una flor campestre,
Sino sobre Jonás, la flor de los galanes de la comarca,
El hijo de Bulbertfield, intendente de su señor.

Pidiendo perdón por estas citas, pues hay ocasiones en que no puedo resistir al deseo de hacerlas, tengo el sentimiento de anunciar el hecho melancólico de que mi historia debe no ocuparse ya más de la hermosa Cecilia, la cual, como otras muchas hijas de Eva, después de la partida de Eduardo y de la pérdida de algunas ilusiones que se había hecho, se contentó tranquilamente con lo que pudo. Al cabo de seis meses dió su mano al mencionado Jonás, hijo del intendente de sir Everardo, heredero de la fortuna de un intendente, perspectiva que no dejaba de tener sus atractivos y que además presentaba la agradable probabilidad de suceder á su padre en el empleo. Estas consideraciones pudieron convencer á míster Stubbs, y su hija encontró razones para aceptar la proposición que le hacían en la varonil belleza y el aspecto de buena salud de su pretendiente. Dejéronse, pues, de escrúpulos respecto á la cuna y se efectuó el matrimonio. Nadie lo vió con mayor satisfacción que la tía Raquel, quien hasta entonces, y en el grado que su buena condición se lo permitía, había mirado un tanto de reojo á aquella presumida. Mas, cuando vió á los novios en la iglesia, se dignó honrar á la joven desposada con una sonrisa

y una profunda reverencia, delante del rector, del subvicario, del sacristán y de los capítulos reunidos de las parroquias, de Waverley y de Beverley.

Suplico de una vez para siempre, á aquellos de mis lectores que sólo leen novelas para entretenerse, que me perdonen si les canso tan á menudo con esa antigua política de *whigs* y *tories*, de *jacobitas* y *hannoverianos* ; pero lo cierto es que sin ello mi historia sería ininteligible. Mi plan exige que yo explique los motivos en que se funda la acción ; y precisamente esos motivos tienen su origen en los sentimientos, las preocupaciones y los partidos de entonces. No invito á mis hermosas lectoras, quienes por su sexo y su natural impaciencia tienen sobre todo derecho á quejarse de esos detalles, á que se embarquen en una carroza arrastrada en los aires por alados caballos ó que ande por artes de encantamiento. No, mi carruaje es una humilde diligencia inglesa, de cuatro ruedas, que sigue el camino real. Los que de ella no gusten, pueden apearse aquí, esperando á que pase la alfombra maravillosa del príncipe Hussein, ó la garita volante del tejedor Malek de las *Mil y una noches*. Los que consientan en continuar el viaje, se verán quizás expuestos al inseparable aburrimiento de una carretera poco llana, de montes escarpados, de baches y otros inconvenientes de este pícaro mundo. Pero gracias á caballos regulares y á la habilidad del cochero (estilo de los anuncios), me comprometo á llegar lo antes posible á un país más pintoresco y más romántico, si mis viajeros consienten en no impacientarse.

CAPITULO VI

LA DESPEDIDA DE WAVERLEY

En la noche de aquel memorable domingo, sir Everardo entró en la biblioteca y, por un poco más, sorprendía á nuestro joven héroe ejercitándose en la esgrima con la histórica tizona de sir Hildebrando, que, conservada como preciosa herencia, permanecía colgada encima de la chimenea, debajo del retrato ecuestre del caballero, cuyas facciones estaban casi enteramente ocultas por un bosque de cabellos rizados, como el Bucéfalo lo estaba por el ancho manto de la orden de caballero del Baño con que el caballero estaba condecorado.

Entró, pues, sir Everardo, y después de lanzar una mirada al retrato y otra á su sobrino, empezó un pequeño discurso, que pronto tomó la natural sencillez de su tono acostumbrado. — « Sobrino — le dijo; pero deteniéndose como para corregirse, continuó: — Mi querido Eduardo, te separas de nosotros para seguir la carrera militar, en que se han distinguido tantos de nuestros mayores, así lo quiere la voluntad de Dios, y la de tu padre, al cual debes obediencia después de Dios. He tomado todas las disposiciones

necesarias para que puedas entrar en campaña, según conviene al descendiente y al heredero de los Waverley. Me atrevo á esperar que en el campo del honor recordarás el nombre que llevas... Eduardo, mi querido hijo, acuérdate también de que eres el último de esta familia; que en ti solo descansa la esperanza de verla perpetuarse. Evita, pues, los peligros — quiero decir, los inútiles, — en cuanto el deber y el honor lo permitan. Huye de la sociedad de los libertinos, de los jugadores y de los whigs, de los cuales es probable encuentres gran número en tu carrera. Me han dicho que tu coronel es un hombre excelente, aunque presbiteriano. Y no olvides nunca tus deberes para con Dios, la iglesia anglicana y... (iba á añadir, según la fórmula, *el rey*; pero como, por desgracia, en las circunstancias de entonces, esa palabra envolvía para él un conflicto, entre el *de hecho* y el *de derecho*, dió á su frase otro giro) para la iglesia anglicana y *las autoridades constituidas.*» No atreviéndose á lanzarse en más desarrollos oratorios, llevó á Eduardo á las cuadras para enseñarle los caballos que le destinaba: Dos eran negros (color de los del regimiento), magníficos caballos de escuadrón; otros tres, igualmente vivos y fuertes, debían servir para el camino ó para los criados: debían acompañarle dos de la casa y, si necesitaba un tercero, podría tomarlo en Escocia.

— Te pondrás en camino, dijo el barón, con un séquito muy modesto, si le comparamos con el de sir Hildebrando, cuando pasó en revista, delante del castillo, su cuerpo de caballería más numeroso que tu regimiento entero. Habría deseado que los veinte muchachos de mis posesiones que se han alistado en tu compañía salieran contigo para Escocia, y esto ha-

bría sido ya algo ; pero me han dicho que semejante cortejo sería considerado como un anacronismo, hoy que se trata por todos los medios posibles de romper los lazos naturales de dependencia que unen al vasallo con el señor.

Sir Eduardo no había descuidado ningún medio para corregir esa mala tendencia de los tiempos. En cierto modo, había dorado la cadena que debía unir á los reclutas con su joven capitán, no sólo con una abundante comida de adiós en que la cerveza y la carne no fueron economizadas; sino también con un donativo pecuniario más á propósito para conservar durante el camino el gusto por las comodidades que la disciplina.

Después de examinar los caballos, sir Everardo llevó de nuevo á la biblioteca á su sobrino y le entregó una carta doblada con cuidado, atada en cruz, conforme á la costumbre de la época, con una pequeña madeja de seda cruda, y sellada con las armas de la familia de Waverley. Esta epístola llevaba puesta la dirección con toda la etiqueta de entonces : — *A Cosme Comyne Bradwardine, escudero de Bradwardine, en su principal morada de Tully-Veolan, en el condado de Perth (Escocia); para serle entregada por Eduardo Waverley, sobrino de sir Everardo-Waverley Honour, barón.*

El caballero designado en esta larga dirección, y del cual tendremos ocasión para hablar más extensamente, había tomado las armas en 1715 por los Estuardo desterrados, siendo hecho prisionero en Preston, condado de Láncaster. Era de familia muy antigua ; pero su fortuna se encontraba en situación poco brillante; era un sabio á la manera escocesa, esto es, de ciencia más difusa que exacta: más bien había

leído que estudiado. Según parece, dió una prueba singular de su afición á los clásicos. En el camino de Preston á Londres logró escapar de manos de los guardias ; pero lo encontraron rondando junto al sitio anterior y, reconocido, fué preso otra vez. Como sus compañeros, y aun los soldados que le escoltaban se admirasen de su imprudencia preguntándole el motivo, contestó que su propósito había sido alejarse lo más posible, poniéndose en franquía; pero que volvió de buena fe á buscar su *Tito Livio*, que en la precipitación de la huída había olvidado.

Este rasgo de naturalidad llamó la atención del abogado que, según ya hemos dicho, defendió á algunos de esos infortunados, á expensas de sir Eduardo y de otras personas quizás. Aquel era también apasionado del historiador de Padua, aunque probablemente su celo no le habría llevado á cometer la misma extravagancia, aunque se hubiese tratado de recobrar el *Tito Livio* de Sweynheim y de Paunarts (que pasa por la *editio princeps*). No por esto dió menos valor al entusiasmo del escocés, y tanto hizo por descubrir vicios de forma en el proceso, para alterar y atenuar las declaraciones adversas, *et cætera*, que logró salvar á Cosme Comyne Bradwardine de ciertas consecuencias muy desagradables de una acción intentada en los tribunales de Westminster, ante nuestro soberano señor el rey.

El barón de Bradwardine, según le llamaban generalmente en Escocia, aunque sus amigos le daban más bien el de Tully-Veolan y aun el de Sully, apenas se vió libre de proceso, *rectus in curia*, fué en silla de posta al castillo de Waverley Honour para presentar sus respetos á sir Everardo y darle las gracias. La misma pasión por la caza y la conformidad gene-

ral de opiniones políticas, cimentaron su amistad, á pesar de la diferencia de sus estudios y costumbres bajo otros aspectos. Después de una estancia de varias semanas, Bradwardine se despidió de sir Everardo, con grandes protestas de estima, é insistiendo para que el barón le devolviera su visita, á fin de cazar juntos los gallossilvestres en sus brezos del condado de Perth. Algún tiempo después, Bradwardine envió de Escocia una cantidad para reembolsar los gastos de su proceso ante el Supremo tribunal del rey, en Westminster. Aunque esta suma, reducida á moneda inglesa nó pareciera tan grande como lo era en su forma primitiva de libras, chelines y peniques de Escocia (allí la libra no valía más que un franco veinticinco céntimos), hizo tal impresión sobre Duncan Macwheeble, el intendente del *laird* y su banquero, que tuvo cólicos durante cinco días, ocasionados única y enteramente, según decía, por el dolor de ser el instrumento destinado á hacer salir tanto dinero de su país natal, para enviarlo á esos pérfidos ingleses. Pero si el patriotismo es el más hermoso de los sentimientos, también es con frecuencia sospechoso disfraz; varias personas, que conocían á Duncan Macwheeble estaban persuadidas de que su pesar no era completamente desinteresado, y que habría sentido menos el dinero pagado á los merodeadores de Westminster, si no hubiese salido de las tierras de Bradwardine; cuyas rentas estaba acostumbrado á considerar como suyas propias; pero él protestaba de su absoluto desinterés:

Lo siento por Escocia y no por mí.

En cuanto al *laird*, se alegraba de haber reembol-

sado las sumas que su digno amigo, sir Everardo Waverley de Waverley-Honour, había pagado por cuenta de la casa de Bradwardine. Según decía, era caso de honra para él y su familia que esas sumas fueran reembolsadas rápidamente. Sir Everardo, acostumbrado á mirar con indiferencia sumas mucho más importantes, recibió doscientas noventa y cuatro libras, trece chelines y seis peniques (unos ochocientos setenta y cinco pesos oro), sin figurarse que ese pago fuera un asunto entre dos naciones; y probablemente hasta habría olvidado la deuda, si Macwheeble hubiera pensado en aliviarse el cólico interceptando el envío. Desde esa época se estableció entre Waverley-Honour y Tully-Veolan la costumbre de escribirse una vez al año y de enviarse un cesto y uno ó dos barriles. La exportación inglesa consistía en enormes quesos, cerveza excelente, faisanes y venados. Escocia expedía, en cambio, liebres blancas, salmón, y el aguardiente llamado usquebaugh. Estos donativos eran enviados y recibidos recíprocamente como prenda de amistad constante entre las dos nobles casas: era pues, natural y hasta de estricta cortesía que el heredero de la de Waverley no saliera para Escocia, sin cartas que le acreditaran junto al barón de Bradwardine. Una vez resuelto este punto, mister Pembroke manifestó el deseo de celebrar una entrevista particular de adiós con su querido discípulo. El buen señor mezcló sus prejuicios políticos con las advertencias que hizo á Eduardo para recomendarle buena conducta, severa moral, la constancia en los principios religiosos, y el cuidado en evitar la compañía de los burlones impíos y de los latitudinarios (1) que abundaban demasiado en el ejército.

(1) Sectarios protestantes á los cuales se atribuían principios

— El cielo ha querido, dijo, sin duda para castigar los pecados de sus mayores en 1642, pues se les acusa de haber vencido y hecho traición á Carlos I, que los escoceses permanezcan en estado de tinieblas más densas aún que las de este desdichado reino de Inglaterra. Aquí, por lo menos, aunque el candelabro de la iglesia anglicana haya sido, en cierto modo, quitado de su sitio, todavía da luz vacilante; existe aún una jerarquía, aunque sea cismática y alejada de los principios sostenidos por esos ilustres padres de la iglesia, Sancroft y sus hermanos; existe una liturgia, aunque cruelmente pervertida en algunas de las principales oraciones; pero en Escocia todo es tinieblas. Exceptuando algunos tristes restos esparcidos, afligidos y objeto de persecución, los púlpitos están abandonados á los presbiterianos y, según míster Pembroke temía, á los sectarios de todas clases. Era, pues, deber suyo suministrar á su querido discípulo armas para resistir á tantas doctrinas impías y perniciosas, relativas al gobierno y al culto, como iba á oír exponer con demasiada frecuencia.

Y, al decir esto, míster Pembroke le entregó dos enormes paquetes, cada uno de los cuales parecía contener una resma entera de papel, escrita con letra muy compacta. Era la obra de toda la vida del digno hombre y nunca se perdieron de modo más absurdo tiempo y trabajo. Una vez hizo un viaje á Londres, con la intención de publicar ese manuscrito por medio de un librero de la Bretaña menor, muy conocido como impresor de esa clase de obras; y le recomendaron que se le presentara con una frase particular y cierta señal usada entonces entre los poco severos y que creían posible la salvación en todas las sectas.

jacobitas. Apenas míster Pembroke pronunció la palabra usada como contraseña é hizo el gesto referido, cuando el librero, á pesar de sus protestas, le dió el título de doctor, y lo llevó á la trastienda, donde, después de mirar todos los rincones á ver si no había nadie oculto, empezó así: — Eh, doctor, ¿y bien? — Aquí todo está bajo la rosa (1). — No hay nada que temer. — No dejo un agujero en que pueda meterse una rata hannoveriana. — ¿Qué hay? ¿Qué buenas noticias hay de nuestros amigos del lado opuesto de la Mancha? ¿Cómo está el digno rey de Francia? ¿Ó viene usted de Roma, pues precisa que ésta al fin se mueva, es necesario que la Iglesia encienda la vela de la antigua lámpara. — ¿Cómo, sigue usted reservado? Más me gusta así; pero no tema nada.

En este punto, míster Pembroke interrumpió, no sin dificultad, ese torrente de preguntas, acompañado de señales de cabeza, de gestos y miradas significativas; y habiendo podido convencer al librero que le hacía demasiado honor tomándole por un emisario del rey desterrado, le explicó el verdadero objeto de su visita.

Nuestro hombre entonces procedió, con aire más tranquilo, al examen de los manuscritos. El primero se titulaba: *Disidencia de los Disidentes, ó la Comprensión refutada, demostrando la imposibilidad de un compromiso cualquiera entre la Iglesia y los puritanos, presbiterianos ú otros sectarios; con pruebas sacadas de las Escrituras, de los santos Padres y de los mejores teólogos polemistas*. El librero hizo positivas objeciones contra esta obra. Buena intención, saber, no cabe duda; pero viene fuera de tiempo.

(1) *Under the rose*, en secreto.

Impresa hacia, por lo menos, ochocientas páginas y no cubriría gastos. Perdona usted que no la acepte. — Amo y respeto la verdadera iglesia desde el fondo de mi alma; y si fuera un sermón sobre el martirio, — un folleto á doce peniques, aventuraría algo en obsequio de vuestra toga. Veamos... *El derecho hereditario probado*... Esto parece otra cosa; pero... hum... hum... tantas páginas. Papel, tanto; — impresión, tanto. — Ah, sería además necesario, doctor, abreviar las citas griegas y latinas; de lo contrario, resultaría muy pesado, demasiado pesado. — Le pido á usted mil perdones. — Habría también que poner al texto un poco de pimienta. — No me gusta criticar á mis autores. — He impreso á Drake y á Charlewood-Lawton, y al pobre Amhurst; ¡oh, Caleb, Caleb, era una vergüenza dejar de morir de hambre al infeliz Caleb! ¡Y entre nosotros hay tantos vicarios gordos y tantos escuderos ricos! Yo le daba de comer una vez por semana; ¿pero, qué es esto, cuando un hombre no tiene mesa á que sentarse durante los otros seis días? — Mire usted, doctor, enseñaré su manuscrito al abogado Tom Alibi, que se encarga de todas mis cuestiones contenciosas. — No hay que ir contra el viento. La canalla estuvo poco cortés conmigo la última vez que tuve que presentarme en el palacio de justicia. — Allí no hay más que whigs y cabezas redondas, guillermistas y ratas de Hannover.

Al día siguiente, mister Pembroke volvió á casa del librero-editor, el cual le dijo que Tom Alibi le había aconsejado no lanzarse á semejante empresa. — No es que yo no esté dispuesto, por el bien de la iglesia, á ir deportado á las colonias; pero, querido doctor, tengo mujer é hijos. Sin embargo, para probarle á usted mi celo, recomendaré el asunto á mi

vecino Trimmel, que es célibe y va á retirarse del comercio, de modo que un viajecito á las Indias occidentales no tendría para él grandes inconvenientes. — Pero Trimmel tampoco se dejó convencer; mister Pembroke se vió obligado, tal vez por fortuna suya, á volver á Waverley-Honour, llevando sanos y salvos en su maleta los tratados en defensa de los verdaderos principios fundamentales de la Iglesia y de la legitimidad.

Como, según todas las apariencias, el público se veía amenazado de perder el beneficio de sus elucubraciones por el cobarde egoísmo de los librereros, mister Pembroke resolvió hacer una copia de sus manuscritos para regalarla á Eduardo. Reprochábase su indolencia como preceptor, y además su conciencia le acusaba de haber atendido el ruego de Ricardo Waverley, cuando éste le pidió que no inculcara á su hijo principios opuestos á la legalidad civil y religiosa existente. — Ahora que no está bajo mi dirección, bien puedo, sin faltar á mi palabra, suministrarle medios de juzgar por sí mismo, y lo único que puedo temer es el reproche suyo de haberle ocultado tanto tiempo la luz que esta lectura va á hacer brillar ante sus ojos. — Mientras se entregaba de este modo á sus ensueños de autor y de político, su querido neófito, no hallando ningún atractivo en los títulos de los dos mamotretos, asustado además por lo voluminoso de los mismos y lo compacto de la letra, los colocó tranquilamente en el fondo de su baúl.

La tía Raquel se despidió con pocas palabras; pero muy afectuosamente. Contentóse con recomendar á su joven Eduardo, cuyo corazón creía, sin duda, algo gensible, que se guardara bien de los encantos de las bellezas de Escocia. Convino, sin duda, en que en la

parte septentrional de la Gran Bretaña había algunas familias antiguas; pero todas eran whigs y presbiterianas, excepto los *highlanders* (montañeses). En cuanto á éstos, antojábasele que las mujeres no podían tener gran delicadeza en un país donde el traje de los hombres era, por lo que le habían dicho, muy singular y poco decente. La tía Raquel terminó su adiós al joven oficial, dándole su bendición con enternecedor cariño; y al mismo tiempo le regaló una sortija de diamantes, adorno frecuente entonces en el sexo masculino, y una bolsa llena de esas onzas de oro que circulaban entonces mucho más que en la actualidad.

CAPITULO VII

GUARNICIÓN DE CABALLERÍA EN ESCOCIA

Al día siguiente, Eduardo, cuyo corazón agitaban diversos sentimientos, y, sobre todo, cierta inquietud que tenía algo de solemne, al verse entregado á sí mismo, se puso en camino, en medio de las bendiciones y llantos de los antiguos criados y de los aldeanos; algunos de estos le entregaron peticiones para obtener galones de cabos y de sargentos, afirmándole que si habían dejado alistarse á sus hijos, Juan, Gil ó Santiago, era sólo por acompañar á Su Merced, como era el deber. Eduardo se los quitó á todos de encima haciéndoles promesas, aunque fueron menos de las que era lícito esperar de un joven sin experiencia. Después de una corta parada en Londres siguió su camino á caballo, que era entonces el medio general de viajar, hasta Edimburgo y Dundee, puerto de mar en la costa oriental del condado de Argus, donde estaba acuartelado, á la sazón, su regimiento.

Al entrar en ese nuevo mundo, todo le pareció delicioso, porque todo era una novedad para él. El coronel Gardiner, que mandaba la fuerza era por sí solo objeto de estudio para un joven de imaginación. Aquél había

vivido en la duda, ya que no en la incredulidad, antes que una repentina conversión hubiera dado á su espíritu tendencia seria y aun entusiasta; respecto de ese punto contábanse singulares historias. Decíase al oído que ese maravilloso cambio se debió á una comunicación sobrenatural, visible aun á los sentidos exteriores; y aunque algunos individuos hablaban del prosélito como de un entusiasta, nadie daba á entender que fuera un hipócrita. Esta circunstancia, singular y misteriosa, dió al coronel Gardiner á los ojos del joven Eduardo interés particular y solemne. Fácil es comprender que, bajo el mando de un jefe tan respetable, los oficiales del regimiento formaban una sociedad más tranquila y mejor ordenada de lo que suelen serlo los cuerpos militares, y que nuestro héroe se vió así libre de algunas tentaciones á que sin esto habría podido hallarse expuesto.

Entretanto, su educación militar adelantaba. Ya buen jinete, iniciáronlo en el arte de la equitación que, en su grado más perfecto, realiza casi la fábula del centauro, pues el caballo, en sus evoluciones, parece obedecer más bien á la voluntad del que lo monta, que á sus movimientos exteriores.

También recibió instrucciones acerca de sus deberes en campaña; pero debo confesar que, cuando pasó su primer ardor, sus progresos fueron inferiores á lo que él esperaba y deseaba. Los deberes de un oficial, tan imponentes, por efecto del aparato exterior que los acompaña, no son en el fondo sino una tarea seca y abstracta, que depende principalmente de cálculos aritméticos que exigen mucha atención y una cabeza capaz de razonar friamente para ejecutarlos. Nuestro héroe estaba sujeto á distracciones durante las cuales sus torpezas hacían reír ó le valían

reproches. Esta circunstancia le hizo comprender con pena su inferioridad en las cualidades que parecían, sobre todo, merecer y obtener el aprecio de los antiguos en la profesión. En vano se preguntaba porqué su mirada no calculaba las distancias tan bien como los demás oficiales; porqué su memoria, tan feliz en ocasiones, no podía retener las voces técnicas ni los pormenores del orden y la disciplina. Eduardo era, naturalmente modesto y no tenía la pretensión ridícula de que esos detalles minuciosos de los deberes militares fuesen indignos de su genio y de que había nacido general, por no ser más que un mediocre subalterno. La verdad era que sus lecturas, sin método y sin resultado satisfactorio, ejerciendo su acción sobre un carácter naturalmente distraído y soñador, habían dado á su espíritu una costumbre de vacilación y de indecisión poco á propósito para fijarse en el estudio. Sin embargo, no sabía qué hacer de su tiempo.

Los nobles de las cercanías, casi todos hostiles al gobierno, se mostraban poco hospitalarios con los militares; y la clase media, consagrada á ocupaciones mercantiles, no inspiraba á Waverley deseos de tratarla. Así fué, que al acercarse el verano, le vino el deseo de conocer Escocia mejor de lo que podía hacerlo en sus paseos á caballo, y pidió licencia para ausentarse durante unas semanas. Resolvió hacer primero una visita al antiguo amigo y corresponsal de su tío, reservándose permanecer más ó menos en su casa según las circunstancias. Púsose en camino á caballo, con un solo criado; la primera noche la pasó en una mala posada, cuya dueña no tenía media ni zapatos y cuyo amo, que se daba aires de persona importante, parecía dispuesto á mostrars grosero

con nuestro héroe, porque éste no le convidó á compartir con él su cena. Al día siguiente, Eduardo atravesó un país sin árboles ni cercas, y se acercó insensiblemente á las montañas del condado de Perth, que al principio le parecieron sólo una línea azulada, límite del horizonte, pero cuyas gigantescas masas se alzaban ya con aire de amenaza y de desafío por encima del país más llano que se alzaba á sus pies. En la parte inferior de esa majestuosa barrera, pero todavía en las tierras bajas, vivía Cosme Comyne Bradwardine de Bradwardine, y si había que creer á los antiguos habitantes de la región, allí vivieron sus antepasados desde el reinado del gracioso rey Duncan, predecesor de Macbeth.

CAPÍTULO VIII

RESIDENCIA SEÑORIAL ESCOCESA, HACE SESENTA AÑOS

Era próximamente medio día cuando el capitán Waverley entró en la aldea de casas desparramadas ó, mejor dicho, en el lugar de Tully-Veolan, cerca del cual se encontraba la morada del señor. Las habitaciones indicaban extremada miseria, sobre todo, para una persona cuyos ojos estaban acostumbrados al aspecto risueño y aseado de las poblaciones rurales de Inglaterra. Encontrábanse esparcidas, sin consideración á la regularidad, á derecha é izquierda de una calle sin empedrar, donde los chicos, en estado de desnudez casi primitivo, se revolcaban en el suelo, como para que les atropellasen los primeros caballos que pasaran. Bien es cierto que, cuando este suceso parecía inevitable, alguna anciana abuela que les vigilaba, con su gorro atado en la cabeza, su rueca y su huso, se lanzaba de alguna de aquellas miserables cabañas en mitad de la calle como una sibila furibunda, cogía á su mocoso en medio de sus compañeros quemados por el sol, le aplicaba un buen bofetón y se lo llevaba bajo su techo, mientras que el pueñuelo contestaba á los iracundos reproches de

la matrona con lamentos y gritos que le salían desde lo más profundo de los pulmones. Una veintena de mastines vagabundos y poco sociables tomaban parte en este concierto, no cesando de aullar y ladrar, y tratando de morder las patas de los caballos. Entonces se estaba tan acostumbrado á estos desagradados en Escocia, que un viajero francés, deseando, como otros tantos, atribuir un motivo racional á cuanto veía, refiere, entre las cosas curiosas de la Caledonia, que en cada aldea mantienen un puesto de mastines, llamados *collies*, destinados á excitar los caballos de las diligencias, los cuales están hasta tal punto hambrientos y cansados, que sin ese estimulante y esa escolta que los asusta y acompaña hasta el puesto vecino, no se podría nunca hacerles ir de una aldea á otra. El mal y su remedio — sea el que fuere — existen todavía hoy; pero este episodio es extraño á nuestra historia; si hablo de él es para que se enteren las personas encargadas de cobrar el impuesto sobre los perros.

Mientras Waverley seguía su camino, de distancia en distancia, algún viejo encorvado por el peso del trabajo y de los años, con la vista debilitada tanto por el humo como por la vejez, salía vacilante hasta la puerta de la choza, para examinar el aspecto del viajero y de sus caballos, yendo después á formar un pequeño grupo con sus vecinos para discutir las probabilidades acerca del punto de saber de dónde venía el extranjero y adonde iba. Tres ó cuatro muchachas que volvían de la fuente ó del arroyo, con sus baldes ó jarros sobre la cabeza, presentaban aspecto más agradable; y con sus trajes cortos, su única falda, sus brazos y pantorrilla descubiertos y sus pies descalzos, su cabeza descubierta y sus cabelleras trenzadas, re-

cordaban bastante bien á las mujeres que figuran en los paisajes de Italia. Un aficionado á lo pintoresco no habría tenido nada que reprochar á la elegancia de su atavío ni á la esbeltez de su talle. Sin embargo, y para decir la verdad, un inglés en busca de *confort*, palabra propia de su lengua, habría deseado que sus trajes fueran más amplios, que sus pies y piernas hubiesen estado algo más protegidos contra la intemperie del aire, y su cabeza y cutis más al abrigo del sol; ó tal vez habría juzgado que sus vestiduras y personas habrían ganado mucho con una abundante aplicación de agua limpia y de jabón. El conjunto de este cuadro era triste, pues parecía indicar el estancamiento de la industria y tal vez de la inteligencia. Hasta la curiosidad, que es la pasión más fuerte de los desocupados, parecía hallarse en estado de indiferencia en la aldea de Tully-Veolan; sólo los mastines ya mencionados daban pruebas activas de ella; en los habitantes era más bien tranquila. Es cierto que fijaban la vista alternativamente en el joven y arrogante oficial y en su criado; pero sin la animación y los gestos con que, los que viven habitualmente en la monotonía, corren en busca de las distracciones exteriores. Sin embargo, la fisonomía del pueblo, examinada aún más de cerca, no tenía nada que indicara la indiferencia de la estupidez; las facciones eran duras, pero notables por una expresión de inteligencia; graves, pero lo contrario de estúpidas. Entre las jóvenes un artista hubiera podido elegir más de una para modelo de Minerva. Los niños, cuya piel estaba ennegrecida por el sol y los cabellos descoloridos por efecto del mismo, tenían aire de vida y modales interesantes. En resumen, parecía que la pobreza y la indolencia, que con demasiada frecuencia es su compa-

ñera, unían sus efectos para degradar la condición natural y los conocimientos de aldeanos robustos, inteligentes y activos.

Waverley se entregaba á todos estos pensamientos, siguiendo paso á paso la calle irregular y cubierta de piedras de Tully-Veolan; sólo le sacaban de sus meditaciones los brincos de su caballo al ser atacado por aquellos cosacos de la raza canina, los *collies* de que hemos hablado. La aldea tenía más de media milla de largo, porque las chozas, distribuidas irregularmente, estaban separadas por jardines ó patios — según decían los habitantes del país — de diferentes dimensiones. En aquella época la patata era desconocida en esas tierras, y abundaban las grandes coles, *kail*, rodeadas por un bosque de ortigas. Acá y acullá, los cardos cubrían la cuarta parte del cercado. Nunca había sido nivelado el terreno irregular en que fué edificada la aldea; de manera que esos cercados presentaban desigualdades de toda especie, alzándose en un punto á manera de terrados, hundiéndose en otros, como fosas de curtidos. Una estrecha vereda llevaba al campo comunal, por entre las paredes de piedra seca que protegían los jardines suspendidos de Tully-Veolan, ó, mejor dicho, que parecían protegerlos, pues estaban llenos de boquetes.

En ese campo común, los labradores, reuniendo sus esfuerzos, cultivaban centeno, avena, cebada y guisantes, en surcos alternos tan pequeños, que, desde cierta distancia, aquella superficie variada y poco productiva parecía al muestrario de un sastre. En ciertos sitios más favorecidos, veíase detrás de las chozas un miserable establo construido con tierra, piedras y turba, donde los ricos del lugar podían alojar, ya una vaca que se moría de hambre, ya algúu

caballo de desecho. Casi todos esos locales estaban protegidos por un enorme montón de turba negra á un lado de la puerta y por otro mayor de estiércol enfrente.

Á un tiro de ballesta de la extremidad de la aldea, distinguíanse las cercas de lo que llamaban pomposamente el parque de Tully-Veolan; consistía en cercados cuadrados, que rodeaban y separaban paredes de piedra de cinco pies de alto. En el centro de la barrera exterior se hallaba la primera puerta de entrada, bajo un arco almenado en lo alto y adornado con dos enormes trozos de piedra, mutilados y deteriorados por el tiempo. Si había de creerse la tradición de la aldea, aquellas piedras representaron en otra época, ó estuvieron destinadas á representar, dos osos rastreando, sostenes del blasón de la familia de Bradwardine. La alameda de entrada era recta, de mediana dimensión, y bordeada á derecha é izquierda por una doble fila de antiguos castaños y de sicomoros, alternando, tan altos y de ramas tan espesas que, al unirse formaban una bóveda. Detrás de estos árboles venerables, y en línea paralela con ellos, corrían dos antiguas paredes cubiertas de hiedra, de madreselva y otras plantas trepadoras. La avenida parecía poco frecuentada y nunca lo era sino por personas á pie. Por este motivo, como era muy ancha y tenía sombra constante, el césped crecía en ella formando hermosa alfombra de verdura, con excepción de la parte en que se había practicado una vereda para el pequeño número de gentes que iban de la primera puerta á la segunda.

Esta, lo mismo que aquella, se abría en el centro de una pared almenada, y adornada con groseras esculturas, por encima de la cual se descubrían, medio

ocultos por los árboles, los techos muy pendientes y las estrechas cúspides de la residencia, provistas en los ángulos de pequeños torreones. Una de las hojas de la segunda puerta estaba abierta, y, como los rayos del sol daban de lleno en el patio que estaba detrás, un largo rastro de luz penetraba hasta la oscura alameda. Era uno de esos efectos que un pintor gusta de representar y esa deslumbradora claridad se unía maravillosamente con la luz que trataba de abrirse paso por entre las ramas de la bóveda de verdura formada por los árboles de la alameda.

La soledad y la calma de aquella escena tenían algo de monástico, y Waverley, que había dejado su caballo en manos de su criado en la primera puerta, avanzaba con lentitud bajo la bóveda de los árboles, gozando del agradable fresco de la sombra, y tan encantado con las ideas de tranquilidad y de retiro que despertaban aquellos lugares, que olvidó la miseria y abandono de la aldea que dejaba detrás. El interior del patio empedrado correspondía bien á lo precedente. La residencia, que parecía consistir en dos ó tres edificios muy altos, muy estrechos y de techos muy pendientes, reunidos unos á otros por ángulos rectos, formaba uno de los lados de la propiedad. Había sido construída en una época en que esos *castillos* no eran ya necesarios; pero antes de que los arquitectos escoceses hubiesen aprendido el arte de distribuir una casa. Las ventanas eran numerosas y muy pequeñas. El techo presentaba singulares aleros ó proyecciones en forma de galerías almenadas, y en cada uno de sus ángulos, muy numerosos, se alzaba un torreón, más parecido á un tarro de mostaza que á un baluarte gótico. La fachada no prometía absoluta seguridad contra los ataques. Había, es cierto, saeteras por donde

tirar, y en el piso bajo enrejados de hierro en las ventanas, sin duda para detener á las bandas errantes de gitanos ó para rechazar las visitas de los *Caterans* (ladrones de ganados) de las montañas inmediatas. Otro lado del patio estaba ocupado por las dependencias y las cuadras. Estas eran bajas y abovedadas, teniendo en vez de ventanas rendijas practicadas en las paredes. Según una observación del criado de Waverley, « parecían más bien una prisión para asesinos y ladrones, ú otro individuo condenado por los tribunales, más bien que abrigo para caballos cristianos. » — Encima de estas cuadras, análogas á calabozos, había graneros llamados en Escocia *girnels* y otras dependencias á que se subía por escaleras exteriores de mampostería basta. Dos muros almenados, uno frente á la alameda y otro que separaba el patio del jardín, completaban el recinto.

También el patio tenía sus adornos. En un ángulo estaba un palomar de forma de tonel circular muy amplio, bastante análogo al curioso edificio llamado *el horno de Arturo*, y que habría vuelto la cabeza del revés á todos los anticuarios ingleses, si el respetable propietario no lo hubiese derribado para componer el muro de una esclusa cercana. Este palomar, *columbarium*, según lo llamaba mister Bradwardine, era un recurso nada despreciable para un *laird* escocés de la época, cuyas rentas se aumentaban con las contribuciones en especies que esos merodeadores alados iban á cobrar en las haciendas, y por la conscripción á que después los sometía en provecho de su propio mesa.

En otro ángulo del patio había una fuente en la cual un enorme oso de piedra vertía por la boca el agua en un ancho depósito. Esa obra maestra era la

admiración del país, en diez leguas á la redonda. No olvidaremos decir que multitud de osos, grandes y pequeños, enteros ó por mitad, estaban esculpidos en las ventanas, en la extremidad de las cúspides, en la extremidad de los caños del techo y sostenían los torreones con esta divisa : « ¡GUARDAOS DEL OSO! » El patio era ancho, muy bien empedrado y limpio, sin duda porque había otra salida para sacar la basura de las cuadras. El profundo silencio de aquella soledad no era interrumpido más que por el ruido del agua que caía sin interrupción en el depósito; y esa escena era á propósito para perpetuar en la imaginación de Waverley la idea de un claustro. Con permiso del lector, acabaremos aquí la descripción de las cosas inanimadas.

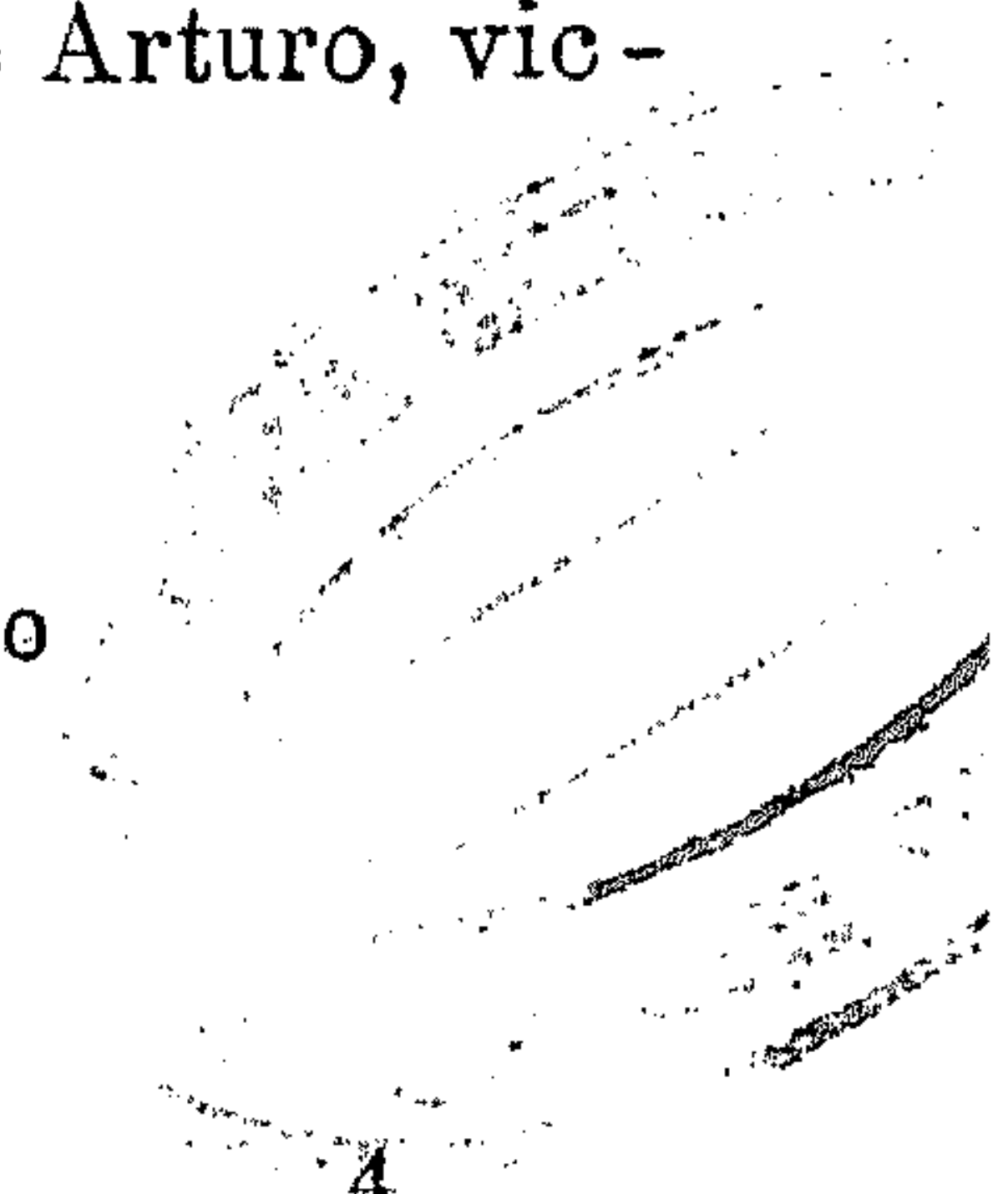
CAPÍTULO IX

ALGO MÁS ACERCA DE LA RESIDENCIA Y DE SUS
ALREDEDORES.

Después de haber satisfecho su curiosidad contemplando durante algunos minutos cuanto le rodeaba, Waverley cogió el enorme aldabón de la puerta principal, cuyo arquitrabe llevaba la fecha de 1594; pero por mucho que llamó, no obtuvo respuesta. En vano resonó el ruido á lo lejos en las habitaciones, repetido por el eco de las paredes del patio, detrás de la casa, asustando á las palomas en su venerable rotonda, y aun á los perros de la aldea lejana, que dormían en sus montones de estiércol. Cansado del alboroto que hacía y de las contestaciones que se daba, Eduardo empezó á creer que había llegado al castillo de Orgoglio, como cuando entró allí el príncipe Arturo, victorioso :

Ninguna voz contesta á la suya,
Y en vano resuenan sus gritos;
Mortal silencio reina en el castillo
Y nadie aparece ante sus ojos.

Casi con la esperanza de encontrar :



« Un anciano de nivea barba, cargado de años, »

al cual podría hacer preguntas sobre aquella desierta morada, dió un rodeo y se acercó á una portezuela de encina, cubierta de clavos, que estaba abierta en la pared del patio, en el ángulo que ésta formaba con la casa. Á pesar de sus apariencias de fortaleza, esta puerta no estaba cerrada más que por un pestillo. Eduardo lo alzó y entró en un jardín que presentaba agradable aspecto. La fachada del sur, cubierta de árboles frutales en espaldar y de varias especies de arbustos perennes, extendía su frontis irregular, pero venerable, á lo largo de un terraplén, en parte empedrado, enarenado en parte, bordeado con plantas florales y de ornato. De este terraplén se bajaba al jardín, propiamente dicho, por tres escaleras, una en el centro y las otras dos en cada extremidad. Rodeábalo un parapeto de piedra con una balaustrada fea, que adornaban de trecho en trecho grotescas figuras de animales acurrucados, en los cuales se dejaba ver repetidas veces el oso favorito. En medio del terraplén, entre una puerta de cristales que daba á la casa y la escalera central, uno de esos enormes animales sostenía, con su cabeza y sus patas delanteras, un ancho reloj de sol, en cuya circunferencia había grabados más diagramas de los que Eduardo podía descifrar, dados sus conocimientos matemáticos.

El jardín, que parecía cultivado con el mayor esmero, estaba lleno de árboles frutales y presentaba profusión de flores y de arbustos perennes, podados con formas grotescas. Estaba dispuesto en forma de gradas, sucediéndose unas á otras desde la pared por la parte de occidente hasta un arroyo cuya agua parecía potable y tranquila y que servía de lindero; pero algo

más lejos salía ruidosamente de una grande esclusa, causa de su momentánea tranquilidad, y después formaba una cascada dominada por una estufa octógona en lo alto de la cual se veía una veleta en forma de un oso dorado. Realizada esta hazaña, el arroyo, siguiendo su curso natural, que era rápido é impetuoso, se ocultaba á la vista en una cañada honda y cubierta de árboles. En medio de la maleza surgía una torre rechoncha y derruida, antigua morada de los barones de Tully-Veolan. La orilla opuesta al jardín formaba una estrecha pradera ó un *haugh*, según el nombre que daban á las tierras expuestas á ser inundadas, y que constituía un lavadero; el terreno estaba cubierto detrás de árboles centenarios.

Por agradable que fuera ese jardín, no era posible compararlo con los de Alcina, de que habla Ariosto, aunque en él se veían las « *due donzelle garrule* » del encantado paraíso; pues sobre el césped, dos muchachas con las pantorrillas al aire, metidas en unas cubas, hacían con los pies el oficio de una máquina de lavar de nueva invención. Pero éstas no esperaron, como las ninfas de Armida, para saludar con melodiosa voz al huésped que se acercaba, sino que, al contrario, alarmadas por la presencia de un arrogante extranjero en la orilla opuesta, dejaron caer sus faldas, ó, mejor dicho, la única que llevaban, para cubrirse las piernas, que su ocupación ponía demasiado en evidencia; y con una exclamación de — *Eh sirs*, arrancada por la sorpresa, y que se debía tanto al pudor como á la coquetería, echaron á correr, como gamos, en distintas direcciones.

Waverley empezaba á perder la esperanza de penetrar en aquella casa solitaria y como encantada, cuando vió á un hombre en las alamedas del jardín.

Pensando que sería el jardinero ó algún criado de la casa, Eduardo bajó las escaleras, dirigiéndose hacia él; pero, antes de alcanzarle, llamóle la atención lo singular de su actitud y de su gestos. Ese individuo se cruzaba algunas veces las manos encima de la cabeza como un penitente indio; otras veces perpendicular, imitaban las oscilaciones de un péndulo, ó bien las cruzaba rápidamente sobre el pecho, pegándose en los hombros, según hacen los cocheros de punto cuando en un día frío están sin moverse en su estación. Ya andaba en un solo pie, primero con el derecho, después con el izquierdo; ya los reunía para saltar á pies juntillas. Además, su traje era antiguo y extravagante: llevaba una especie de chaquetón gris, con mangas cubiertas de adornos, y acuchilladas, dejando ver un forro de color escarlata. Las demás prendas de su vestido, sin exceptuar sus zapatos, eran del mismo color, y su gorra ostentaba con orgullo una pluma de pavo. Eduardo, á quien el individuo no parecía haber distinguido, observó pronto que las facciones del rostro confirmaban lo que desde lejos indicaron su aspecto ó sus gestos. No eran la locura ni el idiotismo lo que daba aquella expresión vaga, irregular y extraviada á una fisonomía naturalmente agradable, sino algo como combinación de ambas cosas, una mezela de la sencillez del tonto y de la extravagancia de un cerebro trastornado. Iba cantando con ardor y no sin cierto buen método, una antigua balada escocesa:

¿ Falso amor, te has burlado de mí,
En el verano y entre las flores?
Ya te pagaré con creces,
En invierno entre las nevadas,
A menos de que otra vez, amor mío,

Vuelvas á venir á mí,
Así como tú coqueteas con las mujeres,
Así sonreiré yo á los hombres.

Al decir esto, alzó la vista, que hasta entonces había tenido fija en sus pies, á ver si llevaban bien el compás. Divisando á Eduardo, se apresuró á quitarse la gorra, y le saludó manifestando con sus grotescos gestos la sorpresa y el respeto. Sin confiar en que obtendría contestación á pregunta alguna razonable, Waverley le interrogó para saber si mister Bradwardine estaba en casa, ó si podría hablar con alguno de sus servidores. El singular interlocutor contestó, siempre cantando:

El caballero en la montaña,
Husmea el viento;
Y su dama en los campos,
Ata su guirnalda.
El cuarto de Elena
Está cubierto de musgo,
Para que los pasos de lord Guillermo
Sean silenciosos y seguros.

Este cantar no dió á Eduardo indicación alguna sobre lo que deseaba saber, por lo cual, repitiendo sus preguntas, obtuvo al fin una respuesta dicha en su dialecto especial y, tan de prisa, que sólo le fué posible comprender la palabra « *mayordomo* ». Waverley manifestó su deseo de verle. Entonces el muchacho, mirándole con aire solapado, le hizo señas de que le siguiera, y, volviendo sobre sus pasos, echó á andar dando saltos y brincos

— Tengo un guía singular, dijo Waverley, parecido á los *clowns* de Shakespeare; no es prudente tomarlos

de piloto; pero otros más sensatos que yo se han dejado conducir por locos.

Así llegaron al término de la alameda; y allí, dando un ligero rodeo, entraron en un pequeño jardín protegido contra los vientos del este y del norte por una hilera de tejos, plantados muy cercanos unos de otros. Eduardo encontró allí á un anciano ocupado en cavar la tierra, después de haberse quitado su chaquetón. Su aspecto era el de un servidor importante ó de un jardinero. Por lo rubicundo de la nariz y la camisa de chorrera se le habría atribuido el primero de aquellos oficios; su cutis curtido por el sol y su delantal verde, le colocaban en la categoría de « un nuevo padre Adán cultivando la tierra ».

El mayordomo (pues él era, sin contradicción posible, el segundo oficial de la casa, y aun como primer ministro doméstico estaba por encima del escribano Macroheebie, en lo tocante á cocina y bodega) dejó á un lado la azada y se puso de prisa su chaquetón, lanzando una mirada furibunda al guía de Eduardo, sin duda porque había introducido á un forastero mientras él estaba ocupado en esos penosos trabajos que podía considerar como atentatorios á su dignidad; después de lo cual preguntó á Eduardo si tenía órdenes que darle. Waverley le dijo su nombre, manifestándole deseos de saludar á su señor, y entonces el anciano tomó aspecto importante á la vez que respetuoso: « Podía asegurar, con toda tranquilidad de conciencia, que su señoría iba á tener gran contento en verle. ¿ No querría el señor Waverley aceptar algo mientras tanto? El señor estaba con los hombres que talaban la Bruja Negra y se había llevado consigo á los dos jardineros: » — Esta palabra *dos* lo pronunció con mucho

énfasis. — Durante este tiempo, él se había entretenido arreglando el jardín de miss Rosa, á fin de estar no muy lejos del señor y poder recibir sus órdenes, si era necesario. Le gustaba mucho la jardinería; pero tenía demasiado poco tiempo para entregarse á ese entretenimiento.

— En todo caso, agregó el extraño guía de Eduardo, no puede trabajar en esto más de dos días por semana.

El mayordomo castigó con una severa mirada á su interruptor, y dándole el nombre de Davie Gellatley, le mandó, en tono que no admitía réplica, que fuese á buscar á su señoría á la Bruja Negra, para decirle que había llegado á la residencia un caballero del Sur.

— ¿ Puede confiársele una carta á ese pobre chico? preguntó Eduardo.

— Con toda tranquilidad, tratándose de personas que respeta. Por el contrario, difícilmente le encargaría yo de un recado de palabra... aunque sea más tunante que loco.

Waverley entregó su carta de recomendación á Gellatley, el cual pareció confirmar la última observación del mayordomo haciéndole una mueca mientras tenía vuelta la cabeza, tomando á la vez el aspecto grotesco de una pipa de fumar alemana. Después de lo cual saludó de manera original á Waverley y salió dando brincos á hacer su encargo.

— *Es un inocente*, caballero, dijo el mayordomo; en casi todas las *ciudades* del país hay alguno; pero el nuestro es muy popular. Trabajaba como los de más, y bastante bien, cuando tuvo ocasión de socorrer á miss Rosa, perseguida por el nuevo toro inglés del *laird* dei Killancureit, y desde entonces lo llamamos Dave

Hace Poco, y aun podriamos darle el nombre de Davie Hace Nada, pues desde que se puso ese elegante traje para complacer á mi señor y á mi joven ama (los ricos tienen sus caprichos) no hace más que recorrer bailando todos los rincones de la ciudad, sin más trabajo que el de conservar en buen estado la caña de pesca del *laird* y ponerle el cebo, ó quizás de pescar por sí mismo, de tiempo en tiempo, un plato de truchas. Pero aquí viene miss Rosa, y certifico que estará contentísima de ver á una persona de la familia de Waverley, en la casa de su padre.

Pero Rosa Bradwardine es persona demasiado importante para que nos permitamos hablar de ella al final de un capítulo.

Entretanto, haremos observar que en esta conversación había aprendido Waverley que en Escocia una sola casa recibe el nombre de *una ciudad* y que un tonto es un *inocente*.

CAPÍTULO X

ROSA BRADWARDINE Y SU PADRE

Miss Rosa Bradwardine no tenía sino diez y siete años. Sin embargo, en las últimas carreras de caballos de la ciudad de... habiendo propuesto alguien que se brindara por ella lo mismo que por otras bellas, el *laird* de Bumpergwaigh, encargado por vida de los brindis y de la banca del club de Bauthércohillery, no sólo asintió, bebiéndose de golpe una copa que contenía un azumbre de vino de Burdeos, sino que, antes de efectuar la libación, dió á la divinidad en obsequio de la cual hacía el sacrificio el nombre de *la Rosa de Tully Veolan*; con lo cual todos los presentes que aun podían hacerlo por no haberles echado á perder el vino del todo las gargantas, lanzaron tres hurras de aprobación. Tengo, además, la seguridad de que los que dormían roncaron el aplauso, y aunque, por efecto de excesivas libaciones y de flojedad de cabeza dos ó tres caballeros de aquella distinguida sociedad se encontraban tendidos bajo la mesa, no pudieron menos de lanzar algunos sonidos inarticulados para expresar su asentimiento.

Tan unánime aprobación no podía deberse más que á lo indiscutible del mérito; y no sólo era digna de ella miss Rosa, sino que aun merecía los sufragios de personas mucho más razonables que las que hubiera podido suministrar el club de Bauthercohillery, aun antes de la discusión del primer *magnum*. Era, en efecto, un perfecto modelo de belleza de Escocia, esto es, con una abundante cabellera rubio claro y un cutis tan blanco como la nieve de sus montañas. Sin embargo, su rostro no era pálido ni melancólico; su fisonomía, como su carácter, tenía expresión de viveza; su cutis, sin ser muy sonrosado, era tan puro que parecía transparente, y la más ligera emoción cubría de rubor su rostro y su cuello. Su estatura, algo menos que mediana, era notable por lo elegante, y todos sus movimientos estaban llenos de ligereza, soltura y gracia. Acercóse para saludar al capitán Waverley, y lo hizo de manera tímida y cortés al mismo tiempo.

Después de los primeros cumplidos, dijo á Eduardo que la *Bruja Negra*, expresión que le había extrañado en el relato del mayordomo acerca de las ocupaciones de su señor, no tenía gato del mismo color ni palo de escoba, siendo sólo una porción de un bosque de encinas que debía ser cortado aquel día. Ofrecióle atentamente, aunque con cierta reserva, acompañarle hasta ese sitio, que no estaba muy lejos; pero les evitó ese paseo la llegada del barón de Bradwardine en persona. Avisado por Davie Gellatley, acudía á grandes zancadas, para cumplir con los deberes de la hospitalidad, tan de prisa que Eduardo pensó en las botas de siete leguas de los cuentos de hadas. Era un hombre de elevada estatura, flaco aunque de hercúleas formas, ya entrado en

años y enteramente cano; pero, gracias al constante ejercicio, sus músculos habían conservado la fuerza de una de esas cuerdas que sirven para fabricar látigos. Su traje descuidado parecía más propio de un francés que de un inglés de entonces. Con sus facciones duras, su cuerpo enhiesto y su actitud seca, parecía un oficial de los cien suizos, que, después de vivir algún tiempo en París, hubiera copiado el traje, pero no la soltura y modales de los habitantes de esa capital. Si hemos de decir la verdad, su lenguaje y costumbres eran tan singulares como su aspecto exterior.

Conforme al gusto que demostró por el estudio, ó quizás por ser este el sistema de educación adoptado generalmente en Escocia para los jóvenes de buena familia, lo destinaron al foro; pero como los principios políticos de su casa no le permitían hacer carrera en esa profesión, mister Bradwardine viajó por espacio de algunos años, y aun hizo con distinción varias campañas, al servicio de una potencia extranjera. Después de sus dificultades de 1715, al ser acusado de alta traición, vivió retirado, limitándose á mantener relaciones con aquellos de sus vecinos que tenían principios políticos análogos á los suyos. Esta alianza de la pedantería del legista y de la arrogancia militar, podrá recordar á más de un celoso miembro de la guardia voluntaria de nuestros días, el tiempo en que, bajo la amenaza de la invasión napoleónica, la toga del abogado cubría en ocasiones un brillante uniforme militar. Agréguese á esto las preocupaciones de casta y políticas, robustecidas por la costumbre de ser dueño absoluto en torno suyo, que nadie le disputaba en sus mejores ó peor cultivadas tierras. Por esto decía él que Bradwardine y Tully-

Veolan habían sido erigidas en baronia franca por una cédula de David I, *cum liberali potestate habendi curias et justicias, cum fossâ et furcâ, et saka et sokâ, et thol et theam, et infang-thief et outfang-thief, sive hand-habend sive bakbarand*, frases cabalísticas que pocos podían explicar; pero que, en resumen, significaban que el barón de Bradwardine podía, en caso de delito, prender, juzgar y hacer ejecutar á sus vasallos, conforme fuera su voluntad. Sin embargo, el que disfrutaba entonces de ese poder era, como Jacobo I, más dado á alardear de su prerrogativa que á emplearla. Exceptuando la prisión de dos cazadores en vedado en el calabozo de la antigua torre de Tully-Veolan, donde los asustaron mucho los aparecidos y casi los devoran las ratas, y la exposición en la picota de una vieja por haber dicho que Gellatley no era el único loco que había en la mansión del *laird*, no sé que nadie acusara á éste de haber abusado de sus grandes poderes. Con todo, el saber que los poseía daba mayor importancia á sus palabras y á sus modales.

En el modo que tuvo de acoger á Waverley, se observó que su sincero placer en recibir al sobrino de su amigo había descompuesto un tanto la seca y almidonada dignidad del barón de Bradwardine; pues los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, cuando después de haber estrechado la mano de Eduardo, á la manera inglesa, lo besó á la moda de Francia, mientras el apretón de manos y la nube de tabaco de Escocia que hizo volar su abrazo contribuían á humedecer los ojos de su huésped. — Por mi honor, me rejuvenece veros, mister Waverley. Reconozco que soís un digno vástago del antiguo tronco de Waverley-Honour : *spes alta*, como dice Virgilio.

Y, tiene usted el aire de familia, aunque todavía no tan imponente como mi antiguo amigo sir Everardo — *mais cela viendra avec le temps*, como una de mis relaciones de Holanda, el barón Kikkitbroeck, decía hablando de la *sagesse de Madame son Epouse*. — ¿ Es usted militar ? Bien, muy bien ; aunque hubiera preferido que la escarapela fuese de otro color, y habría creído que lo mismo pensaba sir Everardo. Pero no hablemos de esto ; soy ya viejo y los tiempos han cambiado. — ¿ Y cómo están de salud el digno barón y la hermosa miss Raquel ? — ¿ Se ve usted, joven ? Sí señor, era la hermosa miss Raquel en el año de gracia 1716 ; pero el tiempo transcurre y *singula prædantur anni* ; es una verdad incontestable. Se lo repito : es usted el bienvenido, muy bien venido en mi pobre morada de Tully-Veolan. — Mi querida Rosa, corre á la casa y cuida de que Alejandro Saunderson nos dé á beber el vino viejo de Château-Margot que envié de Burdeos á Dundee en 1713.

Rosa se alejó con paso casi grave, hasta que dió la vuelta al primer ángulo de la alameda ; pero una vez allí echó á correr con la ligereza de un hada, á fin de poder, una vez cumplido el encargo de su padre, pensar en vestirse y sacar á relucir todas sus joyas ; ocupación para la cual le dejaba poco tiempo lo cercano de la comida.

— Capitán, dijo el barón, aquí no encontrará usted el lujo de las mesas de Inglaterra, ni los festines *epulæ lautiores* del palacio de Waverley. Digo *epulæ* y no *prandium*, porque este no es sino para el pueblo. Suetonio lo dice : *Epulæ ad eentatum, prandium vero ad populum attinet* ; pero confío en que usted quedará contento de mi vino de Burdeos ; *c'est des*

deux oreilles, según tenía costumbre de decir el capitán Vinsauf. — Su clase, superior, *vinum primæ notæ*, como lo proclamó el rector de San Andrés. Le repito á usted, capitán Waverley, que estoy contentísimo de verle aquí para probar el mejor vino de mi bodega.

Este discurso, con las interjecciones que servían de contestación, continuó desde la alameda, donde el barón y Waverley se encontraron, hasta la puerta de la casa, en la cual esperaban cuatro ó cinco criados en antigua librea, teniendo á su frente el mayordomo Alejandro Saunderson, de gran uniforme, y sin presentar ya en su persona mancha alguna ocasionada por los trabajos de jardinería. Este les llevó á

A una antigua sala, cubierta de picas y dardos,
Cotas y corazas que habían recibido terribles golpes,

con todas las ceremonias de costumbre; pero con mayor benevolencia aún, el barón, sin detenerse en ninguna de las habitaciones intermedias, llevó á Eduardo desde luego al antiguo comedor, revestido de roble negro y adornado con los retratos de los antepasados. La mesa estaba puesta para seis personas; un aparador de antigua forma estaba cargado con la antigua y maciza vajilla llana de la casa de Bradwardine. Hacia la entrada de la alameda se oyó un toque de campana, porque un viejo que hacía veces de portero los días de gala, teniendo noticia de la llegada de Waverley, se dió prisa en ocupar su puesto, y anunciaba en aquel momento la llegada de otros convidados.

— Son personas muy estimables, dijo el barón á su nuevo amigo. — Había el joven *laird* de Bal-

mawhappla, apellidado Falconer (halconero), de la familia de Glenfarguhar, gran aficionado á la caza, *gaudet equis et canibus*; por lo demás, persona muy reservada. — Estaba igualmente convidado el *laird* de Killancureit, que consagraba todos sus ocios á la agricultura teórica y práctica, y se jactaba de poseer un toro de incomparable belleza, procedente del condado de Devon, la Dumnonia de los romanos, si había de creerse á Roberto de Civencester; como podrá ver usted por sus gustos, añadió el barón, es de origen rural; el vaso conserva siempre el olor, *servabit odorem testa diu*, y sea dicho inter nos, creo que su abuelo procedía del lado malo de la frontera (de Inglaterra); llamábase Bullsegg, y vino aquí para ser mayordomo, recaudador de rentas, ó algo semejante, en casa del último Cirnigo de Killancureit, que murió de una atrofia. Después de la muerte de su amo — apenas podrá usted concebir semejante escándalo — como ese Bullsegg era bien parecido, se casó con la viuda, todavía joven y enamorada, y fué dueño de la propiedad que, por contrato de matrimonio, pertenecía á esa desgraciada: esto estaba en contradicción directa con una sustitución no inscrita en el registro, y fué en perjuicio de la carne y sangre del testador, en la persona del heredero natural, su primo en grado séptimo Girnigo de Tipperhewit, cuya familia quedó tan arruinada por el pleito que con tal motivo sostuvo, que su representante actual está reducido á servir como simple soldado en la guardia negra montañesa. Pero este gentilhombre, mister Bullsegg de Killancureit, tiene en las venas buena sangre, por parte de su madre y de su abuela, ambas de la familia de Pickletlim; sabe guardar su puesto y es generalmente querido y estimado. ¡No quiera Dios, capi-

tán Waverley, que nosotros, que pertenecemos á familias irreprochables, tratemos de humillarle! Es posible que, dentro de nueve ó diez generaciones, sus descendientes puedan figurar al lado de las buenas familias del país. Categoría y nobleza son las últimas palabras que deben oirse en boca de personas que, como nosotros, son de una familia sin tacha. — *Vix ea nostra voco*, como dice Virgilio. También será de los nuestros un eclesiástico de la verdadera (aunque perseguida) iglesia episcopal de Escocia. Fué confesor en su causa, después del año 1715, cuando un populacho de whigs destruyó su capilla, le arrancó la sobrepelliz y saqueó su casa... robándole cuatro cucharillas de plata, sin respetar su despensa, y dos barriles, uno de cerveza ligera, otro de cerveza doble, y además dos botellas de aguardiente. Mi notario y agente, mister Duncan Macroheeble, será nuestro cuarto convidado. Lo incierto de la antigua ortografía hace dudar de si pertenece al clan de Wheedel ó al de Quibble; pero ambos han producido excelentes jurisconsultos.

Y á medida que sus nombres decía,
Entraban ellos y el banquete se servía.

CAPÍTULO XI

EL BANQUETE

La comida fué abundante y bien preparada, conforme á las ideas escocesas de entonces. El barón comió como un soldado hambriento; el laird de Balmawapple, como un cazador; Bullsegg de Killancurait, como un campesino; Waverley, como un viajero, y el notario Macwheeble, como los cuatro reunidos; pero fuese para indicar con su actitud que se encontraba frente á su señor, fuera por verdadero respeto, se sentó en el borde de su silla, distante una vara de la mesa; y para entrar en comunicación con su plato, adelantaba el cuerpo en línea oblicua á partir de la base del espinazo, de tal modo que el convidado que estaba enfrente no veía más que lo alto de su peluca.

Esta posición encorvada hubiera sido penosa para otro cualquiera; pero una larga costumbre había habituado al digno notario á adoptarla, ya sentado, ya andando, y por esto no presentaba para él inconveniente alguno. Cuando caminaba, su tronco proyectado hacia adelante, presentaba de modo extraño á los que la seguían la parte inferior de su cuerpo; pero como los que iban detrás de él eran siempre sus infe-

riores — pues mister Macweeble cedía el paso siempre que debía hacerlo así, — le importaba muy poco que sacaran de esa circunstancia la consecuencia de que los trataba sin consideración y aun con desprecio. Además cuando cruzaba el patio, ya al venir, ya al volverse, montado en su potro gris, parecía un perro andando sobre las dos patas de atrás.

El eclesiástico no conformista era un anciano cuyo aspecto melancólico inspiraba interés, indicando que pertenecía al número de los que habían sufrido persecución por su conciencia; era uno de esos sacerdotes que

Dan cuanto tienen y viven pobres :

así es que, cuando el barón, no podía oírle, el notario tenía costumbre de dar alguna broma á mister Rubrick, reprochándole lo demasiado timorato de su conciencia. Debemos convenir en que, si bien mister Macweeble era en el fondo de su corazón sincero partidario de la familia desterrada, siempre había sabido adaptarse á las vicisitudes de los tiempos. Por esto decía de él un día Davie Gellatley, que era un excelente sujeto, de conciencia tranquila, *que nunca le había dado remordimientos*.

Cuando se llegó á los postres, el barón brindó por el rey, dejando cortésmente á la conciencia de sus invitados la libertad de beber á la salud del soberano de hecho ó del de derecho. La conversación se animó, y miss Bradwardine, que había presidido la mesa con mucho tacto y modestia, se apresuró á retirarse; el eclesiástico no tardó en seguir su ejemplo. El vino, que justificaba los elogios de su propietario, circuló

rápidamente en redondo; pero Waverley obtuvo, no sin alguna dificultad, el privilegio de dejar pasar su turno algunas veces. Por fin, como empezaba á hacerse tarde, el barón hizo una seña á mister Saunders Saunderson, ó á *Alexander ab Alexandro* (Alejandro hijo de Alejandro), según le llamaba en broma : éste contestó con una mirada expresiva y salió al momento. Pronto volvió, con su grave fisonomía iluminada por misteriosa y solemne sonrisa, y puso delante de su señor un cofrecillo de madera de encina, incrustada con adornos de cobre, singularmente trabajados. El barón tomó una llavecita, abrió el cofre y sacó una copa de oro, de forma original y antigua; representaba un oso rastreando. Bradwardine la miró con ojos en que se pintaba el respeto, el placer y el orgullo. Waverley recordó involuntariamente al Tom Otter de Ben Tonson, con su toro, su caballo y su perro, según ese chiflado llamaba alegremente las tres principales copas de sus orgías; pero el barón se volvió hacia él con aire complaciente y le rogó que examinara ese curioso monumento de los tiempos antiguos.

— Representa, dijo, las armas de mi casa. El oso está *trepando*, porque un heraldo instruido pinta siempre al animal en su posición más noble, como un caballo con los dos pies delanteros alzados; un lebrél corriendo; un animal carnívoro en su acto más feroz, desgarrando y devorando su presa. Pues bien, amigo mío, recibimos ese glorioso sostén de nuestro escudo por el *wappenbrief*, ó concesión de armas de Federico Barbarroja, emperador de Alemania, que lo otorgó á uno de mis antepasados, Godmundo Bradwardine. Era la cimera de un danés gigantesco que aquel mató en combate singular en Palestina, á consecuencia de una disputa sobre la castidad de la esposa ó hija del em-

perador, pues esto no lo fija la tradición; y así, según dice Virgilio :

*Mutemos clypeos, Danaumque insignis nobis
Aptemus.*

« En cuanto á la copa, capitán Waverley, fué fabricada con arreglo á las órdenes de San Dutack, abad de Aberbrothock, en reconocimiento de los servicios que le había prestado otro barón de Bradwardine, defendiendo noblemente las propiedades de ese monasterio contra ciertos nobles usurpadores; con razón se le llama el bienaventurado Oso de Bradwardine (aunque el viejo doctor Doubleit tenía costumbre de nombrarlo jocosamente Ursa Major, la Osa Mayor), y se suponía, en los antiguos días del catolicismo, que en ella residían ciertas virtudes místicas y sobrenaturales. Aunque yo no creo en esas consejas, *anilia*, lo cierto es que esta copa ha sido considerada siempre en mi familia como una herencia preciosa é inalienable, y no sale de su encierro sino en días de fiesta extraordinaria. Y como la llegada del heredero de sir Everardo á mi morada es para mí una de ellas, voy á vaciar el oso brindando por la salud y prosperidad de la antigua y muy noble familia de Waverley. »

Durante este largo discurso, el barón había descorchado una botella de Burdeos cubierta de telarañas, llenando con precaución su copa, que contenía casi un azumbre de Inglaterra (más de medio litro); entregando luego la botella al mayordomo para que la mantuviera con el mayor cuidado paralelamente al horizonte, tragóse con devoción cuanto contenía el Bienaventurado Oso de Bradwardine.

Eduardo se llenó de espanto y de horror viendo que el animal daba la vuelta á la mesa y pensó con

inquietud en el sentido de la divisa, de circunstancias en este caso : « Cuidado con el Oso. » Sin embargo, comprendió que no rehusándose ninguno de los convidados á hacerle aquel honor extraordinario, una negativa suya sería muy mal recibida; así es que resolvió someterse á ese último acto de tiranía, abandonando luego la mesa, si era posible. Confiando en lo robusto de su temperamento bebióse á su vez el Bienaventurado Oso, y lo hizo con menos inconveniente de lo que hubiese creído. Los demás convidados, que habían empleado su tiempo mejor que él, empezaron á dar señales de cambio, y los títulos ceremoniosos que hasta entonces se habían dado, fueron sustituidos por las abreviaturas de Tully, Mac y Killie. Estos dos últimos, después de varias vueltas del Oso, se dijeron dos palabras al oído, y pidieron permiso para proponer *el último golpe* (con gran contento de Eduardo). Bebiéronlo, efectivamente, y Waverley dedujo que por aquella noche dejaban á Baco tranquilo.

Nunca se había equivocado tanto.

Como los huéspedes del barón habían dejado sus caballos en el pequeño patio de la posada de la aldea, Bradwardine habría creído faltar á las reglas de la cortesía si no los hubiera acompañado hasta la extremidad de la avenida. Waverley le siguió por la misma razón y para respirar el aire de una hermosa noche de estío, después de tan copiosas libaciones. Pero cuando llegaron á casa de la tía Macleary, los lairds Balmawhapple y Killancureit declararon que deseaban probar su gratitud por la hospitalidad que habían recibido en Tully-Veolan, y que esperaban que su noble vecino y su joven amigo, el capitán Waverley, les dispensarían la honra de beber con ellos, lo que

llamaban técnicamente la ronda del estribo, á la prosperidad de la casa del barón.

Debe advertirse que el notario, sabiendo por experiencia que la fiesta del día, hasta ese momento celebrada á costa de su principal, podría terminar á la suya propia, había montado en su potro gris; y á fuerza de espolearlo, tanto porque estaba alegre, cuanto porque no quería pagar su parte en el gasto, le hizo tomar un paso largo, pues de trote no podía hablarse, y estaba ya lejos de la aldea. Los demás entraron en la posada, siguiéndolos Eduardo dócilmente; pues su huésped le había dicho al oído que cometería un delito contra las leyes de la mesa, *leges conviviales*, si hacía alguna objeción. Parecía que la viuda Macleary esperaba esta visita, cosa que no tenía nada de extraordinario, pues generalmente los festines terminaban así, no sólo en Tully-Veolan, sino en toda Escocia, hace sesenta años.

Por este medio los convidados demostraban su gratitud al huésped, haciendo prosperar los negocios de la posada, honraban el sitio donde sus caballos estaban á cubierto, y se desquitaban de la reserva que les imponía la hospitalidad de un particular, pasando lo que Falstaff llamaba « los dolores de la noche » en la licencia de una taberna.

La tía Macleary que contaba con la visita de estos ilustres huéspedes, había hecho barrer su casa por primera vez desde hacía quince días, y dar á su fuego de turba un grado de calor proporcionado á la humedad que allí reinaba, aun en pleno verano.

Hizo limpiar, además, su mesa de madera blanca, poniéndola en equilibrio por medio de un pedazo de carbón que sostenía una de las patas, más corta que las otras, y había dispuesto cuatro ó cinco asientos en

los sitios más favorables que presentaban las desigualdades del piso de tierra. Púsose, además, su tocado blanco, su mantilla y su manto escarlata, y esperaba gravemente á la sociedad, que sabía estaba compuesta de buenos clientes. Cuando los convidados estuvieron sentados bajo las vigas ahumadas de la única sala de la tía Macleary, adornada con grandes telarañas, aquélla, que ya tenía instrucciones del laird Balmawhapple, se presentó con una enorme vasija de estaño, llamada una *gallina moñuda*, que contenía, por lo menos, tres litros, la cual « espumaba », según decía la posadera, esto es, estaba llena hasta los bordes de un excelente Burdeos que acababan de sacar de su barril.

Pronto pudo verse que la escasa ración que el Oso había dejado iba á picotearla la *Gallina*; pero la confusión que se produjo favoreció la resolución de Eduardo de no tocar á las copas cuando le llegara su turno. Los demás hablaban todos al mismo tiempo y tenían la lengua estropajosa, diciendo lo que les parecía, sin la menor consideración á sus vecinos.

El barón de Bradwardine cantaba canciones báquicas francesas y escupía sentencias latinas. Killancureit exponía en tono monótono las diversas maneras de podar un árbol, y trataba de carneros de un año, de ovejas de dos, de vacas, bueyes y terneros, y de una proposición de ley para establecer un derecho de portazgo; mientras Balmawhapple, con voz que dominaba las de los restantes, ponderaba su caballo, sus halcones y un lebrél llamado Silbador. En medio de ese alboroto, solicitó el barón varias veces silencio, y cuando por un resto de cortesía se lo concedieron un momento, se apresuró á pedir que escuchasen un *aria* favorita del mariscal duque de Berwick. Y

entonces, imitando lo mejor que pudo los modales y el tono de un mosquetero francés, empezó :

Mon cœur volage, dit-elle,
N'est pas pour vous, garçon,
Est pour un homme de guerre,
Qui a barbe au menton ;
Lon, lon, laridon.
Qui porte chapeau à plume,
Soulier à rouge talon,
Qui joue de la flûte,
Aussi du violon ;
Lon, lon, laridon.

Balmawhapple, no pudiendo contenerse más tiempo, alzó la voz anunciando una canción satánicamente bonita, según sus propias expresiones, compuesta por el tocador de cornamusa de Cupar, Gibby Gaethroghwit, y sin perder tiempo la empezó :

En los brezales de Glenbarchán,
Y de Killybraid en la montaña,
Para cazar el faisán,
He hecho más de una campaña.

El barón, cuya voz apagaba la más alta y estruendosa de Balmawhapple, renunció á la lucha ; pero siguió tarareando sus lon, lon, laridon, mirando con desdén al feliz rival que le privaba de la atención de la compañía. El joven laird seguía :

Cuando el ave se alzaba,
Parábale pronto el vuelo ;
Y muy pronto sobre el suelo,
Con su cuerpecito daba.

Después de tratar inútilmente de recordar la segunda copla, volvió á repetir la primera, y en el entusiasmo de su triunfo, declaró que en esos versos había mucho más sentido que en todas las ocurrencias francesas y en las del condado de Fife, por añadidura. El barón no le contestó sino tomando un polvo de rapé y mirándole con la expresión del más profundo desprecio. Pero el Oso y la Gallina habían librado al joven laird del respeto que el barón le inspiraba habitualmente. Así fué que declaró insípido el vino de Burdeos y pidió á gritos aguardiente. Trajéronle este licor, y el demonio de la política tuvo, sin dudá, celos de la armonía de aquel concierto, porque en su extraña cacofonía no entraban notas coléricas. Inspirado por el enérgico licor, el laird de Balmawhapple, sin ocuparse ya de los signos y guiños con los cuales el barón le había impedido, por consideración á Eduardo, entablar discusiones políticas, lanzó con voz estentórea el brindis siguiente : ¡Al hombrécito vestido de terciopelo negro que tan bien se batió en 1702! ¡Que el caballo blanco se rompa el pescuezo en la primera hondonada que encuentre!

Eduardo no tenía en aquel momento bastante claras las ideas para recordar que el rey Guillermo había muerto de una caída de caballo, que, según parece, se produjo por haber tropezado éste en una madriguera de topos ; pero desde luego le molestó un brindis que, acompañado por la mirada de Balmawhapple, parecía contener una alusión injuriosa al gobierno á cuyas órdenes servía. El barón se le adelantó, haciendo suya la disputa : — Sean cuales fueren mis principios, *tanquam privatus*, dijo, declaro que no estoy dispuesto á permitirle á usted una sola palabra que pueda herir los dignos sentimientos de

un caballero huésped mío. Si usted no tiene respeto á las reglas de la cortesía, téngalo, al menos, al juramento militar, *sacramentum militare*, que une á todo oficial con su bandera : abra usted, Tito Livio y vea lo que dice de esos soldados romanos que tuvieron la desgracia de renunciar á su juramento de legionarios, *exuere sacramentum militare*. Pero usted está tan poco enterado de la historia antigua como de la urbanidad moderna.

— No soy tan ignorante como á usted le parece, contestó Balmawhapple ; sé que alude usted á la Santa Liga y al Covenant ; pero si todos los whigs del infierno tuvieran...

Eduardo y el barón tomaron la palabra al mismo tiempo, gritando éste : — Cállese usted ; no sólo prueba su ignorancia, sino que afrenta á sus compatriotas delante de un extranjero y de un inglés.

Por su parte, Waverley rogaba á Bradwardine que le permitiera rechazar un insulto que parecía estar dirigido á su persona ; pero el barón estaba exaltado por el vino, la ira y el desprecio hasta un punto indecible :

— Capitán Waverley, le dijo, suplícole que se calle : en cualquier otra parte es usted *sin juris*, ó, lo que es lo mismo, está usted emancipado, y tiene derecho á defenderse ; pero aquí, en mis tierras, en esta pobre baronía de Bradwardine, y bajo este techo que es *quasi* mío, pues es el de un arrendatario que lo ocupa por tácita reconducción, me encuentro respecto de usted *in loco parentis*, dispuesto á conservarle sano y salvo. En cuanto á usted, mister Falconer de Balmawhapple, le advierto que no consentiré se aparte del camino de la buena educación.

— Y yo contesto, mister Cosme Comyne Bradwar

dine de Bradwardine y de Tolly-Veolan, dijo el cazador con marcado desdén, que si alguien se niega á secundar mi brindis, lo trataré como á un gallo silvestre, ya se trate de un inglés trasquilado, con una cinta negra sobre la oreja, ya de un hombre que abandona á sus amigos para captarse la amistad de las ratas de Hannover.

En seguida salieron á relucir las espadas, dándose estocadas terribles de parte y parte. Balmawhapple era joven, ágil, vigoroso ; pero el barón manejaba su arma con mayor habilidad, y no cabe duda que habría dado una severa lección á su antagonista, de no haber estado bajo la influencia de la *Osa mayor*.

Waverley se arrojó á separar á los combatientes ; pero lo detuvo el cuerpo del laird Killancureit, tendido en el suelo y que le hizo tropezar.

¿Cómo se encontraba Killancureit en aquella postura en tan crítico momento ? Nunca se ha podido saberlo de manera precisa. Algunos pensaron que había querido esconderse debajo de la mesa ; pero él sostuvo que había resbalado al apoderarse de un asiento para deslomar á Balmawhapple, á fin de evitar una desgracia. Sea como fuere, si nadie hubiese prestado socorro más rápido que él y Waverley, habría corrido la sangre ; pero el choque de los aceros, sonido frecuente en la casa, llegó á oídos de la tía Macleary, que estaba sentada tranquilamente por la parte exterior de la pared de tierra de su choza, haciendo mentalmente la suma del gasto, aunque al parecer leía. Levantóse de prisa y, metiéndose entre los adversarios, arrojó su manto con mucha habilidad sobre las espadas, exclamando con voz chillona :

— ¿Cómo ? ¡Sus señorías quieren matarse aquí,

para desacreditar la casa de una pobre viuda? ¿No podían elegir en todo el país otro sitio para batirse?

Los criados, por fortuna bastante sobrios aquella noche, acudieron también y, con ayuda de Eduardo y de Killancureit, lograron separar á los dos furibundos campeones. El segundo se llevó al laird de Balmawhapple, que se desataba en blasfemias, imprecaciones y amenazas contra todos los whigs, presbiterianos y fanáticos de Escocia ó de Inglaterra desde la punta norte, John O'Groat's hasta la extremidad sur de Inglaterra, Land's End, y no fué fácil subirlo á su caballo.

Nuestro héroe, ayudado por Saunderson, llevó á la residencia al barón de Bradwardine; pero no logró que se acostara hasta que consintió en oír un largo y erudito discurso de excusa por lo que acababa de ocurrir. Eduardo no pudo comprender más que algunas frases relativas á los Centauros y Lapites.

CAPÍTULO XII

ARREPENTIMIENTO Y RECONCILIACIÓN

Waverley estaba acostumbrado á no tomar vino más que con la mayor moderación. Así fué que durmió profundamente, despertándose muy tarde; entonces su memoria le recordó la penosa escena de la víspera. Entonces se dió cuenta de que él, caballero, oficial y miembro de la casa de Waverley había sido objeto de una afrenta personal. Es cierto que el que le había insultado se encontraba ebrio, oscurecida la escasa razón que le había dado el cielo; es verdad que, desafiándole, violaría las leyes divinas y humanas; quizás iba á quitar la vida á un joven que tal vez cumplía con sus deberes sociales, llevando la desolación al seno de una familia.

— Podía, por su parte, ser víctima del duelo. Esta alternativa, examinada en la soledad y á sangre fría, no tiene nada de agradable, ni siquiera para el más valiente.

Estas ideas ocupaban alternativamente su espíritu; pero la que mayor impresión le dejaba era la primera: era oficial, de la casa de Waverley, y había recibido un agravio personal; no había vacilación posible.

Bajó, pues, al comedor, resuelto á despedirse de la familia de Bradwardine y á escribir á uno de sus compañeros, dándole cita en una posada á medio camino entre Tully-Veolan y el punto donde estaba de guarnición el regimiento, á fin de encargarle de un mensaje apropiado para el laird de Balmawhapple. Encontró á miss Rosa ocupada en preparar el te y el café. La mesa estaba provista de pan, pasteles, bizcochos y otras pastas de harina de trigo, cebada y avena, con huevos, jamones de reno, piernas de carnero, vaca salada, salmón ahumado, compotas y todas esas golosinas que obligaron el mismo Johnson á confesar que el almuerzo de Escocia es superior al de todos los demás países. Una sopera llena de harina de flor, con un recipiente de plata lleno de leche al lado, era la porción destinada al barón en ese almuerzo. Miss Rosa dijo que su padre había salido muy temprano, encargando que no despertaran á su huésped.

Waverley se sentó silencioso, con aire distraído y preocupado que no podía dar á miss Bradwardine idea favorable de sus talentos para la conversación. Á las dos ó tres preguntas que ella le hizo contestó como maquinalmente. Viéndose rechazada en sus esfuerzos para acoger bien al joven, y sorprendida de que un uniforme encarnado no cubriera modales más amables, lo abandonó á su meditación, dejándolo entretenido en maldecir de la *Osa Mayor*, constelación favorita del doctor Doubleit, y causa de todas las desdichas pasadas y de las que aún podían sobrevenir.

De pronto se estremeció, poniéndose encendido, al ver por la ventana al barón y al joven Balmawhapple cogidos por el brazo y en animada conversación.

— ¿Ha dormido aquí míster Falconer? preguntó vivamente Waverley á miss Rosa.

Ésta, poco satisfecha de esa brusca pregunta, la primera que Eduardo le hacía, contestó negativamente en tono algo seco, y la conversación volvió á pararse.

En este momento entró Saunderson para decir que su señor deseaba hablar al capitán Waverley en la habitación inmediata. Eduardo se puso en pie, latándole el corazón algo más de prisa, por efecto de la duda y de la inquietud, sin que en esto tuviera el temor la más mínima parte. Encontró á Bradwardine y Balmawhapple en pie, observándose en el rostro del primero aire de satisfacción y dignidad, mientras que el siempre arrogante del joven laird expresaba vergüenza ó mal humor, ó ambas cosas al mismo tiempo.

El barón pasó su brazo por debajo del de su compañero, y pareció adelantarse con él hacia Eduardo; pero en realidad lo arrastraba. Detúvose en mitad de la habitación y dijo con mucha gravedad: — Capitán Waverley, mi joven y estimado amigo míster Falconer de Balmawhapple, teniendo en cuenta mi edad y mi experiencia, que no es de desdeñar por completo en materias de pundonor, duelo ó monomaquia, me ha encargado de ser su intérprete para expresaros el pesar que siente recordando ciertas expresiones que se le escaparon anoche, durante nuestro festín, y que forzosamente habían de ser desagradables para usted, que sirve hoy al gobierno actual. Y le ruega á usted olvide esos solecismos contra las reglas de la cortesía, que su razón, más serena hoy, condena, aceptando la mano que le presenta en señal de amistad. Puedo asegurarle á usted, capitán Waverley, que

sólo la convicción de *etre dans son tort*, según me decía en cierta ocasión semejante un valeroso caballero francés, el señor Espadachín, y además el sentimiento de su mérito personal de usted, han podido determinarle á dar este paso, pues él y toda su familia son, y han sido, desde tiempo inmemorial, *mavortia pectora*, según dice Buchanan, esto es, una tribu valiente y belicosa.

Eduardo se apresuró á aceptar, con natural cortesía la mano que Balmarwhapple ó, mejor dicho, el barón le tendía. Érale imposible, dijo, recordar palabras que un caballero sentía haber pronunciado y que con gusto atribuía á la influencia de las libaciones demasiado repetidas del banquete de la víspera.

— Muy bien dicho, contestó el barón; pues no puede negarse que, si un hombre está *ebrius*, ó bebido, accidente que en días de fiesta puede ocurrir y ocurre á un hombre de honor, y luego al tener sana y fresca la cabeza, retira las injurias que ha dicho cuando aquella estaba excitada, debe deducirse que *vinum locutum est*; lo que ha dicho deja de pertenecerle. Sin embargo, esta justificación no me parecería suficiente en el caso de un *ebriosus* ó borracho por costumbre, pues si le place pasar la mayor parte de su tiempo en estado de embriaguez, no tiene derecho á eximirse de las leyes de la cortesía, sino que debe acostumbrarse á conducirse tranquila y finalmente, aun cuando esté bajo la acción del *estimulante* báquico. — En cuanto al presente, vamos á almorzar y no volvamos á pensar en esta ridícula cuestión.

Debo confesar, sean cuales fuesen las consecuencias que deduzca el lector, que después de una expli-

cación tan satisfactoria, Eduardo gustó el excelente almuerzo de Rosa con mayor apetito de lo que al principio pudo creerse. Por el contrario, Balmarwhapple parecía sombrío y cortado. Waverley observó entonces, por primera vez, que tenía un brazo en cabestrillo, lo cual explicaba la manera torpe que tuvo de darle la mano. Á una pregunta que miss Rosa le hizo acerca del particular, contestó apenas dando á entender que se había caído de su caballo; y con deseo evidente de libertarse al mismo tiempo de esa conversación y de la sociedad, se levantó apenas había terminado el almuerzo y, saludó á todos, rehusando la invitación del barón para quedarse á comer; después de lo cual, montó á caballo y volvió á su casa.

Waverley anunció su intención de marcharse temprano de Tully-Veolan para llegar á dormir en la primera posta; pero el aire de mortificación sincera y profunda con que el barón recibió esa noticia, no le dejó valor para persistir en su proyecto. Y apenas Bradwardine obtuvo de Eduardo la promesa de prolongar unos días su visita, ya se ocupó de los medios de alejar la fecha de la partida, destruyendo los motivos que supuso le habían inducido á batirse en retirada más rápidamente.

— Capitán Waverley, le dijo, me molestaría mucho que usted creyera que autorizo la intemperancia con mi ejemplo ó con mis palabras. No niego que en la fiesta de anoche algunos de nuestros amigos estaban, si no completamente ebrios, *ebrii*, por lo menos *ebrioli*, epíteto con que los antiguos designaban á los que se encuentran entre vino y vino, ó, según dice metafóricamente vuestra frase inglesa, *medio en alta mar*. No hablo de usted, capitán, pues, como joven

prudente, se abstuvo de libaciones demasiado repetidas. Este reproche no puede tampoco serme dirigido : me he sentado en la mesa de muchos grandes capitanes en sus festines solemnes y siempre he bebido con discreción, y usted pudo observar ayer que, durante toda la noche, no salí de los límites de una modesta hilaridad.

No había medio de negar asentimiento á una declaración tan formal hecha por quien, sin contradicción posible, era su mejor juez. Sin embargo, en el caso de que Eduardo hubiera formulado su parecer con arreglo á sus propios recuerdos, no sólo habría dicho que el barón estaba *ebriolus*, sino que empezaba á estar *ebrius*, ó hablando en plata, que era el más perturbado de toda la banda con excepción quizás de su antagonista el laird de Balmawhapple. Una vez que recibió el cumplido que esperaba ó, mejor dicho, que pedía, acerca de su sobriedad, el barón continuó : — No, señor, aunque yo sea de temperamento robusto, aborrezco la embriaguez, y detesto á los que beben *gulæ causâ*, por la satisfacción del paladar. Con todo, no apruebo la ley de Pitaco de Mitilene, que castigaba con doble pena los crímenes cometidos bajo la influencia de *Liber Pater*, según llamaban los clásicos á Baco, y no admito completamente los reproches que Plinio el Joven hace á los bebedores, en el libro catorce de su *Historia Naturalis*. No señor, distingo, establezco diferencias, y apruebo el vino en cuanto no hace sino dar alegría al rostro, cuando se recibe á un amigo, *recepto amico*, según dice Horacio.

Así terminó la apología que el barón había juzgado necesaria para disculpar su exceso de hospitalidad, y se creará sin trabajo, que Eduardo se guardó muy bien de interrumpirle para expresar su incredulidad.

Después de esto, el barón invitó á su huésped á dar un paseo á caballo durante la mañana y mandó á Davie Gellatley que fuera á esperarles en el sendero secreto con los perros Ban y Buscar.

— Mientras llega la temporada de caza, dijo á Waverley, quisiera que viese usted algunos ejemplares. Si Dios quiere, podremos encontrar algún corzo, animal que se puede cazar en todas las estaciones del año, no está nunca en lo que llaman el *orgullo de la grasa*, de modo que siempre se le puede comer, bien es verdad que su carne no puede compararse con la del gamo rojo ó leonado. Sin embargo, esto servirá para que usted vea cómo trabajan mis perros, y para ello he dicho á Davie Gellatley que los lleve.

Waverley manifestó su sorpresa de que encargara de semejante comisión al amigo Davie; pero el barón le dió á entender que ese pobre inocente no era ni *factuus* ni *naturaliter idiota*, según dicen en términos forenses en los informes sobre casos de locura; sino solo un chiflado, que hacía muy bien los encargos, con tal que no fueran contrarios á su gusto, y que sabía servirse de su aparente locura para dispensarse de servir la de los demás.

— Se ha ganado nuestro afecto, añadió el barón, salvándole la vida á Rosa con peligro de la suya propia; y por esto, como desde entonces come nuestro pan y bebe en nuestra copa, haciendo lo que puede ó, si las sospechas de Saunderson y del notario son ciertas, lo que le da la gana.

Miss Bradwardine enteró entonces á Waverley de que el pobre *inocente* tenía pasión por la música, hasta el punto de conmoverle profundamente los cantares melancólicos, transportándolo de alegría la

música viva y animada. Tenía para esto memoria prodigiosa, sabiendo infinidad de trozos, que frecuentemente aplicaba á las personas y á las circunstancias, con mucha habilidad, para lanzar una advertencia, una explicación ó un rasgo irónico. Davie quería mucho á las personas que se interesaban por él, siendo al mismo tiempo tan sensible á las injurias como á los malos tratos; y cuando se le presentaba ocasión de vengarse, tenía tendencias á aprovecharla. Las gentes del pueblo, que se juzgan unos á otros con la misma severidad que juzgan á sus superiores, habían mirado con mucha compasión al *inocente* mientras anduvo andrajoso por la aldea; pero después que le habían visto vestido con aseo, sin que nada le faltara, y convertido, por decirlo así, en favorito, habían recordado todas las pruebas de malicia y de astucia que presentaban los anales de su vida, ya en los actos, ya en sus réplicas, y habían basado en esto la suposición de que Davie Gellatley no estaba loco, sino en tanto cuanto se necesitaba para dispensarse de trabajar. Su opinión no era más justa que la de los negros, los cuales, al ver las malicias de los monos, les atribuyen el don de la palabra, añadiendo que lo ocultan para que no los obliguen á trabajar. Esta suposición carecía de base. Davie Gellatley era en realidad lo que parecía: un chiflado, incapaz de ocupación constante y regular. Tenía juicio bastante para que no lo acusasen de demencia y talento natural suficiente para no ser tenido por un idiota; cierta habilidad en la caza, ejercicio en que han brillado otros más insensatos que él; mucha dulzura y humanidad para los animales que se le confiaban, corazón afectuoso, prodigiosa memoria y oído para la música.

En este momento se oyó en el patio el paso de los

caballos y la voz de Davie, que cantaba, como hablando á los dos grandes lebreles:

Corred, corred, saltad
Arroyos y cañadas;
Acudid presto al sitio
Donde la hierba más verde parece,
Donde las fuentes más límpidas surgen,
Donde el helecho tiene color más negro,
Donde el matutino rocío más dura,
Donde el gallo silvestre viene á beberlo,
Donde bailan las hadas,
Pues no hay sitio más fresco,
Más hermoso, más solitario ó verde.

— ¿Esos versos, preguntó Waverley á Rosa, son de vuestra antigua poesía escocesa?

— No lo creo, contestó ella; esta pobre criatura tenía un hermano; y el cielo, como para compensar á esta familia por la desdicha de Davie, dotó á aquel de un talento que las gentes de la aldea encontraban extraordinario. Uno de sus tíos le dió la instrucción necesaria para que fuera vicario de la iglesia de Escocia; pero no pudo obtener el menor presbiterio, porque salía de nuestros dominios. Volvió de la universidad sin esperanza y con el corazón traspasado de dolor y se volvió tísico. Mi padre se ocupó de él hasta su muerte, ocurrida cuando cumplió diez y nueve años. Tocaba muy bien la flauta y pasaba por tener grandes disposiciones para la poesía. Quería mucho á su hermano, del cual no se apartaba nunca, y suponemos que Davie le oyó y ha retenido multitud de aires y fragmentos que no se parecen nada á los de nuestros cantones. Cuando alguien le pregunta quién le ha enseñado poesías como la que usted acaba

de oírle, contesta lanzando lágrimas acompañadas de sollozos. Nunca ha querido dar otra explicación; jamás se le ha oído pronunciar el nombre de su hermano desde que éste murió.

— De seguro, dijo Eduardo cuya imaginación se excitó al oír este novelesco relato, que interrogándole en particular se podría saber algo más.

— Es posible, contestó Rosa; pero mi padre no ha querido consentir nunca que se hiera su sensibilidad, haciéndole preguntas sobre ese punto.

Durante esta conversación, el barón, con ayuda de Saunderson, había logrado ponerse un par de grandes botas, invitando á nuestro héroe á seguirle. Hubiérase dicho un cazador del tiempo de Luis XIV, al oírle bajar la escalera dando taconazos y pegando en el pasamano con el mango de su látigo, mientras tarareaba :

Pour la chasse ordonnée il faut préparer tout :
Holà, oh, vite, vite, debout!

CAPÍTULO XIII

DÍA MÁS RAZONABLE QUE EL ANTERIOR

El barón de Bradwardine montaba un caballo fogoso y bien amaestrado, y la manera de tenerse en la silla, cubierta por amplia funda con los colores de su librea, probaba que era un excelente representante de la antigua escuela de equitación. Su casaca bordada, de color claro, el chaleco, con ricos galones, su peluca de general de brigada y su pequeño tricornio, con galones de oro, completaban su atavío. Seguíanle dos criados á caballo, armados con pistolas de caballería.

Vestido de este modo, recorría todos los vericuetos del país, llenando de admiración á los arrendatarios y campesinos. Por fin llegaron al fondo de una verde cañada, donde ya estaba Gellatley con dos enormes lebreles, adiestrados en la caza del gamo, y que parecían presidir á otra media docena de perros mestizos. Seguíanle un número análogo de chiquillos, descalzos y sin nada en la cabeza, los cuales, para proporcionarse la honra de seguir la cacería, habían dado gusto á los oídos de Gellatley, dándole el respetuoso título de *Señor Gellatley*, aunque probablemente ninguno

de ellos habría dejado en otras ocasiones de saludarle con el calificativo de *Dafte Davy*, *Davy el Chiflado*. Sábese, por lo demás, que las lisonjas hacia los poderosos no se encuentran sólo entre los campesinos descalzos de Tully-Veolan; esta era costumbre general hace sesenta años; todavía existe y seguirá existiendo por seiscientos más, si esta mezcla de locura y de bajeza que llaman el mundo, subsiste todavía entonces.

Estos *chiquillos descalzos*, según les llamaban, tenían por misión batir el bosque, cosa que hicieron con tal destreza que, al cabo de media hora, se levantó un corzo, que los cazadores mataron. El barón siguió á los perros en su caballo blanco, y abrió magníficamente el animal, con su cuchillo señorial, advirtiendo que en Francia esto es *faire la curée*. Después de la solemne ceremonia, volvió con su huésped á Tully-Veolan por un camino sinuoso, pero pintoresco, que dominaba un extenso paisaje lleno de aldeas y de casas, á cada una de las cuales atribuía el barón una anécdota de historia ó de genealogía. Sus relatos se resentían de lo original de sus preocupaciones políticas y religiosas y de su pedantismo; pero también probaban mucho buen sentido y nobles sentimientos; y aunque á veces no tenían importancia, siempre interesaban por la novedad.

Lo cierto es que el paseo les pareció á ambos muy agradable, pues la conversación les interesaba, aunque en el carácter y modo de pensar estuvieran en los antípodas. Hemos dicho que Eduardo tenía imaginación viva, novelesca en sus ideas y en la elección de sus lecturas, y que sentía gran inclinación á la poesía. Mister Bradwardine era todo lo contrario y se vanagloriaba de recorrer el camino de la vida con la tiesura y la gravedad estoica de que cada tarde

hacía alarde en su paseo de la terraza de Tully-Veolan, donde, durante horas enteras, iba y venía, como el héroe de una antigua balada escocesa.

A pasos contados hacia oriente,
A pasos contados hacia occidente.

En cuanto á literatura, había leído los poetas clásicos, y además el *Epitalamio* de Jorge Buchanan, los *Salmos* de Arturo Johnson, las *Leliciæ Poetarum Scotorum*, las obras de sir David Lindsay, el *Bruce* de Barbour, el *Wallace* de Enrique el Ciego, el *Gentil Pastor* de Ramsay, y el *Cerezo y el Ciruelo*. Pero hubiera preferido que le pusieran en prosa llana y sencilla las sabias y antiguas máximas y los relatos históricos contenidos en esas diversas obras. Á veces no podía contener su desprecio hacia el vano é inútil arte de hacer poemas. El único escritor que consideraba digno de nota entre los contemporáneos era Allan Ramsay, el peluquero.

Si bien Eduardo difería del barón, en este respecto, *toto cælo*, según la frase de éste, la historia era para ellos un terreno neutral, donde podían encontrarse, porque á ambos les interesaba. Es cierto que Bradwardine no cargaba su memoria sino de hechos en toda su aridez, y con la frialdad y sequedad de las narraciones históricas. Por el contrario, Eduardo gustaba de acabar y dar colorido al boceto, con imaginación viva y animada, que comunicaba alma y vida á los actores é interlocutores del drama de los siglos pasados. A pesar de gustos tan opuestos, contribuían al mutuo solaz. Los minuciosos relatos y la excelente memoria de Bradwardine suministraban á Waverley nuevos asuntos del género de aquellos en

que su imaginación gustaba ejercitarse, y le abrían un nuevo manantial de incidentes y caracteres. Por supuesto, devolvía los goces que le procuraban escuchando con la mayor atención. No hay narrador que no sea sensible á esta cortesía; pero principalmente el barón veía con grandísimo placer esta prueba de deferencia, que halagaba su costumbre de tenerse por sumamente importante. Mister Bradwardine encontraba análogo interés en los relatos de su joven amigo, que confirmaban á veces ó explicaban sus anécdotas favoritas. El barón gustaba también hablar de las aventuras de su juventud que había pasado en países extranjeros, dando curiosos pormenores acerca de los generales á cuyas órdenes sirviera y de los combates en que había tomado parte.

Nuestros cazadores volvieron á Tully-Veolan muy satisfechos uno de otro. Waverley deseaba estudiar con mayor atención el carácter del barón, que le parecía original, aunque interesante, y cuya memoria constituía un precioso repertorio de todas las anécdotas antiguas y modernas. Mister Bradwardine consideraba á Eduardo como un *pues*, ó mejor dicho, como un *juvenis boncœ spei et magna indolis*, un joven que no tenía nada de esa petulante ligereza que hace insoportable la conversación y el consejo de las personas de edad ó que lo convierte en materia de irrisión. Sacaba de ello felices consecuencias para el porvenir y para su éxito en la sociedad. Ese día no asistió á la comida más persona extraña que mister Rubrick, cuyos conocimientos y gustos estaban en perfecta armonía con los del barón y de su huésped.

Algunos minutos después de la comida, el barón, como para probar que su sobriedad no era sólo una teoría, propuso ir á las habitaciones de su hija ó, se-

gún él decía, á su *tercer piso*. Guió, pues, á Waverley, á través de dos largos corredores, laberintos inventados por los antiguos arquitectos para embarazar á los habitantes de las casas que construían. Al final de estos, mister Bradwardine echó por una escalera, subiendo por los peldaños, dos á dos, para ir á anunciar la visita á su hija, mientras Waverley y mister Rubrick le seguían más despacio.

Después de haber ascendido ese sacacorchos perpendicular, llegaron á un cuarto cubierto de esteras, que servía de antesala á la habitación de Rosa, á su *sanctum sanctorum*, y de allí pasaron al saloncillo. Este era pequeño, pero bonito; recibía la luz por la parte de mediodía y tenía por adorno un tapiz. También había allí dos retratos, uno de la madre de Rosa, vestida de pastora, con una falda de cestitos; el otro, del barón á la edad de diez años, con casaca azul, chaleco bordado, sombrero galoneado, peluca de cola y con un arco en la mano. Eduardo no pudo menos de sonreír al contemplar ese traje y el singular parecido que había entre el rostro redondo, sonrosado é ingenuo del retrato y el flaco, curtido, de barba puntiaguda y de ojos hundidos del original, en el cual todo revelaba el cansancio producido por las fatigas de la guerra, los viajes y la avanzada edad. El barón rió á la vez que su huésped: — Este retrato, dijo, es una fantasía de mujer que tuvo mi buena madre, hija del *laird* de Salliellum; señalé á usted su casa, capitán, cuando estábamos en lo alto de Shrimy-Hench: la quemaron en 1715 los holandeses, que desembarcaron aquí con auxiliares del gobierno. Desde entonces no he vuelto á retratarme, si no fué una vez, á instancias especiales y reiteradas del mariscal duque de Benvick.

El buen anciano no añadió lo que luego explicó á Eduardo míster Rubrick, á saber, que el mariscal le había dispensado esa honra para recompensarle por su valor, cuando subió el primero á la brecha, durante la memorable campaña de 1709, en el asalto dado á una fortaleza de Saboya, defendiéndose allí con su media pica, por espacio de diez minutos, mientras le llegó socorro. Para hacer justicia al barón, hay que decir, aunque tenía tendencias á exagerar la antigüedad é importancia de su familia, que era demasiado valiente para hacer alusión á hechos que sólo se referían á su persona.

Miss Rosa salió entonces de una de sus habitaciones interiores, y fué á recibir á su padre y amigos. Los pequeños trabajos en que se ocupaba eran prueba evidente de buen gusto natural, que sólo exigía cultivo. Su padre le había enseñado el francés y el italiano, y en su biblioteca había algunos libros de estas lenguas. También quiso darle lecciones de música; pero, fuése que empezó por las partes más abstrusas de este arte, fuése que él no lo conociera á fondo, lo cierto es que la joven sólo había llegado á saber acompañarse con el clavicordio, instrumento entonces poco conocido en Escocia. En cambio, cantaba no sólo con mucha afinación y sentimiento, sino además con un respeto á la letra, que podía servir de ejemplo á muchas damas más hábiles que ella. Su buen sentido natural le había hecho comprender que si, como dice la gran autoridad de Dryden, « la música se une á la inmortal poesía », con frecuencia el cantante les impone vergonzoso divorcio. Tal vez era por el buen gusto con que hacía comprender las bellezas de la poesía, y por el talento que desplegaba para confundir su expresión con la de la música, por lo que

su canto agradaba á cuantos no conocían este arte y, aun muchos profesores, más de lo que hubiera podido hacerlo una voz más hermosa y una ejecución más brillante, pero acompañadas de menos delicadeza en el gusto.

Una galería circular situada delante de las ventanas del salón daba prueba de otra de las ocupaciones de Rosa : allí se veía una colección muy variada de flores que ella misma cultivaba. Para llegar á ese balcón gótico se pasaba por un torreoncillo, y desde allí se disfrutaba de un punto de vista encantador. Desde aquella altura, el jardín, rodeado de altas paredes y situado abajo, parecía un simple huerto. Más allá se extendía una umbrosa cañada, donde ya se mostraba ó se escondía el arroyo, según la espesura de las ramas. La mirada se detenía con placer en rocas que elevaban acá y acullá sus cimas á manera de campanarios sobre la arboleda del bosque, cuyas nobles ruinas nada ocultaba y que las ondas reflejaban, con su elevado promontorio en toda su majestad. A la izquierda, algunas chozas de la aldea, pues la montaña ocultaba las demás. Esa cañada ó *glen* terminaba el lago *Veolan*; allí se derramaban por los efectos del sol poniente. El paisaje lejano era descubierto y quebrado, aunque sin monte; la vista no se detenía hasta una barrera azulada que una cadena de rocas formaba al sur, en la extremidad del valle ó *strath*. En ese sitio encantado hizo Rosa servir el café.

La antigua torre ó fortaleza dió idea al barón de referir con entusiasmo algunas anécdotas é historias de caballería escocesa. El pico saliente de una roca inclinada cercana era la *Silla de San Sevithin*, teatro de una superstición sobre la cual dió míster Rubrick pormenores que recordaron á Waverley unos versos

citados por Edgar en el *Rey Lear*. Rogaron á miss Rosa que cantara una romanza compuesta por algún poeta local, que

Ignorando como de la raza de que salía
Salvó del olvido otros nombres; pero no el suyo.

La suavidad de su voz, la belleza de su música sencilla y natural, dieron á ese canto toda la poesía que su autor hubiera deseado, y que le era necesaria: temo, al incluirla aquí que, faltándole esas ventajas, no canse la paciencia de mis lectores, á pesar de que seguramente Waverley la corrigió y retocó.

LA SILLA DE SAN SWITHIN

En vispera de todos los Santos, antes de dormir,
Ten cuidado de que sea bendecido tu lecho;
Hazle la señal de la cruz,
Canta el Ave-María y di el Credo.
Pues en esa velada, la bruja de las noches
Se alzaré en el horizonte con su negro cortejo,
Ya sople el viento con fuerza ó débil:
Corriendo á la luz de la luna, ú ocultándose en la nube.
La dama se sentó en la silla de San Swithin;
El rocío de la noche humedeció su cabellera;
Sus mejillas estaban pálidas,—pero resueltas y altaneras
Fueron las palabras de su boca y el resplandor de su
[mirada.

Viene á repetir el poderoso encanto,
Por el cual San Swithin, detiene á la bruja
La obliga á bajar y le manda con fiereza
Que en nombre de Dios le conteste,
Todo el que, sentado en la silla del santo,
de este modo á la hechicera.

Puede ejercer sobre ella soberano poder
Y hacerla hablar tres veces, á pesar de su rabia.
El barón había seguido al rey Bruce á los combates,
Y ya hace tres años que la dama ignora,
Si ha muerto gloriosamente á lo lejos,
O si podrá volver á su castillo;
La dama teme hablar... pero al fin lo hace.
¿Qué grito es ese, desgarrador, terrible?
¿Es acaso el dei buho? ¿Es la voz horrorosa
Del demonio irritado que gobierna el torrente?
El rumor del viento cantaba tranquilo y silencioso,
Y dejó de correr el torrente;
La calma fué más terrible que la desatada tempestad,
Cuando la bruma gris revistió la forma del príncipe in-
[fernal.

— Siento, dijo Rosa, frustrar las esperanzas de los presentes, y, sobre todo, del capitán Waverley, que me escucha con tanta gravedad; pero no sé más que este fragmento. Creo que todavía hay algunos versos más, en que el poeta describe el regreso del caballero, el modo como se encontró á milady fría como la tierra á orillas del arroyo.

— Esa es, dijo Bradwardine, una de las ficciones que en esos tiempos supersticiosos desfiguraban las crónicas de las familias más ilustres. Roma tuvo también sus prodigios, así como otras muchas naciones, según es posible verlo leyendo la historia antigua, ó el pequeño volumen compilado por Julio Obsequens, y dedicado por el sabio editor Scheffer á su protector y patrono Benedicto Skytte, barón de Duderchoff.

— Mi padre siente el mayor desprecio por lo maravilloso, capitán Waverley, dijo Rosa. En cierta oca-

sión el ocurrió ser el único que se mantuvo á pie firme, mientras que una aparición del espíritu maligno ponía en fuga á un sínodo entero de ministros presbiterianos.

Waverley manifestó deseos de enterarse mejor.

— ¿Tengo, pues, que referir la anécdota, después de decir la canción? Pues bien, había una vez una vieja llamada Juana Gellatley, que pasaba por bruja, por la razón infalible de ser muy vieja, muy fea y muy pobre, y de tener dos hijos, uno poeta y loco el otro; pues todos los vecinos estaban conformes en que la locura del muchacho era un castigo infligido por el cielo á las hechicerías de la madre. Encerráronla durante una semana en el campanario de la iglesia, sin darle casi de comer y sin dejarla dormir, con lo cual llegó ella á creer que, en efecto, era bruja. Mientras se hallaba su espíritu en ese estado lúcido, lleváronla ante los caballeros whigs y vicarios de los alrededores, que por cierto no tenían nada de adivinos, para que se descargara la conciencia ó, en otros términos, para que hiciese confesión pública de todas sus hechicerías.

Como la acusada había nacido en las tierras de mi padre, éste asistió á la asamblea, con objeto de velar por que el proceso de la hechicera fuese instruido de manera regular por el clero presbiteriano. La supuesta bruja confesó que el diablo se le aparecía bajo la forma de un hermoso joven negro; y si usted viera á la pobre mujer con sus ojos legañosos, se formaría triste idea del buen gusto del que en el Apocalipsis llaman Apolo. Los presentes la oían mudos de asombro, y el escribano consignaba con mano temblorosa esas extrañas declaraciones cuando de pronto cambió de tono, lanzando un gran grito :

— Cuidado, señores, cuidado, que veo al diablo sentado en medio de vosotros.

Entonces se apoderó el espanto de toda la asamblea y cada cual se apresuró á huir. Dichosos los que estaban junto á la puerta. ¡Qué confusión, qué desorden reinó entre las tocas, sombreros y pelucas antes de que quedase evacuada la iglesia! Sólo permaneció impávido el partidario de la jerarquía eclesiástica, mi padre, para poner de acuerdo á la bruja y al diablo su admirador.

— *Rissu solvuntur tabulæ* (1), dijo el barón. Cuando volvieron de este terror pánico, estaban demasiado corridos para continuar el proceso contra Juana Gellatley (2).

Esta anécdota fué punto de partida para una larga discusión sobre

Todas esas ficciones y fantasías,
Presagios, sueños y opiniones sin fundamento,
Apariciones, sortilegios y profecías
Y cuanto las acompaña, son solo un cuento.

(1) La risa acabó con el proceso.

(2) La anécdota aquí referida es histórica. El hecho ocurrió en una población del sur de Escocia. Un anciano eclesiástico fué el que tuvo bastante prudencia y firmeza para resistir al terror pánico de sus colegas, salvando de este modo á la infeliz acusada. Los procesos por hechicería constituyen la página más triste de los anales de Escocia.

CAPÍTULO XIV

DESCUBRIMIENTO. — WAVERLEY SE INSTALA
EN TULLY-VEOLAN

Al día siguiente, Eduardo se levantó temprano y dió su paseo matutino por los alrededores del castillo. Al pasar por un pequeño patio frente á la perrera, encontróse con su amigo Davy ocupado en dar á los cuadrúpedos los cuidados indispensables. El muchacho vió á Eduardo, pero hizo como si no le apercibiera y, volviéndole la espalda, se puso á cantar :

Los jóvenes te aman con más brillo y ardor.
¿ Ois cuán suavemente canta el pajarito ?
Pero los viejos quieren más tiempo y más.
La codorniz duerme con la cabeza bajo el ala.
El furor del joven es paja que arde en el fuego.
¿ Ois cuán suavemente canta el pajarito ?
Pero como acero enrojecido es la ira del anciano.
La codorniz duerme con la cabeza bajo el ala.
El joven se enfurece al fin del banquete.
¿ Ois cuán suavemente canta el pajarito ?
Pero el anciano desenvaina la espada al amanecer.
La codorniz duerme con la cabeza bajo el ala.

Waverley no pudo menos de observar que Davy cantaba esa balada con cierto énfasis que le daba sentido satírico; así fué que se acercó á él, tratando de averiguar lo que quería decir; pero el muchacho no tenía ganas de hablar y sabía además ocultar bajo apariencias de locura su malicia. Eduardo no pudo obtener de él más noticia sino que el *laird* de Balmawhapple había regresado á su casa la víspera con las botas llenas de sangre. En el jardín encontró al anciano mayordomo, el cual no trató de ocultarle que, habiendo sido educado en la casa Sumoe y compañía de Newcastle, célebres arboricultores, se ocupaba algunas veces en arreglar las flores por complacer al *laird* y miss Rosa. Después de larga serie de preguntas, Eduardo supo, con penoso sentimiento de sorpresa y de afrenta, que las explicaciones de Balmawhapple fueron consecuencia de un combate con el barón. Mientras él dormía, los otros se habían batido, y el joven fué herido en el brazo derecho y desarmado.

Este descubrimiento mortificó á Eduardo; por lo cual, habló á Bradwardine, quejándose con respeto de la especie de injusticia que había cometido al anticipársele en su propósito de batirse con Falconer, cosa que, dada su edad y su carrera, podía ser interpretado torcidamente.

Las explicaciones que le dió el barón fueron demasiado largas para repetir las aquí. Insistió mucho en que, siéndoles común el insulto, Balmawhapple no podía dispensarse de dar á ambos satisfacción. — Lo ha hecho así, añadió, batiéndose conmigo y presentándole á usted cumplidas excusas. Usted las aceptó y este es, por consiguiente, asunto concluido.

Estas palabras no tenían réplica posible. Waverley

quedó, sin embargo, descontento, maldiciendo del *bienaventurado* oso causa de la querella, y dando á entender que la famosa copa no merecía su nombre. El barón confesó que no podía desconocer que el oso, á pesar de ser considerado por los heráldicos como emblema muy honroso, tenía en sí algo de displacente, gruñón y aun de feroz, según podía verse en los *Hieroglyphica animalium* de Archibaldo Simson, vicario de Dalkeith.

— Sin duda por esto, añadió mister Bradwardine, ha sido causa de multitud de querellas y discusiones en la familia. Y á este propósito podría citarle á usted una mala cuestión que tuve con uno de mis primos en tercer grado por parte de mi madre, sir Hew Halbert. Éste tuvo la mala idea de ridiculizar mi nombre, como si procediera de *bear-warden* (guardián de cerdos). Era una broma muy descortés; pues no sólo insinuaba que el fundador de nuestra casa fué un pastor de puercos, oficio propio de los plebeyos más viles, sino que además daba á entender que nuestro escudo no era el premio de elevados hechos de armas sino que nos había sido concedido por semejanza con las costumbres de nuestra familia. Eso es lo que los franceses llaman *blasones parlantes*, los latinos *arma cantantia*, y los ingleses *canting-heraldry*, y constituye escudos de desarrapados y mendigos, cuya habla se compone de escasas palabras y no de la noble ciencia del blasón. Esta atribuye los escudos de armas al deseo de los príncipes de recompensar las acciones nobles y generosas, en vez de halagar oídos con varios retruécanos.

Waverley habría querido saber el resultado de esa pendencia; pero el barón se limitó á decirle que había terminado de manera honrosa.

Después de haber dado tantos detalles acerca de la vida de Tully-Veolan durante los primeros días que siguieron á la llegada de Eduardo, á fin de que el lector pudiese conocer mejor á los habitantes, creemos poder dispensarnos de referir con la misma escrupulosa exactitud todo lo que ocurrió después. Es de presumir que un joven acostumbrado á sociedad más entretenida, habría acabado por aburrirse de la conversación de un abogado tan ardiente de la dignidad del blasón como Bradwardine; pero encontraba variedad en la de miss Rosa, la cual oía con mucha atención sus observaciones sobre la literatura, y cuyas respuestas revelaban buen gusto acabado. Gracias á la suavidad de su carácter, se había sometido con complacencia y aun con placer á las lecturas indicadas por su padre, á pesar de que éste la había condenado á leer, no sólo enormes infolios de historia, sino también ciertos gigantescos volúmenes de controversias teológicas. Por fortuna, sólo tenía ligera tintura de la ciencia del blasón. Bradwardine quería á su hija más que á las niñas de sus ojos; su constante amabilidad; su atención en prestar esos ligeros servicios que agradan tanto más cuanto que no se pensaba en pedirlos; su belleza, que recordaba al barón las facciones de una esposa querida; su sincera piedad y su carácter generoso, habrían bastado para justificar la ternura del más parcial de los padres.

Sin embargo, el amor paternal no parecía tratar de tributarle ese último homenaje en que, según la opinión general, se manifiesta de manera más particular ese sentimiento: quiero decir, que no trataba de establecerla, ya dotándola ricamente, ya casándola bien.

En virtud de una antigua cláusula de sustitución, casi todos los bienes inmuebles del barón debían pa-

sar después de su muerte á un pariente lejano y todo indicaba que miss Bradwardine no sería rica, pues los intereses pecuniarios de la casa habían estado confiados demasiado tiempo á las exclusivas gestiones del notario Macwheeble, para que se pudiese esperar gran cosa. Es cierto que el notario tenía más afecto al barón y á su hija que á nadie en el mundo; pero á distancia incomensurable del que profesaba á su propia persona. Primero había pensado que no era imposible hacer anular el acta de sustitución en favor de la línea masculina, y á este efecto se procuró *gratis*, según de ello se jactaba, una consulta firmada por un eminente abogado consultante de Escocia, al cual propuso hábilmente ese problema, al hablarle de otro asunto; pero Bradwardine se negó á ello.

Al contrario, tenía perverso placer en repetir con énfasis que la baronía de Bradwardine era un feudo masculino, cuya primera cédula había sido otorgada en los lejanos tiempos en que las mujeres eran incapaces de poseer una concesión feudal, porque, *según las costumbres de Normandía, el hombre es el que se bate y aconseja*; ó, con arreglo á otros autores menos galantes todavía, cuyo nombres revesados gustaba de citar, porque la mujer no puede servir al soberano en la guerra, á causa del decoro de su sexo, ni ayudarle con sus consejos por lo limitado de su entendimiento, ni guardar sus secretos por su indiscreción natural.

— Digaseme, exclamaba con aire de triunfo, si sería decente ver á una mujer, y de la familia de Bradwardine, ocupada *in servitio exuendi seu detrahendi caligas regis post battaliam*, esto es, en quitarle las botas al rey después del combate? Tal es, sin embargo, el servicio feudal á que estoy obligado,

como miembro de la familia de Bradwardine. No, no, está fuera de duda, *procul dubio*, que muchas mujeres tan interesantes como Rosa han sido excluidas de la sucesión de sus padres, á fin de que yo ocupara ese puesto. No quiera Dios que yo haga nada contrario á las disposiciones de mis mayores ó que lesione los derechos de mi pariente Malcolm Bradwardine de Inch-Grabbit, rama honrada, aunque secundaria de mi familia.

El notario que, en calidad de primer ministro, después de haber recibido de su soberano esta decisión irrevocable, no creyó deber insistir más; pero cada vez que se encontraba á solas con Saunderson, ministro de lo interior, deploraba la pertinacia del *laird* y echaba planes para unir á Rosa con el joven *laird* de Balmawhapple, que poseía una hermosa propiedad, aunque algo hipotecada; que no tenía defectos; sobrio como un santo, si lo mantenían lejos del aguardiente y al aguardiente lejos de él; al cual no se podía, en resumen, hacer más reproche que el de andar á veces en malas compañías como Jinker el chalán y Gibby Gaethrouwi't, el tocador de cornamusa de Cupar. — Pero se corregirá de esas locuras, amigo Saunderson, se corregirá, decretaba el notario...

— *Como la cerveza agria mejora en verano*, añadió Gellatley, que estaba más cerca de lo que ellos suponían.

Miss Bradwardine, sencilla y llena de admiración, hacía todo como una reclusa, se apresuró á aprovechar la ocasión que le suministraba la visita de Eduardo para ensanchar el círculo de sus conocimientos en literatura. Waverley pidió á la ciudad donde estaba acuartelado su regimiento parte de sus libros, y estos proporcionaron á Rosa un manantial

de goces de que no tenía ni siquiera idea. De ese precioso bagaje formaban parte los mejores poetas y prosistas ingleses.

Esto hizo dejar de lado, hasta cierto punto, la música y aun las flores, lo cual entristeció á Saunderson, y aun le hizo rebelarse contra una ocupación por la cual ni siquiera le daban las gracias. Los nuevos placeres favoritos de miss Rosa le eran cada día más gratos, porque los compartía con alguien que tenía los mismos gustos. La solicitud de Waverley en hacerle lecturas y explicarle, comentándolos, los trozos difíciles, daba extraordinario valor á su enseñanza, y las románticas disposiciones de su espíritu encantaban á una inteligencia demasiado novicia para darse cuenta de sus defectos. Cuando el asunto le interesaba y lo conocía bien, Eduardo tenía la elocuencia fácil y brillante á que se atribuye sobre el corazón femenino tanta influencia como á la figura, la elegancia en el vestir, la fama ó la fortuna. Así es que en ese trato constante había para la tranquilidad de la pobre Rosa tanto mayor peligro cuanto que su padre estaba demasiado ocupado en sus estudios abstractos, y tenía demasiada dignidad para poder pensar que su hija estaba expuesta. En su opinión, las hembras de la casa de Bradwardine, como las de Borbón ó de Austria, estaban muy por encima de las pasiones que podían oscurecer las inteligencias de las mujeres de clases inferiores; cerníanse en otra esfera, gobernabanlas otros sentimientos, y se guiaban por otras reglas que los impulsos vanos del sentimiento. En resumen, cerró con tal resolución los ojos sobre las consecuencias naturales de la intimidad entre Rosa y Waverley, que toda la vecindad dedujo que los había abierto sobre las ventajas de la unión de su hija con

el rico y joven inglés, y lo declaró menos loco de lo que hasta entonces había parecido, cuando se trataba de su interés.

Si el barón hubiese pensado en este asunto, habría encontrado obstáculo insuperable en la indiferencia de Waverley. Desde que nuestro héroe había visto algo del mundo, ruborizábase de su *leyenda de Santa Cecilia*, y sus poco halagüeñas reflexiones á ese respecto sirvieron durante algún tiempo de contrapeso natural á la natural susceptibilidad de su corazón. Por lo demás, Rosa, á pesar de su amabilidad y de su belleza, no reunía esas condiciones que cautivan una imaginación novelesca en la primera juventud. Era demasiado franca, demasiado confiada, demasiado buena, excelentes cualidades sin duda alguna; pero que destruía todo lo maravilloso de que un joven dotado de viva imaginación gusta adornar á la reina de sus pensamientos. ¿Podía Waverley suspirar, temblar y adorar, ante una joven tímida, pero alegre, que le pedía, ya que le cortase una pluma, ya que le explicara una estancia del Tasso, ya que le dijera cómo se escribía alguna palabra? Estas cosas seducen el ánimo en cierto época de la vida; pero no cuando el joven entra en el mundo y busca un objeto cuyo afecto le eleve y ennoblezca á sus propios ojos, en vez de ser él quien produzca ese efecto.

Aunque no es posible sentar reglas ciertas con respecto á un sentimiento tan caprichoso como el amor, puede decirse, sin embargo, que un joven amante es impulsado en su primer afecto por la ambición; ó, cosa equivalente, que lo elige en una situación que deje campo abierto á ese *bello ideal* que la realidad de un comercio íntimo y familiar tiende á limitar y disminuir. Conoció á un joven distinguido y lleno de ta-

lento que, enamorado de una linda muchacha cuya inteligencia no estaba á la altura de su belleza ni de su porte, se curó de su violenta pasión en una tarde que pudo pasar á su lado. Por esto es seguro que si Waverley hubiese podido entrar en conversación con miss Cecilia Stubbs, la tía Raquel, no habría necesitado tomar tantas precauciones; aunque miss Bradwardine era una joven enteramente distinta, la confianza que reinaba entre ella y Waverley no permitió á éste tomar por ella más interés que el de un hermano por una hermana juiciosa é interesante, al paso que la pobre Rosa iba entregándole cada día más, sin apercibirse de ello, su corazón.

Hubiéramos debido decir que al enviar Eduardo por sus libros á Dundee, pidió prolongación de su licencia y la obtuvo; pero la carta de su comandante contenía una recomendación amistosa de que no pasara su tiempo exclusivamente con personas, estimables sin duda, pero sospechosas, pues se negaban á prestar juramento de fidelidad al régimen. Además, le daba á comprender con mucha delicadeza que si bien sus relaciones de familia parecían poner al capitán Waverley en la necesidad de ver á personas que se encontraban en aquella situación, los deseos y el interés de su padre debían impedirle dar á esas relaciones importancia exclusiva. Y añadía, por fin, que á la vez que sus opiniones políticas corrían peligro en la sociedad de personas de ese carácter, también se exponía á recibir impresiones falsas en el orden religioso de los sacerdotes *episcopales* que trataban con tan mala intención de introducir en los asuntos sagrados la prerrogativa regia.

Esta última insinuación hizo que Waverley atribuyera este aviso, como los anteriores, á las preocu-

paciones de su comandante. Había observado que el barón de Bradwardine había tenido la delicadeza de evitar escrupulosamente toda discusión que tendiese á influir en sus opiniones políticas, á pesar de ser uno de los partidarios más ardientes de los Estuardos desterrados, que le habían encargado de varias misiones importantes. Persuadido así de que nada tenían que temer sus principios de fidelidad, Eduardo se decía que sería injusto con el antiguo amigo de su tío abandonando una casa donde vivía á gusto y donde tan bien le acogían, sin más motivo que preocupaciones y sospechas. Se contentó, pues, con dar una contestación evasiva, afirmando á su comandante que su fidelidad no corría peligro alguno, y siguió residiendo en Tully-Veolan, con gran placer de sus propietarios.

CAPÍTULO XV

UN CREAGH (1) Y SUS CONSECUENCIAS

Hacia seis semanas próximamente que Eduardo vivía en Tully-Veolan, cuando una mañana antes del almuerzo y al salir para dar el paseo que tenía por costumbre, le llamó la atención el tumulto que reinaba en toda la casa. Cuatro lecheras, con las pantorrillas al aire, y con un cántaro vacío en los manos, corrían de derecha á izquierda lanzando alaridos frenéticos y exclamaciones de sorpresa, de dolor y de ira.

Un antiguo pagano las habría tomado por un grupo de Danaides que habían podido librarse de efectuar su penitencia. — ¡Que Dios nos ayude, *eh, sirs!* era cuanto podía sacarse en limpio de ese coro de mujeres desoladas, y tal cosa no bastaba para explicar su desesperación. Waverley se dirigió hacia el patio de entrada, y desde allí divisaba al notario Macwheeble en medio de la alameda, excitando á su poney gris á desplegar toda la agilidad de que era susceptible. Parecía llegar en virtud de órdenes ter-

(1) *Creagh* significaba en Escocia una excursión de bandoleros.

minantes y seguíanle una docena de labradores, sin dificultad, por ir tan lentamente el animal.

El notario tenía demasiada prisa y consideraba su presencia como muy importante para detenerse en explicaciones con Eduardo. Llamó, pues, á Saunderson, que se le acercó con aire solemne y consternado, entablando en el acto una conversación secreta. Davy Gellatley formaba también parte de este grupo, pero con la misma indiferencia que Diógenes en Sinope, cuando sus conciudadanos se preparaban á sostener un sitio. Como el menor acontecimiento bastaba para sacar de su apatía habitual á sus facultades, púsose á saltar y bailar cantando el estribillo ed una antigua balada :

Se fué nuestra riqueza

pero el notario le pegó un latigazo que cambió sus alegres cantares en lamentaciones.

Dirigiéndose después al jardín, Waverley vió al barón en persona que iba y venía á grandes zancadas por la alameda, con la frente cargada al parecer de indignación y de orgullo ofendido. Su aspecto indicaba que cualquier pregunta acerca del motivo de su descontento sería por lo menos inoportuna. Así es que Eduardo entró en la casa sin hacerle pregunta alguna, encontrando en el comedor á su joven amiga Rosa, la cual, sin expresar la indignación de su padre, la desesperación de las lecheras ni tener los aires ofendidos del notario, parecía muy preocupada. Dos palabras explicaron el misterio.

— Capitán Waverley, hoy almorzará usted mal, le dijo. Una banda de *Caterans* ha venido esta noche á casa y nos ha robado todas las vacas.

— ¿Una banda de *Caterans*?

— Sí, capitán; así se llama á los bandoleros de las montañas cercanas. Estábamos á cubierto de sus insultos mediante el tributo que pagábamos á Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr; pero mi padre consideró que un hombre de su clase no podía seguir sometido á eso, y de ahí viene el desastre. Mi tristeza no tiene por causa la pérdida sufrida, sino que la indignación de mi padre me hace temer que, con su carácter temerario y ardiente, quiera recobrar sus vacas á la fuerza. Suponiendo que él no fuera herido, podría matar á alguno de esos hombres salvajes, y entonces se acabó la paz entre ellos y nosotros tal vez para el resto de nuestra vida. Ahora carecemos de medios de defensa, pues el gobierno nos ha retirado todas las armas; y mi padre es tan imprudente... ¡Ah! ¡qué va á ser de nosotros!

La pobre niña no pudo continuar y sus ojos se llenaron de llanto en el momento mismo de regresar su padre. Éste la amonestó, con tal dureza, que Waverley apenas podía creerlo.

— ¿No te avergüenzas de parecer tan afligida ante nuestro amigo por una cuestión semejante? Podría creerse que lloras por unas cuantas vacas y bueyes, como si fuerais la hija de un propietario del condado de Chester. Capitán Waverley, ruego á usted que interprete de otro modo su pena, que procede ó debe proceder sólo de que ve los dominios de su padre expuestos al saqueo de esos merodeadores y mendigos, cuando no nos es lícito disponer de una docena de mosquetes para defender nuestra propiedad ó recorbrarla.

El notario Macwheeble, que llegó entonces, confirmó el aserto del barón, haciendo la cuenta de las armas

y municiones que había en el castillo. Añadió en tono dolorido que si bien todos los aldeanos estaban dispuestos á obedecerle, no era posible fundar grandes esperanzas en su auxilio, puesto que sólo los criados de su Honor tenían sables y pistolas, siendo los ladrones doce, perfectamente armados según la costumbre de su país.

Después de enunciar esta dolorosa verdad, tomó aspecto de mudo anonadamiento, moviendo al principio la cabeza con la oscilación lenta de un péndulo que va á pararse, y después se quedó enteramente inmóvil, formando con la proyección de su cuerpo un ángulo más agudo que de costumbre.

Entretanto el barón se paseaba por el comedor, presa de la mayor ira y sin decir una palabra. Al fin se detuvo para contemplar el retrato de un hombre completamente armado y cuyo rostro estaba cubierto por un bosque de cabellos que caían sobre sus hombros y por una barba que le bajaba hasta la coraza.

— Capitán Waverley, dijo, ahí tiene usted el retrato de mi abuelo, con doscientos caballos que levantó en sus tierras, batió y puso en fuga un cuerpo de más de quinientos bandoleros montañeses que siempre han sido la piedra de escándalo para los habitantes del llano; los derrotó el año 1642 cuando, durante la guerra civil, salieron de sus guaridas para devastar este país. ¡Y esos bandidos se atreven á ultrajarme, á mí, á su nieto.

Á estas palabras sucedió solemne silencio: después cada cual dió distinto parecer, según sucede siempre en los casos difíciles.

Saunderson propuso que se enviara á alguien para tratar con los *Caterans*, que seguramente devolverían su botín mediante un dollar por cabeza de ga-

nado. El notario se apresuró á observar que semejante transacción sería una felonía, y que consideraba más oportuno enviar una persona diestra que comprara las reses por poco dinero, como si fueran para ella, á fin de que el *laird* no figurase en nada. Eduardo propuso que se hiciera venir tropa de la guarnición vecina. Rosa se atrevió á insinuar que lo preferible sería pagar el tributo atrasado á Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr, que haría restituir los animales.

Nada de eso agradó al barón. La idea de todo arreglo, directo ó indirecto, le parecía ignominiosa. La proposición de Waverley indicaba que no se daba cuenta del estado político del país ni de sus partidos. En cuano á Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr, dada su querrela, no estaba dispuesto á hacerle concesión alguna, aunque fuera para obtener la restitución *in integrum* de todos los bueyes y vacas que su clan había robado desde el tiempo de Malcom Canmore.

Votó, pues, por la guerra y propuso enviar emisarios á Balmauhapple, Killancureit, Tulliellum y otros *lairds* expuestos á las mismas depredaciones, con objeto de que viniesen á unirse con él para perseguir á los ladrones. Entonces esos bandidos tendrán la misma suerte que su antecesor Caco :

Elisos oculos, et siccum sanguine guttur.

El notario, poco aficionado á los combates, sacó de su bolsillo un reloj enorme, del color y casi del tamaño de un lavamanos de estaño é hizo observar que eran más de la doce; que los *Caterans* habían pasado, poco después de la salida del sol, por el desfiladero de Bally, Brough, y que por tanto, antes de que las fuerzas aliadas pudieran reunirse, los bandoleros estarían ya con su botín fuera de alcance, en esos impracticables desiertos que los ponían en

seguridad y á los cuales no sería prudente ni posible seguirlos.

No había nada que contestar á esta observación y la asamblea se separó sin haber resuelto nada, según ha ocurrido más de una vez en consejos de mayor importancia. Se convino sólo que el notario enviaría sus tres vacas á Tully-Veoland, para las necesidades de la familia del barón, consumiendo en su casa cerveza ligera en vez de leche. Saunderson sugirió esta idea y el notario se apresuró á consentir en ello, primero por su acostumbrado respeto hacia la familia de Bradwardine; en segundo lugar, porque estaba convencido de que su cortesía le sería devuelta, de una manera ó de otra, diez veces por una.

El barón salió para dar algunas instrucciones necesarias, y Waverley aprovechó esta ocasión para preguntar á miss Rosa si ese Fergus, cuyos restantes nombres era imposible pronunciar, era el principal oficial de policía del cantón.

— ¡ Oficial de policía ! contestó Rosa riendo. Es un caballero distinguido, de gran importancia, jefe de una rama independiente de un poderoso clan de las montañas, y muy respetado, tanto á causa de su propio crédito, como del de sus amigos, parientes y aliados.

— Entonces ¿ qué tiene que ver con los salteadores ? ¿ Es magistrado ? ¿ Tiene por lo menos un nombramiento de juez de paz ?

— Más bien tendría uno de guerra, si la hubiera, contestó Rosa; es un mal vecino para los que no son amigos suyos; sostiene en armas un número mayor de partidarios que otros tres veces más ricos. En cuanto á sus relaciones con los bandoleros, no puedo explicarlos claramente; sólo sé que el más atrevido

de estos no robaría una res á quien pague el tributo á Vich-Ian Vohr.

— ¿Qué es ese tributo?

— Una especie de contribución que los propietarios de los Tierras Bajas que viven cerca de las montañas pagan á los jefes de clanes, para que los montañeses de estos no les causen daños. Si le roban á uno el ganado, basta con escribirles, y hacen que los bandoleros lo devuelvan en seguida, ó bien hacen una excursión á un punto lejano, contra alguien con quien están mal, y le roban ganado con que reemplazan el vuestro.

— Y esa especie de capitán de bandidos de las Tierras Altas ¿es recibido en la sociedad? ¿Le dan el título de caballero?

— Seguramente; tanto que la cuestión de mi padre con Fergus Mac-Ivor se produjo en una asamblea de cantón en que Vich Ian Vohr quería pasar antes que todos los gentileshombres de las Tierras Bajas allí presentes; mi padre fué el único que se atrevió á negarle ese derecho. Entonces Fergus le reprochó que estaba bajo su bandera y que le pagaba tributo. Mi padre se puso frenético, pues el notario Mac-wheeble, que arregla las cosas á su modo, le había ocultado esa circunstancia, incluyendo esa contribución en las cuentas con las demás. Pudo haber un desafío; pero Mac-Ivor dijo cortésmente que jamás levantaría la mano contra una cabeza blanca tan respetable como la de mi padre... ¡Ah, cuánto habría dado yo porque siguieran viviendo en buena inteligencia!

— ¿Ha visto usted alguna vez á ese señor Mac-Ivor, si tal es su nombre, miss Bradwardine?

— No, no se llama así, y se creería insultado si

usted le llamase *mister*, aunque le disculparía por que, siendo usted inglés, no está enterado de esos detalles. Los habitantes del país bajo le llaman en general *Glennaquoich*, en recuerdo de una de sus propiedades; pero los montañeses lo conocen por *Vich Ian Vohr*, esto es, *el hijo de Juan el grande*. Nosotros le damos indistintamente uno ú otro nombre.

— Me temo que mi lengua inglesa no llegue nunca á pronunciarlos.

— Fergus es un hombre arrogante y bien educado, añadió Rosa, y su hermana Flora una de las jóvenes más inteligentes y hermosas del país. Se educó en un convento de Francia y era mi amiga íntima antes de esta desdichada disputa. Mi querido capitán, trate usted de inducir á mi padre para que termine amistosamente este asunto, pues me temo que estas no sean sino las primeras dificultades. Tully-Veolan no ha sido nunca una morada tranquila y segura cuando hemos estado mal con los montañeses.

Yo tenía apenas diez años cuando hubo un combate detrás de la granja; entre una docena de esos hombres y mi padre con los criados. Varias balas vinieron á romper las vidrieras de la parte norte, tan cerca estaban los combatientes. Murieron en la refriega tres montañeses, los trajeron envueltos en sus mantas ó *plaids* y los colocaron en el vestíbulo. Al día siguiente vinieron á buscar los cuerpos sus mujeres é hijas, llorando, retorciéndose las manos y cantando su canto fúnebre, el *coronach*; se llevaron los cadáveres precedidos por los tocadores de cornamusa. Durante seis semanas no pude dormir; á cada instante me despertaba creyendo oír aquellos gritos horribles y ver los cadáveres envueltos en sus ensangrentados sudarios. Poco después vino un des-

tacamento de la guarnición del castillo de Stirling y una orden del lord justicia para confiscarnos las armas; ¿cómo podríamos ahora defendernos contra los montañeses?

Waverley no pudo menos de estremecerse al oír una historia tan semejante á los sueños que él había hecho despierto. Tenía delante una joven, de diez y siete años apenas, encantadora por la reunión de la belleza y de la dulzura, que había visto con sus propios ojos una escena como las que su propia imaginación imaginaba en romotos tiempos, y que hablaba de ella considerándola posible otra vez. Desde este instante sintió el aguijón de la curiosidad, que un poco de peligro hacía más picante aún. Hubiera podido decir con un personaje cómico de Shakespeare.

— No me acusarán de estar loco y de dejarme engañar por mi imaginación: estoy en el país de las aventuras militares y novelescas; lo único que falta por saber es cuál será mi parte en ellas.

Cuanto Eduardo acababa de oír le parecía tan nuevo como extraordinario. Es cierto que había oído hablar de salteadores montañeses; pero no tenía la menor idea del sistema organizado de sus depredaciones. Nunca hubiera podido creer que sus propios jefes cerraran los ojos respecto de sus actos de violencia, y aun los alentaran, por considerar útiles esos *creaghs*, no sólo para acostumbrar á sus vasallos al manejo de las armas, sino también para inspirar saludable terror á los vecinos de las Tierras Bajas, y exigir de éstos al mismo tiempo un tributo con el nombre de *dinero de protección*.

Macwheeble, que llegó poco después, entró en mayores detalles acerca del particular. La conversación de este digno personaje se resentía tanto de su

oficio que Davy Gellatley dijo un día que sus discursos parecían una *orden de pago*. El notario aseguró á Waverley que desde tiempo inmemorial « todos esos ladrones, merodeadores y bandidos montañeses, habían formado una asociación común para cometer diversos robos, hurtos y saqueos sobre los habitantes de las Tierras Bajas, á los cuales sustraían no sólo su haber en dinero, trigo, reses, caballos, bueyes y vacas, ganados, mobiliario, etc., sino que también hacían prisioneros, exigiendo rescates y fianzas, violencias todas directamente prohibidas en diversos artículos del libro de los Estatutos, y por el 1566 y otros del Apéndice; estatutos que, como todos los anteriores y los que posteriormente se dictasen, habían sido indignamente violados y burlados por dichos merodeadores, ladrones y bandidos asociados para las mencionadas empresas de robos, saqueos, incendios, asesinatos, raptos de mujeres, y otros crímenes análogos ».

Estos relatos parecían á Waverley un sueño; no podía concebir que el ánimo se familiarizara con esos actos de violencia, que se hablara de ellos como de una cosa corriente y acostumbrada en la localidad. Y, sin embargo, no había pasado los mares, sino que estaba aún en la isla, por lo demás tan civilizada, de la Gran Bretaña.

CAPÍTULO XVI

LLEGA UN ALIADO QUE NO SE ESPERA

El barón volvió á la hora de comer, habiendo recobrado casi por entero su tranquilidad y buen humor. No sólo confirmó la exactitud de todos los relatos que Rosa y el notario habían hecho á Eduardo, sino que añadió multitud de anécdotas, fruto de su propia experiencia, sobre el estado de las montañas y sus habitantes. Declaró que, en general, los jefes eran de elevada alcurnia y hombres de honor, y que sus menores indicaciones eran leyes para cuantos componían su *clan* ó tribu.

— Sin embargo, agregó, es infundada su pretensión — según se ha visto por recientes ejemplos — de que su *prosapia* ó linaje, que en gran parte tiene como base las vanas y parciales baladas de sus *bardos*, pueda ser puesta en paralelo con la evidencia de las antiguas cartas y edictos reales otorgados en otra época á familias distinguidas de las Tierras Bajas, por distintos monarcas de Escocia. Pues bien, tal es su desparpajo que se atreven á rebajar á los que poseen esos títulos, como si las posesiones de estos últimos se redujesen á un pedazo de pergamino.

Dicho sea de paso, esta observación explicaba bastante bien las causas de la querrela de mister Bradwardine con su antiguo aliado de las Tierras Altas. El barón entró en detalles tan curiosos é interesantes acerca de los usos y costumbres de esa raza patriarcal, que Eduardo, ardiendo en curiosidad, preguntó si no le sería posible hacer, sin peligro, una excursión á las montañas vecinas, cuyas altas cimas habían hecho nacer en él ya el deseo de visitarlas. El anciano contestó que esto sería muy fácil, con tal de que su querrela con Vich-Ian-Vohr acabase, pues entonces le daría cartas de recomendación para los principales jefes, que le recibirían de seguro con cortesía y afabilidad.

Hablando estaban de estas cosas, cuando Saunderson abrió de pronto la puerta, dando entrada á un montañés completamente armado y equipado. Si en el momento de esa marcial aparición no hubiera desempeñado Saunderson con toda gravedad las funciones de gran maestro de ceremonias, y si el barón y su hija no hubiesen conservado la mayor tranquilidad, Waverley habría creído seguramente que tenía delante un enemigo. Sea como fuere, no pudo menos de estremecerse, pues era la primera vez que veía á un montañés de Escocia en su traje nacional. Ese *Gael*, como ellos le llaman, era un joven robusto y moreno, de pequeña estatura, cuya vigorosa constitución parecía aún más imponente bajo los pliegues de su manto ó *plaid*. Su *kilt* ó falda corta, dejaba al descubierto las bien formadas y nerviosas piernas. Su bolsa de piel de cabra colgaba de la cintura, teniendo á un lado y otro las armas de costumbre, el *dirk* ó daga, y una pistola de acero. Su gorro ostentaba una pequeña pluma, indicadora de su pretensión

á ser tratado como un *duinhewassel*, especie de caballero. Su sable (*claymore*) chocaba contra el muslo, de su hombro pendía el pequeño escudo y en una mano sostenía una larga espingarda española. Con la otra se quitó la gorra, y el barón, que conocía las costumbres de los montañeses y la manera de hablarles, le dijo en el acto, con aire digno y sin ponerse en pie lo mismo que si un rey hubiera recibido á un embajador :

— Bienvenido, Evan Dhu Mac Combich : ¿qué noticias me trae usted de Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr?

— Fergus Mac-Ivor Vich Ian Vohr, contestó en buen inglés el emisario, presenta sus cumplidos al barón de Bradwardine de Tully-Veolan, lamentando que entre ambos se haya alzado una densa nube que les impide á ambos ver y considerar las alianzas que han existido entre sus casas y sus mayores. Desea que esta nube se disipe, y que las relaciones entre el clan Ivor y la casa de Bradwardine vuelvan á ser lo que eran, cuando entre ellas había un huevo en vez de una piedra de chispa, sirviéndose del cuchillo de mesa en vez del sable; espera que usted pensará lo mismo, contando con que en adelante nadie preguntará si la nube subió del llano á la montaña ó bajó de la montaña al llano, pues nadie ha herido sin que le hieran, é infeliz es el que querría perder un amigo por causa de una nube tempestuosa de una mañana de primavera.

El barón de Bradwardine contestó con toda la dignidad necesaria que conocía al jefe del clan Ivor como verdadero amigo del rey y lamentando que entre él y un caballero de tan buenos principios hubiese existido esa nube, « pues cuando los hombres

se reúnen, débil es el que no tiene un hermano. »

Y pareciendo perfectamente satisfactorio que la paz entre estos augustos personajes fuera celebrada con solemnidad, el barón pidió un frasco de *usquebaugh*, llenando una copa para brindar por la salud y prosperidad de Mac-Ivor de Glennaquoich. El embajador celta se apresuró á corresponder á ese acto de cortesía, haciendo á su vez votos por la familia de Bradwardine.

Después de esta ratificación del tratado de paz, el plenipotenciario se retiró para convenir con míster Macwheeble en algunos artículos secundarios, de que consideraban inútil hablar al barón, y relativos probablemente á la interrupción del tributo. El notario encontró manera de satisfacer al aliado, sin comprometer en lo más mínimo la dignidad de su señor. Por lo menos, es cierto que, después de haberse bebido entre ambos una botella de aguardiente, que hizo tan poco efecto en sus bien preparados estómagos como si la hubiesen vertido sobre los dos osos de la puerta de entrada, Evan Dhu Mac-Combich se enteró de las circunstancias del robo de la noche anterior, y dijo que iba á lanzarse en busca de las reses, no muy distantes con seguridad á aquella hora.

— Han partido el hueso, dijo; pero no han tenido tiempo de chupar el tuétano.

Nuestro héroe, que había seguido á Evan Dhu en sus pesquisas, se admiró de la habilidad con que pedía informes y de lo inteligente de sus deducciones. Por su parte, el montañés se sentía halagado por la atención de Eduardo, por el interés que parecía tomar en el asunto y por su curiosidad respecto de las costumbres y paisajes de las montañas. Así fué que

invitó á Waverley á acompañarle hasta descubrir el sitio donde estaban las reses.

— Si es el que me figuro, dijo, nunca habrá visto usted otro semejante en toda su vida, ni lo vería nunca, á menos de que alguno de los nuestros le sirva de guía.

Waverley ardió en curiosidad ante la idea de visitar el antro de un Caco de los Highlands; pero no por esto dejó de informarse de la confianza que merecía su guía. El barón le dijo que no había en esa excursión peligro alguno, reduciéndose todo á un poco de cansancio; y como Evan proponía que al regreso pasaran un día en casa de su jefe, donde le acogerían muy bien, el proyecto no presentaba nada de formidable.

Rosa se puso muy pálida cuando oyó hablar de él; pero su padre, que veía con gusto la ardiente curiosidad de su joven amigo, se guardó muy bien de calmarla hablándole de peligros que en realidad no existían. Llenóse, pues, un saco de viaje con todo lo necesario para esa corta expedición, confiándolo á un guardabosque para que lo llevase á hombros. Además de éste, y de Eduardo, con su fusil, formaban parte de la columna Evan Dhu y dos montañeses, séquito suyo: uno estaba armado con larga carabina; otro llevaba un hacha en la extremidad de un palo; esta última arma tenía el nombre de hacha de armas de Lochaber.

Con motivo de una pregunta de Eduardo, Evan Dhu le contestó que su escolta no le era necesaria; la había traído consigo, dijo arreglándose el *plaid* con aire de dignidad é importancia, para presentarse decentemente en Tully-Veolan, en la forma que convenía al hermano de leche de Vich Ian Vohr.

— ¡Ah, si usted caballero inglés (*Duinhwassel saxons*) viera á nuestro jefe con su cola!

— ¿Con su cola? repitió Eduardo sorprendido.

— Sí, quiero decir, con su séquito ordinario cuando visita á un jefe de su categoría.

Paróse, irguiéndose con arrogancia, mientras contaba por los dedos los distintos oficiales de la casa de su jefe, y añadió:

— Hay su *hanchman*, hombre que es su mano derecha; su *bardo* ó poeta; su *bladier*, ú orador, que pronuncia las arengas dirigidas á los grandes personajes cuando los visita; su *gilly-more*, que lleva su sable, su escudo y su fusil; su *gilly-casfuch*, que lleva al jefe en hombros cuando hay que pasar arroyos ó ríos; su *gilly-comstrian*, que lleva el caballo por la brida en los sitios difíciles ó escarpados; su *gilly-hrushharnisch*, al cual confía el saco de viaje ó mochila; su *piper* ó tocador de cornamusa; y el paje del *piper*. Además, hay una docena de jóvenes, cuya única ocupación consiste en llevar el cinturón, seguir al *laird* y estar siempre dispuestos á ejecutar las órdenes de Su Honor.

— ¿Y el jefe sostiene á toda esa gente?

— ¿Á toda esa gente? Y á otros muchos que no sabrían donde albergarse si no hubiera la granja de Glennaquoich.

Con estos relatos sobre la grandeza del jefe en la paz y la guerra, Evan Dhu hizo más corto el camino, hasta las inmensas montañas que Eduardo sólo había visto desde lejos. Iba á cerrar la noche cuando penetraron en uno de esos espantosos desfiladeros que ponen en comunicación las Tierras Altas y las Bajas. El sendero, sumamente irregular y escarpado, bordeaba un precipicio que separaba dos enormes peñas,

y seguía el lecho que un espumoso torrente, que rugía más abajo, parecía haber practicado en el transcurso de los siglos. Los últimos rayos del sol poniente irradiaban sobre las aguas en su oscuro cauce y hacían que se las pudiese ver en parte, rompiéndose contra cien rocas y deshaciéndose en otras tantas cascadas. El sendero bajaba hacia el torrente por una cuesta rápida, distinguiéndose acá y acullá una punta de granito, ó algún árbol raquitico que hacía penetrar sus raíces en las hendiduras de la roca. Á la derecha se alzaba la montaña, inaccesible; pero la de enfrente presentaba como una cortina de malezas, sobre la cual se elevaban algunos pinos.

— Este es, dijo Evan, el desfiladero de Bally-Brough. En tiempos lejanos, diez montañeses del clan de Donnochie contuvieron aquí un cuerpo de cien hombres de las Tierras Bajas; todavía se distingue el sitio donde enterraron á los muertos: allí, en aquel recodo, al lado opuesto del torrente. Si usted tiene buena vista, observará unas manchas verdes sobre los brezos. Ahí viene un *earn*, ave que las gentes del sur llaman águila. En Inglaterra no las hay. Se dirige á buscar su comida en las tierras del laird de Bradwardine; pero le voy á enviar una carga de plomo.

Disparó en efecto; pero erró el tiro, y el rey de los aires, sin dar señales de terror por la frustrada tentativa de que había sido objeto, continuó su majestuoso vuelo hacia el sur.

Mil aves de rapiña, halcones, milanos, cuervos y cornejas, asustados por la explosión, abandonaron bruscamente el retiro que habían elegido para pasar la noche, y llenaron el espacio con sus ásperos y discordantes gritos, que el eco repetía, mezclado con el mugir del torrente.

Evan, algo confuso por haber errado el tiro, cuando se proponía dar pruebas de destreza, disimuló poniéndose á silbar uno de esos aires marciales que en Escocia llaman *pibrochs*; volvió á cargar su fusil y siguió andando sin hablar.

Ese desfiladero llevaba á un valle encerrado entre dos altas montañas cubiertas de brezos. Nuestros viajeros iban ladeando el torrente; pero tuvieron que cruzarlo varias veces. Entonces Evan ofrecía á Eduardo el auxilio de su escolta para que lo llevasen en hombros; pero nuestro héroe, que siempre había sido buen andarín, rehusó siempre, con lo cual mejoró en la opinión de su guía, probándole que no temía mojarse los pies. Waverley deseaba hacer cambiar de parecer á Evan en lo relativo á los habitantes de las Tierras Bajas y, principalmente, de los ingleses, que tenía por afeminados.

Á través de esa cañada llegaron á un pantano negro, de enorme extensión, sembrado de grandes agujeros para extraer la turba, que cruzaron con mucha dificultad y cierto peligro, por senderos practicables sólo para montañeses. Esos senderos, ó mejor dicho, las porciones del terreno más resistente por donde iban nuestros viajeros, ya á pie enjuto, ya en el agua y el fango, eran irregulares y poco seguros, por estar en muchas partes llenos de baches. El terreno era á veces tan malo que se veían obligados á saltar de un montículo á otro, por no poder soportar el espacio que les separaba el peso de su cuerpo. Esto era un juego para los montañeses, que tenían paso muy elástico y llevaban borceguies de suelas delgadas, á propósito para tales caminos; pero Eduardo empezaba á pensar que este ejercicio, á que no estaba acostumbrado, era más fatigoso de lo que hubiera creído.

Un largo crepúsculo les alumbraba á través de ese pantano; pero los abandonó casi por completo al pie de una montaña escarpada y pedregosa que aún tenían que subir; sin embargo, la noche no era muy profunda y hacía buen tiempo. Waverley recurrió á toda su energía para soportar el cansancio y continuó andando con pie firme; pero en secreto envidiaba el vigor de aquellos diestros montañeses, que no daban señales de cansancio y seguían adelante siempre con paso rápido y prolongado. Calculó que habían recorrido unas quince millas.

Después de subir esta montaña, y al bajar por la parte opuesta hacia un espeso bosque, Evan Dhu tuvo una conferencia con sus dos satélites. El resultado fué que el equipaje de Eduardo pasó de hombros del guardabosque al de uno de aquéllos, y éste fué enviado con el otro montañés hacia un punto diferente de aquel hacia donde se dirigían los restantes viajeros. Waverley preguntó por el motivo de esta separación, contestándole Evan que el guardabosque tenía que pasar la noche en una aldea distante tres millas; pues, á menos de que fuera un amigo muy particular, Donald Bean Lean, el digno personaje que suponían en posesión del ganado, no gustaba de que los extraños se acercasen á su retiro. Esta razón parecía fundada, y desvaneció del ánimo de Eduardo algunas sospechas que no había podido menos de concebir al verse, en tal hora y semejante sitio, separado de su único compañero de las Tierras Bajas. Evan añadió que él iba á ausentarse por su parte, para anunciar á Donald Bean Lean la llegada, porque, de lo contrario, la llegada de un *sidier roy* (soldado rojo) podría causarle desagradable sorpresa. Y sin añadir una palabra, echó á correr.

De este modo quedó Waverley entregado á sus propias reflexiones, pues su nuevo guía, el que estaba armado con el hacha de armas, apenas sabía algunas palabras de inglés. Cruzaron á pie un bosque de pinos muy denso, que parecía interminable, y en el cual hacía la oscuridad imposible encontrar el camino. El montañés parecía, sin embargo, hallarle por instinto, sin vacilar un momento, y Eduardo le seguía lo más cerca que le era posible.

Después de haber andado bastante tiempo en silencio, no pudo menos de preguntar si estaban ya cerca del fin de su viaje.

— La caverna está á unas tres ó cuatro millas, contestó el montañés; pero como el *duinhewassel* está algo cansado, Donald enviará probablemente el *curragh*.

Nada sacó en limpio Eduardo de esta contestación, pues el *curragh* podía ser lo mismo un hombre, que un caballo ó una silla de posta; pero el montañés no supo explicarse, limitándose á repetir: *Aich, ay, ta curragh* (Sí, el *curragh*.)

Waverley comprendió al fin, cuando, al salir del bosque, se encontró á orillas de un lago ó de un ancho río. Su guía le dió á entender que allí debían sentarse y esperar un instante. La luna, que en aquel momento salía, le permitió ver la vasta extensión de agua que tenía delante y las formas fantásticas y confusas de la montaña que la rodeaban. El aire fresco y suave de una noche de verano refrescó á Waverley, después de la rápida y penosa marcha que acababa de hacer, y nuestro héroe respiró con delicia el perfume de las flores de abedul, bañadas por el rocío.

Entonces tuvo tiempo de sobra para reflexionar en

lo novelesco de su posición. Estaba sentado á orillas de un lago desconocido, bajo la dirección de un salvaje cuyo idioma ignoraba, para ir á visitar la guarida de algún famoso proscrito, quizás de un Robin-Hood. Cerraba la noche y había sufrido mil dificultades y el cansancio; le habían separado de su criado; Evan le había abandonado; ¡cuántos incidentes novelescos, amenizados por vago y solemne sentimiento de incertidumbre ya que no de temor! Lo único que cuadraba mal con todo eso era el motivo del viaje: ¡las vacas del barón! Pero Eduardo dejó ese detalle en el fondo del cuadro.

Mientras se abandonaba al vuelo de su imaginación, su compañero le tocó suavemente y extendiendo el brazo hacia la orilla opuesta del lago, dijo: *Yon's ta cove* (allí está la caverna). Waverley vió brillar en la dirección indicada una lucecita que, aumentando poco á poco en brillo y volumen, parecía revolotear como un metcoro en el horizonte. Mientras consideraba ese fenómeno, oyó ruido de remos, ruido que fué acercándose, distinguiéndose de pronto agudo silbido á que contestó en la misma forma el hombre del hacha. Por fin una barca, dirigida por cuatro ó cinco montañeses, penetró en un ansa, á orillas de la cual estaba sentado Eduardo. Este se levantó con su compañero para ir al encuentro de los que llegaban. Dos de estos montañeses robustos lo llevaron á la barca mostrándole gran respeto. Y después, cogiendo los remos, empezaron á cruzar el lago con mucha rapidez.

CAPÍTULO XVII

LA GUARIDA DE UN BANDOLERO DE LAS TIERRAS ALTAS.

El profundo silencio que reinaba en la barca no era interrumpido más que por el monótono refrán de un cantar gaélico, que tarareaba en voz baja el hombre del timón y por el ruido de los remos, que parecían seguir las notas para herir el agua en cadencia. La luz, á la cual iban acercándose, parecía cada vez mayor y proporcionaba claridad más viva é irregular. Parecía proceder de una hoguera; pero Eduardo no podía discernir si esta estaba encendida en un islote ó en tierra firme. A distancia se hubiera dicho que descansaba sobre el agua misma del lago, como el carro de fuego en que el mal genio de un cuento oriental atraviesa la tierra y los mares. Al acercarse más, vió que la fogata estaba encendida al pie de una enorme roca negra que surgía en la misma orilla del lago. La cima de esa peña, á la cual daban las llamas rojizo color, formaba contraste extraño y aun sublime con el resto de la ribera, iluminado suavemente y sólo en parte por los pálidos rayos de la luna.

La barca tocaba á la orilla, y Waverley vió que la gran hoguera estaba alimentada con ramas resinosas de pino por dos hombres que, en los reflejos de la luz rojiza, parecían dos demonios. Con razón supuso que ese fuego había sido encendido para que sirviese de faro á la embarcación hasta la cueva, donde el lago parecía penetrar. Los montañeses dirigieron el esquife en línea recta hacia esa caverna y, abandonando después los remos, la dejaron abandonada al impulso antes recibido. La barca dobló la pequeña punta ó plataforma de la roca donde estaba encendida la hoguera, y después de haber recorrido dos ó tres veces su propia dimensión, detúvose en el punto donde la caverna, que ya allí estaba bajo el arco formado por la roca, se elevaba por encima del nivel de las aguas del lago mediante cinco ó seis anchas plataformas de roca, que subían de modo tan suave y regular que habría podido creérselas una escalinata practicada por la mano del hombre. En ese instante arrojaron gran cantidad de agua sobre el fuego, que se apagó silbando, desapareciendo el resplandor. Los brazos de cuatro ó cinco montañeses sacaron á Waverley de la barca, lo pusieron en pie y lo arrastraron en cierto modo hasta el interior de la cueva. Él dió algunos pasos en la oscuridad, mientras oía el ruido confuso de varias voces que parecían salir del centro de la roca; y después, habiendo dado la vuelta á un ángulo del subterráneo, se encontró de pronto con Donald Bean Lean y cuanto componía su establecimiento.

El interior de la cueva, muy elevada en esa parte, estaba alumbrado por antorchas de pino, que daban luz viva y chispeante, y cuyo olor, aunque fuerte, no tenía nada de desagradable; á esta claridad se mezclaba el resplandor rojizo de una gran hoguera de

carbón de leña, en torno de la cual estaban sentados cinco ó seis montañeses armados : otros, que apenas se divisaban, estaban recostados en distintos puntos de la cueva, envueltos en sus *plaids*. En un repliegue de la peña, que el bandolero llamaba su *spence* (despensa), estaban colgadas por las patas de atrás un carnero y una vaca recientemente muertos. El principal habitante de esta morada singular, acompañado de Evan Dhu, que le servía de maestro de ceremonias, se adelantó para recibir á su huésped. Su aspecto y modales no concordaban absolutamente en nada con lo que Eduardo se imaginaba. La profesión de Donald, los sitios desiertos que habitaba, las figuras salvajes y guerreras que le rodeaban, eran todas cosas á propósito para inspirar terror. Así es que Waverley creía encontrarse con un hombre de gigantesca estatura, de rostro duro y feroz, tal como Salvator Rosa habría elegido un modelo para colocarlo en el centro de uno de sus grupos de bandidos.

Donald Bean Lean no se parecía en nada á ese retrato imaginario; era flaco y de pequeña estatura; sus cabellos, color rojo claro, y sus menudas facciones pálidas, le habían hecho dar el sobrenombre de *Bean ó blanco*. Su aspecto era en realidad mezquino é insignificante, aunque él fuese en realidad ágil, activo y bien proporcionado. Había servido largo tiempo en Francia con un grado inferior. Deseando recibir al viajero inglés con gran aparato y honrarle á su manera, se quitó su traje de montañés para ponerse un uniforme rojo y azul, y un sombrero con plumas; pero esto, lejos de aventajarle, estaban tan en desacuerdo con cuanto le rodeaba, que Eduardo se hubiese seguramente reído, de poder hacerlo sin peligro y sin faltar á la buena educación. Donald le

recibió con las mayores demostraciones de cortesía francesa y de hospitalidad escocesa. El bandolero hizo mil cumplidos á Waverley acerca de su nombre, familia y principios políticos de su tío sir Everardo, á los cuales contestó nuestro joven en términos generales.

Una vez colocado á cierta distancia del fuego, pues el calor en aquella temporada del año era insoponible, una montañesa alta y fornida colocó delante de Waverley, Evan y Donald Bean, tres escudillas de palo, llenas de *canarnich*, especie de sopa de vaca. Después de esto que, si bien no tenía nada de exquisito, resultó muy agradable, pues contra el hambre no hay mal pan, sirvieron á profusión chuletas asadas sobre las brasas, las cuales desaparecían ante Donald y Evan Dhu con prodigiosa rapidez. Waverley no sabía cómo explicarse esa voracidad, teniendo en cuenta lo que había oído decir acerca de la sobriedad de los montañeses. No sabía que esa sobriedad era forzada en las clases inferiores, pudiendo comparársela con la de las aves de rapiña, que ayunan mientras no hay presa, pero que saben desquitarse cuando llega la ocasión.

Para que no faltara nada, se sirvió aguardiente en abundancia; los montañeses bebieron mucho y siempre, sin mezclarlo con agua. Eduardo hizo esta mezcla, pero no la encontró bastante agradable para repetir. Su huésped le expresó su disgusto por no poder ofrecerle vino.

— Si me hubiesen avisado con veinticuatro horas de anticipación, lo hubiera encontrado, aunque fuera en cuarenta leguas á la redonda; pero ¿qué más puede hacer un caballero que recibe á otro caballero, par a probarle el gusto que tiene en su visita

que ofrecerle cuanto hay de mejor en su casa? No hay que buscar avellanas donde no hay avellanos, y hay que vivir como viven aquellos con quienes uno se encuentra.

Dirigiéndose después á Evan Dhu, deploró la muerte de un anciano llamado Donnacha an Amrigh ó Duncan, el del gorro, adivino dotado de segunda vista, el cual, por medio de esta facultad, decía en seguida si era un amigo ó un espía la persona recibida en una casa.

— ¿No tiene la segunda vista? (*taishard*) su hijo Malcolm? preguntó Evan.

— Ni de lejos se parece á su padre, replicó Donald. El otro día nos anunció que recibiríamos la visita de un gran personaje, y durante todo el día no vimos más que al ciego Shemus Beg, el tocador de arpa, y su perro. Otra vez nos anunció una boda, y encontramos un entierro. En un *creagh* que nos anunció como debiendo producir cien reses, no capturamos más que un notario gordo de Perth.

Al fin, la conversación vino á caer sobre los asuntos políticos y militares del país. Waverley se sorprendió y aun se alarmó al ver que un hombre como Donald estaba perfectamente enterado de la fuerza de los regimientos y de las guarniciones al norte del Tay. Donald llegó hasta citar con exactitud el nombre de los reclutas que Eduardo había traído de las tierras de su tío. — Son *buenos mozos*, y no quería decir con esto hombres guapos, sino valientes. Recordó, además, á Waverley dos ó tres circunstancias que ocurrieron durante una revista general del regimiento y le convenció así de que había sido testigo ocular de la misma.

Evan Dhu dejó en esto de tomar parte en la con-

versación y se echó á dormir envuelto en su *plaid*. Donald entonces preguntó á Eduardo, en tono significativo, si no tenía nada de particular que decirle.

Semejante pregunta, hecha por un hombre semejante, sorprendió á Waverley y casi le hizo estremecerse. Contestóle, sin embargo, que su visita no había tenido más objeto que conocer una habitación tan extraordinaria. Donald le miró fijamente unos instantes y le dijo con una expresiva señal de cabeza:— Bien podría usted fiarse de mí. Merezco tanto su confianza como el barón de Bradwardine ó Vich Ian Vohr... pero, á pesar de todo, sea usted bien venido.

Waverley sintió un escalofrío involuntario al oír aquel misterioso lenguaje en boca de un bandido, de un proscrito; y tal fué su impresión que, á pesar de sus esfuerzos para dominarla, no pudo preguntar á Donald qué quería decir.

Una cama de brezos, con la flor hacia arriba, estaba preparada para él en un ángulo de la cueva. Abri-góse, lo mejor que pudo, con unos *plaids* que le dieron y púsose á examinar lo que hacían los habitantes de aquel antro. Varias veces vió entrar y salir á dos ó tres hombres, sin más ceremonia que la de decir dos ó tres palabras en lengua gaélica á Donald ó, cuando éste se echó á dormir, á un montañés de elevada estatura, que parecía ser su lugarteniente y que estaba de guardia mientras el jefe descansaba.

Los que entraban parecían volver de alguna expedición de que daban cuenta y acercándose á las provisiones, cortaban con sus dirks pedazos de carne que ellos mismos ponían á asar. Lo que no estaba á su libre disposición era la bebida. Esta era distribuída por Donald, por su lugarteniente ó por la muchacha de que hemos hablado, única mujer que se había pre-

sentado. Las raciones de aguardiente habrían sido excesivas para otros; pero el clima húmedo y la vida activa de los montañeses les hacía á propósito para tomar cantidades enormes de líquidos fermentados, sin peligro para la salud ó la razón.

Esos grupos fueron desapareciendo al fin sucesivamente ante los ojos de nuestro héroe, que poco á poco se cerraron, para no abrirse sino al día siguiente, cuando el sol, ya alto, lanzaba sus rayos sobre el lago, si bien al interior de la *uaimh an Ri*, ó caverna del rey, como la llamaban, sólo podía penetrar escasa claridad, análoga á la del crepúsculo.

CAPÍTULO XVIII

WAVERLEY CONTINÚA SU VIAJE

Cuando Eduardo recapituló sus ideas, quedó sorprendido al encontrar desierta la cueva. Habiéndose levantado, poniendo un poco de orden en su traje, miró con mayor atención; pero todo era todavía soledad en torno suyo. Exceptuando los leños convertidos en cenizas grises, y los restos de la cena, que consistían en huesos medio quemados y roídos, y uno ó dos barrilitos vacíos, ya no quedaba allí rastro de Donald y de su banda.

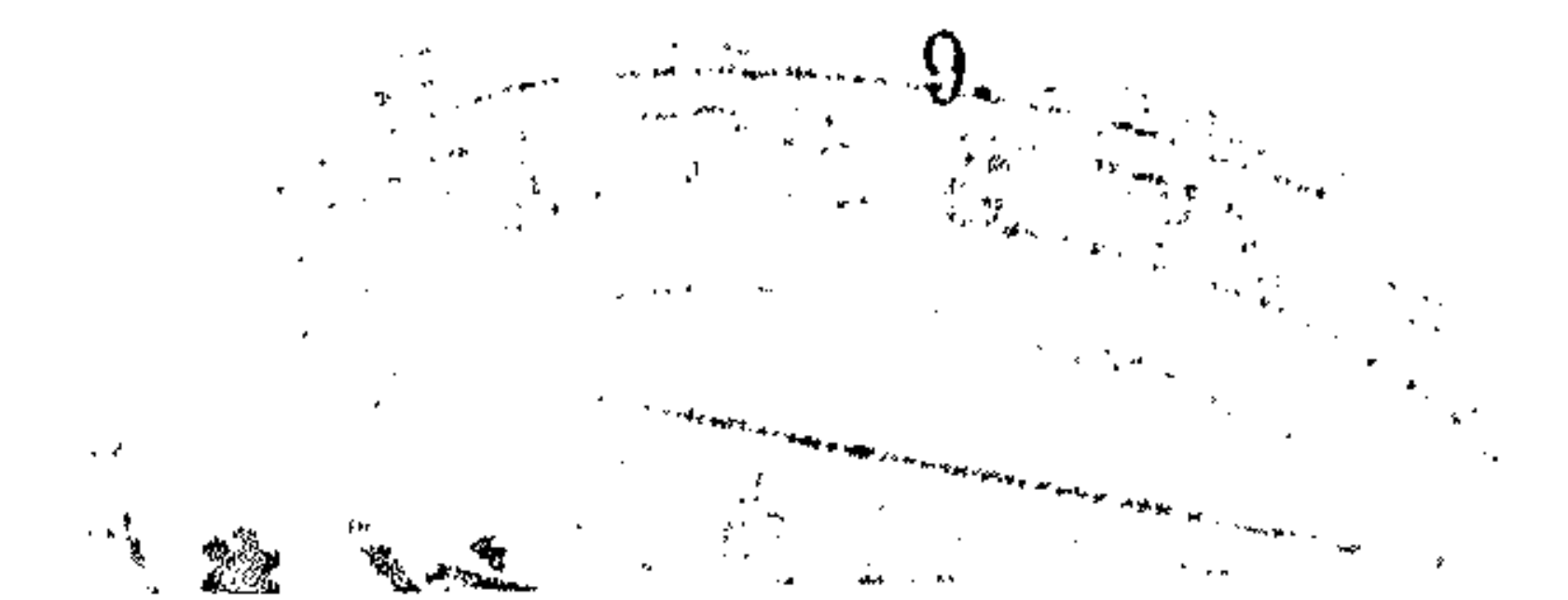
Salió de la caverna, y cuando estuvo á la entrada de ésta, vió que la punta de la roca donde estaban todavía los restos del fuego de señal, era accesible por un estrecho sendero, en parte natural, en parte trabajado groseramente en la peña, á lo largo del pequeño canal que penetraba algunas brazas en la caverna, y donde estaba todavía amarrado, como en un *dock*, el esquife que le había traído la noche anterior.

Una vez que llegó á la pequeña plataforma colgante, donde la hoguera de señal había sido encendida, hubiera creído que era imposible ir más lejos

por tierra, de no tener los habitantes de la cueva algún otro medio de salir que la vía del lago. Pronto descubrió dos ó tres peldaños hechos en la peña, en la extremidad de la reducida plataforma; y sirviéndose de ellos como de una escalera subió á la parte saliente de la roca bajo la cual estaba la caverna.

Bajando después con alguna dificultad por la otra parte, llegó á los bordes escarpados y agrestes de un lago de cuatro millas próximamente de largo por una y media de ancho, rodeado de montañas cubiertas de brezos, en la cima de las cuales coronaba aún la bruma matutina.

Volviendo la mirada hacia el sitio de donde venía, Eduardo admiró la habilidad con que se había elegido un retiro tan solitario y bien disimulado. La roca en torno de la cual había dado vuelta valiéndose de casi imperceptibles protuberancias de la misma, no presentaba por aquella parte más que una enorme masa perpendicular, que no permitía avanzar siguiendo las orillas del lago. Dado el ancho de éste, era imposible distinguir desde la otra parte la baja y estrecha entrada de la caverna: así es que, á menos de bucarla por medio de barcas, ó bien á menos de una traición, la banda podía permanecer allí tranquila, con tal de que hubiese viveres. Después de haber satisfecho su curiosidad, Eduardo miró á todas partes, con la esperanza de descubrir á Evan Dhu y su satélite, que con razón esperaba no estarían muy lejos, fuése cual fuera el partido adoptado por Donald y sus hombres, á los cuales obligaba con frecuencia á cambiar de domicilio el género de vida que llevaban. Y, en efecto, á distancia de media milla distinguió la figura de un montañés ocupado en pescar,



teniendo á su lado otro que debía ser su amigo, el del hacha.

Mas cerca de la entrada de la caverna oyó los acentos de una canción gaélica, que lo guiaron hacia un recodo de la ribera, sombreada por el brillante follaje de un abedul y donde se extendía fina alfombra de arena blanca. Allí encontró á la muchacha de la cueva ocupada en preparar el almuerzo, consistente en leche, manteca fresca, huevos, miel y pan de centeno. La chica había dado ya un paseo de cuatro millas para procurarse huevos, harina para sus tortas, y otros alimentos que componían el almuerzo, pues todas esas cosas había tenido que buscarlas en casas distantes de aldeanos. Las gentes de Donald no tenían más alimento que la carne de animales que cogían en las Tierras Bajas, y aun el pan era para ellos un regalo, en que no pensaban por lo difícil de procurárselo; y todas las provisiones de boca, tales como leche, aves, manteca, etc., eran desconocidas en aquel campamento de escitas.

Debo decir que si bien Alix había empleado parte de la mañana en procurarse para su huésped las golosinas que no podía suministrar la caverna, también había tenido tiempo para engalanarse lo mejor que pudo con sus sencillos adornos, que consistían en un pequeño corpiño rojo y una falda muy corta, muy limpio todo y dispuesto con cierto arte. Una especie de gorra de tela color escarlata, bordada, llamada *snood*, contenía su negra cabellera, que desbordaba en bucles abundantes. Había dejado el *plaid* rojo que formaba parte de su traje para poder servir mejor al extranjero. Olvidaría los adornos de que estaba Alix más orgullosa, si no hablara de sus pendientes de oro, y del rosario del mismo metal que

Donald Bean Lean, su padre, llevó de Francia; botín recogido quizás después de algún combate ó en alguna ciudad tomada por asalto.

Su talle, grueso para su edad, era, sin embargo, esbelto, y su andar tenía encanto sencillo y natural que no indicaba en nada la rusticidad de una campesina ordinaria. Su sonrisa, que dejaba ver dientes de encantadora blancura, y sus ojos llenos de malicia, cuya muda elocuencia suplía á su ignorancia de la lengua inglesa para dirigir á Waverley los cumplidos de la mañana, habrían podido parecer á un fatuo, ó tal vez á un joven militar sin fatuidad, persuadido de su buena presencia, que expresaban algo más que la simple cortesía de una huésped. No quiero con esto decir que la joven montañesa hubiera mostrado la misma solicitud para acoger á un hombre maduro y pasado como el barón de Bradwardine que á Eduardo Waverley. Parecía impaciente de ver á éste sentado frente al almuerzo preparado con tanto esmero; y una vez que así fué, ella se quedó á un lado, á cierta distancia, como esperando ocasión de servir.

Evan y su satélite volvían lentamente de la playa; el último traía una trucha sahmón, producto de la pesca de la mañana, y la caña que había servido para cogerla; Evan le precedía con aire satisfecho y se adelantó hacia el sitio donde Eduardo almorzaba. Después de los saludos de costumbre, el montañés, á la vez que miraba al oficial habló en lengua gaélica á la joven, haciéndola sonreír y ruborizarse, á pesar del color moreno de su tez, quemada por el sol y el aire del campo. Después dió orden de que se preparase el pescado; una chispa producida por el pederual de su pistola suministró la lumbre; unas cuantas ramas secas de pino, pronto transformadas en brasas

ardientes, sirvieron para asar el pez. Á fin de coronar la fiesta, sacó de su bolsillo una concha y de debajo de su *plaid* un cuerno de carnero lleno de aguardiente. Bebióse un buen trago, diciendo que ya había tomado la mañana con Donald Bean Lean, antes de su partida, y ofreció su cordial á Waverley y á la muchacha, que no lo aceptaron. Entonces, con los aires de liberalidad de un gran señor, lo ofreció á Dugald Mahony, su servidor, quien, sin esperar la segunda invitación, vació el cuerno con delicia. Evan se dispuso luego á dirigirse hacia la barca, é invitó á Waverley á seguirle. Entretanto, Alix había puesto en un cestito cuanto le parecía conveniente guardar, y, envolviéndose en su *plaid*, se adelantó á Eduardo, con el mayor candor, le dió la mano, y le presentó la mejilla para que la besara, haciéndole á la vez una reverencia. El montañés, que pasaba por un conquistador entre las hermosuras de la montaña, se acercó á ella, como para obtener el mismo favor; pero Alix cogió rápidamente su cesto y se lanzó á lo alto de la roca con la ligereza de un gamo. Una vez allí, se volvió riendo y dijo á Evan algunas palabras en lengua gaélica, á las cuales contestó él en el mismo tono y lenguaje. Hizo con la mano á Waverley una señal de despedida y echó á andar por entre las malezas, desapareciendo pronto, aunque durante un rato se oyó su canto.

Nuestros viajeros volvieron á penetrar en la garganta de la caverna; subieron á la barca, que el ayudante de Evan apartó de la orilla y, aprovechando la brisa de la mañana, desplegó una mala vela. Evan se puso al timón, y Waverley creyó notar que dirigía la embarcación hacia el lado opuesto á aquel por donde habían venido la noche precedente.

El montañés empezó la conversación haciendo el elogio de Alix.

— Es tan hábil como diestra en procurarse lo necesario, y, además, la mejor bailarina de todo el valle.

Eduardo aprobó cuanto pudo comprender de este elogio, añadiendo que era lástima verla condenada á llevar vida tan triste y peligrosa.

— Oh, en cuanto á esto, replicó Evan, no hay nada en el condado de Perth que no pueda procurárselo con sólo pedirlo á su padre, á menos de que sea algún objeto muy pesado, ó que haga demasiado calor para cogerlo.

— Pero ser la hija de un hombre que no tiene más oficio que robar ganado... de un ladrón ordinario.

— ¿ De un ladrón ordinario? Donald no se ha apoderado nunca de menos de un ganado.

— ¿ Según usted, es, pues, un ladrón extraordinario?

— No : el que coge la vaca de una pobre viuda, el buey de un campesino, es un ladrón; pero el que quita un *laird sassenaeb* (un señor sajón) es un gentil hombre ganadero. Además, apoderarse de un asbol en el bosque, de un salmón en el río, de un gamo en la montaña, ó de una vaca en las Tierras Bajas, no ha sido nunca para un montañés un acto que deba avergonzarle.

— ¿ Y cuál sería el fin de Donald si lo cogieran mientras se apropia lo que no le pertenece?

— Ah, moriría *por la ley*, como ha sucedido á más de un buen mozo antes que á él.

— ¿ Por la ley?

— Quiero decir, por efecto de la ley. Lo colgarían en la buena picota de Crieff, donde ya perecieron su

padre y su abuelo; y espero que durará lo bastante para morir allí á su vez, á menos de que lo maten de un tiro ó de un sablazo un *creagh*.

Y usted, Evan, ¿desea para su amigo semejante muerte?

— Seguramente. ¿Quiere usted que le desee que muera encima de un haz de paja húmeda, en el fondo de su cueva, como un perro sarnoso?

— ¿Pero, qué sería de la pobre Alix?

— Si semejante cosa ocurriera, como ya su padre no podría cuidar de ella, no veo qué obstáculo habría á nuestro casamiento.

— Ese proyecto es muy generoso; pero, entretanto. ¿qué ha hecho su suegro (es decir, su futuro suegro, si tiene la suerte de que lo ahorquen) del ganado del barón?

— El sol no se había levantado aún sobre Ben-Lawers, esta mañana, cuando su criado de usted y Allan Kennedy hacían andar el ganado. Deben estar ya en el desfiladero de Bally-Brough, y no tardaría en llegar á Tully-Veolan. Sólo faltarán dos vacas, que desgraciadamente habían sido sacrificadas antes de llegar anoche á *naimh an Ri*.

— Y ¿adonde vamos, si me es lícito preguntarlo? dijo Eduardo.

— ¿Adonde quiere usted que vayamos, si no es al castillo de Glennaquoich? No querría usted venir á su país sin hacerle una visita. Sería un crimen capital.

— ¿Estamos aún muy lejos de Glennaquoich?

— A cinco millas apenas; Vich Ian Vorh vendrá á encontrarnos.

Una media hora después tocó la barca en la extremidad superior del lago. Después de desembarcar á

Eduardo, los dos montañeses la arrastraron hasta una pequeña ansa en medio de cañaverales, donde quedó perfectamente oculta. Luego llevaron los rémos á otro punto no menos á propósito para esconderlos, precauciones que, sin duda, tomaban para que Donald Bean Lan pudiera encontrar esos objetos.

Nuestros viajeros siguieron durante algún tiempo por un vallecito encantador, entre dos montañas. En medio corría un pequeño arroyo, dirigiéndose al lago. Una vez que estuvieron á cierta distancia, Eduardo volvió á hacer preguntas sobre el huésped de la cueva.

— ¿Vive siempre allí?

— Ah, no; muy listo sería el que supiera encontrarle á toda hora. En el país no hay cueva ni agujero que Donald no conozca.

— ¿Le dan asilo otros á más de su señor de usted?

— ¡Mi señor! contestó Evan con arrogancia, mi señor está en el cielo. Y después, volviendo, á adoptar su tono cortés, añadió: Supongo que quiere usted decir mi jefe. No, no da asilo á Donald ni á los que se le parecen, pero agregó sonriendo, le concede el agua y la leña.

— Creo, Evan, que eso no es un gran favor, pues ambas cosas abundan en el país.

— No me comprende usted. Quiero decir el lago y las montañas. Ya puede usted imaginarse que Donald estaría pronto perdido si el laird, con cincuenta ó sesenta hombres, le diera caza en el bosque de Kaily-chat; ó si un buen mozo como yo ú otro fuera por el lago hasta *naimh an Ri* con una veintena de nuestras barcas.

— Y si vinieran de las Tierras Bajas fuerzas para atacarle ¿ lo defendería su jefe ?

— De ninguna manera. Si viniesen, en nombre de la ley, no quemaría por él ni un pistón.

— ¿ Y qué haría Donald ?

— Se marcharía, quizás á las montañas de Letter Seriven.

— ¿ Y si le persiguieran allí ?

— Se refugiará en Rannoch, en casa de su primo.

— ¿ Y si le siguieran á ese punto ?

— No es creíble. Ni un solo habitante de todas las Tierras Bajas de Escocia se atrevería á perseguirle á más de un tiro de fusil del desfiladero de Bally-Brough, á menos de que los guiaran los *Sidier dhu*.

— ¿ Los *Sidier dhu* ? ¿ Qué es eso ?

— Los soldados negros, que así llaman á las compañías francas formadas para mantener el orden y la tranquilidad en las montañas. Vich Ian Vohr ha mandado una durante cinco años, y yo tenía en ella el gradò de sargento. Se les da ese nombre por el color del uniforme, como el de soldados rojos *Sidier roy* á los del rey Jorge.

— Cuando usted recibía la paga de éste, era soldado suyo.

— Tiene usted razón; sobre ese punto puede consultar á Vich Ian Vorh, pues nosotros sostenemos á su rey, sin preocuparnos de cual de los dos es. De todos modos, nadie puede llamarnos hoy soldados del rey Jorge, puesto que hace doce meses que no nos pagan un cuarto.

Este último argumento no tenía réplica. Así es que Waverley prefirió volver á hablar de Donald.

— ¿ Se limita Bean Lean á robar ganado, ó bien caza, como usted dice, lo que le viene á mano ?

— No es hombre difícil; todo le conviene, pero principalmente los bueyes, las vacas, los caballos, y aun los cristianos vivos, pues los carneros andan demasiado despacio; y en cuanto á los muebles, son mercancía pesada y de venta difícil en este país.

— ¿ De modo que también se dedica al rapto de hombres y mujeres ?

— Seguramente. ¿ No le oyó usted hablar anoche de un notario de Perth ? Su rescate valió quinientos marcos de plata, que pagó antes de salir del desfiladero de Bally-Brough.

Una vez Donald hizo otra buena jugada. Debía haber una alegre boda entre lady Cramfeezer, del país de Mears — estaba viuda del anciano laird y ya no era tan joven como había sido — y un mozo, Gillie-whackit, que devoró su fortuna en las riñas de gallos y de toros, en las carreras de caballos, etc. Pues bien, Donald Bean Lean, sabiendo que el futuro era las niñas de los ojos de la viuda, y deseando coger dinero, lo raptó diestramente una noche que el señorito volvía á su casa á caballo, medio dormido, pues la bebida nadaba sobre lo que había comido. Hizo que sus muchachos lo llevaran rápidamente á las montañas y el prisionero no se despertó enteramente hasta *uaimh un Ri*. Costó mucho reunir el rescate, pues Donald no quería rebajar un cuarto de mil libras.

— ¡ Demonio !

— Comprenda usted que se trataba de libras de Escocia, pues de otro modo la viuda no habría podido reunir esa cantidad, aunque empeñando su última camisa. Dirigiéronse al gobernador de Stirling y al comandante de la guardia negra. El primero contestó que había ocurrido demasiado lejos de su dis-

trito y el comandante que sus soldados habían vuelto á sus casas para trasquilar los carneros y que no los convocaría hasta después de la siega, por todos los Cramfeezers y todos los Mearns de la cristiandad, pues eso sería funesto al país.

Entretanto, Gilliewhackit fué atacado de la vi-ruela y ni en Perth ni en Stirling hubo un médico que quisiera ir á ver al pobre diablo, y no pudo censurarlos, porque Donald, que había sido tratado torpemente por uno de esos doctores de París, había jurado que tiraría al lago al primero que cogiese, pasado el desfiladero. Sin embargo, unas viejas, amigas de Donald, cuidaron al enfermo, y, sea por el aire de la cueva, ó por la leche que tomó, se curó tan bien como si hubiera estado en un cuarto con vidrieras, en una cama provista de cortinas, y alimentado con carnes blancas y vino encarnado.

Donald tuvo tal contrariedad con todo esto, que cuando vió al joven otra vez robusto y sano, lo dejó marcharse, diciendo que se contentaría con lo que quisieran darle como indemnización por las molestias y malos ratos que Guilliewhackit le había dado hasta un punto que nadie podía imaginarse. No sabría decirle á usted cómo se arregló, en definitiva, este asunto; pero quedaron todos tan contentos, que Donald fué convidado á la boda, y dicen que nunca ha tenido en el bolsillo, ni antes ni después de ese día, tanto dinero. Y agregue usted á eso que Gilliewhackit ha dicho que si Bear Lean es acusado alguna vez y él figura entre los jurados, lo declarará inocente, á menos que se trate de incendio voluntario ó de asesinato con abuso de confianza.

De este modo fué Evan enterando á Waverley de la situación de los montañeses, y el capitán encon-

traba el retrato, probablemente, más entretenido que nuestros lectores.

Al cabo de larga marcha por montes y cañadas, sobre el musgo ó los brezales, Eduardo, que sabía cuán generosos son los escoceses al contar las distancias, empezó á creer que las cinco millas eran más de diez. Por esto manifestó su sorpresa de que en Escocia dieran con tanta liberalidad el terreno y escatimaran tanto en el cálculo de la moneda. Evan le contestó con el antiguo refrán: « Llévese el diablo á los que tienen el azumbre menor. »

En este momento oyeron un disparo y vieron á un cazador con sus perros y un criado.

— *Shough* (¡ silencio !), dijo Dugald Mahony; es el jefe.

— No, contestó Evan con autoridad. ¿ Crees que va á venir con tan poca cèrmonia al encuentro de un gentilhomme sajón (*duinhewassel sassenach*)?

Pero al acercarse el cazador, agregó con mortificación.

— Sin embargo, es él; ni siquiera trae *su cola*. ¡ La única persona que le acompaña es Callum Beg !

En realidad, Fergus Mac Ivor era uno de esos hombres de los cuales dicen en Francia *qu'il connaît bien les gens*. Así es que no había tenido la idea de darse importancia ante un joven y rico inglés, presentándosele seguido por una aparatosa escolta de montañeses que la ocasión no exigía. Demasiado sabía que ese inútil cortejo habría parecido á Eduardo más ridículo que respetable. Nadie era más celoso que él del poder feudal y de las atribuciones de un jefe, y por esto mismo se guardaba de hacer alarde de los atributos exteriores de su dignidad, á menos de que fuese en las circunstancias y del modo más

á propósito para producir efecto imponente. Si hubiera debido recibir á otro jefe de clan, se habría rodeado, probablemente, del séquito descrito con tanto énfasis por Evan; pero consideró más conveniente presentarse á Waverley con un servidor único, arrogante mozo que llevaba el morral y la espada (*claymore*) de su señor, arma sin la que éste salía muy pocas veces.

Cuando Fergus y Waverley se encontraron, éste último se sorprendió al observar la gracia y dignidad particular de aquél. Su estatura era aventajada y proporcionado su cuerpo; su traje de montañés, extremadamente sencillo, le aventajaba, además, mucho. Llevaba pantalones estrechos de cuadros blancos y encarnados, pareciéndose en lo demás su atavío, al de Evan, excepto que su túnica era un dick, magníficamente guarnecido de plata. Su paje llevaba la espada, y el fusil de caza que Fergus tenía en la mano parecía destinado únicamente á su distracción; y, en efecto, durante el camino había disparado contra algunos patos silvestres. Los rasgos de su fisonomía eran completamente escoceses, con las particularidades de las fisonomías del norte; pero distaban tanto de tener la pronunciada dureza de aquéllas, que en cualquier país del mundo habría pasado Vich Ian Vohr por un hombre hermoso. Su toca, adornada con una pluma de águila, le daba aire nacional, aumentando la varonil expresión de su cabeza; y los bucles naturales de su cabellera negra, tenían mejor aspecto que los de las pelucas usadas entonces.

Cierto aire de franqueza y de afabilidad aumentaba la impresión favorable que producía su aspecto general. Sin embargo, un buen fisionomista habría quedado menos satisfecho al segundo examen que al pri-

mero. Sus cejas y labio superior indicaban la costumbre que tenía de mandar como dueño absoluto, dominando á todos. Hasta en su aspecto abierto, franco y natural, se revelaba la idea que tenía de su propia importancia; y si se le contrariaba, si algún incidente le conmovía, el fulgor instantáneo de su mirada dejaba traslucir un carácter impetuoso, altanero y vengativo, que podía dominar, pero que no por esto era menos temible. En dos palabras, la fisonomía de ese jefe de clan se parecía á un hermoso día de verano, durante el cual ciertos signos anuncian que podrá haber relámpago y truenos antes de acabar el día.

Sin embargo, Eduardo no tuvo ocasión de hacer estas observaciones menos favorables en el primer momento. Fergus le recibió como á amigo del barón de Bradwardine, expresándole el gran placer que le causaba su visita. Le reprobó con amabilidad que hubiera elegido para pasar la noche anterior una guarida tan salvaje, y entró en conversación con él acerca de la instalación doméstica de Donald Bean Lean; pero sin aludir en nada á sus costumbres de depredación y á la causa inmediata de la visita de Waverley. Eduardo imitó esta reserva.

Mientras iban andando en amistosa conversación hacia el castillo de Glennaquoich, Evan les seguía á respetuosa distancia con Callum Beg y Dugald Mahanny.

Aprovecharemos esta ocasión para enterar al lector de algunos pormenores acerca de la historia y carácter de Fergus Mac-Ivor, detalles que sólo conoció Waverley después de una amistad que, si bien se debió á la casualidad, ejerció durante años la mayor acción sobre su carácter y su vida. Pero esto exige capítulo aparte.

CAPÍTULO XIX

EL JEFE DE CLAN Y SU MORADA

El ingenioso licenciado Francisco de Ubeda, al empezar su *Historia de la Pícara Justina Díez* (que, dicho sea entre paréntesis, es uno de los libros más raros de la literatura española), se queja de que hay un pelo en su pluma y emprende con ésta una explicación amistosa, más elocuente que sensata, reprochándole que sólo es una pluma de ganso, inconstante por naturaleza, puesto que va del aire al agua y de ésta á la tierra.

Por mi parte te aseguro, querido lector, que disto mucho de pensar como Francisco de Ubeda y que considero como la cualidad más útil de mi pluma, que ésta pueda pasar de lo grave á lo alegre, y de una descripción á una relación. Si mi pluma no tiene de su padre el ganso más cualidad que la de ser cambiante, me felicitaré de ello y creo que lo mismo te ocurrirá á ti. Voy, pues, á pasar, de la charla de los muchachos montañeses, á hacer el retrato de su jefe, empresa importante y en la cual hay que poner, de consiguiente, los cinco sentidos.

Trescientos años antes de la época en que ocurre mi

historia, uno de los antecesores de Fergus Mac-Ivor había pretendido que le reconociesen como jefe de un clan numeroso del cual era miembro y cuyo nombre juzgo inútil mencionar. Uno de sus competidores, que tenía de su parte la justicia, ó, por lo menos, la fuerza, le venció en sus pretensiones, y él entonces, á manera de otro Eneas, retrocedió hacia el sur, yendo á formar un nuevo establecimiento.

El estado de los montañeses del condado de Perth favoreció su proyecto. Uno de los principales barones de ese país se había hecho culpable de alta traición; Ian, que este era el nombre de nuestro aventurero, se unió con los que el rey había encargado de castigar al proscrito y prestó tales servicios, que le concedieron los dominios del culpable, y allí sentó los reales de su posteridad. Después siguió al monarca á la guerra en las fértiles campiñas inglesas. Allí empleó con tanto provecho sus horas de solaz en cobrar subsidios en los condados de Northumberland y de Durham, que á su regreso pudo hacer construir una torre, tan admirada por sus vasallos y por toda la comarca, que lo llamaron Juan del Castillo (*Ian nan Chaistel*), en vez de Ian Mac-Ivor, ó de Juan hijo de Ivor, que llevaba antes. Sus descendientes se enorgullecían tanto de este antepasado, que el jefe reinante tomaba siempre el apodo patronímico de *Vich Ian Vohr*, esto es, hijo de Juan el Grande; y el clan, para no ser confundido con aquel del cual acababa de separarse, se hizo denominar *sliochd nan Ivor*, raza de Ivor.

El padre de Fergus, décimo descendiente en línea recta de Juan del Castillo, tomó ardientemente partido por los Estuardos en la insurrección de 1715 y tuvo que refugiarse en Francia, después de la derrota. Más dichoso que otros fugitivos, entró al servicio del rey

y acabó por casarse con una joven de cierta categoría, que fué madre de Fergus y de Flora. Sus posesiones de Escocia fueron confiscadas y vendidas en pública subasta; pero las compraron por poco dinero en nombre del vástago, que acabó por fijar allí su residencia. No tardaron todos en ver que estaba dotado de inteligencia poco común, de ardor y de ambición; y una vez que conoció bien el estado del país, su carácter, presentó mezcla singular de cualidades cuya reunión no podía concebirse sino hace sesenta años.

Si Fergus Mac-Ivor hubiera vivido medio siglo antes, habría tenido menos cortesía y conocimiento del mundo que entonces; y si hubiese nacido medio siglo después, hubieran faltado á su ambición y sed de mando los elementos que le daba el estado de cosas actual. En su modesta esfera, podía pasar por un político tan profundo como Castruccio Castrucci. Se consagró con la mayor actividad á calmar las querellas y discusiones de las clases inmediatas, que con frecuencia le elegían como árbitro en sus cuestiones.

Por otra parte, no descuidaba nada de lo que podía dar fuerza á su poder patriarcal. Con tal fin, hizo cuantos gastos le permitía su fortuna para ejercer la hospitalidad primitiva, aunque liberal que era el atributo más estimado de un jefe. Aumentó tanto cuanto pudo el número de sus arrendatarios, hombres rudos, pero aptos para la guerra, multiplicándolos en proporción muy superior á los recursos del suelo. Su fuerza principal la constituían hombres de su clan, á los que no dejaba ausentarse nunca, á menos de serle imposible impedirlo. Sostenía, por fin, á muchos aventureros, de la tribu origen de su clan, que abandonaban la bandera del jefe, más rico, pero menos belicoso, para alistarse bajo la de Fergus. Otros individuos eran

admitidos como sus vasallos, aun sin tener aquella procedencia. En realidad, cuantos podían servirse de sus manos y estaban dispuestos á tomar el nombre de Mac-Ivor, eran aceptados.

Habiendo obtenido el mando de una de esas compañías independientes que el gobierno reclutó para mantener la tranquilidad en las montañas, se valió de aquél para disciplinar sus fuerzas. En esta circunstancia dió prueba de vigor y actividad, y mantuvo el mayor orden en el distrito de que lo encargaron. Hizo que fueran pasando por su compañía todos sus vasallos, y, manteniéndolos en ella durante algún tiempo, les dió á todos una tintura de disciplina militar. En sus campañas contra los bandidos, se observó que se atribuía y ejercía el poder discrecional que, según algunos, correspondía á los destacamentos militares encargados de mantener la autoridad de las leyes en las montañas. Así es que concedía el perdón á los merodeadores que consentían en restituir el botín y sometersele; mientras era inflexible con los que no le obedecían. Por otra parte, si algunas fuerzas regulares se aventuraban á perseguir en sus tierras á los bandoleros, sin avisarle y pedirle auxilio, podían estar seguras de fracasar enteramente. Fergus lamentaba entonces lo ocurrido y se quejaba del estado de un país donde carecían de fuerza las leyes. Así y todo, acabó por inspirar sospechas y le quitaron su gobierno militar.

Fuése cual fuera en aquella ocasión su resentimiento, supo reprimir toda señal exterior de descontento; pero los vecinos no tardaron en notar los tristes resultados de su destitución. Donald Bean Lean y otras personas de su calaña, que hasta entonces no habían ejercido sus actos de bandolerismo más

que en otros distritos, parecieron establecerse en aquella frontera en adelante sacrificada. Y sus rapiñas no encontraban obstáculo, porque los habitantes del llano habían sido desarmados casi todos como jacobitas; así fué que muchos reclamaron la protección de Fergus Mac-Ivor y le pagaron tributo. Éste no sólo le daba carácter de protector, sino que además le suministró recursos para los excesivos gastos de su hospitalidad feudal.

Al proceder así, Fergus se proponía algo más que pasar por el personaje principal del país y que gobernar despóticamente un pequeño clan. Habíase consagrado desde su infancia al servicio de la familia desterrada, y estaba persuadido, no sólo de que pronto volvería á ocupar el trono de la Gran Bretaña, sino también de que cuantos á esa restauración contribuyeran recibirían honores y distinciones. En la expectativa de lo que había de ocurrir, se tomó gran trabajo para poner término á las divisiones de los montañeses y aumentó cuanto pudo sus fuerzas, á fin de estar preparado para la primera ocasión. Y con tal fin también se concilió la amistad de los señores de las tierras Bajas que pasaban por partidarios de la buena causa. Así fué que, habiendo cometido la imprudencia de tener una querrela con el barón de Bradwardine, generalmente respetado, á pasar de su carácter original, aprovechó la excursión de Donald Bean Lean á Tully-Veolan para restablecer la paz, en la forma que hemos indicado. Algunas personas llegaron á suponer que había dado al bandolero la idea de dicha excursión, á fin de reconciliarse con Bradwardine, lo cual, de ser cierto, costó á éste un par de hermosas vacas.

Este ardiente celo de Fergus por los Estuardos fué

recompensado, por considerable participación en su confianza, por algunos envíos de *luisas de oro*, una profusión de palabras amables y una hoja de pergamino, de la cual colgaba un enorme sello de lacre: era una credencial de conde, concedida por un personaje que no era nada menos que el rey Jacobo, segundo de este nombre en Inglaterra y octavo en Escocia, á su fiel y bien amado vasallo Fergus Mac-Ivor de Glennaquoich.

Con esta brillante corona de conde ante los ojos, Fergus tomó parte muy activa en la correspondencia y los complots que se efectuaron en aquel desgraciado periodo. Lo mismo que otros agentes de ese partido, tranquilizó fácilmente su conciencia respecto de ciertos pasos de los cuales le habrían apartado su honor y su conciencia, si no hubiesen tenido por objetivo directo más que su interés personal.

Descrito ya ese carácter atrevido, ambicioso y ardiente, pero político y astuto, tomaremos de nuevo el interrumpido hilo de nuestro relato.

Fergus y su huésped habían llegado al castillo de Glennaquoich, que consistía en lo que fué habitación de Ian nan Chaistel. Era una gran torre cuadrada, de construcción ordinaria, á la cual agregó el abuelo de Fergus una casa de dos pisos, al regresar de la memorable correría conocida en los condados del oeste de Inglaterra por el nombre de *expedición de la horda de los montañeses*. Es de presumir que esa cruzada contra los wigs de Ayr no fué menos favorable al Vich Ian Vohr de entonces que había sido á uno de sus predecesores la expedición al condado de Northumberland; y así pudo legar á su descendencia un edificio rival, monumento de su magnificencia.

Este castillo se encontraba situado en una emi-

nencia, en el centro de estrecha cañada; y no presentaba ningún rastro de esos cuidados que se toman para adornar la habitación de un caballero ó, por lo menos, para hacerla más cómoda. Uno ó dos cercados, que separaban muros de piedra seca, eran las únicas partes de la propiedad que estuvieran defendidas. Acá y acullá se divisaban algunos sembrados, constantemente expuestos á ser devastados por las bandas de bueyes negros y caballos sin domar que pastaban en las alturas inmediatas: estos animales hacían de cuando en cuando una incursión á las tierras labradas y eran espantados entonces por los agudos y ásperos gritos de cinco ó seis pastores montañeses, que corrían como locos llamando en su auxilio á un perro hambriento. Algo más allá, distinguíase un bosque de abedules, sin lozanía, y las rocas de los alrededores, peladas ó cubiertas de brezos, presentaban aspecto monótono; de modo que por todas partes se tenía vista salvaje y desolada, más bien que grande y solitaria. Pero fuése cual fuera esa habitación, ningún verdadero descendiente de Ian nan Charteil le habría cambiado por los célebres jardines de Stow ó por el castillo y parque de Blenheini.

Sin embargo, frente á la puerta de entrada se podía contemplar un cuadro que Marlborough, el primer propietario de Blenheini, habría preferido á los mejores puntos de vista de la propiedad que le ofreció la patria agradecida: era un centenar de montañeses completamente armados y equipados. Al distinguirlos, dijo Fergus á Waverley, como si no diera importancia al asunto, que había olvidado la orden que diera á algunos hombres de su clan de tomar las armas, para ver si estaban en situación de proteger el país y evitar accidentes como el que, según había

sabido con gran pena, ocurrió al barón de Bradwardine. Suponía que Waverley tendría gusto en verlos maniobrar antes de que el cuerpo se disolviera.

Eduardo aceptó esta proposición, y los montañeses empezaron inmediatamente á ejecutar, con precisión y celeridad, algunas maniobras militares. Tiraron al blanco, uno después de otro, probando extraordinaria habilidad en el manejo del fusil ó de la pistola. Apuntaban en pie, sentados, tendidos, en toda clase de posiciones, según la orden que recibían y casi nunca erraban el tiro. Después se agruparon dos á dos para manejar el sable, y al fin se formaron en dos cuerpos para efectuar maniobras de guerra. Una vez así dieron cargas, se reunieron, combatieron cuerpo á cuerpo, echaron á huir, se persiguieron, maniobras todas ejecutadas al son de la gran cornamusa de guerra.

Á una señal de Fergus cesó la escaramuza, y la tropa se dividió en bandas para correr, saltar, lanzar la barra y entregarse á otros ejercicios en que esa milicia feudal probó destreza, agilidad y fuerza increíbles. Y así obtuvo el jefe de clan el resultado que se proponía, esto es, probar á Waverley lo mucho que sus hombres valían como soldados y el poder de quien los ponía en movimiento.

— ¿Cuántos son esos valientes que tienen la honra de ser mandados por usted? preguntó Eduardo.

— Cuando se trata de sostener la buena causa, y si el jefe es querido, el clan de Ivor se ha puesto rara vez en campaña con menos de quinientas claymores; pero usted no ignora, capitán, que el desarme efectuado hace unos veinte años, nos impide tenerlo tan bien preparado como antaño. No conservo sobre las armas más que el número de hombres nece-

sarios para proteger mis propiedades ó las de mis amigos, cuando turba la tranquilidad algún individuo como vuestro huésped de la noche última; y puesto que el gobierno nos priva de los medios de defendernos, no le parecerá mal que nos defendamos nosotros mismos.

— Con esas fuerzas le sería á usted muy fácil destruir ó dispersar bandas parecidas á las de Donald Bear Lean.

— Seguramente; pero mi recompensa sería un orden de entregar al general Blakenay, en Stirling, las escasas armas que nos han dejado; sería proceder con muy poca habilidad. — Pero oigo las cornamusas, capitán, y esto anuncia que está servida la comida; proporcióneme usted la honra de introducirle en mi rústica morada.

CAPÍTULO XX

UNA COMIDA DE LOS MONTAÑESES

Antes de que Waverley entrase en la sala del festín, vinieron á presentarle una palangana para lavarse los pies; este ofrecimiento patriarcal no era de desdeñar después de su viaje por tierra pantanosas y con tiempo cálido. La ceremonia no se efectuó con el lujo que desplegaban tratándose de los héroes de la Odisea; la misión de lavar y enjugar no correspondió á una joven belleza hábil en el arte de dar fricciones al cuerpo y de derramar sobre él aceite oloroso, sino á una montañesa vieja y de piel seca y ahumada, la cual, lejos de parecer satisfecha con tal honra, decía entre dientes: — *¡Los ganados de nuestros padres no han pastado bastante cerca unos de otros para que yo le preste á usted ese servicio!* Un pequeño regalo reconcilió á aquella antigua criada con su supuesta degradación. Cuando Waverley se dispuso á entrar en la sala, le bendijo repitiendo el proverbio gaélico: *¡Pueda estar siempre llena la mano dadivosa!*

La sala del festín ocupaba todo el primer piso del edificio que había construido Ian nan Chaistel: una

enorme mesa de madera de encina lo cubría de punta á punta. La comida era más que sencilla y los convidados formaban una verdadera multitud. En el sitio de preferencia estaban el jefe, Eduardo y dos ó tres amigos de los clanes vecinos, que habían venido á ver á Fergus. En segundo lugar se sentaban los ancianos de la tribu de Mac-Ivor, *wadsetters* y *tacksmen*, que poseían partes del dominio territorial del jefe, los primeros temporalmente, y los segundos para pagarlos con los productos; seguíanles sus hijos, sobrinos y hermanos de leche; y luego los oficiales del jefe por categorías, y en la extremidad inferior de la mesa los arrendatarios que cultivaban la tierra con sus propias manos. Además de esta larga serie de comensales, Eduardo vió fuera, por una puerta enteramente abierta, una multitud de montañeses, de categoría aún inferior, comensales igualmente y que tenían su parte en la protección del jefe lo mismo que en su mesa. Más lejos aún veíanse grupos de mujeres, muchachos y chiquillas, mendigos jóvenes y viejos, lebreles, zarceros y perros de muestra. Todos los miembros de esos grupos parecían tomar parte más ó menos directa en la acción principal.

Esta hospitalidad, en apariencia ilimitada, tenía, sin embargo, sus reglas de economía. Cerca del extranjero inglés se veían algunos platos mejor preparados de pesca y caza; pero más allá se distinguían enormes trozos de carnero y de buey, los cuales, sin la ausencia del cerdo, animal aborrecido en las montañas de Escocia (1), habrían recordado la comida de los

(1) Los escoceses aborrecían la carne de cerdo hasta los tiempos del autor. El rey Jacobo llevó esa antipatía á Inglaterra, junto con la del tabaco. Ben Jonson, en una de sus-

pretendientes de Penélope. El plato del centro era un cordero de un año, asado entero; estaba en pie y con un ramo de perejil en la boca. Sin duda el cocinero le había dado aquella posición para satisfacer su amor propio, más deseoso de mantener la abundancia en la mesa de su señor que de hacer reinar en ella la elegancia. Las costillas del pobre animal fueron atacadas vigorosamente por los miembros del clan, unos armados con sus dirks, otros de cuchillos que llevaban habitualmente en la misma vaina que la daga; y pronto el descarnado esqueleto no presentó sino un doloroso espectáculo. La parte inferior de la mesa estaba provista de alimentos más sencillos aún, pero servidos con abundancia. Sopas, cebollas, queso y los restos de las carnes regalaban á los hijos de la raza de Ivor, que asistían al aire libre al banquete.

Las bebidas se distribuían en el mismo orden y con idénticas gradaciones. A las personas más próximas al jefe les servían excelente vino de Champagne ó de Burdeos; mientras que el whisky puro ó mezclado con agua, y cerveza fuerte, apagaban la sed de los que se sentaban más lejos. Esta desigualdad no parecía ofender á nadie. Cada cual sabía que su gusto había de ajustarse á su categoría; así es que los que seguían á los señores en la mesa no dejaban de decir nunca que el vino era demasiado frío para sus estómagos, y reclamaban la bebida que sabían les estaba destinada. Tres tocadores de cornamusa no paraban, tocando un espantoso concierto guerrero durante toda la comida. El eco del techo abovedado y los sonidos de la lengua céltica produjeron tal

obras, le atribuye la proposición de dar un banquete al Diablo con una chuleta de cerdo y una pipa para la digestión.

ruído, que Eduardo creyó quedarse sordo para el resto de su vida en aquella torre de Babel.

Mac-Ivor le rogó que disculpase la confusión ocasionada por tan numerosa sociedad é hizo notar que su categoría en el país le obligaba á una hospitalidad sin límites.

— Todos esos parientes, no menos holgazanes que perezosos, dijo, consideran mis tierras como una propiedad común, de la cual sólo poseo que la administración. Tengo que proporcionarles la carne y la cerveza, mientras ellos no hacen más que ejercitarse en el manejo del sable y vagar por las montañas, cazar, pescar, beber y hacer la corte á las muchachas del valle. Pero ¿qué hacer, capitán Waverley? Todo ser en la tierra, halcón ó montañés, tiene que hacer lo mismo que sus antepasados hicieron antes que él.

Eduardo no pudo menos de complimentarle por el gran número de hombres que le eran afectos y que tenía á sus órdenes.

— Es cierto, replicó Fergus, que si me viniera al espíritu la idea de exponerme, como mi padre, á recibir un golpe en la cabeza ó dos en el cuello, tengo la confianza de que esta chusma no me abandonaría. Pero ¿quién puede pensar en eso, hoy que se ha tomado como emblema : vale más una vieja con una bolsa en la mano que tres hombres con sus espadas en el cinto?

Al decir esto, volvióse hacia la numerosa asistencia y brindó por el capitán Waverley, digno amigo de su respetable vecino y aliado el barón de Bradwardine.

— Sea bienvenido, dijo uno de los ancianos del clan, si viene de parte de Corme Comyne de Bradwardine.

— No digo lo mismo, contestó un viejo, que pareció prestar escasa atención al brindis; y repitió : no digo lo mismo. Mientras haya hojas verdes en el bosque, habrá fraude en un Comyne.

— Sólo honor hay en el barón de Bradwardine, replicó otro anciano; y el extranjero que se presenta aquí de parte suya debe ser el bienvenido, aunque tuviese las manos teñidas de sangre, con tal de que no sea sangre de la raza de Ivor.

— ¡Demasiada sangre de la raza de Ivor hay en la mano de Bradwardine! añadió el viejo, que no había querido tocar á su copa.

— Ah, Ballenkeiroch, tú piensas siempre en el tiro de Tully-Veolan y no en las estocadas que dió en Preston por la buena causa.

— Y tengo razón. El tiro me privó de mi hijo, y las estocadas no han servido gran cosa al rey Jacobo.

Fergus explicó en francés á Waverley que el barón había matado en un combate cerca de Tully-Veolan, hacía siete años, al hijo de aquel viejo; y después procuró disipar las prevenciones de Ballenkeiroch, informándole de que Waverley era inglés y no pertenecía á la familia de Bradwardine ni por la sangre ni por alianza. Entonces el anciano levantó la copa todavía llena y la vació á la salud del viajero.

Después de este brindis, Fergus hizo seña de que se callaran las cornamusas y dijo :

— Amigos ¿dónde se han escondido los cantos, puesto que Mac-Murrough no puede encontrarlos?

Mac-Murrough, anciano y bardo de la familia, se levantó inmediatamente y se puso á cantar, en voz baja y rápida, una serie de cantos celtas, que fueron acogidos por el auditorio con las mayores señales de entusiasmo. A medida que adelantaba en sus estro-

fas, parecía aumentar de ardor. Primero mantuvo la vista baja, dejándola correr en torno suyo, como para implorar indulgencia ó para reclamar atención. Pero poco á poco fué alzando la voz, se animó el tono y todos las gentes correspondieron á sus acentos de fuego y de pasión.

Eduardo, que le examinaba con mucho interés, creyó observar que pronunciaba muchos nombres propios, que deploraba la muerte de los guerreros, apostrofando á los ausentes y exhortando, animando á los que le escuchaban; y hasta le pareció oír su propio nombre, creencia en que se confirmó al ver que todas las miradas se fijaron en él de un golpe, como por espontáneo movimiento.

El entusiasmo del poeta se había comunicado á todos los presentes, cuyos rostros salvajes, quemados por el sol, tomaron aspecto imponente y más animado.

Todos se inclinaban hacia el bardo; algunos se levantaron, agitando los brazos con éxtasis; otros llevaron la mano á la *claymore*. Cuando cesó el canto, reinó en la sala por un instante el más profundo silencio; por fin, poeta y auditorio se calmaron y cada cual recobró su fisonomía acostumbrada.

Fergus, que durante esa escena había parecido examinar las emociones producidas por el canto más bien que participar del general entusiasmo, llenó de vino de Burdeos una pequeña copa que estaba junto á él y llamando á un servidor, le dijo: — Lleve usted eso á Mac-Murrough nan Fonn (de los cantares) y cuando se la haya bebido, que guarde por amor de Vich Ian Vohr la corteza que contenía ese líquido. El bardo recibió aquel presente con gratitud profunda. Bebióse el vino, besó la copa, y la colocó res-

petuosamente en su plaid, cruzado sobre el pecho; y después cantó de nuevo, sin duda, para dar gracias al jefe por su magnífico donativo y entonar sus alabanzas. Este cantar fué aplaudido; pero era visible que no produjo el mismo efecto que el primero, aunque se comprendía que el clan aprobaba la generosidad del jefe. Entonces hubo varios brindis en idioma gaélico, algunos de los cuales tradujo Fergus á su huésped, de la manera siguiente:

— ¡ Al que nunca vuelve la espalda, al amigo ni al enemigo!

— ¡ Al que no abandona nunca á su camarada!

— ¡ Al que nunca ha vendido ó comprado la justicia!

— ¡ Hospitalidad al desterrado y guerra al tirano!

— ¡ Á los hombres que usan el *kilt*! (la falda del traje montañés).

— Montañeses, hombro con hombro!

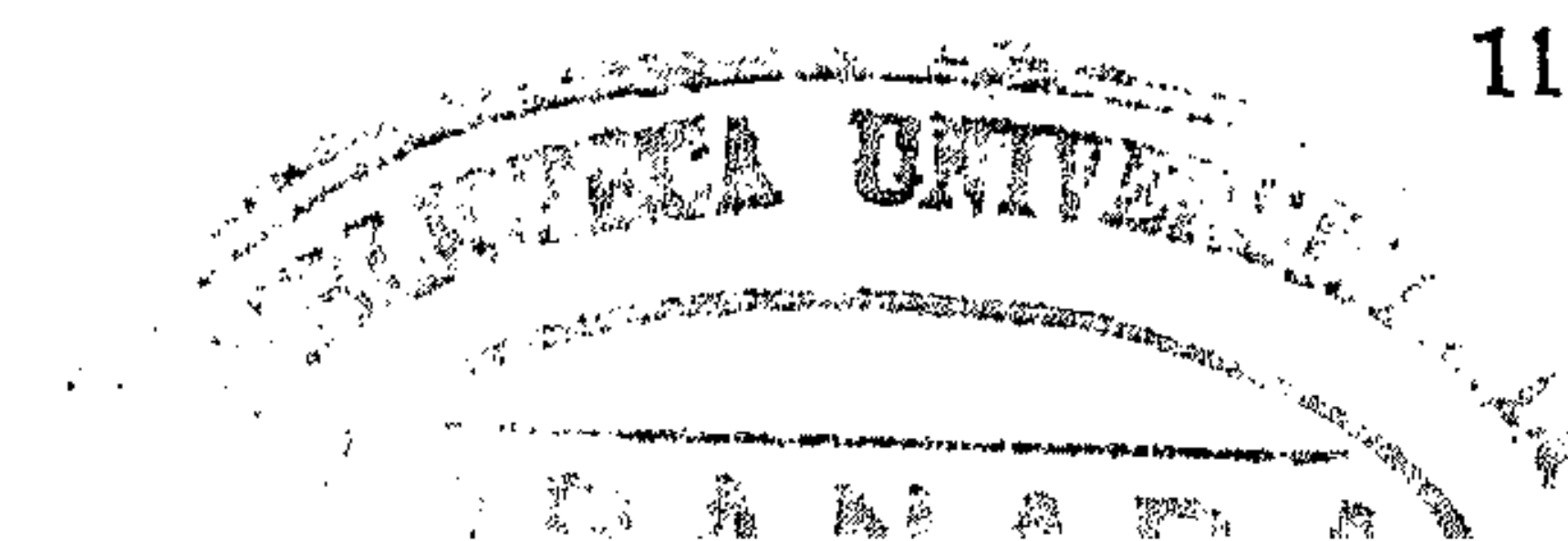
Eduardo deseó también saber la letra del cántico que tan gran efecto había producido en la masa de los comensales, y así lo dijo á su huésped.

— Como observo, contestó Fergus, que la botella ha pasado delante de usted tres veces sin que la detenga, iba á proponerle que fuéramos á tomar una taza de te con mi hermana; ella podrá satisfacer su curiosidad mejor que yo. Aunque no quiero limitar la alegría de mi clan un día de fiesta, tampoco quiero dejarme llevar de ella con exceso.

Y añadió, haciendo una alusión irónica á la copa en forma de oso de Bradwardine:

— No mantengo un oso para que devore la inteligencia de quien se sirve de él.

Eduardo aceptó con gusto la proposición; y el jefe, después de haber dicho algunas palabras á las perso-



nas que le rodeaban, se levantó, saliendo con Waverley. Apenas estaban fuera cuando se oyó un brindis por Vich Ian Vohr, seguido de grandes aclamaciones que probaban el contento de los comensales y su profundo afecto á la persona del jefe.

CAPÍTULO XXI

LA HERMANA DEL JEFE

Las habitaciones de Flora Mac-Ivor estaban amuebladas de la manera más sencilla; pues en Glennaquoich se habían resuelto á suprimir, en cuanto fuera posible, todos los gastos de lujo, á fin de que el jefe tuviera siempre medios de ejercer noblemente la hospitalidad y de aumentar el número de sus partidarios y de sus vasallos. Pero no se observaba la misma economía en el traje de su hermana, pues era elegante, y aun suntuoso, dispuesto de tal modo que en él se aliaban las modas de París y los atavíos más sencillos de las montañas de Escocia. Su cabellera no estaba desfigurada por el hierro de las peinadoras, y caía sobre sus hombros en grandes bucles color de azabache, sostenidos sólo por una banda de tela adornada con perlas. Flora había adoptado ese modo de peinarse á fin de no chocar con las ideas de los montañeses, los cuales no pueden sufrir que una mujer se cubra la cabeza antes de casarse.

Flora Mac-Ivor se parecía, en extremo, á Fergus, hasta el punto de que hubieran podido representar el papel de Viola, la cual, en una obra de Shakespeare,

asiste vestida de hombre á la velada del duque, creyendo todos que es su hermano Sebastián. Tenían ambos el mismo perfil regular, ojos negros, idénticas pestañas y cejas y hasta la misma tez, aunque el sol había quemado la de Fergus, mientras que Flora conservaba la delicadeza propia de su sexo. La altanería de las facciones del varón se suavizaba extraordinariamente en las de su hermana. Sus voces eran de timbre igual aunque de tonos diferentes: la de Fergus, sobre todo cuando mandaba á sus montañeses durante las maniobras militares, recordó á Waverley los conocidos versos:

De su voz los viriles acentos,
Del clarín parecían salir...

Por el contrario, la de Flora era suave y melodiosa — « privilegio exquisito en una mujer » — pero si trataba de un asunto interesante, cosa que hacía con elocuencia natural, esa voz poseía, ya los tonos que hieren el espíritu y comunican la convicción, ya los de una insinuante persuasión. Aquel relámpago de los negros y vivos ojos, que en Fergus expresaban la impaciencia, aun ante los obstáculos materiales que hallaba, tenían en Flora carácter de suavidad pensadora. Las miradas del hermano parecían buscar la gloria, el poder, cuanto era susceptible de elevarle sobre los demás, al paso que las de la joven, como si ésta hubiera tenido conciencia de su superioridad intelectual, parecía compadecer más bien que envidiar á los que apetecían vanas distinciones. Sus sentimientos concordaban con la expresión de la fisonomía. Su primera educación le había inspirado, lo mismo que á su hermano, el afecto más profundo hacia la

familia de los Estuardos. Tenía el convencimiento de que era sagrada obligación para su hermano, el clan de Ivor, y para todos los habitantes de la Gran Bretaña, desafiar los mayores peligros á fin de contribuir á la restauración que los partidarios del caballero de San Jorge no habían cesado de esperar. Flora estaba dispuesta á sufrirlo todo, á sacrificarlo todo con dicho objeto. Su fidelidad dinástica, más fanática que la de su hermano, era también más interesada. Las pequeñas intrigas, las discusiones en que el egoísmo desempeñaba un papel y su natural ambición, habían hecho que la política de Fergus tomara cierto carácter personal, preocupándose de su propia fortuna. Era difícil decir si sacaría la *claymore* de la vaina por hacer de Jacobo Estuardo un rey, ó un conde de Fergus Mac-Ivor. De esto no se daba cuenta él mismo, pero así era.

Al contrario, la fidelidad dinástica ardía pura y desinteresada en el corazón de Flora; tanto desprecio le habría inspirado convertir á la religión en careta de proyectos de ambición é interés, como ocultar estos bajo opiniones que le habían enseñado á considerar como patriotismo. Estos ejemplos de abnegación no eran raros entre los partidarios de la infortunada familia de Estuardo y muchos de mis lectores escoceses é ingleses podrían citar ejemplos memorables; pero en el caso actual, las atenciones particulares del caballero de San Jorge y de su esposa por la familia de Fergus y de Flora, y por ellos en particular cuando se quedaron huérfanos, aumentaron todavía ese entusiasmo. Al morir sus padres, Fergus sirvió á la princesa como paje de honor y encantada ésta por su buena planta y la viveza de su entendimiento lo había tratado con mucha distinción.

También protegió á Flora, colocándola durante algún tiempo, á su costa, en un convento de primer orden, y tomándola luego en su compañía, por espacio de dos años. Ambos hermanos conservaban la mayor gratitud á esa princesa.

Conocido ya el rasgo dominante del carácter de Flora, puedo bosquejar con más rapidez lo restante. Tenía muy diversos talentos y esos modales distinguidos que es natural posea una persona que, desde su primera juventud, vive en una sociedad tan principal; pero no había aprendido á sustituir la sensibilidad real por un barniz de cortesía.

Al instalarse en los desiertos de Glennaquoich, comprendió que sus conocimientos en las literaturas francesa, inglesa é italiana serian para ella un recurso raro é interrumpido; así es que ocupó su tiempo en cultivar la música y estudiar las tradiciones poéticas de los montañeses. Pronto le interesó mucho el asunto, lo mismo que á su hermano, si bien éste más bien fingía esa afición para hacerse popular. La extremada satisfacción con que le contestaban cuantas personas interrogaba acerca del particular, la confirmó en la resolución de continuar esos estudios.

Su amor al clan, casi hereditario en su corazón, era, lo mismo que su fidelidad dinástica, una pasión más pura que la de su hermano. Fergus era demasiado político y consideraba demasiado su influencia patriarcal como medio de engrandecimiento personal para que le consideremos como modelo de un jefe montañés. Flora tenía la misma solicitud en sostener y aumentar la autoridad patriarcal de su casa; pero era con el deseo de arrebatár á la miseria, ó, por lo menos, á las privaciones y á la tiranía extranjera, los seres humano que Fergus estaba llamado á gobernar

por derecho de nacimiento, conforme á las ideas de la época y del país.

Recibía una pequeña pensión de la princesa Sobieski, nieta del grande hombre polaco del mismo apellido, y esposa del pretendiente Carlos Eduardo. Consagraba sus economías á proporcionar á los miembros del clan, no diremos el *confort* — palabra que los montañeses no conocieron nunca ni parecieron deseosos de conocer — sino lo que era absolutamente necesario para su vejez y sus dolencias. Aquellos preferían en todas las demás circunstancias trabajar para procurarse algo que pudieran compartir con el jefe, más bien que deberle otros socorros que la hospitalidad de su castillo y la subdivisión general de sus propiedades entre ellos. Tenían esos hombres tal afecto á Flora, que habiendo Mac-Murrough compuesto un canto enumerando las principales bellezas del distrito, y habiéndola puesto á ella en primera línea (*la manzana más hermosa cuelga de la rama más alta*), recibió como donativo de los principales miembros del clan más centeno del necesario para sembrar diez veces su Parnaso de la montaña, el cercado del bardo, como lo llamaban.

Las relaciones de miss Mad-Ivor eran muy escasas, no sólo por gusto, sino por efecto de las circunstancias. Miss Rosa Bradwardine había sido su más íntima amiga; se querían mucho, y cuando estaban juntas podían presentar al par á un pintor dos encantadores modelos; una, como musa de la alegría y de la melancolía, otra.

El barón amaba tanto á Rosa y los caprichos de ésta eran tan limitados, que ninguno era difícil de satisfacer. Por el contrario, Flora había conocido los reverses de la fortuna, pasando de una situación de

lujo y de esplendor á una soledad absoluta y una semipobreza, comparada con la vida de antes. Así es que sus ideas y sus votos secretos no se referían á pequeñeces, sino á grandes acontecimientos nacionales, á cambios que no podían efectuarse sin peligro y efusión de sangre, y en los cuales había, por consiguiente, que pensar con extremada prudencia. Sus modales eran, en consecuencia, muy serios, aunque sabía ser agradable en sociedad. El anciano barón la estimaba por encima de todo, y tenía gran placer en cantar con ella alguno de los duos franceses que estuvieron de moda en las postrimerías del reinado de Luis XIV, como el de *Lindor y Cloris*, etc.

Creíase, generalmente, aunque nadie se habría atrevido á decirlo así al barón de Bradwardine, que las instancias de Flora habían contribuído mucho á restablecer la paz entre aquél y Fergus. Para ello invocó la edad del barón y el daño que esa enemistad podía hacer á la causa común y á su propia reputación de prudencia y tacto político. Sin esto habría habido un duelo, tanto porque Bradwardine había derramado en otra época la sangre del clan de Ivor, cuanto porque Fergus tenía celos de la habilidad de aquél en esgrima. Debemos añadir que atendió las recomendaciones de su hermana también, porque la paz respondía á sus propios proyectos.

A esta joven señora fué presentado el capitán Waverley, y ella le recibió con la cortesía que era natural.

CAPÍTULO XXII

BARDOS MONTAÑESES

Después de las acostumbradas cortesías, Fergus dijo á su hermana :

— Querida Flora, antes de volver yo al agreste ritual de nuestros antepasados, debo decirte que el capitán Waverley es grande admirador de la musa céltica, con tanto mayor motivo, probablemente, cuanto que no conoce su lenguaje. Le he explicado que eres eminente en la traducción de las poesías montañesas, y que Mac-Murrough admira tus versiones conforme al mismo principio que sirve para la admiración del capitán, porque no entiende una palabra. — ¿ Quiéres leer ó recitar á nuestro huésped, en inglés, esa extraordinaria lista de nombres que Mac-Murrough ha introducido en su canto gaélico? Apostaría á que tienes hecha la versión; admitida en la intimidad del bardo, de seguro te comunica sus poemas antes de leerlos en público.

— ¿ Cómo puedes decir eso, Fergus? Bien sabes que esa pobre composición carece de interés para los forasteros; esto suponiendo que yo pudiera traducirla.

— Por poco que le interese, le interesará tanto como

á mí; vuestro trabajo en colaboración, pues insisto en creer que la poesía de que hablamos es tanto del bardo como tuya, me ha costado la última copa de plata, y supongo que aún me costarán más estos ejercicios si la musa continúa inspirando á Mac-Murrough; ya es sabido, por el proverbio, que si la mano del amo deja de dar la lengua del poeta deja de recitar, que es lo que yo deseo cuanto antes. Tres cosas son inútiles para un montañés de nuestros días: la espada, que ya no desenvaina; el bardo, que carece de hazañas que contar, y el bolsón de cabrito, donde no puede echar ya las onzas de oro — ¡ que no tiene!

— Está bien, hermano. Pues ahora, y puesto que tú no guardas mis secretos, no hay razón para que guarde yo los tuyos. Sepa usted, señor Waverley, que Fergus no cambiaría su espada por un bastón de mariscal, que admira más á Mac-Murrough que á Homero, y que no daría su bolsón de cabrito vacío por todas las monedas que pudieran contenerse en el mismo.

— Muy bien contestado, Flora. Golpe por golpe, como Conan le dijo al diablo (1). Quédense ustedes hablando de poesías y de bardos, á menos de que no

(1) En las baladas irlandesas referentes á Fion (el Fingal de Mac-Pherson) se presenta, como en las poesías primitivas de otras muchas naciones, un ciclo de héroes, cada uno de ellos con atributos especiales; sobre estos atributos y las aventuras que se atribuyen á los héroes, se fundan no pocos proverbios corrientes en Escocia. Entre estos personajes legendarios se hallan Conan, que tiene algunos puntos de semejanza con el Tersita de los griegos, bravo y audaz hasta lo temerario. Había hecho el voto de no recibir nunca un golpe sin devolverlo. A semejanza de los héroes de la antigüedad, bajó una vez á las regiones infernales, el diablo le dió una bofetada; Conan contestó inmediatamente dando otra bofetada al diablo. De aquí

sea de bolsones y espadas; yo torno á hacer los honores á los ancianos de la tribu de Ivor.

Dicho esto Fergus salió del cuarto.

Continuó la conversación entre Flora y Waverley, pues dos muchachas jóvenes que acompañaban á la hermana de Fergus, como para servirla, no dijeron ni una palabra. Siguieron hablando de la poesía céltica acerca de la cual aprendió Waverley muchas cosas curiosas.

— Estos poemas — dijo Flora — recuerdan las hazañas de nuestros héroes, las penas de los enamorados, los combates de tribus enemigas, relatos que constituyen el encanto de nuestro hogar, sentados junto á la chimenea en las noches de invierno. Algunos de estos poemas son muy antiguos, y ya, si alguna vez llegan á traducirse en lenguas conocidas de Europa, producirán, de seguro, gran sensación. Otras composiciones son modernas, obra de los bardos, que vienen á desempeñar el papel de cronistas de los grandes señores en cuyos palacios habitan. Claro está que el mérito de estas obras varía mucho; pero, en todo caso, no hay manera de que en una traducción se conserve ese mérito, no apreciable para quienes no simpaticen con las ideas del poeta.

— ¿ Debe contarse entre los predilectos de las musas el bardo que ha causado tanto efecto en la reunión de hoy?

— Es delicada esa pregunta. Tiene gran reputación ese bardo entre los montañeses, y no soy yo quien pudiera menospreciarle (1).

viene el proverbio *claw for claw*, zarpazo por zarpazo, como Conan dijo al diablo.

(1) Los poetas de las altas montañas de Escocia eran verdaderos trovadores, improvisadores de romances y cantos.

— Parecē que su canto ha producido gran entusiasmo á jóvenes y viejos.

— Ese canto no es más que un pequeño resumen de nombres montañeses, citas peculiares de cada clan y exhortación á emular las hazañas de los antepasados.

— Aunque mi conjetura parezca extraordinaria, ¿no se me ha aludido en algunos versos del poema?

— Es usted buen observador, capitán Waverley, y no se ha equivocado. La lengua gaélica es sumamente musical, y así los bardos introducen con facilidad, en los cantos que ya tienen preparados, algunas estrofas de circunstancias, improvisadas según el momento.

— Daría mi mejor caballo por saber lo que el bardo ha podido decir de un habitante del Sur, tan insignificante como yo.

— No le costará á usted nada el saberlo.

Con esto llamó Flora á una de sus jóvenes acompañantes y la dió en voz baja un encargo. La muchacha salió corriendo á cumplir este encargo.

— La he encargado — dijo Flora á Waverley — que pregunte al bardo cuáles han sido sus palabras; me pongo á disposición de usted para traducírselas.

Al momento volvió la joven sirvienta de Flora y dijo á ésta unos versos en gaélico. Flora se quedó un instante pensativa, y luego, sonrojándose un poco, dijo á Waverley :

— No puedo satisfacer la curiosidad de usted sin reflexionar antes algo, porque la traducción, por imperfecta que sea, requiere algún espacio. Ya se han levantado todos de la mesa. Si usted quiere, esta joven guiará á usted á un sitio del parque; espérenme, y allí le recitaré la poesía del bardo.

Siguiendo las instrucciones de su ama, la joven sirvienta condujo á Waverley por pasillos distintos que

los que había recorrido para entrar. Al paso oyó, en las habitaciones próximas, el toque de la gaita y los aplausos de los convidados. Waverley, siguiendo á su guía, salió al campo, siguió un sendero por el valle, junto á un riachuelo, y así llegó á un punto en que este riachuelo se unía con otro, formando el vértice de un ángulo. De estos dos arroyos, el uno se deslizaba sosegado por un valle, serpenteando por el terreno llano; el otro arroyo bajaba saltando por pedregosas tierras, espumante y ruidoso.

Conducido por su silenciosa guía, siguió Waverley el curso de este último arroyo, remontándolo hacia la sierra. Así llegaron á un paraje enteramente agreste; una roca enorme parecía oponerse al paso del sendero, el cual, solo al pie de la misma peña, daba vuelta contornando tan formidable obstáculo. Los peñones, á uno y otro lado de la cerca, se acercaban de tal manera que, para formar sobre ellos un puente, bastaban los troncos de dos pinos; este paso, de tres pies nada más de ancho, y sin barandilla ninguna, se encontraba á ciento cincuenta pies, por lo menos, encima de la senda.

Aquel peligroso puentecillo parecía un trazo negro en la bóveda azul del cielo. Estaba Waverley mirándolo, cuando vió con terror á Flora que, con su otra doncella, cruzaba por tan frágil pasadizo, como sostenidas maravillosamente en el aire. Flora se detuvo en el aire y, mirando serenamente, saludó con ademán gracioso á Waverley. Éste, aterrado, no se atrevió siquiera á contestar á aquel saludo; no respiró hasta que la encantadora aparición se encontró á salvo al otro lado del precipicio.

Pasó Waverley por debajo del puente; iba descendiendo el sendero, por entre encinas, hacia el valle

las rocas se apartaban pero mostrando siempre, en lo alto, sus cimas grises y erizadas. Más altas aún otras montañas ofrecían al aire sus cúspides, calvas las unas, frondosas de árboles las otras, en unas partes revestidas con la purpúrea flor del brezo, en laderas distintas surcadas por pedruscos pelados; Waverley perdió de vista el arroyo, pero de pronto se halló frente á una cascada pintoresca. No era muy alta, pues apenas mediría veinte pies; pero era linda, cayendo en un lecho tan claro, que donde la espuma no cerraba la vista, se distinguía como á través de un limpio cristal el arenoso fondo. El agua se abría luego paso por las piedras, y luego, en otra gran cascada, se despeñaba hasta el abismo. Las cercanías de aquel agreste sitio tenían algo de imponente, más inclinado su aspecto á la grandeza que al encanto. A orillas del arroyo, en la pradera cubierta de césped, crecían árboles y arbustos, plantados muchos de ellos, conforme á las indicaciones de Flora, con tanto arte, que contribuían á hermohear el paisaje.

Allí encontró Waverley á Flora, que, semejante á una figura en cuadro de Poussin, estaba contemplando la cascada. Dos pasos detrás de su ama estaba Cathleen, con una pequeña arpa escocesa que Flora había aprendido á tocar teniendo por maestro á Rosy Dall, uno de los más famosos arpistas de las Tierras Altas. El sol iba desapareciendo por Occidente; sus últimos fulgores coloreaban de una manera extraña los objetos que les rodeaban. —Waverley dando natural expresión á los ojos de Flora y realzando en ésta la gracia y la hermosura. Eduardo no pudo menos de pensar que nunca había imaginado una figura tan arrogante y encantadora. La belleza del sitio, como evocado por arte mágico, aumentaba el placer con que Waverley

se encontraba al lado de Flora, y como si ésta fuera una de aquellas heroínas de Boyardo ó Ariosto que hacían surgir un paraíso en medio del desierto.

Flora, como todas las mujeres hermosas, no desconocía su poder, y se complacía en reconocer sus efectos en la confusión y el respeto que le manifestaba Waverley; pero, dotada de un excelente juicio, sabía la parte que en aquella turbación correspondía al paisaje romántico y á las demás circunstancias accidentales. No conociendo las singularidades del carácter de Waverley, consideraba el homenaje de éste como un tributo natural en aquellos momentos. Apartándose de la cascada fueron á situarse en un punto donde el ruido del agua no estorbara á la palabra y al sonido del arpa. Flora se sentó encima de una piedra cubierta de musgo, y, tomando el arpa de manos de Cathleen, dijo :

— Capitán Waverley, he molestado á usted haciéndole venir hasta este sitio, porque he pensado que la escena podría interesarle como adecuada á los cantos montañeses, los cuales requieren un acompañamiento de rumores agrestes. Para hablar en la poética lengua de mi país, para la musa céltica, se necesita la bruma de la colina solitaria, el murmullo de los arroyos que caen saltando por los riscos. Nuestra musa prefiere las peñas áridas á los valles rientes, y la soledad del desierto á los festejos cortesanos.

Hablaba Flora con voz tan armoniosa y patética, que forzosamente había que reconocer en ella la más propia representación de la musa invocada. Así lo pensó Waverley, pero no tuvo el valor de decirlo. Las primeras notas que Flora preludió en el arpa conmovieron á Waverley deleitosamente, sumiéndole en ensueños románticos. No hubiera abandonado el sitio

en que estaba por nada del mundo. Y sin embargo, ansiaba verse solo para analizar aquellas emociones que embargaban su corazón.

Flora cambió el ritmo recitativo del bardo por otro ritmo majestuoso que, en edades antiguas, hubiera parecido himno guerrero. A las notas de introducción sucedió una armonía particular que parecía acompañada por el rumor del lejano torrente y por el susurro del viento en la arboleda. Las estrofas que vamos á exponer no pueden dar más que una idea muy imperfecta de las sensaciones que experimentó Waverley al escuchar el canto de Flora :

La niebla vaporosa corona las alturas;
La noche por el valle dilata sus negruras;
Pero aún está más triste el corazón guerrero
De Gael, humillado al pie del extranjero.

Las hojas de las dagas parecen corroidas,
Espadas victoriosas están enmohecidas.
¿Qué fué de aquellos hombres tenidos por audaces?
¡Dedicanse á la caza de gallos montaraces!

No cantéis á la gloria, ¡oh bardos inspirados!
No ofendáis la memoria de los antepasados;
Que al ver la decadencia de los hijos presentes
En polvo del sepulcro esconderán sus frentes.

Mas, ¡oh! que ya las nubes colora el arrebol;
Glenaladale anuncia radiante nuestro sol.
Glenfinnan (1) se ilumina con suave claridad
Que baña las montañas, el valle y la ciudad.

(1) El joven y audaz príncipe Carlos Eduardo desembarcó en Glenaladale, Moidart, y desplegó su estandarte en el valle de Glenfinnan, reuniendo en seguida el clan de Mac-Donald,

¡ Oh noble y bravo Moray (1), ilustre desterrado,
Volved á vuestra patria, pisad suelo sagrado,
Y desplegando al aire nuestro santo estandarte
Haced que á nuestra raza sirva de baluarte.

¡ Oh, vosotros, los hijos de los fuertes varones
Que sentís en el pecho latir los corazones!
¡ A la insignia gloriosa levantad vuestra vista
Marchando inquebrantables á santa reconquista!

Descendiente de reyes en el Islay, famosos
Ranald, Glengarry, Sleat, señores poderosos,
Arrollad cual torrente devastador, terrible
Al enemigo vano, que piénsase invencible.

Hijo de Evan hidalgo, Lochiel el indomable,
Arrójate á la lucha, toma presto tu sable;
Y tú, Reppoch, en nombre de tus grandes abuelos
Convoca á tus enemigos, infúndeles anhelos.

Stern, hijo de Kenneth, alto jefe de Estado;
Los del clan de Guilleán, los que habéis proclamado
La libertad, Glenlivat, Harlaw, Dundee, gozosos
Reanudad de la patria los días venturosos.

Clan de Fingon, guerrero y mártir, que has brillado
Con tus heroicos hechos en medio del pasado,
Reverdece laureles, que cumple á tu linaje
Que no le borre el tiempo memoria del ultraje.

el de Cameron y otros menos numerosos que estaban convocados para incorporársele en aquel sitio. En memoria de este hecho histórico se ha levantado en dicho valle un monumento en el que hay una inscripción latina compuesta por el doctor Gregory.

(1) Hermano mayor del marqués de Tullibardine, que, después de larga emigración, volvió á Escocia con Carlos Eduardo en 1745.

Rorri More, el marino, iza pronto bandera
Enseña de la nave y símbolo de espera ;
Mac-Shimei y vosotros hijos de Alpine fieros,
Cuidad en la batalla de no ser los postreros.

Hijos bravos de Dermid, de Mac-Neil, May del Lago,
Con el gran Callum-More concurrid al estrago,
Que la voz ya resuena y ha llegado el instante :
Por libertad, por honra, por venganza, ¡adelante!

En aquel momento se presentó corriendo un magnífico galgo que, con sus saltos y caricias, interrumpió inoportunamente á Flora. Oyóse un silbido y el dócil animal se volvió á marchar corriendo á donde le llamaba su amo.

— Es el fiel acompañante de Fergus — dijo Flora á Waverley. — Ha llegado muy á tiempo para interrumpir esta fastidiosa enumeración de nuestras tribus y de sus jefes, de quienes un inconsiderado poeta inglés ha dicho :

Hidalgos de gotera y haraganes,
los Mac-Kenzies, Mac-Gregors y Mac-Leanes.

Waverley manifestó cuánto sentía aquella interrupción.

— ¡Oh! no se puede usted figurar lo que pierde — dijo Flora. — El bardo, como era su deber, ha dedicado tres largas estrofas á Vich Ian Vohr de las Banners, enumerando todas sus altas condiciones, sin omitir la que consiste en su generosidad para con el bardo y el arpista. También hubiera usted oído un consejo práctico, dado al forastero de cabellera rubia, al que vive en el país donde el césped no se agosta jamás, al que cabalga en un corcel de pelo reluciente, negro como

el plumaje del cuervo, corcel cuyo relincho es como el chillido del águila antes de la pelea. Conjúrase á este valiente caballero á que se acuerde de sus antepasados, de su fidelidad y su bravura. Todo esto se ha perdido usted; pero, juzgando por la distancia á que hemos oído el silbido de mi hermano, aún tendré tiempo de recitar á usted el final del canto del bardo, cuyas últimas estrofas son estas :

Hijos de la montaña vigorosos,
á la voz del honor enardecidos
despertad en seguida, presurosos
al escuchar del cuerno los sonidos.
No convocan los ecos clamorosos
á la caza del ciervo, reunidos,
ni se trata de sonos melódicos
para causar deleite en los oídos.
Es señal de luchar; ruido silvano
que lleva al montañés á la victoria
y que congrega á hermano con hermano;
es señal de luchar; que en nuestra historia
siempre ha sido fatal para el tirano
y para el escocés toque de gloria!

Through fair and fertile regions borne
Where never yet grew gran os corn.

Pero ya me haga cargo de que la lengua inglesa no es á propósito para describir las bellezas de un Helicón escocés. Veamos si resulta mejor la lengua francesa :

O vous qui buvez à la tasse pleine
à cette heureuse fontaine
où on ne voit sur le rivage
que quelques vilains troupeaux
suivis de nymphes de village
qui les escortent sans sabots...

CAPÍTULO XXIII

WAVERLEY CONTINÚA EN GLENNAQUOICH

Apenas terminaba Flora su canto cuando apareció Fergus.

— Ya sabía que estaban ustedes aquí y que les hablaría aún sin el concurso de mi amigo Bran. No me gusta mucho lo sublime y prefiero un surtidor de Versalles á esta cascada, á pesar de su acompañamiento de rocas y el estrépito de sus aguas; pero, capitán Waverley, este es el Parnaso de Flora y esta es su fuente de Helicón. Gran beneficio resultaría para mi bodega si Mac-Murrough apreciara el valor de estas aguas : ahora mismo acaba de beberse una pinta de *usquebaugh* para templarse el estómago que se le ha enfriado, según dice, con el vino clarete. Veamos si yo también experimento la influencia de esta agua.

Diciendo esto, tomó un poco de agua en la palma de la mano y la probó. En seguida se puso á cantar con aire teatral :

O Lady of the desert, hail
That lovest the harping of the Gael

— ¡Por favor, Fergus! — exclamó Flora — no más personajes de Arcadia : por amor de Dios no nos des la compañía de Coridones y Lindores.

— ¡Vaya! — contestó Fergus — puesto que no gustan ustedes del cayado y la zampona, voy á tocar la trompa épica.

— Estoy por creer, querido Fergus — dijo Flora — que tu inspiración más que con la mía corre parejas, por sus orígenes, con la de Mac-Murrough.

— Lo niego, hermosa señorita. Confieso, sin embargo, que daría la preferencia á ese segundo manantial de inspiración. ¿Quién es el poeta italiano que dijo :

Io d'Elicona niente
mi curo, in fe de Dio, che'l l'bere d'acque
(Bea chi ber ne vuol) sempre mi spiacque (1)

(1) He aquí la traducción de las tres estrofas (inglesa, francesa é italiana) que, por abreviar, no rimamos.

O Lady, etc. — Yo te saludo, oh dama del desierto, que

— En fin — prosiguió Fergus, — tal vez prefiera usted, capitán Waverley, la lengua gaélica. Cathleen tendrá la amabilidad de cantar el Drimmindhu, Cathleen, *astore* (querida) empiece : complazca al *Cean-Kinné*

Cathleen cantó delicada y alegremente una balada gaélica, una especie de romance burlesco acerca del sentimiento de un campesino por la pérdida de una vaca. El tono cómico hizo reír á Waverley más de una vez, aunque no comprendía una palabra.

— ¡Admirable ! Cathleen, — exclamó Fergus, — tengo que buscarle un buen marido en el clan uno de estos días.

Cathleen se ruborizó y sonriéndose se retiró detrás de su compañera.

Al regresar al castillo, Fergus rogó instantemente á Waverley que pasara allí una semana ó dos : que había una gran cacería á la que asistirían muchos caballeros montañeses. La melodía y la belleza habían impresionado á Eduardo demasiado para que pudiera sustraerse á una invitación tan agradable. Quedó convenido, en consecuencia, que escribiría al barón de Bradwardine, manifestándole su intención de permanecer en Glennaquoich quince días y rogándole que le remitiera con un propio (un *gilly* de Fergus) las cartas que hubieran llegado para él.

gustas del arpa de Gael, nacida en estas hermosas y fértiles regiones, donde ni el trigo ni la hierba crecen...

O vous, etc. Oh vosotros, los que bebéis á taza llena, en esta feliz fuente, á cuya orilla no se ven sino rebaños míseros seguidos de ninfas aldeanas que los escoltan sin zapatos...

Io d'Elicone, etc. A mí, Elicona, nada me importa, vive Dios! porque beber agua (bébala quien la quiera) siempre me pareció malísimo.

Esto hizo recaer la conversación en el Barón, de quien Fergus habló con mucho elogio como caballero y como militar. Flora observó con sumo tacto que el Barón era un verdadero modelo del señor escocés antiguo, con sus excelencias y singularidades.

— Es un carácter — añadió — que va desapareciendo del país : lo mejor de este modo de ser consiste en la propia consideración que hasta estos tiempos nadie perdía de vista. Pero ahora, como la nobleza escocesa, por razón de principios se halla alejada de la corte y del gobierno, se ve descuidada y degradada : naturalmente, se conduce en consecuencia y se pone en contacto con gentes como algunas que ha visto usted, en Tully-Veolan. La proscripción política, aunque injustificada, está degradando á sus víctimas. Pero esperamos que no tardarán en llegar muchos días más felices para Escocia; entonces un noble del campo podrá ser literato sin caer en la pedantería como nuestro amigo el Barón, se podrá divertir en la caza sin tener los innobles gustos del señor Falconer ó se podrá ocupar en el mejoramiento de su hacienda sin convertirse en bestia bipeda como Killan-cureit.

De esta manera vaticinaba Flora una revolución que ha tenido lugar, en efecto, pero de una manera enteramente opuesta á la que ella pensaba.

Hablaron después de la amable Rosa, de quien elogió Flora la persona, las maneras y el ingenio.

— Será feliz — dijo — quien logre poseer el corazón de Rosa Bradwardine. Habrá encontrado un tesoro inestimable. En el hogar tiene todas sus complacencias y su mayor satisfacción es cumplir las virtudes domésticas. Su marido será, como lo es hoy su padre, objeto de todo su cariño, de toda su solicitud

y afecto. No verá nada ni pensará en nada que no sea él y para él. Si encuentra un hombre de sentimientos y virtud, dulcificará sus pesares, distraerá sus fatigas y tomará parte en sus satisfacciones. Si tropieza con un hombre brutal ó negligente, también será á la conveniencia de éste, pues no sobrevivirá mucho tiempo al mal trato. ¡Oh, cuán de temer es que mi pobre amiga no halle un compañero digno de ella! ¡Por qué no seré yo reina para poder mandar al más amable y digno joven de mi reino que aceptase la felicidad con la mano de Rosa Bradwardine!

— Mándale que acepte la mía, entretanto — dijo Fergus riendo.

No sé porqué motivo se sintió molestado Eduardo con aquella broma de Fergus : á pesar de su indiferencia para con Rosa Bradwardine, de su creciente inclinación á Flora. Fué uno de esos inexplicables misterios de la naturaleza humana, que dejaremos pasar sin comentario.

— ¿La tuya? — dijo Flora mirando fijamente á su hermano. — No; tú tienes otra prometida, la Gloria : los peligros á que por esta rival te expones quebrantarían el corazón de la pobre Rosa.

Con esta conversación llegaron al castillo. Waverley preparó los despachos para Tully-Veolan. Concedor de lo extremado que era el Barón en la etiqueta, quiso poner su sello en el cierre del pliego, pero vió que le faltaba en la cadena. Supuso que se lo había dejado en Tully-Veolan y, explicando lo que le sucedía, pidió á Fergus su propio sello.

— ¿No habrá hecho alguna ese Donald Bean Lean? — dijo Flora.

— Juraría que no, en estas circunstancias —

repuso Fergus. — Además, de coger el sello no hubiera dejado el reloj.

— En verdad, Fergus — dijo Flora — y con tu permiso, he de decirte que me sorprende tu constante empeño en defender á ese hombre.

— ¿Defenderle? Vamos, capitán Waverley, mi hermana va á hacerle creer á usted que tomo lo que se llamó en otros tiempos un *Steak-Kraid*, es decir, una tajada de *foray*, ó más claramente, una porción, una parte del botín con que pagaba el ladrón al laird ó señor en cuyos dominios se refugiaba. Si no hallo modo de refrenar la lengua de Flora, un día cualquiera enviará el general Blakeney un piquete para poner preso á Vich Ian Vohr, que es como me llaman, en su propio castillo.

Fergus pronunció estas palabras con ironía enfática. Su hermana le repuso :

— ¿No comprendes, Fergus, que en lo que estás diciendo se ve la afectación? N se sabe que tienes á tu servicio bastantes hombres honrados para no necesitar de bandidos : tu honor está fuera de duda. Pero ¿por qué no expulsas de este país á ese Donald Bean Lean, á quien detesto por su hipocresía y su doblez, más aun que por sus latrocinios? Por ningún motivo toleraría yo á un hombre semejante.

— ¿Por ningún motivo? — dijo Fergus con intención.

— Por ninguno — contestó Flora — ni aun por lo que más afecta á mi corazón. Excúsanos el mal presagio de tener semejante apoyos.

— ¡Oh, oh! hermana — replicó Fergus jovialmente — has de considerar mi respeto por las pasiones amorosas. Evan Dhu Maccombich está enamorado de Alice, la hija de Donald, y yo no puedo introducir el

disturbio en estos amores : todo el clan gritaría contra mí. Ya sabes lo que dice el proverbio : el pariente forma parte del corazón.

— Está bien, Fergus : no disputemos — dijo Flora — lo que deseo es que todo esto concluya bien.

— Es con buen deseo, querida y profética hermana. Es también la mejor palabra para poner término á un debate. Pero ¿no oye usted las gaitas, señor Waverley? Tal vez prefiera usted bailar á dejarse aturdir por ellas sin tomar parte en el ejercicio á que le invitan.

Waverley tomó la mano de Flora. La danza, el canto y la alegría prosiguieron, como término de las diversiones de aquel día en el castillo de Vich Ian Vohr. Eduardo se retiró á su cuarto, llena la mente de mil ideas contrarias que durante mucho tiempo agitaron su espíritu sin dejarle conciliar el sueño, manteniéndole en esa situación en que la imaginación desvaría y el alma se deja arrastrar por el rápido impulso de las reflexiones, sin resistir para poner orden en ellas ó examinarlas. Quedóse dormido muy tarde y soñó con Flora Mac-Ivor.

CAPÍTULO XXIV

UNA MONTERÍA Y SUS RESULTADOS

¿Será largo ó corto este capítulo? Es una cuestión que puede interesaros, queridos lectores, aunque no estéis llamados á resolverla, de igual modo que no lo estaréis, probablemente, como no lo estoy yo, á decidir nada en materia de impuestos, si no es á pagarlos. Sin embargo, en el presente caso tenéis más fortuna, pues así como yo, por mi autoridad privada, puedo extender mis materiales tanto como me plazca, no tengo autoridad para citaros en justicia si no queréis leer mi narración. Por consiguiente, no me detengo en reflexiones. Confieso que los anales y documentos que tengo entre manos hablan muy poco de esta cacería escocesa, pero es fácil encontrar los datos necesarios para una descripción de este género. Aquí está el viejo Lindsay de Pitscottie con su cacería de Athole y su « alto y artesonado palacio de vigas verdes, provisto de toda suerte de bebidas, como cerveza, vino moscatel, malvasía, hipocrás y acuaviva; con pan candeal, pan ordinario, pan con jengibre, buey, carnero, cordero, ternera, venado, pato, lechón, capón, conejo, grulla, ganso, perdiz, avefría, ánade,

ansarón, francolín, pavo, faisán, pintada y codornices», sin olvidar la excelente vajilla y los manteles, ni tampoco los « mayordomos, panaderos, cocineros y confeccionadores de drogas para postres ». Además de estas particularidades que podría espigar yo en esta descripción de un banquete de montañeses (cuyo esplendor hizo que un legado del Papa modificara la opinión que hasta entonces había tenido, de que Escocia era el... el... el último extremo del mundo), además de esto podría ilustrar mis páginas con la cacería á que asistió Taylor, el poeta del agua, en las sierras de Mar :

Saltando matorrales cenagosos,
 á través de terrenos escabrosos
 corren hombres y perros bravamente,
 levantando la caza,
 ciervos, gamos y corzos juntamente.
 En dos horas no más se han dado traza
 para cobrar ochenta por lo menos :
 los campos están llenos;
 todo en las Tierras Altas es grandeza
 como en las Tierras Bajas es pobreza.

Pero, sin martirizar más á mis lectores ó alardear de mis lecturas, me contentaré con citar un solo incidente de la memorable cacería de Lude, citada en el ingenioso *Ensayo sobre la Caledonian Harp* de Gunn, continuando luego mi historia con mi natural estilo breve, que tiene algo de lo que los retóricos llaman perífrasis y ambigüedad y el vulgo dice circunloquios.

Por diversos motivos se retrasó esta cacería tres semanas. Este intervalo transcurrió para Waverley gratamente en Glennaquoich. La impresión que había causado Flora en su ánimo la primera vez que la vió,

se hacía de día en día más profunda. El carácter de Flora era precisamente á propósito para fascinar la romántica imaginación de un joven. Sus maneras, su lenguaje, sus conocimientos poéticos y musicales contribuían á dar variada influencia á sus personales encantos. Hasta en sus momentos de alegría aparecía ante la exaltada imaginación de Eduardo como superior á las demás hijas de Eva, no descendiendo sino por un instante á esos entretenimientos y galanterías que parecen llenar la existencia de las mujeres. En la sociedad de esta joven encantadora, ocupando con deportes las horas del día y en bailes y música las horas de la noche, cada vez estaba Waverley más satisfecho de la hospitalidad del castellano y más enamorado de su seductora hermana.

Llegó, por último, el momento señalado para la cacería. Waverley y Fergus salieron para el lugar de reunión, que estaba á un día de marcha de Glennaquoich. Escoltaban á Fergus unos trescientos hombres de su clan, bien armados y equipados. Waverley vistió para este caso el traje del país, los *trews* (mas no se decidió al *kilt*), botas y gorra, como tocado más á propósito para aquel ejercicio y también el más adecuado para no llamar la atención como forastero. En el punto de reunión encontraron muchos personajes del país. Waverley les fué presentado con la etiqueta consiguiente y tuvo acogida cordialísima. Los vasallos que acompañaban á aquellos señores, cumpliendo sus deberes feudales, eran en tanto número que constituían un pequeño ejército. Toda aquella gente, desplegada por el campo formaba un círculo, á distancia de algunas millas; este círculo llamado técnicamente *tinchel*, se iba estrechando á medida que se acercaba al centro donde estaban los jefes y los principales

cazadores. Entretanto, los distinguidos personajes vivaqueaban en la pradera envueltos en sus *plaids*, modo de pasar una noche de verano que no disgustó ciertamente á Waverley.

Ya llevaba el día algunas horas y el más profundo silencio seguía en los valles solitarios. Los jefes y sus acompañantes se entretenían en diversos pasatiempos, sin olvidarse del placer del vaso, como dice Ossian. « Otros estaban retirados en un cerrillo aparte » probablemente en alguna discusión política, bien ajenos á toda inspiración del espíritu de Milton. A poco se oyeron las señales de que se aproximaba el círculo de la batida. Resonaban por el valle los gritos que daban diferentes grupos de montañeses, subidos por las peñas, abriéndose paso por la espesura, saltando los arroyos y llevando siempre por delante los gamos y demás animales de caza que hacían al aproximarse la gente. De cuando en cuando sonaba algún disparo que se repetía en mil ecos. El ladrido de los perros hacía coro al ruido, que iba acercándose. Al fin se presentaron los gamos, saltando en grupos de dos ó tres. Los jefes probaron su destreza matando los gamos más gordos. Fergus demostró su habilidad y Eduardo tuvo muchos tiros afortunados, con aplauso de los demás cazadores.

Apareció la gran manada de ciervos en falange tan numerosa que sus astas parecían, de lejos, un espeso ramaje, sin hojas. Era grandísimo, su número y su aspecto amenazador, como decididos á arrollar los obstáculos que se les pusieran delante. A todo esto la destrucción continuaba. Por todas partes se oían disparos. Entonces, desesperados los ciervos, viendo que sus enemigos les cerraban el paso, atacaron á los cazadores acometiéndolos en sus puestos.

Inmediatamente corrió la voz de echarse boca abajo en el suelo; pero Waverley no entendió lo que se decía en gaélico. Fergus, dándose cuenta del peligro que corría su amigo, le cogió con fuerza y le echó á tierra al momento mismo en que el tropel de ciervos pasaba sobre ellos. El empuje era absolutamente irresistible: las cornadas del ciervo son del mayor peligro (1). Sin el apresuramiento de Fergus seguramente que Waverley hubiera perdido la vida: le mantuvo sujeto hasta que pasó toda la manada. Entonces quiso Waverley levantarse, pero se vió lastimado por todo el cuerpo, lleno de contusiones y con un dolor agudo en la articulación del tobillo.

Este accidente puso término á la alegría de la fiesta, aunque nadie más había sido herido, puesto que, acostumbrados todos los montañeses á estos lances, se hallan preparados á ellos. Fabricaron un cobertizo y unas angarillas con ramas y Waverley fué puesto en ellas con las mayores precauciones. El cirujano ó el que parecía ejercer este cargo, tenía aspecto entre médico y brujo. Era un escocés, de venerable barba, de rostro enjuto y mirada profunda. Vestía un tonelete de tartán que le llegaba á las rodillas y le servía de corpiño y pantalón al mismo tiempo (2). Se aproximó á Eduardo con grandes ceremonias y aunque éste se quejaba de grandes dolores

(1) Las heridas causadas por el asta del ciervo se tienen en la opinión general por sumamente peligrosas: tanto que hay una frase proverbial que dice:

Si te hiere mano de barbero,
nunca tengas miedo:
pero si las astas del ciervo te hieren
cuenta que te mueres.

(2) Es un modo de vestir semejante al traje de los niños que en Escocia se llama polaco. Este traje no es más que una

no quiso proceder á ninguna cura sin antes dar dos ó tres vueltas en derredor de las angarillas, de oriente á occidente, siguiendo el curso del sol. Esto es lo que se llama *deasil* (1), cosa que todos los circunstantes consideraban como de la mayor importancia para la cura. Waverley no estaba en condiciones de hacer preguntas y además comprendió que sería inútil hacerlas; de manera que tomó el partido de someterse á todo en silencio.

Concluída esta ceremonia, el viejo Esculapio hizo con gran habilidad una sangría al paciente. Después preparó un cocimiento de diferentes hierbas, murmurando, al hacerlo, misteriosas palabras en gaélico. Luego aplicó á las partes doloridas unos paños mojados en aquel cocimiento, siempre acompañándose de palabras extrañas. Waverley no comprendió más que unas cuantas que eran *Gasper-Melchior-Balthazar-max-prax-fax* y otras igualmente faltas de sentido. La cura no tardó en producir la disminución del dolor y de la hinchazón, cosa que nuestro héroe atribuyó naturalmente al jugo de las hierbas y al efecto de las fricciones; pero que los demás consideraron resultado de las palabras mágicas. Entonces supo Eduardo que todas las plantas empleadas como ingrediente habían sido cogidas del campo en luna llena y que al cogerlas había rezado el herborista una oración que decía:

Salve hierba bendita
nacida en Tierra Santa,

modificación del antiguo escocés y que, en suma, no era sino la forma de la cota de malla ceñida á la cintura.

(1) Los viejos montañeses aún practican el *deasil* cuando se trata de personas por quienes tienen verdadero interés. Dar vueltas en la dirección opuesta al *deasil* se llama *Withershins* (en alemán *Wider-shins*) y se considera maleficio.

que en el monte Olivete
primero fuiste hallada,
tú curas nuestros males,
contusiones y llagas,
en nombre de la Virgen
recojo yo tus ramas!

Con gran sorpresa observó Eduardo que Fergus no obstante sus conocimientos y educación, participaba de la superstición común y de aquellas ideas: aunque tal vez no hacía más que acomodarse á ellas por política y por no chocar con su escepticismo.

Era, sin embargo, probable que Fergus, como tantas otras personas que no reflexionan nunca seriamente sobre estas materias, tuviese un fondo de superstición que fuese contrapeso de sus palabras y sus actos en otras ocasiones. Por consiguiente, Waverley no hizo comentario alguno acerca de la manera cómo había sido atendido y pagó al profesor de medicina con una liberalidad que superó á sus mayores esperanzas. Tantas gracias dió el médico, expresándose en mezclanza de inglés y gaélico, que Mac-Ivor acabó por incomodarse y poner término al exceso de agradecimiento exclamando; *Cend mile suhalloich ort!* es decir « cien mil maldiciones en ti » y al mismo tiempo le empujó para que se fuera.

Cuando Waverley se encontró solo no tardó en quedarse dormido, pues su cansancio por el ejercicio hecho era extremado. Es verdad que también contribuyó al sueño una poción opiácea que le había administrado el médico, en cocimiento de diferentes hierbas.

Por la mañana del siguiente día, temprano, terminada la cacería y bastante contrariados todos por el

desagradable accidente, deliberaron qué se hacía en aquellas circunstancias. Fergus dispuso llevar á Waverley en las angarillas, á hombros y con gran cuidado. Así lo hicieron varios montañeses robustos y habituados á manejar sillas de mano. Cuando Waverley se vió alzado en hombros quedó maravillado del espectáculo que tenía á la vista (1)

Reunidas las diferentes tribus, al son de sus respectivas gaitas, se puso al frente de cada una de ellas su respectivo jefe patriarcal. Algunas estaban ya en marcha y se las veía trepando las escarpadas cuevas ó bajando por los barrancos que conducían al lugar de la caza. Otras estaban agrupadas en la estrecha llanura, formando un cuadro muy vistoso con sus largos *plaid*s flotantes, como las plumas de las gorras, al soplo del viento, en tanto que sus armas brillaban reflejando los rayos del sol que se levantaba en Oriente. Muchos de los jefes se acercaron á saludar á Waverley manifestándole sus deseos de volverle á ver pronto; pero Fergus tuvo cuidado de abreviar estas despedidas. Por último, reunido el clan de Mac Ivor se puso en marcha, siguiendo un camino distinto al recorrido para llegar á la cacería. Fergus puso en conocimiento de Waverley que la mayor parte de su gente se hallaba en la necesidad de ir bastante lejos y que él mismo se vería obligado á marcharse; pero

(1) Se ha dicho no pocas veces que el autor confunde la realidad con la ficción; conviene, pues, saber que esto de la cacería, descrita como preparatoria de la insurrección de 1745, es enteramente imaginaria. Pero es también sabido que la rebelión de 1715 se preparó en una gran cacería, verificada en los montes de Brae-Mar, bajo los auspicios del conde Mar. Muchos de los jefes de esta primera insurrección tomaron parte en la siguiente del 45.

que antes le dejaría en casa de un amigo de confianza, sin perjuicio de reunirse con él nuevamente en breve plazo.

Waverley quedó bastante sorprendido de que Fergus no le hubiese advertido nada de esto, antes de ir á la cacería; pero su situación no admitía preguntas. Casi todo el clan marchaba delante, bajo la dirección del viejo Ballen Keiroch y de Evan Dhu Maccombich y con muy animado aspecto. Un pequeño número de montañeses acompañaban á Fergus, llevando las angarillas de Waverley y sirviendo de escolta. Al medio día, después de una jornada muy penosa á causa del camino y de la naturaleza del transporte, que aumentaron los dolores de Waverley, fué acogido éste con amable hospitalidad en casa de un pariente de Fergus, ya preparado para recibirle con cuanto esmero era posible en la vida sencilla que en aquel tiempo todos los montañeses hacían. Eduardo admiró en aquel anciano, pues era ya de edad avanzada, la primitiva sencillez escocesa. La ropa que llevaba estaba hecha en casa: la lana de sus ovejas había dado la materia para el tejido, hecho por sus domésticos en familia. Diferentes plantas de sus tierras habían suministrado el tinte para colorear el tartán con los colores distintivos de su tribu. El lienzo de su ropa blanca procedía del cáñamo cultivado en sus campos: cuanto en su mesa se servía era de origen propio suyo, hasta los peces, de ríos, que cruzaban por tierras suyas; hasta la caza, nativa de sus montes,

No reclamaba ningún derecho como jefe de clan, ni como señor de vasallos, estando satisfecho de la alianza y protección de Vich Ian Vohr y de otros jefes poderosos: de esta manera vivía tranquilo y sin ambición complaciéndose en ello. Es cierto que de

cuando en cuando se despedían de sus dominios algunos jóvenes, deseosos de servir á jefes más activos; pero los servidores y mandatarios viejos cuando oían censurar á su amo por su inacción, decían :

— Cuando no hay viento es más suave la lluvia.

Este buen anciano, cuya caridad y hospitalidad no tenían límites, siempre hubiera recibido muy bien á Waverley; pero tratándose de un amigo y huésped de Vich Ian Vohr llevó, naturalmente, al extremo sus atenciones y cuidados. Aplicó nuevos paños sobre los puntos doloridos y repitió palabras misteriosas. Por último, Fergus se despidió de Waverley manifestándose con más inquietud por la salud de su amigo de lo que convenía para que éste la recuperase pronto. Quedó en volver á Tomanrait dentro de pocos días, esperando hallar á Waverley en estado de montar á caballo y regresar así á Glennaquoich.

Al día siguiente, el buen anciano dijo á Eduardo que su amigo se había puesto en marcha al amanecer y que con él iba todo el clan, excepto el joven Callum Beg, que se había quedado para servir á Waverley como á su propio amo. Preguntó nuestro héroe á su interlocutor si sabía á donde había ido Fergus: el anciano se quedó mirándole fijamente, con aire sonriente, pero al mismo tiempo reservado. Waverley insistió en la pregunta y el viejo entonces contestó con esta frase proverbial :

— ¿ Por qué fueron los mensajeros al infierno? Por preguntar lo que sabían muy bien.

Iba á continuar, pero Callum Beg interrumpió la conversación diciendo :

— Ta tighearnach (el jefe) ha dicho que no se dé conversación al Sasbenagh Duinhé Wassel, porque no conviene que hable.

Waverley reflexionó entonces que si su amigo no le había dado explicaciones podría parecerle mal que él las pidiera á otras personas. En consecuencia no insistió en sus preguntas.

No es necesario detallar los progresos de Waverley en el restablecimiento de su salud. A los seis días y cuando ya estaba en disposición de andar apoyándose en un bastón, regresó Fergus con una veintena de acompañantes. Parecía muy animado. Felicitó á Waverley por su mejoría y pareciéndole que podría montar á caballo le propuso la inmediata marcha á Glennaquoich. Waverley aceptó con júbilo, pues durante su reclusión forzada no había dejado de pensar en la hermosa Flora

Subiendo cuestas y bajando cerros
Vadeando charcos y cruzando valles.

Fergus caminó siempre al lado de su amigo mientras sus acompañantes, con paso infatigable no se alejaban de ellos sino para tirar á algún corzo ó algún gallo silvestre. Notó Waverley que el corazón le latía con fuerza cuando se acercaban á la vieja torre de Ian-an-Chaistel y divisaron á la joven castellana que venía hacia ellos.

Fergus, tan pronto como pudo ser oído, dijo á su hermana :

— Abrid las puertas, incomparable princesa, al herido moro Abindarraez que Rodrigo de Navaes, condestable de Antequera trae á vuestro castillo : ó bien, si os parece mejor, abridlas al famoso marqués de Mantua, contristado acompañante de su maltrecho amigo Baldovinos... ¡ Guárdete Dios, oh Cervantes ! ¿ Cómo podría yo hacerme entender de una beldad romántica, sin tu auxilio ?

Flora se acercó y dió la bienvenida á Waverley, manifestándole su sentimiento por el accidente que había sufrido cuyos detalles conocía, y su sorpresa de que su hermano hubiera dejado de informarle y prevenirle del riesgo de aquella diversión á que le había invitado. Eduardo se apresuró á disculpar á Fergus, que, con peligro personal, le había salvado la vida.

Después de estas congratulaciones, Fergus, dijo á su hermana unas palabras en gaélico. Al momento se le saltaron las lágrimas á la joven, de piedad ó de júbilo y levantando la vista al cielo juntó las manos con expresión de plegaria y de gratitud. Pasado un momento, entregó Flora á Eduardo unas cuantas cartas que habían llegado de Tully-Veolan durante su ausencia, juntamente con otras para su hermano. También habían llegado unos números del periódico *Caledonian Mercury* que se publicaba entonces al norte del Tiweed.

Ambos amigos se retiraron para informarse de su respectiva correspondencia. Waverley vió bien pronto que la suya contenía noticias del mayor interés.

CAPÍTULO XXV

NOTICIAS DE INGLATERRA

Las cartas recibidas por Waverley de sus parientes, no requieren particular noticia en esta narración. Su padre le escribía como siempre, en tono pomposo, como quien sumamente ocupado en los asuntos públicos no puede distraer su atención con los asuntos de familia. Algunas veces le había dado el consejo de visitar á determinadas personas con quienes estaba relacionado en Escocia; pero Waverley no había hecho gran caso, pues hartó tenía él con Tully-Veolan y Glennaquoich para ocupar su tiempo, sin contar con que las distancias en la brevedad de su licencia, etc., constituían valederas disculpas. Pero, últimamente, las cartas de mister Richard Waverley contenían ciertas misteriosas alusiones á grandezas próximas, como si esperase algo de transcendental importancia que prometía rápidos ascensos á Eduardo si seguía en el servicio militar. Las cartas de sir Everard eran de género distinto: cortas, porque no pertenecían al número de los que escriben epístolas interminables, consumiendo pliegos de papel sin dejar ni márgenes, pero muy cariñosas, sin

que faltaran casi nunca en ellas algunas referencias al estado de las propiedades, de los bienes de nuestro héroe, algunas noticias acerca de los compañeros de armas que le habían precedido saliendo de Waverley-Honour. Tía Raquel le recomendaba que no olvidase los preceptos de la religión, que tomase precauciones para proteger su salud contra las humedades de Escocia, las cuales, según había oído decir, calan toda la ropa; en fin, que no saliera por la noche sin abrigo y llevara siempre una camiseta de franela.

El señor Pembroke no había escrito á nuestro héroe más que una sola vez; pero su carta era seis veces mayor que las corrientes en nuestros degenerados días, pues contaba diez páginas in-folio, de escritura apretada: era el suplemento de *addenda, delenda et corrigenda* de dos contratos que antes había remitido á Waverley. En su concepto, la epístola en cuestión serviría para entretener la curiosidad de Waverley hasta que recibiera la obra entera, harto grande para remitirla por correo y que iría acompañada de unos interesantes folletos, últimamente publicados por su amigo de la *Sittle Britain* con quien seguía una especie de correspondencia literaria. De esta correspondencia resultaba que la biblioteca de Waverley-Honour necesitaba un gran desmoche y que, de manera regular, sir Everardo recibía todos los años una factura, con tres cifras por lo menos, y con un « Sir Everardo Waverley, de Waverley-Honour *debe* á Jonathan Guillet, librero, *Sittle Britain* ». Tal era el estilo de las cartas que de Inglaterra recibía Eduardo, pero muy distintas y de muy otra importancia eran las que acababan de llegar á sus manos. Antes de transcribirlas y á fin de que el lector comprenda los motivos en que se inspi-

raban, conviene conocer algunos detalles sobre el estado político de la Gran Bretaña en aquella época.

Los ministros representaban dos tendencias distintas (lo que, en verdad, no era cosa nueva). De esta división ministerial resultaba que la parte más débil, como consecuencia de su inferioridad, recurría á la intriga. Habiendo llegado á conseguir algunos prosélitos, pretendía suplantar á sus rivales en el favor del soberano y obtener la preponderancia en la cámara de los comunes. Ricardo Waverley era uno de aquellos que en opinión de los intrigantes valía la pena de ser solicitado. Este caballero, sumamente correcto, había llegado á conseguir cierta reputación de hombre público, gracias á sus interminables discursos, á la misteriosa gravedad de tratar los negocios. Ciertamente que sus discursos eran hueros, llenos de pensamientos triviales; pero adornados con palabrería técnica pasaban, para algunos, como obra de profundo político. No era, y en esto se hallaban conformes todos, un orador brillante; pero en cambio poseía un talento sólido; en fin, podía decirse de él lo que las señoras dicen al elegir las telas de vestido; hay la tela de lujo y la de diario: Ricardo Waverley podía pasar muy bien para todo uso.

Tan general era esta idea que el grupo insurgente del gobierno, satisfecho de las disposiciones y talento de este personaje político, que le ofreció un alto cargo para el caso en que hubiera una modificación ministerial. No se trataba de colocarle en primera fila: eso no; pero siempre tendría un puesto muy superior al que en aquellos momentos ocupaba. Ricardo Waverley no pudo resistirse á la oferta, por más que se trataba de ir contra el superior jerárquico suyo á quien siempre había sido afecto. Por desgracia no

cuajaron aquellos proyectos y descubierta la especie de conspiración de funcionarios todos los que no dieron espontáneamente la dimisión fueron declarados cesantes. Entre estos últimos vino á encontrarse Ricardo Waverley, tachado por el ministro su protector de ingrato y desconocedor de los favores recibidos, de manera que su destitución tuvo algo de menospreciante. No tomó mucho interés á su favor el mismo partido por cuya causa perdía su empleo : de modo que se retiró á su hacienda en el campo con el no muy agradable convencimiento de haber perdido á la vez su reputación, sus influencias y — lo que más deploraba — su sueldo.

La carta que en el momento á que nos referimos escribió Ricardo Waverley á su hijo podría haber pasado por modelo en su género. El mismo Aristides no se hubiera quejado con mayores razones. Un monarca injusto, un país desagradecido; tal era la deducción de cada párrafo. Hablaba de sus largos servicios, de sus sacrificios no estimados, aunque, en verdad, los primeros se le habían pagado desde el primer día con sus honorarios y los segundos no sabía nadie en qué consistían, como no fuera el haber desertado, no por convicción sino con ánimo de lucro, del partido en que su familia había figurado hasta entonces. En conclusión, su resentimiento, expresado con galas retóricas, se manifestaba elocuentemente con vagas amenazas y deseos de completa venganza. Concluía su carta instando á su hijo á que, como protesta del trato indigno de que había sido objeto su padre, se apresurase á dar la dimisión de su empleo militar, añadiendo que éste era también el deseo de su tío, como, sin duda, se lo diría éste muy pronto.

Efectivamente, la segunda carta que abrió Eduardo era de sir Everard. La desgracia acaecida á su hermano parecía que había borrado toda clase de disgustos y de diferencias políticas entre ambos, y como la distancia á que se encontraba sir Everard no le permitía apreciar las verdaderas causas de aquella desgracia, estimaba ésta como prueba de una injusticia cometida por el gobierno. Es verdad, decía, no debiendo ocultárselo á Eduardo, que su padre no habría tenido que sufrir una afrenta semejante, la primera experimentada por la familia Waverley, si no se hubiera expuesto á ella con aceptar empleo del gobierno actual; en fin, ahora podía comprender la magnitud de la falta. Ya cuidaría él (sir Everard) de que remediaran las consecuencias pecuniarias. Era bastante para un Waverley sufrir una desgracia de carácter notorio; el jefe de la familia se cuidaría de evitar los males tocantes á la hacienda. Pero era opinión de su hermano y en la suya también, él, Eduardo, como miembro de la familia Waverley-Honour no debía continuar en un cargo que le exponía á tener que sufrir, un día cualquiera, un agravio como el inferido á su padre. Por consiguiente, le invitaba á que, del modo más rápido posible, enviase su dimisión al ministerio de la Guerra y, al decirle esto, le daba á entender que para enviar la dimisión no tenía para qué emplear más ceremonia, que las guardadas para con su padre. Concluía encargándole multitud de cumplimientos para el barón de Bradwardine.

Una carta de su tía Raquel aún era más enérgica. Consideraba la desgracia de su hermano Ricardo, como el justo castigo á su infidelidad para con su legítimo soberano, infidelidad cometida al prestar

juramento de infidelidad á un extranjero, usurpador del trono. Era una concesión que nunca quiso hacer su abuelo, sir Nigel Waverley, ni al Parlamento ni á Crómwell, aunque peligrara su vida y se comprometiese su fortuna. Confiaba en que su querido Eduardo seguiría la senda de sus antepasados y rompería los vínculos de servidumbre que le sujetaban á la familia usurpadora; y esperaba también que lo sucedido á su padre le serviría como de aviso, dado por el cielo, de que separarse de las vías de la fidelidad es una verdadera deserción que Dios castiga. Terminaba saludando cumplidamente al Barón de Bradwardine y preguntando si miss Rosa su hija tenía edad ya para usar un par de pendientes que se proponía enviarle como prueba de afecto. La buena señora deseaba saber también si el Barón seguía siendo tan fumador y tan aficionado al baile como lo era cuando estuvo á Waverley-Honour, hacía treinta años.

Como era natural, estas cartas excitaron la indignación de Waverley. Mal encauzados sus estudios, no tenía una opinión política fija que oponer al impulso de indignación producido en él por lo que todos consideraban una ofensa á su padre. No conocía la verdadera causa de lo que había sucedido; no estaba acostumbrado á investigar los actos políticos, ni tenía idea de las intrigas en que su padre se hallaba tan comprometido, las impresiones que había recibido accidentalmente (dada la sociedad de Waverley-Honour, las relaciones de su familia) no eran favorables en nada ni al gobierno ni á la dinastía que ocupaba el trono. Por consiguiente, no vaciló en ajustar sus ideas á las indicaciones que su padre y sus parientes con su reconocida autoridad le

hacían. Acaso se decidió aún con más resolución al pensar en el aburrimento de la vida de guarnición y del inferior papel que había hecho entre otros oficiales del regimiento. Pero si alguna duda hubiera tenido, se la había desvanecido la siguiente carta que, por ser corta, insertaremos literalmente :

« Muy señor mío : He llevado más lejos de lo que debía la indulgencia que merecen los errores, acaso nacidos de la inexperiencia. Por sentimiento natural y más aún por sentimiento cristiano he llevado esta indulgencia más allá de los límites permitidos, pero como todo ha sido inútil me veo en la necesidad, en los momentos de la presente crisis, á emplear el único remedio á mi alcance.

» En consecuencia, doy á usted orden de presentarse en *** cuartel general del regimiento, en término de tres días á partir de la fecha de esta carta, bajo apercibimiento de que si no cumpliese usted esta orden, informaré al Ministerio de la Guerra, contando á usted como ausente sin permiso, sin perjuicio de las demás disposiciones que sean necesarias.

» Siento mucho tener que hablar á usted en estos términos y quedo suyo atento seguro servidor,

J. GARDINER,

Teniente coronel comandante del
Regimiento de Dragones. »

Al leer esta carta sintió Waverley que le hervía la sangre. Desde su infancia estaba acostumbrado á disponer del tiempo á su antojo. Esta costumbre era uno de los motivos por los cuales le desagradaba la disciplina militar, sin que por esto dejaran de serle igualmente desagradables las reglas de

dicha disciplina en otros muchos conceptos. La idea de que no podría someterse nunca á tales rigores se había apoderado de su espíritu; la indulgencia manifestada por el coronel hasta entonces le había confirmado en su opinión. No ocurría nada, á su parecer, que pusiera á su jefe en la necesidad de dar, de pronto, aquella orden tan arbitraria y en tan altivos términos, sin más aviso que las indicaciones de que hemos hablado al final del capítulo XIX. Relacionando este hecho con lo acaecido á su familia, según lo exponían sus cartas, fácilmente supuso que se pretendía hacerle á él víctima de un trato semejante al sufrido por su padre y que todo aquello era un plan urdido para perseguir y degradar á todos los Waverley.

Después de meditar un momento, Eduardo escribió una breve carta á su coronel, en términos bastante secos, dándole gracias por las atenciones que con él había tenido hasta entonces y manifestándole su sentimiento de que la última carta pareciera no tener más objeto que borrar lo pasado. El tono de esta carta, juntamente con el sentimiento de lo que él (Eduardo) consideraba su deber en las circunstancias actuales, le ponían en el caso de dimitir su empleo en el ejército. En consecuencia, le remitía su despacho de capitán, que á tan desagradable correspondencia le había obligado, y rogaba al coronel Gardiner que se sirviera informar á las autoridades correspondientes.

Concluída esta carta se puso Waverley á redactar su dimisión; pero no acertaba con los términos y entonces decidió consultar á su amigo: Conviene saber que la presteza y la resolución que caracterizaban todos los actos de Fergus, habían dado á éste gran

ascendiente sobre Waverley. No era Eduardo inferior en inteligencia á su amigo; pero se inclinaba ante la actividad, la resolución y al atrevimiento de un carácter cuya superioridad consistía en obrar conforme á un sistema preconcebido y regular y de conformidad con su gran conocimiento del mundo.

Cuando Eduardo encontró á su amigo tenía éste en la mano un periódico que acaba de leer. Al ver á Waverley se adelantó hacia él con el reparo de quien tiene alguna mala noticia que dar, y le dijo.

— ¿ Confirman las cartas de usted la información desagradable de este periódico ?

Y le entregó el impreso, que comentaba en amargos términos la destitución de Ricardo Waverley noticia tomada probablemente de algún otro periódico de Londres, concluyendo por este párrafo :

« Se dice que este Ricardo no constituye el único ejemplo del versátil honor de W-v-rly H-n-r. Véase nuestra *Gaceta* de este día. »

Nuestro héroe buscó inmediatamente el lugar indicado y, en efecto, en la columna de la *Gaceta* halló :

« Eduardo Waverley, capitán en el... regimiento de dragones, destituido por ausente sin licencia. »

Y más abajo, en los ascensos militares decía : « teniente Julio Butler, ascendido á capitán en la vacante de Eduardo Waverley, destituido. »

Abandonándose entonces nuestro héroe al resentimiento que aquel desusado y aparentemente premeditado insulto, era natural se levantase en un joven que había buscado el honor y se veía, de pronto, escarnecido en público. Compulsando las fechas de la carta del coronel y de la *Gaceta* veía Waverley que la amenaza de informar contra él se había llevado á

efecto sin dar tiempo para saber si estaba dispuesto ó no á obedecer : de donde naturalmente dedujo que era un plan convenido. La idea de que semejante plan se había consumado le causó una emoción tan grande que, sin poderse contener, se precipitó, sollozando de indignación y de vergüenza, en brazos de Fergus.

No tenía Mac-Ivor el defecto de ser insensible á las afrentas hechas á sus amigos. Aparte de ciertos planes que se había formado y en los que desempeñaba un importante papel Eduardo, éste le inspiraba vivo y sincero interés. Este procedimiento le pareció tan extraordinario como al mismo Waverley. Conocía, mejor que éste, los motivos que había para la orden perentoria de incorporarse al regimiento ; pero no explicaba, de ninguna manera, que un jefe militar como Gardiner, cuya ponderación de carácter era conocida, hubiera procedido de tan desudada manera, sin dar tiempo siquiera para enterarse de las causas que podían motivar la tardanza de Waverley. Procuró tranquilizar á nuestro héroe y encaminó su espíritu á la posibilidad de vengar su honor escarnecido.

Eduardo se apoderó al momento de esta idea y dijo á Fergus :

— ¿Me haría usted el inmenso favor, que no olvidaré nunca, de representarme para pedir una reparación por las armas al coronel Gardiner ?

Fergus reflexionó un instante y repuso :

— Realmente es una prueba de amistad que tendría usted derecho á exigir de mí si, en efecto, fuese útil para restablecer su honor ; pero en el caso presente, dudo mucho que el coronel Gardiner acepte el duelo, pues no ha hecho, en rigor, sino ejercitar

un derecho, por ofensivo é irritante que sea, sin contar con que puede invocar para ello aun más que su derecho sus propios deberes militares. Por otra parte, Gardiner es un hugonote riguroso, opuesto, en consecuencia, por sus ideas religiosas, á encuentros de este género, y tanto más fácil le será apoyarse en ella para rehusar el desafío, cuanto que su valor está bien probado. A estas razones añado otra personal mía y es que ...diré á usted la verdad... en este momento y por multitud de razones, no debo acercarme á guarnición militar alguna.

— De modo — dijo Waverley — que me veo en la necesidad de quedar bajo la injuria recibida.

— Es un consejo que no daré yo nunca á un amigo — replicó Mac-Ivor. — Pero yo quisiera que su venganza recayese en la cabeza y no en la mano ; en la tiranía y opresión gubernamental que inspira y ordena esos reiterados insultos, no en los instrumentos que se emplean para la ejecución de las ofensas.

— En el gobierno — dijo Waverley.

— Eso es — repuso impetuosamente Fergus — en el usurpador, en ese Hanover, á quien el abuelo de usted jamás habría servido, ni aun por todo el oro del mundo.

— Pero, desde mi abuelo han pasado por el trono dos generaciones — dijo Eduardo.

— Es cierto — contestó Mac-Ivor — pero haber tolerado que esos hombres muestren su natural carácter, el que usted y yo les hayamos estado sumisos y hasta nos hayamos acomodado al tiempo, hasta el punto de aceptar cargos públicos, dándoles así medio de injuriarnos también públicamente, no quiere decir que hayamos de permanecer insensibles á las ofensas inferidas á nuestros padres y á nosotros mismos. La

causa de los Estuardos es justísima, sin que el príncipe que la representa sufra menoscabo en sus derechos por los desaciertos atribuidos á su padre. Y lo dijo el poeta favorito de ustedes :

Obligado Ricardo á dar el trono,
dió lo que era de Dios y no lo suyo :
que si un hijo tuviera, no importara.

Como ve usted puedo citar poetas tan bien como Flora y como usted mismo. Pero tranquilícese usted y confíe en mí, que ya sabré mostrarle un camino honroso por donde pueda llegar á gloriosa venganza. Vamos á buscar á mi hermana, que tal vez tenga noticias interesantes concernientes á sucesos acaecidos durante nuestra ausencia. Desde luego añada usted una posdata, á su carta, para que conste bien la fecha en que ha recibido usted las órdenes de su coronel calvinista : dígame que su procedimiento ha sido tan rápido que no ha tenido usted tiempo de evitarlo enviándole su dimisión : así le avergonzará usted por su injusticia.

Redactaron la dimisión, la unieron á la carta y Mac-Ivor despachó ambos documentos con un propio, para que los pusiera en la oficina de correos más próxima, en las Tierras Bajas.

CAPÍTULO XXVI

UN ACLARACIÓN

No sin intención había propuesto Fergus el ir á ver á Flora. Ya se había hecho cargo de la gran satisfacción con que Waverley frecuentaba el trato de su hermana y no veía más obstáculo á una futura unión que el cargo desempeñado por el padre de Eduardo en el ministerio y el puesto ocupado por éste en el ejército de Jorge II. Desaparecían estas dificultades y de tal modo que parecían motivar las simpatías de Waverley para con el Pretendiente á la corona. Por otra parte, este matrimonio era el más acertado que pudiera desearse, en orden al porvenir de su hermana. Complaciase Fergus pensando cuánto prestigio le daría ante el mismo Príncipe á quien había jurado fidelidad, el contraer alianza con la familia Waverley una de las más antiguas, ricas y poderosas de Inglaterra, de aquellas precisamente, cuyo celo convenía excitar en favor de la familia Estuardo. No veía Fergus ningún obstáculo á sus planes. Era evidente la inclinación de Waverley y como su persona era grata y sus gustos parecían armonizar con los de Flora, no podía prever oposición por parte de ésta. Además, imbuido en las ideas del poder patriarcal, así como en

las que por su residencia en Fracia había adquirido respecto al derecho á disponer el matrimonio de las mujeres, no se le ocurría pensar en oposición alguna por parte de su hermana.

Con estos pensamientos fué con Waverley á donde estaba Flora, esperando que la emoción que embargaba á su amigo no le dejaría distraerse en lo que él llamaba novelerías del galanteo. Encontraron á Flora acompañada de las dos doncellas que ya conocemos. Estaban ocupadas en preparar unas cintas blancas que á Waverley parecieron de adorno para alguna fiesta de boda. Aquello alteró el ánimo de nuestro héroe, quien preguntó á Flora la significación de los preparativos.

— Son para la boda de Fergus — contestó la joven.

— ¡Cómo! — exclamó Eduardo — ¡Bien guardado tenía el secreto. Espero que me designará como su acompañante de honor en la ceremonia.

— Papel es de hombre y, sin embargo, no es para usted, como dice Beatriz — contestó Flora.

— ¿Y quién es la novia, si me es lícito preguntarlo dijo Waverley.

— Ya he dicho á usted hace tiempo que la prometida de mi hermano es la Gloria.

— ¿Y no seré yo digno de acompañar á Fergus en esas bodas? — repuso Waverley, coloreadas las mejillas. — ¿Tan bajo estoy en la estimación de ustedes?

— Lejos de esto, capitán Waverley : ojalá participara usted de nuestra determinación. Si he empleado alguna expresión que puede no parecerle bien es porque

no siendo usted de los nuestros
sirve usted al enemigo.

— Pasó ese tiempo, hermana, — dijo Fergus — y ya puedes felicitar al señor Waverley (no más capitán), porque se ha sustraído á la servidumbre del usurpador, simbolizada por ese emblema negro y de mal agüero.

— Sí — dijo Waverley arrancando la escarapela de su sombrero — el rey se ha servido despojarme de una manera tal que no hay razón para que yo sienta no estar á su servicio.

— ¡Bendito sea Dios! — exclamó Flora con entusiasmo — ojalá sigan tratando con igual ceguedad á todos los hombres de honor que les sirven, y así tendré menos que lamentar cuando llegue el día de la lucha.

— Y ahora, hermana — añadió Fergus — reemplazar esa escarepela con otra más alegre. En otros tiempos las damas armaban á sus caballeros y los enviaban á realizar sus grandes hazañas.

— Pero no sin que se persuadiera antes el caballero de la justicia de la causa y conociera sus peligros — observó Flora. — El señor Waverley está en estos momentos demasiado agitado para adoptar una resolución de este género.

Waverley no había dejado de sobresaltarse bastante ante la idea de aceptar una divisa que se consideraba como de rebelión; pero la frialdad con que Flora acogió aquel propósito le molestó tanto que no pudo disimular este sentimiento.

— Noto — dijo con amargura — que la señorita Mac-Ivor no tiene al caballero por merecedor de sus mercedes.

— No es eso, señor Waverley — contestó Flora con la mayor dulzura. — ¿Por qué rehusaría yo al digno amigo de mi hermano la dádiva que indistin-

tamente hago á todo el clan? Bien me complacería que todos los hombres de honor siguieran el mismo partido que mi hermano; pero Fergus se ha decidido con entero conocimiento: su vida entera, desde su cuna, está afecta á esta causa: para él esta causa es sagrada, hasta la muerte. Mas á usted, señor Waverley, ¿cómo podría yo lanzarle á una empresa tan grave, apenas entrado en el mundo y lejos de los amigos cuyos consejos podrían guiarle? Menos aun cuando está usted bajo la influencia del despecho y de la indignación.

Fergus no comprendía tales delicadezas: paseaba por el cuarto, mordiéndose los labios y al fin dijo con sonrisa forzada:

— Muy bien, Flora: estás maravillosamente en carácter interviniendo entre el Elector de Hanover y los súbditos de tu legítimo soberano y bienhechor.

Y dicho esto se marchó de la habitación.

Después de un instante de pausa, dijo Flora:

— Mi hermano es injusto; no tolera nada que contrarie su celo entusiasta.

— ¿No participa usted de su entusiasmo? — dijo Waverley.

— ¿Entusiasmo? Dios sabe que tengo más que mi hermano, si es posible. Pero la agitación de los preparativos militares, de los infinitos detalles que exige nuestra empresa no me impiden, como se lo impiden á él, apreciar los grandes fundamentos de la justicia y de la verdad. Unicamente la prudencia puede ser garantía del éxito. En mi concepto, señor Waverley, no sería prudente ni justo aprovecharse de su actual estado de ánimo para lanzarle á compromisos irreparables cuya justicia y cuyos riesgos debe usted examinar previamente.

— ¡Incomparable Flora! — exclamó Eduardo tomándole una mano — gran necesidad tengo de un consejero semejante...

— Otro mejor tiene usted — contestó Flora retirando suavemente la mano. — El señor Waverley lo hallará siempre en su interior, si deja hablar á su conciencia libremente.

— No, miss Mac-Ivor, yo no tengo esas esperanzas: mil circunstancias han hecho de mí un hombre á quien arrastra la imaginación y no la razón. Si pudiera esperar — si pudiera pensar siquiera — que usted se dignara ser para mí el amigo efectivo, el amigo condescendiente que me diese fuerzas para rectificar mis errores, encauzar mi futura vida...

— ¡Basta, basta! señor Waverley — exclamó Flora — su alegría por haberse salvado de un reclutador jacobita le hace extremar el agradecimiento.

— Por Dios, Flora, deje usted de hablarme en tono de broma: no se puede usted equivocar respecto á los sentimientos que me mueven y cuyo secreto involuntariamente he revelado. Puesto que he roto la barrera del silencio me aprovecharé de mi audacia. Permitame usted decir á su hermano...

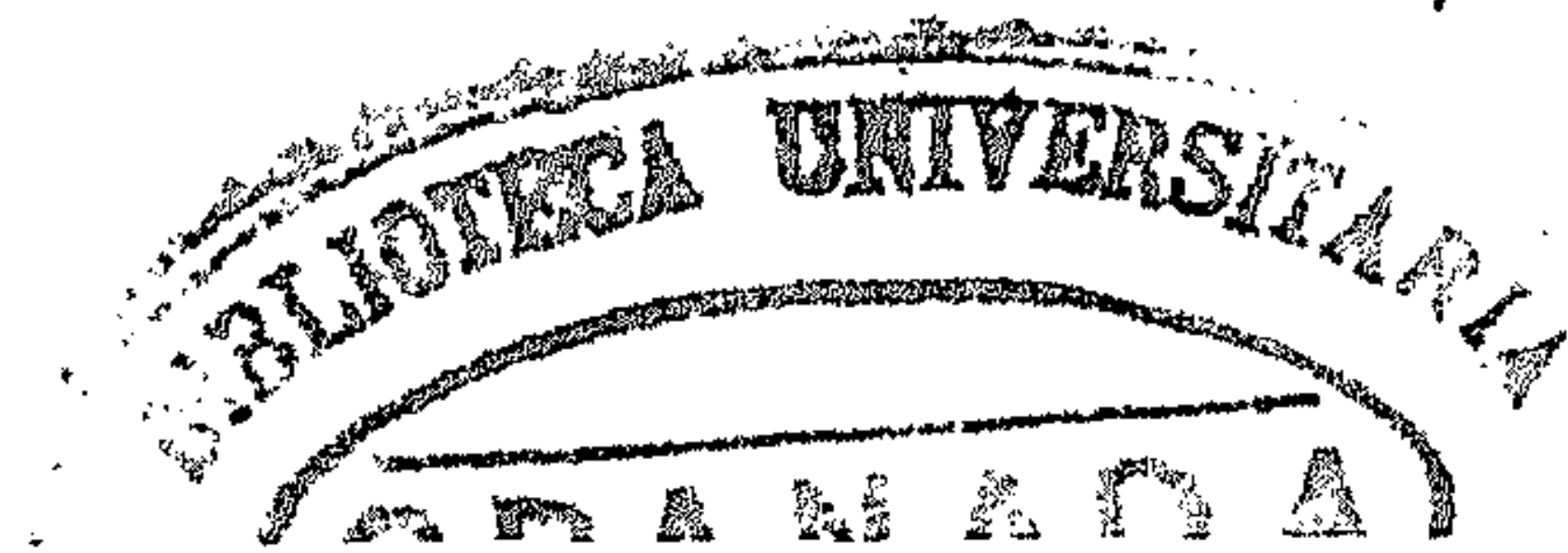
— Por nada del mundo, señor Waverley.

— ¿Qué debo inferir? ¿Hay algún fatal obstáculo? Algún anterior...

— Nada, caballero. Por mi propia consideración debo decir á usted que no he fijado en nadie mi vista, en tal concepto.

— Acaso nuestro conocimiento es harto reciente. Pero si usted se digna darme algún tiempo...

— Ni aun esa excusa tengo. El carácter del capitán Waverley es tan franco; es de tal naturaleza,



que no hay modo de equivocarse en la apreciación de su fortaleza á de sus flaquezas.

— ¿Son mis flaquezas las que la llevan á menospreciarme?

— Perdóneme, señor Waverley, y considere que hace media hora existía entre nosotros un obstáculo insuperable, y que yo no podía considerar á un oficial, al servicio del Elector de Hanover más que como un conocimiento casual. Permitame usted que ponga orden en mis ideas respecto á un asunto tan inesperado; en menos de una hora me hallaré en estado de dar á usted razones en apoyo de la resolución que adopte y que le satisfarán, si no le fueren gratas.

Dicho esto, Flora se retiró dejando á Waverley dueño de meditar á sus anchas sobre la manera cómo había sido recibida su declaración amorosa.

Antes de que tuviera tiempo de dilucidar si había sido ó no aceptado, se presentó Fergus en el cuarto diciendo.

— ¡Ea! señor Waverley, sígame usted al patio: verá usted algo mucho mejor que sus fantasías novelescas: un centenar de fusiles y otras tantas espadas, que me han enviado unos buenos amigos, y doscientos ó trescientos mocetones que se pelean por repartirse el envío. Pero ¿qué tiene usted, amigo mio? Ahora que le veo de cerca noto que está usted, lo que diría un montañés, como si le hubieran hecho mal de ojo. ¿Es que esa simple le ha ennegrecido á usted el ánimo? No piense usted en eso, Eduardo: las mujeres más juiciosas no son más que unas locas en los asuntos de la vida.

— En verdad, querido Fergus, que si algo hay

que censurar en su hermana es el ser demasiado sensata y razonable.

— Si no es más que eso, apuesto un luis de oro á que cambia dentro de las veinticuatro horas. No hay mujer que sea sensata por más tiempo: le garantizo, si de algo le sirve, que Flora será tan irrazonable mañana como otra cualquiera. Es necesario, querido Eduardo, que se acostumbre usted á considerar á las mujeres á lo mosquetero.

Con esto, cogiendo á Waverley del brazo se lo llevó Fergus á ver los preparativos militares.

CAPÍTULO XXVII

PROSIGUE EL MISMO TEMA

Fergus Mac-Ivor tenía demasiado tacto y delicadeza para reanudar la conversación sobre el asunto que antes había interrumpido. No pensaba, ó, el menos, no parecía que pensase, si no en fusiles, cañones, espadas, gorras, uniformes, cantinas, de tal manera que Waverley no pudo llamar su atención hacia otra cosa.

— ¿ Todos estos preparativos marciales — dijo Waverley — significan que van ustedes á lanzarse al campo en seguida?

— Cuando se resuelva usted á acompañarnos lo sabrá usted todo : entretanto mis confianzas más bien pudieran perjudicarle que favorecerle.

— Pero ¿ piensan ustedes seriamente en derribar un régimen establecido? Con un puñado de hombres... ¡ Es una locura!

— Deje usted hacer... Por mi parte yo me cuido de mí. Por lo menos haremos lo de Conan : no recibir jamás un golpe sin devolver dos. Sin embargo, sentiría que me juzgara usted harto loco para hacer algo antes del momento oportuno : yo no soltaré el

perro hasta ver la pieza. Pero repito sólo si usted se une á nosotros podrá saberlo todo.

— ¿ Y qué puedo hacer yo? Tenía un real despacho de oficial que acabo de devolver por correo á quienes me lo dieron. Al aceptarlo y al prometer fidelidad ¿ no reconocí la legalidad del régimen establecido?

— Promesas temerarias — dijo Fergus — á las que se puede faltar cuando las hemos hecho por error á cuando se nos han recompensado con insultos. Si usted no puede resolverse, en el acto, á gloriosa venganza, vuélvase á Inglaterra : apenas haya cruzado el Tweed tendrá usted noticia de cosas que harán ruido en el mundo, y si sir Everard es el noble caballero de quien he oído hablar á algunos de nuestros realistas de 1715, dará á usted un escuadrón mejor que el dejado ahora por usted, y que servirá también mejor causa.

— Pero ¿ y su hermana, Fergus?

— En fin, amigo mío — contestó riendo Mac-Ivor — ¿ será posible que no hable usted nunca más que de mujeres?

— No, no; seriamente — repuso Waverley. — Reconozco que la felicidad de mi vida depende de la contestación que miss Mac-Ivor ha de darme á lo que me atreví á decirla esta mañana.

— ¿ Habla usted seriamente, en efecto — dijo Fergus con tono más grave — ó sigue el capítulo de ficción y novela?

— Con la mayor seriedad, sin duda — contestó Waverley — ¿ Me cree usted capaz de tomar á broma un asunto tan importante?

— En este caso, seriamente también, diré á usted que me complace mucho saber esto y que tengo tan

alta idea de Flora que usted es el único inglés á quien yo manifestaría esta complacencia. Pero, antes de estrecharme la mano tan afectuosamente hay que hacer algunas consideraciones. ¿Su familia aprobará la unión de usted con la hermana de un misero hidalgo montañés?

— La situación de mi tío — dijo Waverley — sus opiniones, su constante indulgencia, me hacen estar seguro de que no ha de reparar sino en las dotes personales y el linaje. Y en ambos conceptos ¿dónde se reunirían mejores que en su hermana?

— En ninguna parte, es evidente — repuso Fergus sonriente. — Pero tiene usted que consultar á su padre; es prerrogativa paterna.

— Ciertamente, pero la desgracia debida á los poderes públicos constituídos, de que ha sido victima, me asegura que no pondrá dificultades, sobre todo, si mi tío aboga en mi favor, como espero.

— Acaso la religión sea obstáculo — añadió Fergus. — Sabe usted que nosotros somos católicos aunque no fanáticos.

— Mi abuela también era católica — repuso Waverley — y su religión no fué obstáculo en mi familia, ni hubo dificultades por ello. No piense usted, pues, en mis parientes, querido Fergus; ayúdeme más bien, si fuere necesario, á allanar el camino en donde acaso se requiera, quiero decir, en lo que respecta á su hermana.

— Mi hermana — contestó Fergus — se inclina á no recibir consejo de nadie, y en esta circunstancia su voluntad no puede tener apelación; pero, de todos modos, cuente usted con mi interés y mi consejo. Así, en primer término, y en confianza, diré á usted que es apasionada legitimista; desde que pudo leer un li-

bro inglés ha sido admiradora del noble capitán Wogan, que renunció al servicio del usurpador Crómwel, trajo un cuerpo de caballería inglesa á estas montañas, se unió á Middleton en favor de Carlos II y murió gloriosamente por la causa del rey. Pídale usted que le enseñe los versos que ha compuesto ella sobre estos hechos; aseguro á usted que han sido sumamente admirados. Después — pero me parece que Flora ha ido á la cascada — vaya usted allá también; no dé usted tiempo á que la guarnición se confirme en sus propósitos de resistencia. ¡Alerta á la muralla! Vaya usted en busca de Flora, que le comunique á usted su decisión cuanto antes, y sea Cupido con usted, mientras yo me consagro á los cinturones y cartucheras.

Waverley emprendió su camino por el valle; la ansiedad agitaba su pecho. El amor, con su séquito de esperanzas, temores y deseos, luchaba en él con otros sentimientos más difíciles de explicar. No se le apartaba de la mente la idea del grandísimo cambio ocurrido en su vida aquella mañana, y comprendía que como resultado habían de sobrevenirle muchas complicaciones. El sol levante le había visto en posesión de un honroso puesto en la noble profesión de las armas. Su padre parecía ganar terreno rápidamente en el favor del soberano. Todo había pasado como en sueños; él se encontraba desposeído, su padre caído en desgracia; él, además, era el confidente, si no el cómplice, de planes peligrosos encaminados á derribar un regimen al que hasta entonces había prestado su apoyo, ó á causar la pérdida de cuantos en esta labor tomasen parte. Suponiendo que la decisión de Flora le fuese favorable, ¿cómo podría esperar la realización de sus proyectos de dicha en medio del tumulto de la insurrección próxima? ¿Podría ser tan egoísta

que aconsejase á Flora el abandonar á su hermano é irse á Inglaterra esperando allí la resolución de la guerra, bien fuese con el triunfo, bien con el vencimiento de su hermano y la ruina de sus esperanzas y fortuna? Por otra parte, ¿podría comprometerse él mismo, sin más ayuda que su brazo, en los peligrosos y precipitados consejos de Mac-Ivor? Dejarse arrastrar por éste hasta tomar parte en sus desesperadas é impetuosas decisiones, renunciando á todo juicio propio respecto á la decisión ó prudencia de sus actos, no era cosa que pudiera satisfacer á Waverley. En tales condiciones no le quedaba más remedio que renunciar á Flora; disyuntiva que le sumía en crueles y angustiosos pensamientos. Reflexionando en la incertidumbre de su porvenir llegó á la cascada, donde, como había previsto Fergus, estaba Flora.

Encontrábase sola. Tan pronto como vió á Eduardo, se levantó del asiento en que estaba y salió al encuentro de nuestro héroe. Trató éste de comenzar por un cumplimiento, de los corrientes en la conversación ordinaria; pero no le fué posible coordinar palabras para ello. Por su parte, Flora también se encontró sin saber cómo entrar en conversación, pero se repuso más pronto, y (cosa que fué de mal augurio para Waverley) fué la primera en abordar al tema de su última entrevista.

— Señor Waverley — dijo, — es muy importante, en todos conceptos, que conozca usted mi modo de pensar; así, no puedo vacilar en exponérselo.

— No se apesure usted á hablar — dijo Waverley muy agitado, — á menos que ese modo de pensar no sea, como no me atrevo á esperarlo, después de su manera de expresarse. Permita usted que el tiempo, mi proceder futuro, la influencia de su hermano...

— Perdone usted, señor Waverley — repuso Flora un poco afectada, pero sin que su voz se alterase lo más mínimo, — incurriría yo en mi propia censura si tardase en manifestar á usted mi sincero convencimiento de que nunca podré considerar á usted sino como valioso amigo. Mucho siento causar á usted alguna decepción con esto; pero es mejor experimentar un desencanto momentáneo que sufrir los enormes disgustos de un matrimonio inconsiderado.

— ¡Dios santo! — exclamó Waverley. — ¿Cómo es posible prever esos males, tratándose de un enlace en que la alcurnia es igual, la hacienda semejante, iguales los gustos, y, si me es lícito decirlo, cuando no alega usted preferencia por ningún otro, cuando expresa usted su favorable opinión respecto al mismo á quien rechaza?

— Señor Waverley, tengo esa favorable opinión — contestó Flora, — y tanto, que bien hubiese preferido guardar silencio respecto á las causas de mi resolución, si usted lo desea, y en prueba de estima le explicaré de manera confidencial esos motivos.

Sentóse Flora en un peñasco, y Waverley, sentándose también junto á Flora, le instó á que le diese la explicación que prometía.

— Bien comprendo — dijo Flora Mac-Ivor — que no me será fácil hacer que aprecie usted el verdadero carácter de mis sentimientos; de tal manera se diferencian de los comunes á las jóvenes de mi edad, y no digo de los jóvenes como usted porque no quiero contrariarle precisamente cuando pretendo atenuar su disgusto. Desde mi infancia hasta hoy no he tenido más que un deseo: la restauración de mis reales bienhechores en el trono que les corresponde en justicia. Es imposible manifestar á usted hasta qué punto ha

penetrado esta idea en mi alma; absorbe todas las demás, y confieso á usted que ha excluído todo eso que se llama tomar estado. Con tal de ver esta ansiada restauración, para mí me son indiferentes una choza en Escocia, un convento en Francia ó un palacio en Inglaterra.

— ¿Pero en qué puede ser incompatible su entusiasta celo por la familia real desterrada y la propia felicidad de usted? — dijo Waverley.

— Porque usted solicita, ó debe usted solicitar, en el objeto de sus pensamientos, un corazón cuyo principal deleite sea el aumento de su felicidad doméstica y que sepa corresponder al afecto de usted llegando hasta lo romántico. Un hombre que no tuviera la sensibilidad de usted, su ternura, su disposición entusiasta, podría encontrar en Flora Mac-Ivor el contentamiento, ya que no la dicha; pues pronunciadas por ella las palabras irrevocables, nunca se apartaría de los deberes contraídos.

— ¿Y por qué, por qué, miss Mac-Ivor, habría de ser usted tesoro más valioso para un hombre menos capaz de amarla que yo?

— Simplemente porque el tono de nuestros afectos estaría al unísono, y porque su sensibilidad, menos viva, no pediría una reciprocidad más entusiasta de la que yo podría conceder. Mientras que usted, señor Waverley, tiene siempre la perspectiva de la felicidad doméstica tal como su imaginación la concibe. Todo cuanto se hable por bajo de esta representación ideal parecería á usted frialdad é indiferencia, y consideraría usted mi adhesión á la familia real como defraudación al afecto con que debería yo corresponder al de usted.

— En una palabra, Flora, que no puede usted amarme — dijo Waverley con abatimiento.

— Puedo estimar á usted, señor Waverley, tanto como el hombre que más estima me merezca, acaso más aún, á usted en primer término; pero en cuanto á amarle, como usted merece ser amado, eso no puedo. No; y en consideración á usted mismo, no intente el arriesgado experimento. La mujer con quien usted se case debe acomodar sus afectos y sus opiniones á los de usted; sus estudios á sus estudios; sus deseos, sus pensamientos, sus esperanzas, sus temores, deben ser los de usted. Es necesario que comparta con usted los placeres, los dolores y la melancolía.

— ¿Y por qué, mis Mac Ivor, usted que tan bien traza el cuadro de esa feliz unión, no ha de vivirlo por sí misma?

— ¿Es posible que aún no me haya comprendido usted? — dijo Flora. — ¿No he dicho á usted que mi espíritu se halla enteramente embargado por un deseo á cuya realización no puedo contribuir sino con insistentes plegarias?

— ¿Y no considera usted que al acceder á lo que solicito — dijo Waverley sin considerar el alcance de sus palabras, — favorecería usted los intereses de la causa á que se consagra? Mi familia se inclina, por principio, á los Estuardos, y ésta sería una favorable ocasión para...

— ¡Favorable ocasión! — repuso Flora con desdén evidente. — ¡Inclinada por principio! ¿En qué puede ser honorable para usted ó grata para el gobierno legítimo esa tibia adhesión? Juzgue usted por mis actuales pensamientos lo que tendría que sufrir en una familia en donde se discutieran los derechos

que yo considero sagrados, poniéndolos en tela de juicio cuando merecen triunfar por sí solos !

— Las dudas de usted — contestó Waverley — son injustas en lo que me concierne. Yo soy capaz de sostener, con menosprecio de todos los riesgos, la causa que abrace ; tan bien como el más intrépido de cuantos saquen la espada para defenderla.

— No lo dudo un momento — dijo Flora. — Pero consulte usted su buen juicio y su razón y no acepte ideas á la carrera y sólo porque haya encontrado casualmente y en un paraje solitario y romántico, una joven más ó menos agradable. No tome usted parte en este grande y peligroso drama sino por propio convencimiento ; no por un ímpetu que probablemente ha de aplazar el tiempo.

Waverley trató de replicar, pero no halló palabras. Verdaderamente, los sentimientos que Flora acababa de analizar justificaban la fuerza del afecto que él la profesaba ; sus ideas legitimistas, aunque exaltadas, eran nobles y generosas, pues no quería prevalerse de indirectas ventajas para favorecer la misma causa á que se había consagrado,

Caminaron un trecho, en silencio, hacia el valle. Flora reanudó la conversación diciendo :

— Unas cuantas palabras más, señor Waverley, antes de abandonar este asunto para no volver á hablar de él nunca. Perdona usted mi atrevimiento si lo que le voy á decir parece un consejo. Mi hermano ansía que tome usted parte en nuestra empresa. No consienta usted en ello. El concurso personal de usted no contribuiría en nada al feliz éxito y, en cambio, si por la voluntad de Dios sucumbiéramos, infaliblemente participaría usted de la ruina y sufriría una pérdida irreparable. Mi opinión es que debe usted vol-

verse á su país. Entonces, libre públicamente de los compromisos que le unían al gobierno del usurpador, me complazco en esperar que en breve hallará usted motivos y ocasiones en que servir útilmente á su soberano legítimo y que, á ejemplo de sus nobles antepasados, como digno representante de la familia Waverley, se pondrá á la cabeza de sus arrendatarios y sus vasallos naturales.

— ¿ Y si yo tuviese la fortuna de distinguirme en esta empresa ? ¿ me sería lícito esperar ?...

— Dispense usted que le interrumpa — dijo Flora. — El tiempo presente es el único que nos pertenece. Expreso á usted los sentimientos míos actuales. Pero ignoro qué cambios se pueden efectuar como consecuencia de sucesos, harto favorables acaso para previstos ahora y que sería inútil conjeturar. Unicamente le aseguro que, fuera de mi hermano, por nadie hago más votos de felicidad más sinceros que por usted.

Con estas palabras se separó Flora de Eduardo, pues llegaban á un sitio donde el sendero se bifurcaba. Waverley regresó al castillo, presa de la mayor confusión. Evitó el encontrarse á solas con Fergus, pues no se sentía con ánimos para sufrir sus bromas ni resistir á sus sollicitaciones. El alegre rumor del festín, porque Mac-Ivor tenía siempre invitados de su clan, ayudó á que Waverley se distrajera de sus reflexiones. Concluida la comida dióse Eduardo á pensar de qué manera se presentaría ante Flora después de las explicaciones pasadas. Pero Flora no se presentó. Fergus, cuyos ojos fulgurearon al saber por Cathleen que la señorita no saldría de sus habitaciones aquella tarde, fué él mismo á buscarla ; pero sin duda fueron en vano sus instancias, pues volvió solo y con manifiestos síntomas de disgusto. El resto

de la tarde se pasó sin que ni Waverley ni Fergus hicieran la menor alusión al asunto que ocupaba toda la mente del primero y acaso las de ambos.

Cuando se retiró á su cuarto, trató Eduardo de recapitular todos los acontecimientos del día. No tenía duda para él que la repulsa de Flora persistiría, en cuanto al presente, pero ¿no le sería posible conservar algunas esperanzas para lo futuro? Su entusiasmo legitimista que en las circunstancias del momento no dejaban espacio en su corazón para otros afectos ¿podría tener la misma fuerza luego que acaeciese el triunfo ó sobreviniera el desmoronamiento de las maquinaciones actuales? Tal vez el interés que Flora le manifestaba se cambiaría entonces en más tierno afecto. Esforzó su memoria para acordarse de las palabras pronunciada por Flora, de la expresión de sus miradas y de sus ademanes y al fin vino á encontrarse en el mismo estado de incertidumbre que al principio. Era ya muy tarde cuando el sueño pudo sobreponerse al tumulto de sus pensamientos, después de aquel día el más agitado y fatigoso que había pasado en su vida.

CAPÍTULO XXVIII

UNA CARTA DE TULLY-VEOLÁN

Por la mañana, cuando las confusas reflexiones de Waverley se encontraban algo apaciguadas por el reposo, le pareció que sonaba un canto, aunque no ciertamente la voz de Selma. Imaginóse transportado á Tully-Veolán y oir á Davie Gellatley, que todas las mañanas cantaba en el patio, siendo esto como la diana con que se despertaba en casa del barón de Bradwardine. Los ecos con que había creído soñar siguieron, se oyeron mejor y acabaron por despertarle completamente. Sin embargo, no se disipó su ilusión por entero. Su cuarto se encontraba en la fortaleza de Ian-nan-Chaistel, era muy cierto; pero la voz que oía era la de Davie Gellatley que bajo sus ventanas cantaba :

Mi corazón lo he dado á montañeses :
ellos se lo han llevado
Mi corazón lo he dado á montañeses
que cazan en las sierras el venado (1).

(1) Es el estribillo de una balada antigua, á la que Burns añadió nuevos versos.

Con la curiosidad de saber cuál podía ser la causa de que Gellatley hubiera emprendido una excursión tan lejana, vistiósse rápidamente Eduardo. Entretanto Davie cambió de tono y de canción más de una vez :

Con ajos y cebollas se sustentan
y desnudas las piernas, sin calzado
imploran á su Rey y se lamentan
de que Jamie no empiece su reinado (1).

Cuando Waverley bajó de sus habitaciones encontró á Davie reunido con tres ó cuatro de los numerosos montañeses que no tenían nada que hacer y pasaban su ociosidad á las puertas del castillo. David estaba bailando, con los otros, un *reel* escocés, silbando él mismo la música correspondiente. Esta doble capacidad de bailar y tocar estuvo luciéndose hasta que un gaitero acudió á la demanda unánime de *seid suas* (esto es, de *fuelle*), contribuyendo á la algazara. Jóvenes y viejos tomaron parte en aquel baile improvisado. La presencia de Waverley no interrumpió el ejercicio de Davie; pero éste con gestos y ademanes disimulados hizo entender á Eduardo que le conocía muy bien. Luego, sin dejar de bailar, de cantar y de meter ruido, palmoteando y castañeteando los dedos, prolongó su paso de danza hasta el sitio donde estaba Waverley y sin perder el compás, como Arlequín en una pantomima, puso en manos de nuestro héroe una carta y continuó su baile sin la menor interrupción. Eduardo conoció al momento la

(1) También son unos versos antiguos, que me parece se cantaban en el tomo de

Solamente con Jamie paz tendremos.

(Jamie, diminutivo de Jacobo, el pretendiente á la Corona).

letra de Rosa : se retiró á leer aquella carta y dejó al mensajero entregado al divertimento hasta que él ó el gaitero se cansaran.

El contenido de la carta le produjo la mayor sorpresa. El escrito empezaba con la palabra *Sir* (señor, muy señor mío), pero se veía que estaban raspadas debajo las palabras *Dear Sir* (querido señor). La carta de Rosa estaba redactada en estos términos :

« Mucho temo que la libertad que me tomo al escribir á usted pueda parecer inconveniente, pero no puedo confiar á nadie el encargo de poner en conocimiento de usted diferentes acontecimientos que han tenido lugar aquí y que son de suma importancia. Si está mal lo que hago, usted me dispensará, señor Waverley, pues no puedo tomar consejo de nadie más que de mis propios sentimientos. Ya no está aquí mi querido padre : Dios sabe cuándo podrá volver para protegerme y defenderme. Habrá oído decir usted que á consecuencia de noticias llegadas de las Tierras Altas se ha ordenado la detención de muchos caballeros, entre los cuales está mi padre. A pesar de mis súplicas mi padre no ha querido comparecer al llamamiento de las autoridades y juntamente con el señor Falconer y otros amigos en número de unos cuarenta, á caballo, se ha marchado hacia el norte. Por consiguiente, respecto á la seguridad de mi padre estoy menos inquieta, en cuanto al presente, por supuesto; pues no sé lo que podrá suceder más tarde. No son interesantes, para usted estos detalles, señor Waverley, pero creo que tendrá usted gusto en saber que mi padre se ha salvado del riesgo que le amenazaba.

» Al día siguiente de haberse marchado mi padre se presentó en Tully-Veolán un piquete de tropa :

trataron muy mal á Macwheeble, pero el oficial estuvo muy atento conmigo y se disculpó de tener que incautarse de todos los papeles de mi padre y de las armas que hubiera en casa. También, señor Waverley — y esto es lo que siento muchísimo — me hizo muchas preguntas relativas á usted : me preguntó cuándo se había marchado usted de Tully-Veolán y dónde estaba usted ahora. El oficial se marchó con su tropa, pero no sin dejar en el pueblo una escuadra de cuatro soldados y un sargento. Hasta hoy no tenemos queja de ellos. Tenemos que ponerles, naturalmente, buena cara. Han dicho que si viniera usted aquí lo pasaría muy mal. Dicen además una multitud de mentiras, porque estoy segura de que no son más que mentiras y por esto no me detengo á comunicárselas á usted. Juzgue usted, pues, lo que deba hacer en estas circunstancias. La tropa se ha llevado preso al criado de usted y se ha llevado también sus dos caballos y todo lo que había dejado usted en Tully-Veolán. Quiera Dios protegerle y permitirle llegar á Inglaterra, donde, según me ha explicado usted no hay ni violencia militar, ni combates de tribus, sino que todos se hallan sometidos á la ley, protectora de cuantos no cometen delito. Confío en que me dispensará usted por la libertad que me he tomado al escribirle : he creído que tenía el deber de hacerlo, puesto que se trataba de la seguridad de usted. Estoy persuadida de que mi padre aprobaría esta carta. El señor Rubrick se ha refugiado en casa de su primo, en Duchran, para no estar expuesto á malos tratamientos de los soldados y de los adversarios políticos. El señor Macwheeble dice que no se quiere meter en nada y que no tiene para qué ocuparse en los asuntos de los demás ; pero no creo yo que sea indiscreción el

hacer un favor, en momentos como estos, á un amigo de mi padre. Guárdele Dios, capitán Waverley. Es probable que nunca vuelva á ver á usted : aunque no se encontraran aquí los soldados no estaría bien que invitase á usted á venir ; pero siempre me acordaré con agradecimiento de las complacencias que ha tenido usted con una discípula como yo y de sus atenciones para con mi queridísimo padre.

» Soy de usted atenta servidora,

» Rosa-Comyne BRADWARDINE. »

« P.-S. Estimaré de usted me mande dos palabras por Davie Gallatley ; simplemente para seguridad de que ha llegado á poder de usted esta carta mía y de que tomará usted las precauciones que su seguridad exige. Permítame usted le ruegue que no tome parte en ninguna de esas desventuradas cábalas y se vaya, lo más pronto posible, á su afortunado país. Cumplimientos á mi querida Flora y á Glennaquoich. ¿ No es verdad que es tan linda como yo se lo había descrito? »

Esto decía la carta de Rosa Bradwardine, que sorprendió y afectó grandemente á Waverley. Que el Barón se hubiera hecho sospechoso al gobierno, como consecuencia de la agitación producida por los partidarios de los Estuardos, le parecía una consecuencia natural de sus ideas políticas ; pero que le tuvieran por sospechoso á él, á él mismo que hasta el día anterior no había tenido ni el más pequeño pensamiento contrario á la prosperidad de la familia reinante, era cosa que no podía explicarse. Lo mismo en Tully-Veolán que en Glennaquoich habían sido

respetados sus compromisos con el gobierno constituido, y aunque por diversos motivos había podido comprender que tanto el Barón como Mac-Ivor pertenecían al número de los desafectos al régimen, tan numerosos en Escocia, nunca hasta el momento de su separación del ejército, no había tenido motivos para sospechar que iban á romperse las hostilidades en breve plazo. Comprendió, sin embargo, que de no aceptar lo propuesto por Fergus Mac-Ivor, le era necesario separarse sin más tardanza de aquel ambiente de sospechas y presentarse en sitio donde pudiera examinarse imparcialmente su conducta. Más se inclinó á este procedimiento considerando que era también el consejo de Flora. Por otra parte, experimentaba una repugnancia invencible ante la idea de tener participación en una lastimosa guerra civil. Cualesquiera que fueran los derechos, fundamento de la pretensión de los Estuardos, reflexionaba Waverley que, dejando aparte la cuestión de si Jacobo II pudo ó no perjudicar á su posteridad, en opinión unánime de la nación él había perdido los suyos. Desde aquella época, cuatro monarcas habían reinado sucesivamente en la Gran Bretaña, y de manera pacífica y con gloria para el país, aumentado el prestigio exterior de la nación y asegurando las libertades en el interior. Preguntábase su razón si valía la pena de perturbar el régimen establecido, desde tan largo tiempo, sumiendo al reino en todas las miserias de la guerra civil para restablecer en el trono al descendiente de un monarca que lo había perdido con intención deliberada. Por otra parte, suponiendo que llegara al convencimiento de la bondad de aquella causa, por sí mismo ó por la persuasión de su padre y su tío, le parecía que estaba en el deber de demostrar que

no había dado ningún paso en este sentido, como falsamente se insinuaba, mientras había estado al servicio del monarca reinante.

La sencillez de Rosa, la inquietud que manifestaba por su seguridad, la idea de que aquella joven se encontraba sin apoyo, expuesta no solamente á sufrir sustos sino á pasar por verdaderos riesgos, todo esto produjo gran impresión en su ánimo. Escribió á Rosa inmediatamente, en afectuosos términos, dándole gracias por la solicitud con que le favorecía, manifestándole su vivo deseo de que ni á ella ni á su padre les acaeciese daño alguno y asegurándole que él, Eduardo, estaba á cubierto de todo riesgo. Los sentimientos que al escribir se estaban agitando en él se disiparon pronto ante la necesidad de despedirse de Flora Mac-Ivor. Es indescriptible la angustia que se apoderó de Eduardo al pensar en esta despedida: la noble elevación del carácter de Flora, su adhesión á la causa que había abrazado, su escrupulosa rectitud en la elección de medios de servirla, justificaban ante Waverley su propio apasionamiento amoroso. Pero apremiaba el tiempo: la calumnia empañaba su fama y era ya hora de reparar aquella injuria. Tenía que marcharse al momento.

Con esta determinación fué en busca de Fergus, le comunicó la carta de Rosa y su resolución de partir para Edimburgo en seguida, de ver en aquella capital á diferentes personas para quienes tenía cartas de su padre y ver por ellas la manera cómo podría justificarse de los cargos contra él acumulados.

— Se mete usted en la boca del lobo — dijo Mac-Ivor. — No conoce usted la severidad del gobierno, inquieto con poderosos motivos y ante la propia persuasión de su ilegalidad y de su flaqueza. Tendremos

que sacarle á usted de algún calabozo de Stirling ó de la ciudadela de Edimburgo.

— Mi inocencia, mi rango, la intimidad de mi padre con lord M... con el general G... etc., me aseguran protección suficiente — dijo Waverley.

— Pues encontrará usted lo contrario — replicó Mac-Ivor. — Esos oseñes¹ tienen bastante que hacer con sus propios asuntos. Vuelvo á decirle : ¿ quiere tomar el plaid y permanecer algún tiempo conmigo, entre las brumas y los cuervos por la causa más justa de cuantas merecen desenvainar la espada (1).

— Por muchas razones, mi querido Fergus, le ruego que me excuse

— Está bien — dijo Mac-Ivor. — Seguramente encontraré á usted ejercitando sus talentos poéticos en elegías acerca de la cárcel ó aplicando sus conocimientos arqueológicos á la interpretación de alguna escritura de oggam (2) ó de algún jeroglífico púnico referente á la clave de una bóveda, curiosamente arqueada. ¿ Y qué le parece á usted de una linda manera de horca ? No le garantizo que deje de efectuarse esta desagradable ceremonia si da usted en una partida de whigs en el oeste.

(1) Hay una poesía escocesa, relativa á la expedición de Glencairn en 1650, que dice :

En medio de los cuervos seguiremos,
en dura cuerda la ballesta armada ;
y al aire blandiremos
libre ya de la vaina nuestra espada.

(2) El oggam es un antiguo carácter de escritura irlandés. La idea de correspondencia entre el celta y el púnico, fundada en una escena de Plauto, no fué notoria hasta que el general Vanlancey publicó su teoría, mucho después de Fergus Mac-Ivor.

— ¿ Y por qué habrán de tratarme de ese modo ? — dijo Waverley.

— Por una porción de razones á cual más poderosa — contestó Fergus. — Primero porque es usted inglés : segundo, porque es usted un caballero : tercero, porque es usted prelatista adjurado ; y cuarto, porque tienen gusto en ejercitar su habilidad para ese género de operaciones. Pero no se inquiete usted por ello : todo se hará con el mayor temor de Dios, como dicen los puritanos.

— Bueno ; correré entonces ese azar.

— ¿ Está usted resuelto ?

— Lo estoy.

— Es una obstinación — añadió Fergus. — Pero como usted no puede caminar á pie y yo no he de necesitar caballo cuando me ponga á la cabeza de los hijos de Ivor, disponga usted de mi alazán Dermid.

— Si quiere usted vendérmelo me hará un señalado favor.

— Si es que el orgullo inglés de usted no quiere aceptar el donativo ó el préstamo, no le rehusaré el dinero, pues todo hace falta para entrar en campaña. Su precio es de veinte guineas (no se olvide el lector de que esto pasaba hace sesenta años).

— ¿ Y cuándo se va usted ? — añadió Fergus.

— Cuanto antes mejor — dijo Waverley.

— Está usted en lo cierto, puesto que se ha de marchar. Yo acompañaré á usted hasta Bally-Brough. ¡ Callum Beg ! — añadió Fergus dirigiéndose á su criado — prepara dos caballos, uno para mí y otro para usted, y para llevar su equipaje hasta... (nombró un pueblecillo), donde el señor Waverley podrá encontrar un guía que le lleve á Edimburgo. Vístase usted, Callum, como en Tierras Bajas y mucho cui-

dado con la lengua si no quiere usted que se la corte. El señor Waverley montará el alazán Dermid.

Y volviéndose á Eduardo, le dijo :

— ¿ Quiere usted despedirse de mi hermana ?

— Ciertamente: si es que miss Mac-Ivor me lo permite.

— Cathleen ! Diga usted á mi hermana que el señor de Waverley desea despedirse de ella. Pero, ¿ y Rosa Bradwardine ? Hay que pensar en su situación. ¿ Por qué no habría de venir aquí ? Cuatro casacas-rojas en Tully-Veolan... No vendrán mal sus cuatro fusiles.

No prestó atención Eduardo á estas divagaciones. Las oyó, es verdad, pero su ánimo estaba absorto en la consideración de que iba á presentarse Flora. — Y fué Cathleen la que se presentó diciendo que su señorita sentía mucho no poder despedir personalmente al capitán Waverley y que le deseaba buena salud y mil felicidades.

CAPÍTULO XXIX

ACOGIDA QUE HACEN Á WAVERLEY EN LAS TIERRAS

BAJAS DESPUÉS DE HABER VISITADO LAS ALTAS

Era mediodía cuando los dos amigos llegaron á la extremidad del desfiladero de Bally Brough.

— No debo ir más lejos, dijo Fergus, que durante el viaje había tratado inútilmente de sacar á Waverley de su abatimiento; si mi desagradable hermana tiene alguna parte en su disgusto, crea mi palabra de que tiene de usted la más elevada opinión; pero la absorben de tal manera las inquietudes que le causan grandes acontecimientos próximos, que le es imposible pensar en ninguna otra cosa. Confíeme usted sus intereses; no les haré traición, con tal que usted no vuelva á usar esa vil escarapela.

— No puede usted temerlo, sabiendo la manera como me la han quitado. Adiós, querido Fergus; trate usted de que su hermana no me olvide.

— Adiós, Waverley; quizás oirá usted hablar de ella dentro de poco con título más elevado. Vuelva usted á su casa; escríbame y hágase cuantos amigos pueda, con la mayor rapidez posible. Pronto llegarán á la costa de Suffolk huéspedes que allí nos esperan, ó

son muy equivocadas las noticias que me envían desde Francia.

De este modo se separaron ambos amigos; Fergus volvió á su residencia, mientras que Eduardo, acompañado de Callum Beg, metamorfoseado desde la cabeza á los pies en criado de las Tierras Bajas, caminó en dirección de la pequeña población de X.

Eduardo iba agitado por esos sentimientos penosos, aunque no demasiado amargos, que la separación y la incertidumbre provocan en el alma de un joven amante. Ignoro si las mujeres saben cuál es el poder de la ausencia; pero no me atrevo á decírselo por miedo á que, como las Mandanas y Clelias de otro tiempo, se dejen llevar del capricho de enviar á sus pretendientes al destierro. El alejamiento produce en las ideas el mismo efecto que en perspectiva; suaviza los objetos, redondea sus ángulos, y les da formas más graciosas. Las asperezas del carácter se notan menos; todos los rasgos ordinarios se ocultan á la vista y sólo quedan perceptibles los contornos que indican sublimidad, gracia ó belleza. En el horizonte mental, lo mismo que en el físico, hay sombras que ocultan los puntos menos agradables de los objetos lejanos, y felices efectos de luz que aumentan el brillo de cuanto puede ser visto en pleno día.

Eduardo olvidó los prejuicios inspirados á Flora Mac Ivor por su magnanimidad, y le perdonó casi la indiferencia con que recompensaba su afecto, al reflexionar en la importante y decisiva empresa que parecía llenar toda su alma. Si la gratitud hacia un bienhechor le inspiraba abnegación tan grande, ¿qué no sería al tratarse del hombre que supiera despertar en ella un sentimiento de ternura? Pero después venía la dudosa pregunta: ¿Seré yo ese feliz mortal?

pregunta á la cual trataba su imaginación de contestar afirmativamente, recordando cuanto ella había dicho en elogio suyo y aun agregando un comentario mucho más halagüeño de lo que el texto permitía. Cuanto era lugar común, cuanto pertenecía á la vida ordinaria y corriente, se borraba y desaparecía en esos sueños de una imaginación que sólo recordaba ventajosamente los rasgos de gracia y dignidad que alzaban á Flora por encima de la generalidad de su sexo, y olvidaba cuanto tenía de común con el resto de las mujeres. En dos palabras, Eduardo iba camino de transformar en diosa á una joven llena de belleza, de magnanimidad y de talentos; y siguió haciendo castillos en el aire hasta que se encontró en la localidad de X, al bajar de una montaña escarpada.

La cortesía montañesa de Callum-Beg — pocas naciones pueden jactarse de tener cortesía natural tan grande como los habitantes de las Altas Tierras de Escocia (1), — esa cortesía, decimos, le impidió interrumpir la meditación de nuestro héroe. Pero, terminada ya ésta con la llegada al pueblo, se acercó á Waverley y le dijo que en la posada convendría no hablar de Vich Ian Vohr, pues los habitantes son todos whigs rabiosos que el diablo haría bien en llevarse.

Eduardo prometió que sería prudente, y como en aquel momento oyera, no diré una campanada, sino algo como el choque de un martillo contra las pare-

(1) El montañés de Escocia se formaba alta idea de su caballerosidad, y trataba siempre de hacer que participe de aquella la persona con quien hablaba. Su lenguaje abundaba en formas corteses, y el hecho de usar todas armas hacía más preciosa esa mutua consideración, evitadora de penencias.

des de una antigua cacerola verdosa invertida, colgada en un balcón abierto, de forma de jaula, y destinada á adornar la extremidad oriental de un edificio parecido á una antigua granja, preguntó á Callum Beg si era domingo.

— No lo sé exactamente, contestó Callum Beg, pues al otro lado del desfiladero rara vez es domingo.

Sin embargo, al entrar en la localidad, y mientras se dirigían al albergue de mejor apariencia, vieron á gran número de mujeres, con falda rayada y mantos colorados, que salían de aquel edificio, y las cuales, al paso que andaban, iban discutiendo los méritos comparados del santo joven Jabesh Rentowel y del vaso de elección maestro Goukthrapple. Al ver esto, Callum dijo á Waverley que debía ser un domingo principal, ó bien el pequeño domingo del gobierno, que ellos llamaban el *ayuno*.

Pararon en el *Candelero de oro de siete brazos*, muestra que ostentaba una inscripción en hebreo, para mejor inteligencia del público. El hostelero, alto y flaco, verdadera figura de puritano, se adelantó á ellos, con aire de preguntarse si debía dar asilo á gentes que viajaban en tal día. Sin embargo, reflexionando tal vez en que tenía medios de hacerles pagar multa por ese pecado, castigo que podían evitar yendo á la otra hostería, *El Montañés y la pinta de Hawich*, de Gregor Duncanson, el excelente Ebenezer Cruickshanks, resolvió admitirles en su fondín.

Waverley dijo á este santo personaje que necesitaba un guía y una bestia de carga que llevara sus bagajes á Edimburgo.

— ¿De dónde viene usted? preguntó el dueño del *Candelero*.

— Acabo de decirle á usted adonde voy, y no creo

que el guía ó su caballo necesiten otras explicaciones.

— Hem, hem, murmuró el posadero algo desconcertado por esta contestación; hoy es ayuno general y no puedo ocuparme de nada en un día en que cada cual debe humillarse, y los pecadores hacer penitencia, según decía hace un instante el digno señor Goukthrapple, y cuando además está el país de luto, como hacía observar el precioso señor Jabesh Rentowel, por los convenantes quemados, deshechos y enterrados.

— Buen amigo, puesto que usted no puede proporcionarme un caballo y un guía, mi criado va á tratar de encontrarlo en otra parte.

— Á otro con esa... ¡Su criado! ¿Y por qué no va él con usted?

Waverley no tenía esa viveza propia de los capitanes de dragones; quiero hablar de esa decisión que me ha sido muchas veces útil, cuando he viajado en el coche del correo ó en diligencia, cada vez que he hecho el camino con un militar que se encarga por todos de meter en cintura á los mozos ó de moderar la cuenta del posadero. Sin embargo, había adquirido una tintura de tan útil talento durante su vida militar y la grosería del puritano empezó á irritarle.

— Diga usted, buen hombre; he venido aquí á descansar y no á oír preguntas impertinentes. Dígame usted sí ó no.

El señor Ebenezer Crinkshanks se marchó murmurando algunas palabras, que Eduardo no pudo comprender, ignorando en consecuencia si eran afirmativas ó negativas.

La posadera, mujer muy cortés, suave y activa vino á pedirle órdenes para la comida, aunque sin

contestarle respecto del guía y del caballo, pues parece que la *ley sálica*, que excluye á las hembras del gobierno, estaba en vigor en la posada del *Candelero de oro*.

Al asomarse á una ventana que daba á un oscuro patio, en donde Callum Beg estaba ocupado en cepillar los caballos, Waverley oyó el diálogo siguiente entre el hostelero y el astuto paje de Vich Ian Vohr:

— Y bien, joven, ¿vienen ustedes del norte?

— Bien puede usted decirlo.

— ¿Y han andado ustedes hoy mucho?

— Bastante para echar un trago con gusto.

— Voy á regalárselo á usted. — Ea, mujer, trae de beber.

Con motivo de esto hubo cange de cumplidos, y el posadero, creyendo haberle tocado el corazón al joven con ese regalo, continuó su interrogatorio.

— ¿No es verdad que este aguardiente es mejor que el que dan al otro lado del desfiladero?

— No soy de esa parte.

— Sin embargo, tiene usted acento de montañés.

— Soy de Aberdeen.

— ¿Y ese señor ha venido con usted de Aberdeen?

— Sí; es decir, venía al mismo tiempo que yo, contestó con gran sangre fría el impenetrable Callum Beg.

— ¿Qué clase de hombre es?

— Creo que es oficial del rey Jorge; por lo menos va camino del mediodía; tiene dinero en abundancia y no regatea para pagar á un pobre hombre ni para abonar su cuenta.

— ¿Quiere un caballo y un guía para ir á Edimburgo?

— Sí, y hay que encontrárselos en seguida.

— Le costará caro.

— Lo mismo le importa.

— Muy bien, Duncan. ¿No me dijo usted que se llama Duncan ó Donald?

— No, no; ya le he dicho á usted que me llamo Jamie Steenson.

Esta inesperada contestación desconcertó al señor Cruickshanks, que, poco contento de la reserva del amo y de la extremada facilidad en responder del lacayo, se prometió cobrarse en la cuenta por no haber podido satisfacer su curiosidad. Sin embargo, aquella no pasó del doble de lo que en conciencia hubiera podido pedir.

Callum Beg se apresuró á enterar á Waverley de lo ocurrido.

— Ese demonio quiere acompañar en persona al *duin hewassel*.

— Lo cual no será agradable ni seguro, Callum, contestó Waverley, pues el hostelero parece muy curioso. Pero un viajero debe soportar todas esas cosas. Aquí tiene usted una pequeñez para beber á la salud de Vich Ian Vohr.

La mirada de águila de Callum Beg brilló de contento al ver el áureo resplandor de una libra esterlina. Apresuróse á guardar ese tesoro en su bolsillo, no sin renegar de los que tienen los calzones sajones; y después, como si considerase que ese regalo merecía especial recompensa, se acercó á Eduardo y le dijo con expresión de fisonomía muy particular:

— Si vuestro honor considera como muy peligroso

á ese demonio de wigh, sería fácil librarse de él, sin que nadie se enterara.

— ¿Y de qué modo? preguntó Eduardo.

— Iría á esperarle á cierta distancia de la ciudad y le haría cosquillas con mi *skene-occle*.

— ¿Qué es eso?

Callum se abrió el traje y levantando el brazo derecho, señaló con ademán expresivo la empuñadura de un pequeño dirk oculto en el forro.

Waverley creyó haber comprendido mal; miróle de frente y observó en su rostro, muy hermoso aunque quemado por el sol, la misma expresión de malicia que hubiera tenido un inglés de igual edad al exponer un plan para robar la fruta de un huerto.

— ¡Gran Dios, Callum! ¿Querría usted matarlo?

— Seguramente, contestó el muchacho; creo que ya ha vivido bastante tiempo, puesto que es capaz de hacer traición á gente honrada que viene á hacer gasto en su mesón.

Waverley vió que era inútil dar razones y se limitó á ordenar á Callum que renunciara á sus proyectos contra Ebenezer. El paje pareció asentir con la mayor indiferencia.

— El duinhewassel hará lo que quiera; ese tunante no ha hecho nunca daño á Callum. Pero aquí tiene vuestra señoría algo que el Tighearna me encargó que le entregara antes de volverme.

La carta de Fergus contenía los versos de Flora, sobre la muerte del Capitán Wogan, cuyo carácter emprendedor ha pintado Claredón tan bien. Aquél estuvo primero al servicio del Parlamento; pero lo abandonó después de la ejecución de Carlos I. Y apenas supo que el conde de Glencairn y el general

Middleton habían enarbolado el estandarte real en las montañas de Escocia, se despidió de Carlos II, desterrado entonces en París, pasó á Inglaterra, y cruzó todo el reino por medio de marchas tan rápidas y hábiles, que no tardó en rendirse con el cuerpo de montañeses que habían tomado las armas. Después de distinguirse en la guerra por su valor y habilidad, Wogan tuvo la desgracia de caer herido, muriendo gloriosamente.

Se comprenden fácilmente los motivos que impulsaban al diestro jefe de los Ivor á presentar ese tipo ante la vista de Waverley, cuyo carácter novelesco se parecía al de dicho héroe; pero su carta estaba consagrada principalmente á recordarle algunos encargos que Waverley había prometido hacerle en Inglaterra. Al fin de la misiva encontró aquél, sin embargo, las palabras siguientes:

« No perdono á Flora que ayer se negase á verme á usted; y puesto que escribo estas líneas para recordarle que me envíe una ballesta y útiles de pescar cuando llegue á Londres, incluiré los versos de mi hermana sobre el capitán Wogan. Sé que esto la contrariará, pues, si he de decir lo que pienso, la creo más enamorada de ese héroe difunto, de lo que nunca lo estará por ningún vivo, á menos de que le imite; pero los caballeros ingleses de nuestros días guardan sus *robles* para albergar los gamos de sus parques, ó para reparar las pérdidas que han hecho al juego; nunca han pensado en aquel árbol para coronar con sus hojas sus frentes ó para que sirva de sombra á sus tumbas. Permítame usted esperar que un amigo querido, al cual daré con gusto otro nombre más grato á mi corazón, no será como los otros. »

Los versos estaban consagrados

A UN ROBLE

Arbol que en el cementerio de... en las montañas de Escocia indica, según dicen, la tumba del capitán Wogan, muerto peleando en 1649.

Emblema de la antigua fe de Inglaterra,
Protege con tus verdes hojas,
La tumba en que la lealtad yace,
Y que dió prematura tumba al valor.

Y tú, valeroso ocupante del sepulcro,
No te quejes si nuestro clima niega,
Difundir sobre tu sudario de honor,
Las flores de otros cielos más clementes.

Estas nacen cuando llega Mayo,
Bajo los rayos de ardiente sol
Y caen antes de las tormentas invernales;
¿ Pueden acaso servir para recordarte?

No, pues en medio de los huracanes de adversa suerte,
Todavía más alto brillas por tu atrevido corazón.
Y mientras la desesperación iba cerrando el escenario,
Empezaste tu breve, pero brillante carrera.

Supiste entonces buscar los montes de Albyn (Escocia),
(Cuando los hijos de Inglaterra renunciaron á la lucha)
Una raza fiera resistía allí todavía,
Y no se sometió en tu arrogancia.

Ningún pariente asistió á tus funerales,
Ninguna voz amante pronunció tu *réquiem*;
Sólo te llamaron los hijos de los montes,
Y tu pibroch fué tu canto fúnebre.

¿ Quién preferiría, sin embargo,
A tu muerte llena de gloria,
Los días pasados lejos del combate,
Aun en medio del resplandor de la Fortuna?

Te hemos consagrado el árbol cuyas ramas,
Desafían los calores del verano y los hielos invernales;
Roma coronaba con sus hojas á sus héroes;
Y Albyn ha consagrado su sombra á la tumba de Wo-
[gan.

Fuera cual fuere el mérito de esa composición, el entusiasmo que los había inspirado era muy á propósito para causar viva impresión en un enamorado. Así es que Eduardo los leyó, los releyó, se los guardó en el seno para volver á leerlos, declamándolos en voz baja, con frecuentes pausas entre las estrofas, para saborear mejor el encanto. Así es como el epicúreo gusta, gota á gota, una bebida deliciosa. La llegada de la mujer de Cruickshanks, con la comida, interrumpió apenas esa amorosa ocupación.

Por fin aparecieron ante Waverley la alta estatura poco elegante y la cara de vinagre de Ebenezer. Aunque la estación del año no exigiera semejantes precauciones, habíase puesto una gran levita por encima de sus restantes ropas, sujetándola con un cinturón. Llevaba una capucha de la misma tela, con el cual podía cubrirse al mismo tiempo el sombrero y la cabeza, y que se abotonaba bajo la cabeza. En la mano llevaba un látigo con mango de cobre y sus flacas piernas ocupaban unas polainas grises que se cerraban á un lado por medio de broches llenos de herrumbre.

Adelantóse y dijo con acento solemne:
— Están listos los caballos.

— ¿ Es usted quién va á acompañarme ?

— Sí, hasta Perth. Allí podrá usted encontrar un guía que le lleve á Edimburgo, si lo necesita.

Al decir estas palabras, entregó á Waverley la cuenta del gasto y, después, sin más invitación que la suya propia, llenó de vino una copa y se la bebió devotamente, brindando por el buen éxito de su proyectado viaje. A Eduardo le sorprendió tanta desfachatez ; pero como no debían estar juntos mucho tiempo no dijo nada, pagó y dijo que se marchaba en seguida. Montó, pues, en *Pernind* y salió del *Candelero de oro* seguido por la figura puritana ya descrita.

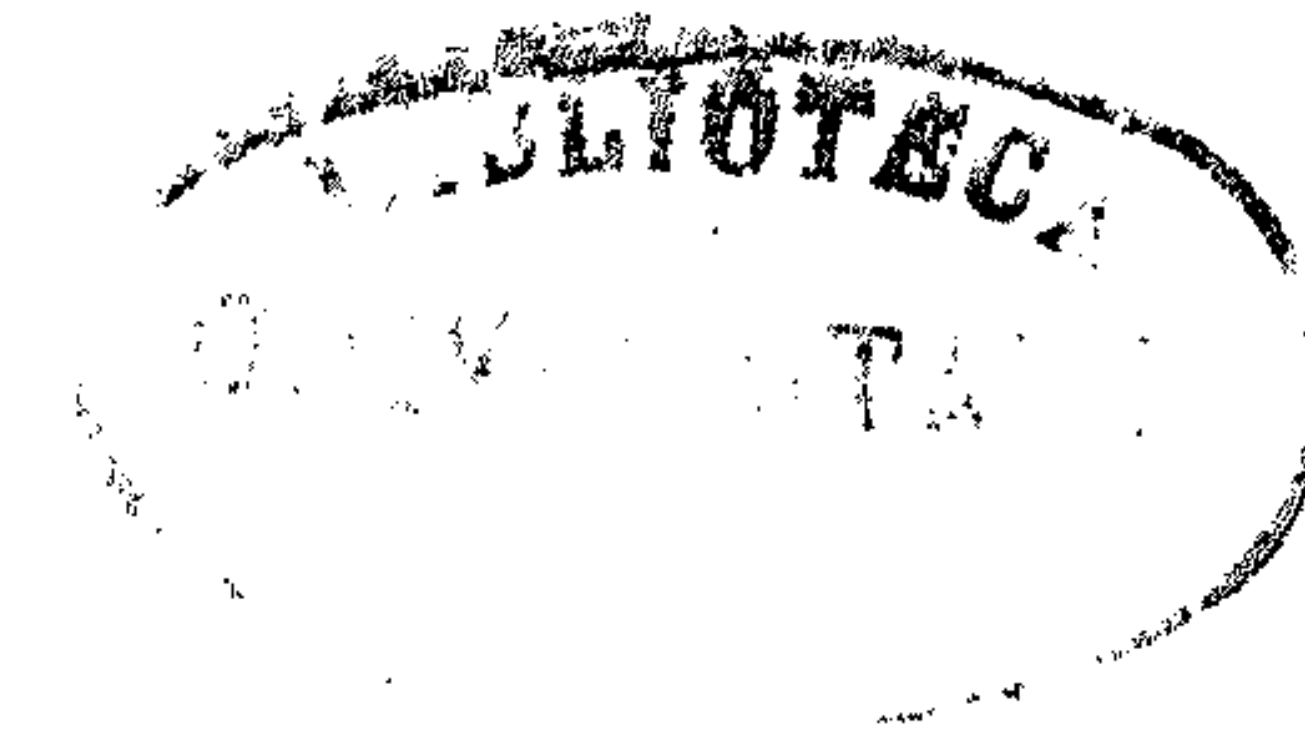
Ebenezer montó difícilmente á caballo, subiéndose en una piedra dispuesta al efecto delante de la posada ; su jamelgo parecía un fantasma, hecho sólo de piel y huesos ; en él iba el equipaje de Waverley. Aunque de todo estaba nuestro héroe menos de buen humor, no pudo menos de reirse del aspecto de su nuevo escudero, imaginándose la sorpresa que semejante tipo habría causado en Waverley-Honour.

La gana de reir de Eduardo fué notada por el dueño del *Candelero de oro* ; y comprendiendo el motivo, sintió crecer su malquerencia ; agriándosele aún más el rostro, y jurando para sus adentros que el joven inglés le pagaría caro, de un modo ó de otro, el desprecio con que parecía mirarle.

Callum, por su parte, no se recataba para burlarse de la ridícula figura del señor Ebenezer Cruickshanks. Al pasar Waverley junto á él, saludándolo con respeto, y acercándose al estribo, le dijo : — Tenga cuidado el señor de que ese tunante de wigh no le haga alguna mala jugada.

Waverley le dió otra vez las gracias, le dijo adiós

y echó á andar, pues quería dejar de oír cuanto antes los alaridos de contento que lanzaban los chicos al ver al viejo Ebenezer alzarse y bajarse alternativamente sobre los estribos para evitar las sacudidas que le comunicaba el duro trote de su corcel, en una calle mal empedrada. La aldea de X, quedó pronto algunas millas atrás.



FIN DEL TOMO PRIMERO